

A large, stylized sculpture of a man and a woman embracing. The man is wearing a white shirt with blue accents and a blue tie. The woman is wearing a grey dress. The sculpture is set against a clear blue sky. In the background, a white bus and a brick building are visible. The text 'ANTOLOGÍA DEL CUENTO Chileno Reciente' is overlaid on the right side of the image.

ANTOLOGÍA DEL CUENTO
Chileno Reciente

LETRAS
DE
CHILE

860. Ch.

1. Literatura chilena.

© Copyright 2022.

Primera edición: Editorial Letras de Chile.

Santiago de Chile, marzo de 2022.

Registro de Propiedad Intelectual N° A-2092.

ISBN: 978-956-8943-01-1.

Edición Literaria y foto de portada: Iván Quezada.

Diseño y diagramación: Freddy Cáceres O.

Derechos Reservados

Editorial Letras de Chile.

Antología del cuento chileno reciente

**LETRAS
DE
CHILE**

Índice

Prólogo de Cristián Montes	9
Cristóbal Acevedo	44
La caja envuelta	45
Roxana Álvarez	47
La puerta	48
Sergio Amira	52
El fin	53
Cecilia Aravena	61
La fuga y el encuentro	62
Alejandra Basualto	68
Yo sé que fue cobardía	69
María Bascuñán	77
Letanía de los fieles difuntos	78
Ivo Barraza	82
Los opresores	83
Rodrigo Barra	91
Los ciclistas y el espejo	92
Branny Cardoch Zedán	108
Triste noche de invierno	109
Héctor Caro Quilodrán	117
La cifra indiscifrable	118

Sonia Cienfuegos	121
Calamares en su tinta	122
María Ester Céspedes	123
Acuerdo ante notario	124
Cristián Cisternas Ampuero	134
Amnesia	135
Eduardo Contreras Villablanca	147
Sírveme vino	148
Fabián Cortez González	155
El discurso.....	156
Orietta Igea de la Jara Espinosa	161
No quiere seguir.....	162
Ana María del Río	164
Ducto.....	165
Ramón Díaz Eterovic	179
El ruso del bar	180
Juan Armando Epple	190
Pájaro de cuentas.....	191
David Espinoza Medina	200
La herencia.....	201
Martín Faunes	203
Esas muchachas que cultivaban girasoles.....	204

Federico Gana Johnson	213
Donde duelen los ojos	214
Rubén González	219
El otro retorno	220
Bartolomé Leal	224
El signo de Jain	225
Juan Mihovilovich	243
La iglesia	244
Camilo Montecinos	247
Zapping	248
María Isabel Mordojovich	249
El contrato	250
Diego Muñoz Valenzuela	256
El tiempo del ogro.....	257
Josefina Muñoz	261
Casa para peregrinos.....	262
Martín Muñoz Kaiser	264
El vendedor de libros.....	265
Camilo Ortiz	271
El gato partido	272
Darío Oses	281
La vida en un minuto	282
Iván Quezada	287
Mildred y Jacobo.....	288

Ronnie Ramírez	294
Gotas de lluvia	295
Nelson Reyes Molina	298
La casa.....	299
Aníbal Ricci Anduaga	303
París, Texas	304
Patricia Rivas	309
Kit de sobrevivencia	310
Antonio Rojas Gómez	312
Está fría la noche	313
Felipe Tapia	317
El mejor hombre	318
Max Valdés Avilés	326
La muerte de Juana Leufuhue.....	327
Miguel Vera	336
El combate	337
Francisco Zañartu	340
Data de muerte	341

LETRAS
DE
CHILE

Prólogo

Cristián Montes
Universidad de Chile

Uno de los criterios aceptados respecto a la existencia e importancia de las antologías es que estas son una selección de lo mejor o lo más representativo de la producción literaria de un período determinado. En general, se puede hablar de dos tipos de antologías: aquellas que realizan una selección de tipo sincrónico, que representan la producción de una época en particular, asociándola por lo general a una generación de escritores; y las de carácter diacrónico, que intentan trazar un recorrido cronológico por los grandes textos de tal cual o cual género literario o lo más relevantes del siglo en dicho género. Hasta mediados del siglo XX, las selecciones podían responder tanto al parámetro generacional como al de la calidad literaria, aunando así dos criterios que desde la segunda mitad del siglo tenderían a seguir sus propios derroteros.

A lo largo del siglo XX hubo un número considerable de antologías dedicadas al género cuento. Entre las más relevantes, pueden citarse: *Los cuentistas chilenos. Antología general desde los orígenes hasta nuestros días* (1937), de Raúl Silva Castro; *Catorce cuentos chilenos* (1933), de Luis Enrique Délano; *28 cuentistas chilenos del siglo XX* (1963), de Antonio de Undurraga; *Antología*

del verdadero cuento en Chile (1938), de Miguel Serrano; *Antología de cuentistas chilenos* (1938), de Mariano Latorre; *Nuevos cuentistas chilenos* (1941), de Nicomedes Guzmán; *El cuento chileno* (1950), de Luis Durand; *Antología del nuevo cuento chileno* (1954) y *Cuentos de la Generación del 50* (1959), de Enrique Lafourcade; *Antología del cuento chileno moderno, 1938-1958* (1958), de María Flora Yáñez; *El cuento chileno actual: 1950-1967* (1969), de Alfonso Calderón; *Cuentos de cabecera: una antología colectiva* (1968), de Hernán Poblete Varas (2002); en 2002 se publicaron *Grandes cuentos chilenos del siglo XX* y *Los mejores cuentos chilenos del siglo XXI*, de Camilo Marks; *Andar con cuentos* (1992), de Diego Muñoz Valenzuela y Ramón Díaz Eterovic; entre otras obras.

En la actual *Antología del cuento chileno reciente* (2021), seleccionada por Iván Quezada, se encuentran cuarenta cuentos de escritores/as pertenecientes a la Corporación *Letras de Chile*. Una de las características más visibles de este libro es, sin duda, su amplia diversidad. Ello se evidencia en la heterogeneidad generacional, la presencia de textos abiertos y otros más cerrados, diversidad de las temáticas desarrolladas, de géneros, de sujetos narrativos, de modalidades discursivas, de actos de habla, de tipologías de narradores y narratarios, de las relaciones que los diversos textos establecen con el contexto de producción, de los lectores modelos postulados, de los intertextos latentes, de sus más o menos vastos horizontes de expectativas de los lectores implícitos y explícitos, de las enciclopedias culturales convocadas, los horizontes históricos comprometidos en las representaciones

de mundo, los estados de ánimo textuales, los temples narrativos, las influencias que pueden advertirse en cada escritor/a, los estilos, etcétera.

Sin embargo, junto a las diferencias que poseen cada uno de los textos, es posible encontrar ciertos rasgos comunes. Uno más o menos transversal es el alejamiento del experimentalismo literario y el uso de recursos escriturales más bien tradicionales. Por ejemplo, no se aprecia una tendencia metanarrativa-autoreflexiva que cavile sobre el proceso de escritura, las formas en que se construye la ficción narrativa o los andamiajes en los que se sostienen los verosímiles textuales. Tampoco se utiliza de manera sistemática la técnica del perspectivismo, ni el contrapunto narrativo o narraciones caleidoscópicas. Por otro lado, no se relega a un segundo plano el argumento en favor de la anécdota, se mantienen las formas convencionales de puntuación y se perciben pocos ejemplos de monólogos interiores o corriente de conciencia. Por último, son infrecuentes las fracturas radicales de la estructura regular temporal con el uso de *analepsis* (retrocesos temporales) o *prolepsis* (avances temporales).

En cambio, predomina el placer de contar una buena historia, de realizar un relato donde la construcción del argumento sigue siendo un importante vehículo de la acción narrada. Características como la nitidez, la claridad narrativa, la cuidada factura, la mostración de mundo, en vez de la explicación del mismo, entre otros rasgos, son parte de textos que buscan, en general, una relación fluida y no trabada con el lector. Dicha cercanía implica, a la vez, la presencia de un lector activo, que realice una lectura

reflexiva-crítica que vitalice la polivalencia de significados-interpretaciones, que ojalá pueda asomarse al inconsciente textual de alguno de ellos, una lectura que tienda a fundirse con la escritura y «escribir la lectura», para usar una expresión de Roland Barthes.

La lectura de la *Antología del cuento chileno reciente* insta a repensar el diálogo y las siempre complejas relaciones que la Literatura establece con su tiempo y los contextos sociales en la que se produce. Los diversos diagnósticos sobre el contexto epocal de estas últimas décadas, definido como posmodernidad, tardo modernidad o hipermodernidad, han intentado definir un nuevo tipo de sujeto, acorde a dicha sensibilidad. Comprender esto implica sumergirse en una matriz de pensamiento responsable de la constitución de un sujeto representativo del capitalismo multinacional de nuestros días, un sujeto posmoderno caracterizado por el síndrome de la fragmentación, un sujeto volátil, descentrado y «flotante». En términos de Terry Eagleton, un sujeto que se define por el derrumbe de las utopías, el descreimiento de la política, el relativismo creciente, la legitimación de una ética del consumo, la mercantilización de la experiencia, la negación de los discursos totalizantes y la lógica de la globalización. Es un tipo de sujeto acorde a una mentalidad donde la Historia se disuelve como proceso unitario y la temporalidad se desterritorializa. Es en este escenario donde la Literatura procesa, desde su lugar en el campo cultural y según la especificidad de su ser literario autónomo como obra de arte, pero también en diálogo con los contextos, en su calidad de objeto cultural.

Por otro lado, los cuentos de esta *Antología*, inmersos en un

contexto de neoliberalismo, hiperconsumismo, disolución de los lazos sociales y, en palabras de José Bengoa: de «crisis del concepto de comunidad», permiten apreciar cómo la Literatura puede erigirse en un espacio de resistencia al orden social y las instituciones que lo representan. Según postula Michel Foucault, donde el poder se ejerce hay siempre alguna oposición a éste. En consecuencia, la Literatura puede pensarse como una agencia que, desde su campo de saber, tiene la capacidad de resistir y dislocar, con sus medios, los circuitos del poder. Ello la convertiría, en concordancia con lo que propone Jacques Rancière, en una «escritura política». Al referirse a las diferencias entre una lógica policial (entendiendo por ello una metáfora del orden y de los procedimientos de administración y autorregulación de lo social) y una lógica política (es decir, todo lo que tensiona tales códigos, produce una agitación del status quo y se erige en una clara manifestación de disenso), el filósofo francés se refiere al concepto de «resistencia productiva», entendiendo por ello la irrupción de un «desacuerdo» que no significa un mero malentendido, sino el lugar donde se pone en juego la significación de algo.

Teniendo en cuenta estas formulaciones de Rancière, es posible advertir en el presente libro la interacción de diversas formas de resistencia entreteljadas entre las lógicas política y la lógica simbólica de los textos. Se acentúa así una característica que, según Michel Houellebecq, posee, en diversos grados, toda Literatura. En su libro *El mundo como supermercado*, el escritor y ensayista francés plantea que, a pesar de todas las vicisitudes de un mundo signado por los criterios de eficacia, de rapidez y de falta de con-

sideración con el pasado, la Literatura sigue siendo una forma privilegiada de resistencia al orden establecido.

Un libro sólo puede apreciarse despacio, implica una reflexión, no en el sentido de esfuerzo intelectual, sino sobre todo en el de «vuelta atrás». No hay lectura sin parada, sin movimiento inverso. Algo imposible e incluso absurdo sin relectura. Algo imposible en un mundo donde todo evoluciona, todo fluctúa. Donde nada tiene validez permanente: ni las reglas, ni las cosas, ni los seres. La Literatura se opone con todas sus fuerzas (que son grandes) a la noción de actualidad permanente, de presente continuo. Los libros piden lectores; pero estos lectores deben tener una existencia individual y estable: no pueden ser meros consumidores, meros fantasmas; deben ser también, de alguna manera, sujetos.

Aunque en esta *Antología* cada texto posee su propia especificidad artística, su particular inserción en el género del cuento y sus propios mecanismos de construcción de los mundos fictivos, igualmente es posible distribuir los cuentos en diez categorías.

I.- Hay un conjunto de cuentos donde la dictadura militar está presente, ya sea en forma directa, indirecta o como un telón de fondo surtidor de imágenes y sentidos. Desde diversas perspectivas, los relatos hacen un ejercicio memoria para denunciar el ideologema de la dictadura, sus crímenes y las consecuencias que dejó en el tejido social. No sorprende, por tanto, que la violencia sea un núcleo temático que se despliega por los distintos planos textuales. Independiente del tipo de historia narrada, tan-

to los narradores como los personajes se ven involucrados en ella. Se escenifica así una condición estructural del fenómeno de la violencia, esto es, de acuerdo al pensamiento de Wolfgang Ibsen, que: «el movimiento de la violencia tiene un alcance muy largo, abraza a todos lo que se encuentran cerca. No tolera testigos neutrales, sólo conoce víctimas, cómplices o enemigos».

Como sucede en parte de la narrativa postdictatorial, la actividad de narrar y permitir el diálogo de la experiencia individual con la colectiva revela también en estos cuentos la dificultad de poder integrar el pasado con el presente y elaborar colectivamente el duelo respecto a lo sucedido en Chile en tiempos de la dictadura militar. Se aprecia una problematización del presente, un intento de elaborar el duelo respecto a las muertes acaecidas en la dictadura y una reflexión sobre las vastas consecuencias de la experiencia vivida, de la falta de compromiso con la historia, de la violencia generalizada y de lo lesivo que es para el sujeto la crisis del sentimiento de comunidad y de pertenencia. La memoria se instaaura como un proceso de reinterpretación del pasado, ejercicio que se define por la marca de lo intempestivo, entendiéndose por ello toda referencia que permite visualizar en el presente de la postdictadura aquello que falta y ha quedado silenciado, como es el caso de un duelo colectivo no resuelto.

En el caso de *El tiempo del ogro* de Diego Muñoz Valenzuela, la narración remite a tiempos de la dictadura, con la consecuente represión, los crímenes cometidos, el miedo generalizado y el desaparecimiento de personas. La escritura da forma a una experiencia que quedó grabada en la mente del narrador, una escena

definitiva donde se jugó la vida de un otro y también la propia, escena en la que se concentra la arbitrariedad asesina, pero también los valores de la solidaridad y la consecuencia.

En el cuento de Juan Armando Epple *Pájaro de cuentas*, la presencia de la dictadura militar se da en un contrapunto de tiempos históricos (el de la conquista española del Nuevo Mundo y la realidad chilena en tiempos dictatoriales) y contextos epocales diferentes, cuyo común denominador es el abuso de poder, la situación de detención arbitraria y la represión. En tal cruce de tiempos, espacios, culturas, hablas y lenguajes (uno anacrónico y el otro actual), la práctica de la tortura deviene hilo abarcador de ambos mundos representados.

Por su parte, el cuento de Rubén González *El otro retorno*, desarrolla el tema del retorno al país, específicamente al sur de Chile, después de muchos años de exilio y de una vida que tuvo que vivirse en la clandestinidad. La vuelta al espacio familiar y las expectativas que esto conlleva, conviven con la experiencia del desexilio y la constatación de que ya nada, en ningún sentido, es ni será lo mismo.

En lo que respecta a *Está fría la noche* de Antonio Rojas Gómez, la dictadura y todo lo que esta significó, como, por ejemplo, los asesinatos que se cometieron supuestamente por defender la patria, son unidades de sentido que se expresan en el contenido latente del texto, en lo sugerido, en lo no dicho en el plano manifiesto del lenguaje. Por esta razón, el lector está constantemente impelido a llenar los vacíos que el texto ha dejado esparcidos y a neutralizar, en parte, los grados de indeterminación del texto.

En el cuento de Francisco Zañartu *Data de muerte*, la experiencia de la dictadura, aunque importante para entender las secuelas psicológicas que dejó en el narrador y sus personajes, se presenta de manera sintética y acotada. El miedo inscrito en la conciencia del país obligó a hablar entre líneas, «en sentido figurado», como afirma el narrador, en medio de una sociedad que clasifica a los seres humanos según su modalidad de morir, donde retumban la realidad de los degollados y los desaparecidos en dictadura. En tal escenario, la conciencia narrativa se define existencialmente por signos negativos, es decir, por el deseo de olvidar más que el de recordar, de no hacer en vez de activarse, de sumirse en la cotidianidad y no en abstracciones, de no esperar mayores cosas de la vida, de ser más anónimo que conocido, etcétera. Pero, lo sustantivo del cuento de Zañartu es que todo este fluir discursivo sostiene otro discurso, más íntimo y personal, esto es, un homenaje al padre y a la vez una queja por no haberlo podido tener más tiempo consigo. El deseo confesado por el narrador de llegar a ser un poeta es, tal vez, sólo la cara visible y jocosa del deseo de lograr, por esa vía, procesar la carencia acuciante que lo constituye como sujeto.

II.- Al interior del corpus seleccionado es factible ligar algunos cuentos por el protagonismo que tiene en ellos el humor, el cual es un bien un tanto escaso en la Literatura Chilena, salvo excepciones, por supuesto, como Juan Emar, Enrique Araya, Joaquín Edwards Bello, Jenaro Prieto, Armando Cassigoli, Omar Saavedra Santis, Jaime Hagel, Marcelo Mellado, entre (no

muchos) otros. En la *Antología del cuento chileno reciente* tanto el humor sutil, que sólo parece rozar el objeto que convoca la risa, como el carnavalesco, irónico y paródico, que desacredita la solemnidad ampulosa, las convenciones, los prejuicios y el «sentido común», revelan la función que el humor cumple en cada relato. En algunos casos, especialmente donde predomina el humor negro, funciona en concordancia con lo planteado por Freud, como elemento de neutralización del dolor o insatisfacción que genera la realidad y como una forma de negarla o superarla. Se evidencia una de las condiciones que genera la risa, esto es, según Henri Bergson: una programada insensibilidad, una distancia emocional respecto a quien ve y cuenta lo ocurrido, que permite la generación de la risa en el espectador y, por proyección, en el lector de un cuento.

El humor tiene una presencia sustantiva en el cuento de Francisco Zañartu, *Data de muerte*, donde la actitud del narrador y el acto de habla del texto son portadores de una actitud donde el humor está constantemente tamizando los hechos narrados. El humor circula en la escritura como una marca de estilo que exige al lector captar la parodia inscrita en los enunciados y la productividad significativa que posee la fusión de la «Alta» con la «Baja» cultura, lo trascendente y lo cotidiano, lo serio y lo cómico.

El humor se moldea en *Acuerdo ante notario*, de María Ester Céspedes, a partir de la obsesión de un funcionario «enamorado» incapaz de percibir algo diferente a lo que le impone su desatinada imaginación. Se funden una atmósfera con tintes kafkianos, la obsesión y el acoso delirante, del obsesivo funcionario que

finalmente resulta ser un cazador cazado, situación que densifica el tipo de humor presente en el cuento. En *Acuerdo ante notario* el humor convive con la denuncia de un mundo donde los seres humanos se definen únicamente por la función que cumplen. Se rechaza las formas actuales de esclavitud cotidiana en el trabajo, las exigencias de hacer mérito por todo y el tipo de vida que se lleva en las oficinas, descritas como un ámbito cerrado, autorreferente y ajeno a la vida que transcurre fuera.

El humor es también parte relevante del engranaje estructural de *Ducto*, de Ana María del Río, relato donde la contingencia y la pandemia son el marco contextual en el que se configura la historia narrada. Lo enervante de un problema cotidiano que parece no tener solución al interior de un edificio de departamentos, es el propicio para que el discurso de la narradora inscriba en el texto un humor de variados matices. Uno de ellos se gestiona a partir del mecanismo de la reiteración y del acto de imaginar al otro y su vida, operación mental donde la fantasía imaginativa revela su condición de crisol en el que se fragua el espesor de lo cómico. Este se complejiza, finalmente, con el factor sorpresa del final del cuento, donde la imaginación evidencia su arbitrariedad interpretativa y donde entran en irresoluta tensión los niveles del parecer y del ser de las situaciones y de los personajes.

Otro cuento donde el humor enriquece y potencia el material narrativo es *El signo de Jaín*, de Bartolomé Leal. Inserto en el género de la ficción detectivesca, el texto perfila un personaje detective-investigador que accede a un universo insólito y de alguna manera exótico. El mecanismo del humor se dinamiza, en-

tre otros procedimientos constructivos, a través de las hilarantes comparaciones realizadas por el narrador y un tipo de lenguaje que carnavaliza cualquier atisbo de solemnidad. El contraste entre un lenguaje procaz, directo, espontáneo e informal, acorde a la «lujuria sudaca» y otro de signo absolutamente opuesto (representativo de la supuesta espiritualidad de un monje oriental) acentúa la comicidad de la historia contada. Desde otro ángulo, la conciencia sobreexcitada del narrador posibilita develar lo inconsistente y absurdo que subyace a toda forma de racismo, a la mirada prejuiciada sobre el otro, a la dificultad para asumir verdaderamente la otredad.

III.- Hay otro pequeño grupo de cuentos en los que se revitaliza y resignifica el concepto de aventura. La búsqueda de un sentido vital, o la incomodidad con el presente, entre otras razones que se desprenden del marco de las diversas situaciones narrativas, son aspectos que son convocados en un concepto de aventura que, en concordancia con lo que señala el filósofo Jorge Estrella, se experimenta como un cruce de caminos. El punto de intersección es el *punctum* donde la aventura germina y desde ahí puede extenderse a la vida en su totalidad, derivando en una aventura existencial. Esto se percibe en algunos cuentos donde los narradores y los protagonistas parecieran advertir que más allá de la vida que transcurre pudiese haber otra vida, una especie de sobrevida donde radica, tal como señala George Simmel, «la auténtica aventura». Sin embargo, lo anterior convive con la sensación generalizada de que en todas partes y en todos los tiempos

parece ocurrir lo mismo. La aventura no está destinada a un feliz término; más bien su impronta se define con signos negativos más que positivos.

Por otro lado, la aventura que viven los narradores y los personajes se potencia en el despliegue del motivo del viaje, formante privilegiado que revela, en estos casos, un desgaste simbólico. A diferencia del viaje iluminador de una nueva emergencia vital que, según afirma Idelber Avelar, proliferó en la Literatura Moderna, el viaje consagra en estos cuentos una cierta improductividad del mismo. Deviene más bien en ausencia de revelación en medio de un deambular por lugares y tiempos donde parecen ocurrir las mismas cosas.

En el cuento de Sergio Amira *El fin*, los engranajes de la aventura se concentran en una figura enigmática a la que se anda buscando. La mente del lector viaja a través de África, por ciudades en Marruecos como Tánger, por otras culturas, con sus distintas costumbres y diferentes lenguas. Como sucede en otros cuentos del libro, la aventura y su despliegue en el motivo del viaje, se constata que en todas partes parece ocurrir lo mismo: la injusticia social y la falta de empatía, de solidaridad, de comprensión.

En el cuento de Juan Armando Epple, *Pájaro de cuentas*, el sujeto de la enunciación elabora un discurso en base a la alternancia y contraste de tiempos y contextos históricos diferentes (la Inquisición Española y la dictadura chilena), que se cruzan y conviven mostrando elementos comunes, como son la detención arbitraria, la tortura o la represión. Entre un lenguaje anacrónico y uno actual, lo que queda inscrito en la escritura es una continuidad de situaciones lamentables.

El cuento de María Isabel Mordojoovic, *El contrato*, se ambienta en alguna ciudad española en tiempos de corsarios, de reyes, de batallas entre los españoles y los moros. Se reactualiza tenuemente el tópico del *locus terribili*, en una ciudad donde proliferan mendigos, usureros y un conjunto de seres que pueblan un espacio donde lo que impera es la desidia, la ausencia de empatía, la posibilidad de perderlo todo, de caer en la cárcel, de perder la familia, etcétera. El intercambio de identidades, el engaño del poderoso / versus la ingenuidad del oprimido afectado y el triunfo de la mentira, refuerzan la idea de que antes y ahora y en todas partes, ha pasado siempre lo mismo.

El desarrollo de la aventura y sus insospechados repliegues puede darse en el plano de la imaginación y no necesariamente en el recorrido físico por lugares lejanos. Es lo que ocurre en el cuento *La cifra indescifrable*, de Héctor Caro Quilodrán, donde ante la belleza de una mujer joven y en un lugar de tantas connotaciones y resonancias como es un tre, se proyecta la imaginación del narrador personaje a lugares para él desconocidos, como África. Un narrador en tercera persona elucubra sobre lo que debe pensar y sentir esa joven y hermosa mujer, revelando en ese trance imaginativo, su propia subjetividad, su deseo de conquistar esa belleza exótica. A través de la subjetividad desatada y la capacidad de fantasear del narrador-personaje se van escurriendo temas como la migración y el terrorismo. El final sorprendente hace concluir de golpe el vuelo de la imaginación creadora.

IV.- La ciudad adquiere un protagonismo importante en algunos cuentos. En íntima relación con la historia que se narra y los

personajes que le dan vida, la ciudad y sus condicionantes, como imperativo temático, forman parte sustantiva de cómo se perfila la representación del mundo. Desde el punto de vista de Henri Lefebver, los «espacios de representación» son por una parte los espacios vividos, pero también el conjunto de imágenes que en torno a estos se crean. Son, en este sentido, espacios cualitativos de los sometimientos a las representaciones dominantes del espacio, pero también en el que beben y se inspiran las deserciones y desobediencias. En ciertos cuentos de la *Antología*, el espacio de representación primordial es la ciudad, predominando la imagen de una ciudad deshumanizada e inhóspita, donde el prójimo no es un objeto de amor o afecto, sino aquello que puede ser obviado, cruzado, sin detenerse en él. La ciudad comparece como un gran «no lugar», según la definición de Marc Auge, dado que es impensable imaginar ahí la creación de vínculos relacionales, identitarios, habitables en términos de un lugar dispuesto para la vida. La ciudad y la manera de vivirla devela el individualismo a ultranza de una sociedad narcisista donde, como plantea Gilles Lipovetski, el otro es únicamente una excusa para la autorreferencia y para el goce narcisista. En una sociedad movедiza, donde todo se desvanece en el aire o se vuelve líquido, los afectos, el amor, la generosidad, son valores que se diluyen en la fría congestión del narcisismo contemporáneo y la apatía de los afectos que lo caracteriza. Ya sea en una ciudad local o global, el espacio posee las marcas de la alienación, como una jungla urbana en la que gravita una nueva forma de locura, moldeada según los principios del capitalismo mundial integrado.

En *Kit de sobrevivencia*, de Patricia Rivas, la imagen de ciudad que se configura a partir de indicios e informaciones, remite a un lugar cuyos márgenes habituales parecen haberse diluido. Aunque no se informe del nombre del país o ciudad donde transcurre la historia, es posible postular que se trata de una especie de ciudad global, regida por un poder transnacional y un capitalismo globalizado. Emerge la imagen de un espacio regulado por el mercado y la lógica implacable del consumo; una ciudad-mundo como un supermercado, lugar degradado que en su desterritorialización generalizada y su deshumanización, se perfila, en consecuencia, un concepto particular de familia, delineado por una ley arbitraria, aunque exitosa y, lo más importante, según los parámetros comprometidos: una familia productiva.

En *La vida en un minuto* de Darío Osés, en cambio, el lector se sitúa en medio de una ciudad donde cunde la enajenación. El ruido infernal y las autopistas de alta velocidad constituyen el núcleo espacial donde un personaje se juega la vida por intentar ganarse un auto en el *mall* de la ciudad. Sujeto hecho a la medida de la sociedad de consumo, esclavo de la publicidad que otorga credibilidad a todo lo que absorbe, víctima del consumo que lo consume y le quita la vida en un minuto. Lo que queda al descubierto es la falta de solidaridad, la indiferencia por el otro, el individualismo a ultranza y todo lo que caracteriza a una sociedad que ha privilegiado el tener por sobre el ser.

El tipo de relaciones que se establece entre la ciudad y el sujeto en *Los opresores*, de Ivo Barraza, convierten a la urbe santiaguina en un epicentro de una locura generalizada. La obsesión

del narrador-personaje de trotar sin descanso por la urbe y otras obstinaciones colaterales, dejan al descubierto una subjetividad propensa a difuminar lo real y a conectarse más bien con su propia sombra, es decir, con los aspectos inconscientes de sí mismo. En paralelo, la metrópolis y el conjunto de seres que la habitan actúan como elaboraciones biopolíticas que pretenden administrar, regular y organizar la vida de los ciudadanos. La libertad de correr sin controles de ningún tipo y la prohibición que suscita esta práctica, son una metáfora de una entidad-ciudad encargada de la administración de las fuerzas vitales de los ciudadanos.

V.- El campo y la vida de provincia son el material de ficción de algunos cuentos. No se trata de un polo excluyente al de la ciudad, puesto que los dos espacios se presuponen y están ligados por un sistema más amplio, por una situación de poder que los sobrepasa. No se aprecia aquí una idealización del sujeto popular, ni del campo o la provincia, entendida como un lugar no corrompido por la civilización, ideal para vivir una vida natural, más tranquila, en comparación con el ritmo acelerado de la ciudad y su progreso imparable y avasallador. A diferencia del relato de tradición criollista, como el de Mariano Latorre, que se concentraba en la narración de costumbres campesinas, las características del habla local, los comportamientos autóctonos, la flora, la fauna, la espiritualización del paisaje, todo en función de iluminar los valores de la chilenidad, en estos cuentos el paisaje desaparece y el campo y la vida de provincia se definen básicamente por la ignorancia, la injusticia, la pasividad, las distintas

formas esclavitud modernas, etcétera. La ciudad se omite más bien del discurso de los narradores y se sugiere, desde la autoría implícita de los textos, el fracaso general de los procesos de modernización.

Esto puede apreciarse en el cuento *Triste noche de invierno*, de Branny Cardoch, en el que se recrea la vida cotidiana en el campo, en las capas sociales bajas, donde la injusticia, el abuso indiscriminado, la determinación social, la explotación laboral, el odio de clase, el maltrato, el engaño, la producción de miseria y la prostitución forman parte de la realidad cotidiana. El espacio prostibulario, que generalmente en la narrativa hispanoamericana se vincula al melodrama, se conecta con el tema de las ilusiones y desilusiones del cambio social en los inicios de nuestra modernidad. El campo se erige así en la otra cara de la ciudad, ya que en ambos lugares los problemas son similares, es decir: no es posible cumplir los deseos ni satisfacer las carencias individuales o colectivas.

La prostitución en el ámbito campesino es tematizada igualmente en el cuento *La herencia*, de David Espinoza. El prostíbulo se comporta aquí como un modelo reducido, desde el cual se reconstruyen por analogía otros espacios de la sociedad, tan estériles y decadentes como dicho modelo. Se visibilizan y entran en acción tipos de personajes que han identificado habitualmente los espacios prostibularios, como la colorina prostituta, el «maricón» encargado de las niñas, etcétera. Estilísticamente hablando, el cuento remite en parte a los textos criollistas de las primeras décadas del XX. Haciendo uso de un lenguaje popular que refleja

lo prosaico de la vida cotidiana, en *La herencia* aparece corroída la oposición binaria campo / ciudad, puesto que un núcleo de sentido como la determinación que pende sobre los personajes, sus vidas y destinos, no parece ser diferente en ninguno de los dos territorios.

Otro cuento ambientado en provincia es *El gato partido*, de Camilo Ortiz, relato que reproduce en la escritura el ritmo aletargado de un lugar donde la pasividad parece cubrirlo todo. La inercia de la provincia se alterna con momentos de una irrelevante contingencia política que no parece alterar significativamente la modorra ambiental. A pesar de ello, se produce en el ámbito familiar la muerte de un gato y las consecuencias que esto tiene en un niño. Lo que se desprende de la situación narrada es que en definitiva nadie empatiza con el sufrimiento del chico, el único ser sensible en medio de la mediocridad espiritual y cultural de una familia, especie de microcosmos del contexto ambiental y, en definitiva, del país.

En una atmósfera narrativa, estado de ánimo y una tonalidad muy distinta a los cuentos recién referidos, *La iglesia*, de Juan Mihovilovich, sitúa al lector en un lugar semi perdido del sur chileno, donde el ritmo cansino y la intrahistoria del lugar confrontan al visitante a problemáticas metafísicas que en ese contexto adquieren una particular significado. La fe, la religión, la iglesia, sus símbolos, especialmente la cruz, son elementos que en su articulación develan el proceso de desarme de las convicciones de un narrador-personaje, poseedor de una cultura letrada y racionalista que, en medio de unos diálogos lúcidos y extraño entorno al misterio de la cruz, el pecado y la culpa, observa cómo el

discurso del otro lo confronta, con una fuerte dosis de sabiduría, con sus propias dudas, convicciones y creencias.

VI.- El género fantástico posee una sustantiva presencia en algunos cuentos, en cuyo espesor narrativo conviven diversos niveles de realidad que se retroalimentan entre sí. La ruptura de la «realidad real» y la subversión de sus normas, el desdibujamiento que, según la crítica Ana María Barrenechea, se produce en la oposición racional / irracional, la desestructuración de las leyes de funcionamiento del mundo, la irrupción de lo inesperado o sobrenatural, los diversos grados de vacilaciones del lector entre una respuesta racional o de otro tipo, la operatividad de un tipo de lectura (una manera de leer) que, de acuerdo a la perspectiva de Tzvetan Todorov, favorece la coexistencia de lo sólito y lo insólito, lo conocido y lo desconocido, son algunos de los aspectos del género presentes en los mundos posibles construidos en los textos. En la *Antología del cuento chileno reciente*, lo fantástico se experimenta como parte del mundo «real» y no como una irrupción en él. De manera similar a lo que ocurre en los relatos de Julio Cortázar, se aprecia una oscilación contante entre dos (al menos) niveles de realidad, regulados por una lógica intersticial y un mecanismo de extrañamiento generalizado.

Lo fantástico como género y la situación pandémica como factor representativo de la contingencia, son los elementos narrativos que concentran la anécdota del cuento *Mildred y Jacobo*, de Iván Quezada. En la descripción de un proceso donde los personajes experimentan el tránsito de un estado del ser a otro, se visibili-

zan los efectos psicológicos que produce el enclaustramiento. La hipersensibilidad de un narrador-personaje que procesa a su manera los gestos de afecto o de odio de quienes lo rodean, derivan en una situación límite. Sin embargo, la situación inicial (en que los días y las noches transcurren idénticos, con ansiedad y hastío) dará paso a una experiencia nueva donde todo cambiará a partir de su relación con dos gusanos que lo harán sentir menos solo y le permitirán revitalizarse. La superrealidad y lo fantástico se apropiarán de la representación, incentivando la transformación de las identidades y consolidando la atmósfera de extrañamiento.

En *Los ciclistas y el espejo*, de Rodrigo Barra, el terreno de lo fantástico tiene su lugar de gestación en la imaginación infantil y en un ambiente marcado por el dolor de la separación de los padres. Lo fantástico y el proceso imaginativo constituyen el espacio superreal, donde es posible procesar el duelo familiar, neutralizar la carencia y la sensación de pérdida. El «espejo» es símbolo del tránsito entre diversos niveles de realidad. La figura del padre, como centro de los afectos, se fragua en plena tensión con los emociones y sentimientos reprimidos por las circunstancias y la potencia de la figura materna.

En el cuento de María Bascuñán *Letanía de los fieles difuntos*, lo fantástico incentiva la interacción de dos niveles de realidad entrecruzados, en los que se debate la dualidad vida / muerte. El tránsito entre ambos estados, la oposición entre lo terrenal y lo desconocido, son dimensiones trascendentes que el texto desarrolla en sordina, al mismo tiempo que denuncia las manoseadas frases hechas que, al modo de una letanía gastada e inútil, intentan

nombrar dicha situación límite en términos existenciales.

El devenir de lo fantástico puede convertirse en un dispositivo de interrogantes sustantivas acerca de la identidad del sujeto. Es lo que ocurre en *La caja envuelta*, de Cristóbal Acevedo, cuento donde se perfila una exhortación a repensar la figura del «yo» como una entidad porosa, no encerrada en sí misma y en constante construcción. El «yo» de la adolescencia construyendo al «yo» de la adultez, y el segundo confirmando dicha proyección. El postulado existencialista que afirma que el ser humano no se define tanto por lo que es, sino por lo que desea ser, por ese que ha escogido y decidido ser, resuena en el nivel alegórico del relato. Preguntas como si el destino individual ya está fijado y sólo queda confirmarlo con la propia vida, o si el ser humano se cimienta en cada decisión que toma, en cada acto existencial auténtico que lleva a cabo, son inquietudes que el lector hace suyas, gracias a la virtud *performática* del texto.

VII.- El género maravilloso, íntimamente emparentado con lo fantástico, está representado por algunos cuentos donde lo sobrenatural naturalizado, lo desconocido conocido, lo anormal normalizado, son procesados y aceptados al interior del verosímil textual, tanto por los narradores, como por los personajes y los lectores modelos propuestos por el texto. Los últimos leen haciendo suyo un pacto de lectura, en que los componentes sobrenaturales son procesados y regulados como un universo posible y sólo regulado por las reglas de la ficción y las convenciones del género maravilloso.

Sin embargo, a diferencia del cuento maravilloso tradicional —estudiado en profundidad por Bruno Bettelheim—, los relatos de esta *Antología* desestabilizan la función pedagógica de los cuentos de hadas, problematizan su dimensión moralizadora y los desvían de sus sentidos originarios. No se configura una diferencia tajante entre el bien y el mal, y por otro lado no se propone una distinción de forma maniquea de nuestra personalidad entre: «el rojo caos de emociones desenfrenadas, el ello; y la blanca pureza de nuestra conciencia, el súper yo». Tales hipotéticos culturales educativos son puestos en tela de juicio y sometidos a un escrutinio de sello contemporáneo. No buscan, como decía Bettelheim, la «adquisición de sabiduría» o, como plantea Andrés Jolles, imponer una ética del acontecer o un juicio que evalúa lo bueno o lo justo según un ideal afectivo, sin vínculos con la realidad política o social. Lo que, en cambio, parecen buscar estos cuentos es potenciar las posibilidades de la imaginación humana y la construcción de una lógica simbólica acorde a lo que cada relato construye.

La atmósfera de «cuento maravilloso» presente en *Esas muchachas que cultivaban girasoles*, de Martín Faunes, se genera por un lenguaje poético que hace de la belleza y la refinada adjetivación su principal medio expresivo. La prosopopeya se instaura retóricamente en la figura de un pájaro que ve y escucha, con espíritu crítico, la vida y los diálogos de solitarias y hermosas mujeres, cuyos hombres han debido ir a la guerra. La presencia de hadas y brujas conviven en un entorno espacial y vital cruzado por la pasión, los celos y un objeto de deseo siempre inalcanzable.

La muerte de Juana Leufuhue, de Max Valdés, sitúa el relato al interior de una cultura ancestral, como es la etnia mapuche. En breves párrafos, el lector se introduce en una concepción de mundo diferente, en una cosmovisión que se expresa en sus particulares creencias, en su oralidad, sus supersticiones, en un lugar y tiempo ancestral, donde los personajes viven en plena armonía y conexión con la naturaleza. Entrelazadas la vida y la muerte en un ritual post-mortem, la situación descrita conlleva una inmersión en un mundo poblado de seres depositarios de una visión de mundo que posee sus propios mitos y la cosmogonía que ellos representan.

En *El vendedor de libros*, de Martín Muñoz, la prosa contenida, la sobriedad narrativa y el tipo de distancia que se establece entre el discurso del narrador y lo que observa y describe, recuerdan por momentos al narrador realista. Esto ocurre, fundamentalmente, porque la subjetividad de quien enuncia el discurso no aflora a la superficie del texto, debilitándose así el narcisismo del yo en función de la transparencia del lenguaje. Se confrontan en el cuento dos formas de vida y dos tiempos: uno pasado y uno presente, cada uno con su propia intensidad, sus ritmos, sus expectativas. Un intertexto borgeano revitalizado en la escritura, le otorga a la librería que atiende el personaje central una connotación metafórica. La impronta del librero contrasta con la confusión, las complicaciones, el apuro, los olvidos producto del agobio cotidiano, la improvisación torpe y otras tensiones de clientes representativos del pulso inquieto e inquietante de la contemporaneidad. Sólo en la niñez parece estar la clave que

hace posible captar la dimensión poética que tiene la vida. Acorde a ello, el relato transita fluidamente y hacia un plano de existencia donde emerja lo fantástico.

VIII.- Hay un grupo de cuentos que pueden aunarse en torno a la importancia que tiene en ellos el tiempo y la manera en que éste se exterioriza y transcurre en los espacios descritos y en la vida (intelectual, emocional, psicológica) de los personajes. Es operativo aquí el concepto de *cronotopo*, que, según Mijail Bajtin, se define como una unidad temporo-espacial que comprende la unidad artística de la obra literaria en su actitud ante la realidad objetiva. Tiempo y espacio se hacen artísticamente visibles en el *cronotopo*, al determinar éste la imagen del ser humano en el mundo, imagen *cronotópica* fundamental en la constitución del género literario activado y en la configuración del argumento.

A partir de cómo se elabora el tiempo en ciertos cuentos, especialmente a partir de la oposición pasado / presente, se concentran algunas conceptualizaciones del sentir, como son la emoción y el sentimiento. El lenguaje escenifica la función expresiva que lo anima, centrada ésta, preponderantemente, en la intimidad de los narradores. Núcleos de sentido como el paso del tiempo, la importancia del otro, los sueños cumplidos y los que no, la valoración o no de lo vivido, develan el estado íntimo lírico-subjetivo de las voces comprometidas en el acto de narrar.

Un cuento paradigmático al respecto es *Casa para peregrinos*, de Josefina Muñoz, donde las categorías narrativas se supeditan artísticamente a una textualidad acorde a la matriz de autonarra-

ción que la inspira. La emoción, la valoración de la entrega a un otro, el lograr fundar un espacio de pertenencia, el amor de pareja, el amor hacia los demás, la amistad, la solidaridad, son valores que refuerzan el sentido de interdependencia entre la figuras del tú y del yo, y a partir de dicha dualidad una proyección a los otros. El crecimiento personal a través del otro, ayuda a comprender que a pesar de que el tiempo se lleva consigo lo que el ser humano ama, convirtiéndonos en individuos trashumantes en este mundo, es posible vivirlo y sentirlo como un espacio propio, un lugar digno de ser vivido. Así se vuelve posible procesar sabiamente las ausencias, procesándolas no únicamente como pérdidas irremediables y definitivas, sino como presencias que permiten una ligazón fluida entre el pasado, el presente y el futuro.

En *La fuga y el encuentro*, de Cecilia Aravena, el contraste y la tensión entre el pasado y el presente configura la ley estructural del cuento. El arte, en este caso la música, la fuga como procedimiento constructivo musical, el contrapuntos de voces que caracterizan dicha forma, el piano como el instrumento privilegiado para que la música se concrete en sonido, son los componentes de una gran unidad de sentido que actúa como metáfora de la vida y del significado del vínculo con el otro. Por debajo de la anécdota desarrollada en el plano de la historia, parece estarse contando otra historia donde se problematiza lo humano y la relación entre el tú y el yo, donde la figura del otro adquiere consistencia solamente en la interrelación con el yo. Empatizar con ese otro es el punto partida para poder salir de la individualidad encerrada en sí misma. Se percibe una crítica a la falta de

delicadeza en el trato con el otro y un llamado de atención a las consecuencias que genera el pensar solo en sí mismo, sin percibir el contrapunto de los destinos humanos. Pero el cuento también sugiere que nunca es tarde para remendar el error cometido en el pasado, que es factible desde el presente construir una posibilidad de futuro y que sí es imaginable la existencia de un sujeto más pleno, más solidario, más empático.

La puerta, de Roxana Álvarez, es un cuento en el se confrontas dos tiempos: pasado y presente, y a partir de allí dos mundos: el de gente con un pasado glorioso, pero ahora precarizada, y una joven avasalladora de clase alta, de apellido aristocrático, pujante, calculadora, práctica por sobre todo. Son dos generaciones: la juventud avasalladora y la vejez nostálgica e ingenua. Y dos espacios ciudadanos: un barrio otrora aristocrático y ahora arruinado y el Barrio Alto. Dos sensibilidades opuestas respecto al pasado: para la generación antigua, un tiempo que se recuerda y valora; para la juventud, un lastre. Todas estas oposiciones tienen como elemento articulador el paso del tiempo y lo que ello ha generado en esos espacios vitales tan distintos. Lo que permite el tránsito ente ambos es un objeto, una lujosa puerta, símbolo de un mundo-tiempo que se derrumba y de otro que se consolida a cualquier costo.

En *Donde duelen los ojos*, de Federico Gana, la elaboración del tiempo se productiviza artísticamente con la coexistencia de distintos, y a la vez convergentes, planos de sentido que conviven en la narración. La imaginación, la magia del cine, el espacio ritual y simbólico de la carpa donde se proyectan las películas,

los vínculos entre el cine y la vida, el amor juvenil, son unidades de sentido en las que se articula la oposición entre el pasado y el presente, entre la juventud ya lejana y la adultez. La palabra-tema «amor» se desplaza por una escritura donde la nostalgia y la ensoñación conviven con la necesidad ineludible de tener que asumir finalmente la realidad.

En *Yo sé que fue cobardía*, de Alejandra Basualto, la tematización del tiempo y sus secuelas incorpora subtemas como el ineludible transcurrir del mismo, el desgaste del cuerpo, la disminución de la energía vital, la pérdida de la juventud y de la belleza, el no percibirse ya como un objeto del deseo, entre otras carencias que determinan el temple anímico de la narradora. La pasión, el erotismo y los circuitos impredecible del deseo, se confrontan con el miedo de sentir, cuando en el presente la recuperación de una aventura amorosa del pasado ya es imposible. El miedo a la desilusión del otro y el conjunto de carencias no asumidas, tiñen al relato con una cuota de tristeza y reposado patetismo.

En *Gotas de lluvia*, de Ronnie Ramírez, la presencia del tiempo y su impredecible repercusión en los destinos humanos son los soportes temáticos de una historia de seducción. Entre dos personajes y dos espacios contrapuestos en el sentido laboral, pero interconectados a nivel de la pulsión deseante (una oficina pública y un motel), se generará un vínculo de amor-pasión que deberá, sin embargo, experimentar un compás de espera para su plena realización, un tiempo suspendido y regulado por las estaciones del año y sus insondables misterios.

Es importante destacar que el cuento *El ruso del bar*, de Ra-

món Díaz Eterovic, es el único texto en el que está presente el tema de la migración a través de un personaje ruso, Vladimir, protagonista central de la narración y en torno al cual gira el resto de los personajes. La instancia de enunciación explicita su rechazo de los estereotipos engañosos y complacientes que muestran al chileno como un individuo siempre solidario con el extranjero y se denuncia los prejuicios racistas en contra de la gente de piel negra, de los asiáticos, como también de todo aquél o aquello que evoque a comunismo.

En términos del contexto espacial y temporal en que se desarrolla la historia, el título del cuento nomina el sitio físico consagrado en el relato: el espacio del bar. Allí es donde transcurre la acción y los personajes cultivan la comunicación, la amistad, cantan tangos y se cuentan sus confidencias («éramos unos perfectos fracasados en amores»). Es también el *cronotopo* donde pasa el tiempo, pero no el que transcurre según los minutereros de un reloj, sino el regulado por las botellas de vino que toman los comensales («un par de copas más tarde», dice el narrador-personaje). Un tiempo que devela los códigos propios del bar («la noche nos reúne, el alcohol nos hermana», dice uno de los personajes); el tiempo, en definitiva, de la intimidad.

IX.- Otro conjunto de relatos presentes en esta *Antología del cuento chileno reciente* es representativo de una modalidad estética regida por la fragmentación. Desde la perspectiva de Fredric Jameson, dicho síndrome cultural es coherente con un momento de «crisis de orden de la representación» que, destruyendo cual-

quier lógica referencial y significativa, sostiene la posibilidad de representar el mundo y cuestionar la confianza con que se tiende a admitir ciertas «verdades» instauradas. Algunas de estas características pueden apreciarse activadas en ciertos cuentos. En ellos la noción de realidad se desencaja producto de una indeterminación que se exagera al interior de la estética de la fragmentación. La ambigüedad narrativa, la imprecisión cognitiva del discurso, la inseguridad ontológica que contamina la enunciación, son algunos rasgos que definen, en mayor o menor medida, algunos de los relatos.

Elocuente, en este sentido, es *París, Texas*, de Aníbal Ricci. En un primer acercamiento y dado el título escogido, el relato es, entre otras cosas, un homenaje a la película de Wim Wenders que lleva dicho título y a sus personajes centrales. De esta manera, el filme se incorpora a la realidad chilena a través de una conciencia narrativa en permanente tensión interpretativa de lo que va sucediendo y contando. El discurso se construye en base a un ritmo sincopado, saltos temáticos y una escritura trabada, coherente con la fragmentación imperante. La droga y el alcohol, como elementos recurrentes en el plano de la diégesis, impregnan tanto la escritura como la subjetividad delirante y ultra lúcida del narrador. La programada (por el texto) e intensa indeterminación de lo real es consecuencia de que la totalidad del relato parece ser la proyección de una mente que se debate en su supuesta «cordura».

En el cuento *La casa*, de Nelson Reyes, se van acumulando indicios que anuncian que no puede ser procesado desde una mimesis realista. El texto es articulado por dos circuitos narrativos

imbricados, uno donde transcurre la supuesta realidad, con todo lo huidizo e incierta de ella, y el del sueño, con su nomenclatura onírica y sus procesos de condensación y desplazamiento. La fluctuación entre ambos circuitos y la incidencia de un discurso dubitativo y conjeturante, acorde a una conciencia alterada y ansiosa, hacen surgir una contundente hipótesis de lectura: que todo lo narrado es una proyección de la fantasía del narrador.

En el cuento (o microcuento, minificción o como quiera denominarse) *Zapping*, de Camilo Montecinos, se exponen los avatares mentales de un narrador-personaje que reflexiona, a partir de la contradicción radical que caracteriza su discurso, respecto a lo merecido o no que pueda ser un crimen. La distorsionada auto regulación moral convive, sin matices, con una condición psicopática que define su acto de habla y la fuerza *ilocucionaria* del mismo.

En *Amnesia*, de Cristián Cisternas, se construye un sujeto narrativo a partir de enunciados que poseen una alta densidad figurativa. Al ser el lenguaje el principal protagonista del relato, el inconsciente aflora en el texto por instantes, volviendo a menudo extraños los signos referenciales del discurso. En una escritura que apunta más a sí misma, a sus formas de construcción del relato, que a una realidad externa al signo, lo no racionalizable parece surgir desde los reductos más inexplorados de la conciencia narrativa. Ello radicaliza en el lector la distancia que opera entre la extrañeza y la familiaridad en la que consiste todo acto de lectura. Un lenguaje ultra elaborado da forma a la materia primigenia, al cuerpo, a los olores, a lo escatológico, impregnando la

escritura de una nomenclatura neobarroca, que parece derrochar lenguaje en función del placer y estimular estrategias ficcionales para nombrar lo huidizo cotidiano.

También en *El combate*, de Miguel Vera, la situación narrativa instala un conjunto de significantes que remiten a una forma de violencia naturalizada, que hace difícil imaginar una manera distinta de comunicación. La escena resultante en torno a la dinámica circular entre víctima y victimario, se concentra en una relación de pareja, entre el narrador-personaje y una mujer con, según la opinión del narrador, una difusa enfermedad psiquiátrica, una patografía incierta. La naturalidad con la que se narra deja en evidencia el sustrato kafkiano que alienta la imaginación creadora y la predominancia de lo tanático por sobre lo erótico.

X.- Llama la atención la ausencia de cuentos insertos plenamente en el género de la Ciencia Ficción. Sin embargo, en ciertos textos se reflexiona acerca de las relaciones entre el ser humano y la máquina, los límites de la ciencia, las limitaciones de la inteligencia humana y las posibilidades de superarlas mediante el control tecnológico de la evolución biológica, el surgimiento de un nuevo prototipo humano gracias a la tecnología y la ciencia, etcétera. El transhumanismo y el posthumanismo, desde sus propias opciones epistemológicas, observan cómo la tecnología ha influido en la concepción del cuerpo, convirtiéndose en un territorio de experimentación y manipulación, destruyéndose así el mito que lo veía como la expresión de lo natural, opuesto a toda artificialidad. Estos contenidos, provenientes de distintos saberes

y desarrollados con profundidad por la historiadora estadounidense Donna Haraway, se encuentran elaborados ficcionalmente en ciertos cuentos de la *Antología*. A nivel del discurso de ideas, tales relatos analizan la relación entre la tecnología y una nueva forma de Estado, un sistema que piense al sujeto y no viceversa, determinando sus funciones, conteniendo y dominando sus energías y pulsiones de todo tipo.

En *El discurso*, de Marco Fabián Cortes, se indaga acerca de las posibilidades de la robótica de adquirir o generar un repertorio emocional que la humanice. La genialidad, la sabiduría y lo impredecible del personaje central del cuento, son los antecedentes en los que se baraja la irrupción de lo absurdo, al modo de una gran interrogación acerca del ser humano maquinizado y viceversa.

En el cuento de Sonia Cienfuegos, *Calamares en su tinta*, el saber científico sobre el ser humano y la ciencia se entreteje con una problematización acerca del sentido de la vida y su inaprensible origen. La escritura deja apreciar un posicionamiento de arraigo neoexistencialista y de una subjetividad eminentemente postapocalíptica. Lo apocalíptico se bosqueja en un sentimiento de desesperanza y una sensación de un apocalipsis sostenido, que articula pasado, presente y futuro, y se experimenta como una sensación de catástrofe constante, como estar ante un final que nunca llega. En consecuencia, el estado de ánimo del relato se fragua en un equilibrio entre una atmósfera de tristeza lírica y un asumido desencanto.

En *El mejor hombre*, de Felipe Tapia, a pesar de que no hay

una información sobre el tiempo en que transcurre la historia narrada, ésta se sitúa en un momento postdemocrático, ya que la democracia ha dejado de existir como forma de gobierno. Lo que se ha instalado, en cambio, es una «demarquía selectiva», es decir, el gobierno de los expertos, de los detentores del saber, de quienes encarnan y representan el vínculo indisoluble entre saber y poder. En una sociedad como la aquí imaginada y descrita, quienes podrán acceder a puestos de relevancia serán aquellos que nunca hayan deseado tener y ejercer potestad sobre sus congéneres. Un nuevo criterio de clasificación de los individuos ha sido instaurado, en coherencia con los fundamentos de una nueva sociedad, regulada por los principios de la «demarquía selectiva».

En suma, la *Antología del cuento chileno reciente* comprueba la fortaleza del género del cuento en la Narrativa Chilena del siglo XXI. La rigurosidad formal y el oficio que se observa en cada uno de los relatos escogidos, como la diversidad de los universos narrativos desplegados, son sólo algunos de los aspectos que hacen de este libro un texto imprescindible para saber en qué están las y los cuentistas chilenos/as en la actualidad.

**LETRAS
DE
CHILE**

Antología del Cuento Chileno Reciente

Cristóbal Acevedo

Autor chileno nacido en 1979 en Caracas, Venezuela. Se tituló como abogado en la Pontificia Universidad Católica de Chile en el año 2005, para luego cursar estudios de posgrados en distintas disciplinas.

Tomando elementos de Edgar A. Poe, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, entre otros autores de la literatura fantástica moderna y contemporánea, Cristóbal Acevedo logra construir un universo literario con facciones propias.

Su estilo se caracteriza por la universalidad del relato, haciéndolo accesible a todo lector; posibilitando adentrarse en su lectura en distintas capas y profundidades.

La caja envuelta

En mi decimocuarto cumpleaños recibí, perfectamente envuelta, una caja para guardar recuerdos. A esa edad pensaba en todo menos en intentar conservar recuerdos de algo. No reclamé. Sabía que mis padres a duras penas nos sostenían, por lo que le di un uso: oculté allí cartas que en esa época le escribía a mi «yo» adulto.

Hace unos meses, encontré esa antigua caja y me dispuse a leer la correspondencia que desde pequeño me dirigía a mí mismo. Ordenadas cronológicamente, para mi sorpresa describían con bastante precisión mi vida de adulto. Algunas cartas hablaban de eventos de un día en específico y otras, más largas, de lo acontecido en una semana o un mes. No recordaba haber escrito con tanta exactitud mi futuro, anticipando la que sería mi profesión, describiendo desventuras varias o detalles sobre la mujer con la que me casaría y hasta el nombre de mis tres hijos y de mi perro.

Cuando llegué a la carta que correspondía a mi edad actual, una frase escrita en color rojo al final de la última hoja me advirtió: «Aunque está escrito, sólo depende de ti». No me atreví a continuar la lectura, porque la numerosa correspondencia que seguía probablemente hablaba de mi futuro.

Desde ese día, cada una de las palabras que decía o de las decisiones que adoptaba las pensaba muchas veces. No sé si queriendo coincidir o buscando apartarme de lo que eventualmente estaba descrito en las cartas. No soportaba la inseguridad que

se apoderaba de mí, como si no fuera dueño de mis acciones, y quise deshacerme de la caja. Debía contarle a mi esposa, pero no era capaz. Estaba seguro de que Sara revisaría las esquelas y sucumbiría ante la misma obsesión que me invadía.

—Mamá, ¿recuerda esa caja que me regaló de pequeño? —le pregunté a mi madre, que se consumía lentamente por el *Alzhéimer*.

Sonrió con sus pequeños ojos.

—Se la envolví para que usted la guarde —dije.

Cuando me iba yendo de su casa, me interrogó en su tono vacilante:

—¿Así es que las has estado leyendo?

—No, mamá... En realidad, sí —contesté confuso.

—Hijo, ¿te irías más tranquilo si te digo que, aunque está escrito sólo depende de ti?

—No, mamá... Aunque sí.

La besé en la frente, apenas reteniendo las lágrimas que reclamaban por salir.

En ese mismo momento, mi madre recobró la memoria. Lo supe por su sonrisa al despedirse, mirándome como el día en que me regaló la caja envuelta.

Roxana Álvarez

Roxana Álvarez es ingeniero civil industrial de la Universidad Católica. Participó en el taller de Poli Délano.

Su cuento *La cuerda* fue finalista del Concurso de Cuentos Paula en 2001, y la obra *Una jugada torcida del destino* obtuvo un segundo lugar en cuento en los Juegos Literarios Gabriela Mistral del 2003.

La puerta

—¡Espérenme aquí! —les dice Carolina a los hombres de la mudanza, que estacionaron la camioneta delante de su *jeep*.

Se cierra la chaqueta de cuero y, tratando de no manchar sus botines negros, salta unas pequeñas charcas hasta alcanzar la vereda, tan resquebrajada y vieja como el barrio al que ha llegado.

Se acomoda el cabello y, con una sonrisa, contempla el cielo: es un día luminoso y nubes algodonosas flotan hacia el sur. La lluvia reciente ha lavado todo y permite descubrir los detalles más nimios, como el musgo que aflora tímido entre las grietas, amparado a la sombra de las casas.

Carolina confirma la dirección en su libreta, sube las gradas de piedra a la entrada y presiona el timbre. Se toma un tiempo para mirar la casa: las elegantes cornisas y las balaustras del segundo piso hablan de un pasado fastuoso, una belleza añeja, de muros envejecidos y opacos por el polvo. La descascarada puerta de calle no parece la original, las tablas de las paredes están un poco torcidas y cubiertas de garabatos en lo poco de pintura blanca que les resta.

Los muchachos de la camioneta escuchan rancheras. Carolina con el pie sigue la música, que se percibe nítida, como si la lluvia también hubiese cambiado la consistencia del aire.

Se asoma una mujer de rostro pálido y anguloso, cabello entrecano y sujeto en una trenza, que la mira enarcando las cejas. Al ver que la joven sonrío, suaviza sus gestos y termina de adosar la puerta al muro.

Adelante por el pasillo, Carolina descubre la puerta-mampara de la que tanto le han hablado: el marco de cedro macizo y el dibujo al trasluz, dos garzas talladas en el cristal empavonado, una en cada hoja. Junto a la madera, el biselado acaba de forma perfecta la obra del artista.

—Usted debe ser la señorita decoradora —dice la mujer al ver a la muchacha con sus jeans grises ajustados y su chaqueta negra, mirando abstraída hacia el interior.

—Soy Carolina —dice, dándole la mano—. Es magnífica, más hermosa de lo que imaginé —añade en voz baja.

—Sí, todo en esta casa lo era —responde la mujer, espirando el aire—. Perdone que no le haya abierto de inmediato, el barrio está muy malo y ya ve, dos mujeres solas...

—Inés, Inés, ¿quién busca? —se escucha una voz por el pasillo.

—La señorita que nos comprará la puerta, tía Clara —responde la mujer, con más énfasis del necesario. Casi en el mismo instante se asoma una anciana baja y regordeta.

—Buenas tardes, señorita, ¿quiere pasar? —la invita la tía Clara y se dirigen a una habitación de paredes muy altas, que permanece en penumbra.

Carolina pasea la vista por la habitación: muebles sencillos y un sofá de felpa gris descolorido al que se le escapan las plumas.

—Así que usted es Carolina Irarrázabal. Tan bonita, como la veo, me recuerda a Angelina. De joven fui muy amiga de su abuela —dice la anciana y se queda contemplándola con una sonrisa benévola, unos segundos—. ¿Cómo está Carlitos? Me contaron que su tío es gerente en el banco... ¿cómo se llama ese

banco, Inesita? —pregunta, cogiendo un mechón de sus delgados cabellos canos.

Inés expone las palmas de sus manos y eleva los hombros dando a entender que también lo ha olvidado.

—Pues es un banco muy importante —dice Clara.

—El Banco de Santiago —dice Carolina.

—Ese. ¿Le gustaría un tecito? —interrumpe Inés, en un susurro.

—No, gracias —contesta Carolina y se vuelve hacia la anciana—. Doña Clara, tengo que marcharme pronto —dice, deslizado sus dedos sobre uno de los numerosos paños tejidos a bolillo que cubren los brazos de los sillones y cada una de las mesas ratonas.

—Bueno, ese chiquillo, Carlitos... —recuerda la tía Clara entornando sus ojos celestes, casi grises—. Siempre venía con Angelina y jugaba con Gonzalo, mi hijo. Corrían y revoloteaban horas por estos pasillos. Era muy travieso, sí, no se estaba quieto —dice con la vista perdida en el pasado—, aunque a veces lo sorprendía sentado en la escalera mirando la puerta de entrada. Cuando mi hijo murió, Carlitos dejó de venir. Veo que aún está interesado en ella —suspira—. Mi padre mandó a construir esta casa con los más finos materiales, algunos traídos directamente de Europa. Ahora, como la ve, la casa esta vieja y derruida, lo único intacto es la puerta. ¿No son bellos sus dibujos, el agua de cristal transparente, el pico de la garza engullendo un pez, las cañas y las totoras que parecen reales?

—Por eso estoy aquí —dice Carolina entrecruzando sus dedos, sin mirar a la anciana. El rubor colorea sus mejillas.

—Mire, Carolina, quedamos más tranquilas sabiendo que estará en la casa de Carlitos. Él es como de la familia.

—Estupendo, entonces —dice la joven, levantándose—. ¿Pueden comenzar a desmontarla?

—Dícales que pasen, no más —responde Clara y junto a Inés se encamina a la puerta—. ¿Nos alcanzará para la operación? —pregunta en voz baja, escrutando los ojos de su sobrina.

—Eso creo, tía —responde Inés y acercándose le toma la mano.

Las siluetas se cortan contra la luz que proviene del patio interior. Carolina vigila a sus ayudantes.

Apenas unos segundos y la puerta está fuera. El vano, como un ojo vacío, hace patente la pobreza del papel amarillento y levantado. En andas, los mozos la llevan a la camioneta y depositan las hojas sobre unas barras acolchadas.

—Bien, aquí tiene, lo que acordamos —dice Carolina cuando las mujeres se asoman a la calle y le extiende un sobre a la anciana. Se despide y esquivando las pozas vuelve al *jeep*.

—¡Tengan mucho cuidado, no se puede estropear! —grita, dirigiéndose a los muchachos, mientras sube a su vehículo.

—Salude a Carlitos... —dice la tía Clara, adelantando un paso y alzando la mano para despedirse.

Carolina ha dado la marcha al motor. No la ve, ni la escucha.

—Salude a Carlitos... —repite con voz desmayada. Inés la sostiene por los hombros.

Sergio Amira

Concepción, 1973. Ha publicado las novelas: *Identidad suspendida* (2007), *Kitsune* (2014), *Mad Love 500* (2015), *Armórica* (2016), *Otherkin* (2018), *Sweet Dreams* (2018) y *Los 40 nombres de la nieve* (2021). Ha sido antologado en *Pulsares* (2002), *Visiones 2005* (2005), *Años luz, mapa estelar de la ciencia ficción en Chile* (2006), *Bordecerro* (2007) *Alucinaciones.TXT* (2007), *CHIL3: Relación del Reyno* (2010), *Octocéfalo* (2011), *Poliedro II, III, IV y VI* (2007-2019), *Café Tacvba. A través de las persianas* (2016), *Espacio austral* (2016), *El horror que vino del sur* (2018), *Zombies Chilenos* (2018), *Quiero la cabeza de Sir Arthur Conan Doyle* (2018), *Era Draconiana* (2018), *Taberna de Insmouth 2* (2019), *The Cure: canciones de cuna para desintegrarse* (2019), *David Bowie: manual de amor moderno para aliens* (2019), *Riffs de miedo* (2020), *Confinamiento* (2020) y *Proyecto Usher* (2020).

El fin

El agente Alban Kazarian llamó tres veces a la puerta de la añosa casona, sin obtener respuesta. Insistió y al cabo de unos segundos la puerta se abrió, revelando a una joven marroquí, ante la cual el agente se presentó solicitando entrevistarse con el capitán Waller. La muchacha, en perfecto inglés, le respondió que escribiera su nombre en un papel y vería si el señor accedía a recibirlo. Del bolsillo interior de su saco, Kazarian sacó una tarjeta de la compañía belga SGB y se la extendió a la muchacha. Ella observó la tarjeta de presentación por ambos lados y luego se la regresó, señalándole que de todas formas escribiera su nombre en el reverso.

—Son instrucciones específicas del señor Waller —manifestó.

Kazarian hizo como se le solicitaba y entregó la tarjeta de vuelta. La joven le pidió que aguardara un momento y se retiró. Sin otra cosa mejor que hacer, el agente se sentó en los peldaños de la puerta. Tras seis meses recorriendo el globo en busca del capitán Lawrence Waller, esperar algunos minutos no le suponía mayor inconveniente.

Antes de hallar el domicilio del capitán, Kazarian recorrió el casco del viejo Tánger, preguntando por él en cada mercado y tugurio de mala muerte. Luego de varios días hablando con marroquíes, que lo miraban con desconfianza, el agente logró extraerle información a un traficante de carne negra. Y aquí estaba finalmente, a punto de entrevistarse con el supuesto último

hombre en ver con vida a Charles Barlowe, explorador y viajero que mantenía una deuda pendiente con la Compañía.

—El señor va a recibirlo —dijo la muchacha, reapareciendo en la puerta.

El agente abandonó sus recuerdos, se sacudió el traje e ingresó a la casa.

El vestíbulo era pequeño y estaba atiborrado de periódicos, libros y artefactos de toda clase. Varias puertas se fueron abriendo frente a Kazarian, revelando habitaciones tras habitaciones, repletas de alfombras, *kilims*, antigüedades y objetos provenientes de todos los rincones del planeta. Tras agotar el estrecho corredor, el agente se vio enfrente de Waller en un dormitorio colmado de libros, con vistas al Estrecho de Gibraltar. El capitán estaba recostado en una amplia cama, sobre la que podían verse varios papeles desperdigados. Su aspecto era frágil, aunque sus ojos eran tan vivaces como los de un halcón.

Waller invitó a Kazarian a tomar asiento y le ofreció té verde a la menta, pero el agente de la Compañía solo pidió un vaso de agua. La asistente del capitán trajo una bandeja con una gran jarra y ambos bebieron. Luego de esto, el anciano le contó a Kazarian sobre su precario estado de salud. Una mesita redonda de cobre, atiborrada de fármacos, daba cuenta de aquello. Más allá, sobre un escritorio, podía verse una anticuada máquina de escribir.

—Por lo que veo, a usted le gustan mucho los libros —observó el agente.

—En efecto —asintió Waller—, y aunque mis ojos ya no me acompañan como antes, ha de saber que he leído todos y cada

uno de los volúmenes que poseo. ¿Le atrae la literatura, agente Kazarian?

—Sí, particularmente los clásicos. Milton, Blake, Browning...

—¿Coleridge?

—Por supuesto, y Thomas de Quincey, también. Pero no vine a hablar de escritores, capitán Waller.

—Lo suponía —contestó él—. Usted vino a preguntarme por Charlie Barlowe, ¿no es así?

—Está usted en lo correcto —asintió Kazarian, y fue todo cuanto el anciano necesitó para hablar:

—Lo primero que debo decirle sobre Barlowe, es que era un marinero atípico. Aunque más que marino yo lo definiría como un vagabundo, ya que de entre todos nosotros era el único que «seguía el mar». Desde que me asomé a su «abismo», entendí mejor el significado de esa penetrante mirada en sus ojos: incapaz de ver la llama de una vela, pero tan amplia como para abarcar el universo y horadar en los corazones que laten en las sombras. Después de su travesía por Zaire en busca del capitán León Rom, Barlowe se marchó al fin del mundo, a una maestranza junto al Estrecho de Magallanes manejada por técnicos ingleses. *Minerva* se llamaba ese taller y debo decirle que no tenía nada que envidiarle a los mejores de Europa. Allí se fundía hierro y bronce, se reparaban buques, se fabricaban prensas para lana y estanques de todos los tamaños, molinetes a vapor, bombas de alimentación... También se reparaban motores *semi-diesel* y de gas pobre, motores eléctricos y de automóviles y tractores. Aquel viejo taller era el orgullo de la industria magallánica, sí, señor. Y allí trabajaba

Barlowe. Seguíamos sabiendo de él, ya que jamás faltaba alguna embarcación que no hubiese recurrido a los servicios de *Minerva* durante su tránsito por el Estrecho de Magallanes.

—Estamos en conocimiento de eso —afirmó Kazarian—, lo que no sabemos es qué pasó después. Charles Barlowe era el administrador de la maestranza, ¿no?

—Por supuesto —contestó el anciano—. Barlowe era un líder nato, los hombres le seguían a donde fuera.

—He oído muchas historias sobre él —dijo el agente con indiferencia—, y pese a su traición, en la Compañía se le venera como si de un héroe legendario se tratase, aunque sigo sin saber qué lo hacía tan especial.

—Lo que hacía especial a Barlowe —respondió Waller—, fue que se atrevió a dar el último paso. Traspasó el umbral de la civilización, por así decirlo, y se convirtió en algo más que un hombre. Me atrevería a asegurar, incluso, que Barlowe estaba tan lejos del hombre, como nosotros lo estamos del simio. Aunque aun así no pudo librarse completamente de las pasiones humanas, de la ira y la venganza...

—Capitán Waller —dijo Kazarian en un intento por evitar que el anciano divagase—, ¿sabe usted por qué Barlowe abandonó su trabajo en la maestranza y se marchó de Magallanes?

—Pues porque el mar es más fuerte —contestó el capitán.

—Lo último que se supo de Barlowe es que se embarcó en una fragata británica de vuelta a Europa —acotó el agente de la Compañía—, pero dicha embarcación jamás llegó a destino.

—Así es —confirmó Waller—, la fragata terminó encallando

en las costas de la Patagonia Occidental. Por todas partes los fuegos de la muerte bailaban en la noche; el agua, como los óleos de una bruja, ardía blanco, verde y azul... Los fueguinos adoraban al diablo, ¿sabe?

—Esa presunción está basada en burdos embustes colonialistas para deshumanizar a los patagones y exhibirlos en zoológicos humanos —objetó el agente.

—Curioso que lo diga alguien que trabaja para la *Société Générale de Belgique* —contraatacó Waller.

—La Compañía ha cambiado mucho desde su época, capitán —replicó Kazarian—. La explotación de otros pueblos es considerada actualmente como algo inaceptable.

—Puede que así sea, pero lo que digo es totalmente cierto —aseveró—. Cuando un fueguino está por expirar, se aparecen de diez a doce demonios, llamados *cheleule*, que bailan y cantan a su alrededor. El que hace más ruido que los otros se llama *Setebos* y tiene tantos brazos como un pulpo...

—¡Patrañas! —exclamó Kazarian con fastidio—. Los fueguinos no creían en *Setebos*, porque es un personaje de *La tempestad*, de Shakespeare. ¡Dígame la verdad, Waller!

—Pero eso es justamente lo que estoy haciendo —insistió el anciano—. Los fueguinos adoraban a *Setebos*. Contrario a lo que usted cree, no se lo inventó el bardo de *Stratford-upon-Avon*... Barlowe vio a *Setebos* a los ojos y pudo vivir para contarlo, aunque no por mucho tiempo. Cuando acudí al archipiélago a rescatar sus despojos, supe con detalle las circunstancias en que Charlie había fallecido. Tras el naufragio, él y unos pocos sobrevivientes

—entre los cuales se hallaban unos marineros apellidados Hamilton y Campbell—, se vieron forzados a convivir con los autóctonos. Durante los inviernos se refugiaban en las zonas bajas y en el verano ascendían a las mesetas centrales de la Patagonia o a los Andes...

—Y según usted, Barlowe estaba con ellos —interrumpió Kazarian.

—Así es —confirmó Waller—. Ocurre que el cacique de la tribu que albergaba a Barlowe y los otros había ido con su mujer a corta distancia de la costa, donde ella buscaba erizos. Uno de los hijos del cacique, de unos tres años, se echó al agua para ir a encontrarlos. El padre puso una canasta de mariscos en manos del chico, pero hallándola muy pesada, el pequeño la dejó caer. Ante esto el padre saltó de la canoa y, cogiendo al niño por los brazos, lo estrelló violentamente contra las rocas. La pobre criatura quedó sin movimiento y desangrándose, hasta que su madre fue a recogerlo.

Waller hizo una pausa para tragar saliva.

—¿Qué ocurrió con el niño? —preguntó Kazarian.

—Murió —contestó el anciano—. La mujer estaba inconsolable, pero el padre no manifestó pesar alguno. Fue entonces cuando a Barlowe se le metió *Setebos* en el cuerpo y golpeó al cacique en la cabeza con un remo, una y otra vez, mientras los otros lo miraban, pasmados. El hijo mayor del cacique oyó los gritos y detuvo a Barlowe con una lanza que le atravesó los omóplatos. Al ver esto, los señores Hamilton y Campbell cogieron una canoa y huyeron del lugar, perdiéndoseles la pista. Hasta mi llegada, a

nadie le importó recuperar los restos de Barlowe y cuando por fin di con sus huesos, la hierba crecía alta por entre sus costillas. La aldea estaba abandonada y las chozas se caían, con los techos podridos. Evidentemente, había ocurrido una catástrofe. Los nativos, aterrorizados, se internaron en los bosques y no regresaron jamás.

—Debo confesarle, capitán Waller, que es difícil separar la verdad de la mentira en su historia —dijo Kazarian—. Sin embargo, hay algo de lo que estoy seguro.

—¿Y eso qué sería? —preguntó el anciano.

—Barlowe no murió —afirmó el agente desenfundando su pistola de tobillo y levantándose de la silla—. Usted es Charles Barlowe, no lo niegue. Esa mirada penetrante que ha descrito, capaz de horadar en los corazones que laten en las sombras, es la misma que veo en sus ojos.

El viejo marinero miró a Kazarian fijamente por unos segundos, luego desvió la vista hacia la ventana y esbozando una sonrisa, dijo:

—Estoy muy enfermo, agente. No me quedan más de tres o cuatro meses.

—¿Para qué prolongar su agonía, entonces? —comentó Kazarian sin dejar de encañonarlo.

—Estoy escribiendo mis memorias —explicó Barlowe—, se las estoy dictando a un muchacho oriundo de Missouri que viene por las tardes. Me falta tan poco para terminarlas, tan poco...

Kazarian no bajó el arma, pero aquellas palabras le hicieron dudar sobre su misión.

Y mientras el agente de la Compañía decidía qué hacer, Barlowe observó cómo una densa franja de nubes oscuras comenzaba a cubrir el mar. La tranquila corriente que llevaba a los confines de la Tierra fluía bajo el cielo.

Cecilia Aravena

Asistente social, Máster en Ciencias Sociales. Trabajó en la Vicaría de la Solidaridad hasta 1990, luego ha sido docente en la Universidad Católica de Curicó, el Instituto del Valle Central y en la Universidad Autónoma del Sur. Desde 1993 trabaja en el ministerio de Desarrollo Social y Familia.

Es miembro del Taller de Poli Délano desde el año 2007 y de la Corporación Letras de Chile desde el año 2014.

El año 2018, Editorial Espora publica su primer libro de cuentos: *Fragmentos de Chile*. En el año 2019, publica la novela policial *La verdad secuestrada*, en coautoría con Eduardo Contreras Villablanca, (Mago Editores y Editorial Espora). En el año 2020, edita dos nuevas obras en coautoría con Eduardo Contreras: la novela negra *Estación Yungay* (Rhinoceros – Espora) y el libro de cuentos de Ciencia Ficción *Investigando humanos y otros cuentos para el fin del mundo* (Editorial Espora). Tiene más de diez cuentos y poemas publicados en antologías como *Entrepuentes* (Mago Editores, 2007), *El taller de Poli Délano* (Editorial Espora, 2017), *¿Están escribiendo?* (Editorial Espora, 2019), y *Antología de poesía chilena reciente* (Letras de Chile, 2020).

La fuga y el encuentro

Acomodó el sillín y abrió el piano. Crujió la madera, un pedal estaba suelto y las teclas se hallaban cubiertas de polvo, pero el piano estaba afinado. Rafael cerró los ojos, intentando recordar su último concierto. Se sintió transportado al Gran Teatro del Liceo de Barcelona, con sus dos mil asientos ocupados, en el año 2003. Apoyó las hojas amarillentas que le había entregado el hombre en el atril del piano y comenzó a tocar.

La primera parte era un cúmulo de voces sin ninguna conexión. Rafael no entendía lo que estaba interpretando. Luego, en la segunda sección, los reiterados silencios le parecieron absurdos. Se detuvo. Enseguida escucho un ruido fuerte que provenía del techo. Imaginó al hombre golpeando el suelo con un bastón.

—¿Qué es esto? —respondió Rafael a los golpes— ¡No se puede tocar!

Los bastonazos continuaron, pero igualmente recomenzó la armonía.

Insistió un par de horas y se dio por vencido. Tocándose el chichón en la nuca, se tendió en la litera arrimada a la pared y se tapó con una frazada azumagada. El olor a humedad lo impregnaba todo.

Despertó con el ruido de la puerta al abrirse. Ya amanecía y al enderezarse sintió un ardor en el estómago. ¿Cuántos días llevaba sin comer? ¿Dos, tres? Se acordó de la noche fatídica en que, mientras dejaba su *Jack Daniels Etiqueta Negra* en el male-

tero, sintió el golpe en la cabeza y luego un empujón que lo dejó tendido en la cajuela. Cuando recuperó la conciencia ya estaba en esa oscura habitación de muros con olor a humedad. De inmediato se puso a gritar, hasta que un hombre cruzó la entrada con el rostro cubierto por un pasamontaña. Vestía una leñera roja y unos jeans desgastados. Traía unas partituras enrolladas, que con cuidado desplegó encima de una mesa en un costado del cuarto. Luego levantó un brazo, apuntando hacia el fondo de la habitación. Había un piano vertical adosado al muro.

—Toca mi fuga —dijo el hombre con una voz quebrada y grave.

—¿Quién es usted? —exclamó— ¿Por qué me tiene encerrado? ¿De qué se trata todo esto? No soy un hombre de fortuna, tiene que haber un error.

—No me importa tu dinero. Soy compositor igual que tú, pero sin las oportunidades, las amistades... Sin tu suerte.

—Pero ¿qué quiere? Hace años que no toco, ¿no lo sabía?

—Sé todo sobre ti. Viudo, convertido en un alcohólico. Reemplazaste tu talento por autocompasión. Ahora vas a tocar mi música y lo harás con maestría, ¿me oyes? Si no morirás de hambre en esta pocilga.

—Aún conservo algunas amistades, lo podría ayudar...

—¿Ayudar? Hace veinte años podrías haberme ayudado, pero ni siquiera me dejaste terminar. Estabas apurado por partir al aeropuerto y no te importó que antes te esperase por dos horas. Mi más importante audición, pero no quisiste darme algo de tu tiempo. Eran sólo unos minutos...

—Toque ahora, lo escucharé con gusto.

—Cállate y mira mis manos. ¿Acaso estos callos son de un músico? La gente como yo oculta sus sueños porque tiene que comer, ¿sabías? Pero no moriré sin escucharte interpretar mi *Fuga*. No, señor. No lo he perdido todo.

—Pero hace años que no toco. Como tú dices, me convertí en un fantasma, ebrio casi todas las noches. Ya nadie se acuerda de mí.

—Yo sí y si no eres capaz de interpretar mi música como en tus mejores tiempos, morirás. ¿Me oíste?

El hombre salió dando un portazo y Rafael escuchó que le ponía llave a la gruesa puerta de madera. Se prendieron unos tubos fluorescentes y contempló el viejo piano. La habitación tenía una pequeña ventana en lo alto de un muro que mostraba un cielo negro sin estrellas.

Una mañana más, otra vez el ruido de la puerta al abrirse, unos pasos lo terminaron de despertar y escuchó la áspera voz del hombre:

—Has tocado poco, aún no pasas a la sección final. Hoy quiero escuchar que la tocas completa. De lo contrario, ni agua te daré. Aquí tienes tus lentes. Uno de los cristales se rayó cuando caíste al portamaletas, pero igual te servirán.

—Cuando me encerraste, querrás decir. No es fácil tocar tu composición, no eres Bach precisamente. El contrapunto tiene demasiadas voces.

—Basta, no quiero escucharte. Aprenderás cada sección como

si fueran tuyas. Entenderás el contrapunto de cada una de esas voces, con sus ritmos y armonías, ¿me oyes?

El golpe seco de la puerta cerrándose y luego los pasos del hombre subiendo la escalera, eran de los pocos sonidos distintos al piano que escuchaba allí dentro. Recordó que cuando fue secuestrado aún no terminaba su plato de pescado con puré de papas. El *chardonnay* que dejó en su copa, lo hizo lamer sus labios. Se maldijo por salir aquella tarde a comprar licor.

Sus dedos se deslizaron nuevamente por las teclas, sin apuro, resignadas al hambre, el frío y el encierro. Sentía que las voces en la música no conversaban. El piano y él sufrían la locura del secuestrador. Sin intervalos, la armonía era un desorden.

Rafael estuvo el resto del día repitiendo las secciones de la obra musical. A medianoche llegó apenas a su improvisada cama y se desplomó. El dolor de cabeza y el hambre lo aturdieron.

En los días siguientes sus manos recuperaron la elasticidad perdida y sus dedos acariciaron las teclas como si fueran de terciopelo. La música comenzó a mezclarse con la reciente lluvia y los hachazos del hombre afuera cortando leña. Todo empezaba a unirse. El contrapunto era más nítido, la cadencia de la última sección ordenaba al resto. Reparó en que hacía años que no se sentía contento por nada. Avanzó en las partituras, sin juzgar, sin comparar con otras piezas que había tocado antes. Se entregó a esa extraña composición como si le perteneciera. La voz de su secuestrador y la de él mismo eran las que dialogaban, el contrapunto eran sus vidas tan opuestas. El preludio cambiaba las armonías.

De pronto, escuchó aplausos provenientes del piso de arriba y la voz del hombre pareció acercarse.

—¡Bravo, bravo, eso es, eso fue siempre! —dijo el captor al entrar en la celda—. Sólo necesitaste unos días, mientras a mí me tomó toda la vida escribirla. Mañana te irás. Ahora come y descansa.

El hombre del pasamontaña le dejó un trozo de queso, un plato de sopa, pan y nueces junto a una taza de leche caliente. Se comió todo en pocos minutos, deteniéndose sólo a secarse las lágrimas que no dejaban de bañar su cara. Otra vez pensó en que hacía mucho tiempo que no se sentía contento por nada.

Antes de las doce del séptimo día, Rafael despertó en el estacionamiento del local en que fue raptado, con la cabeza apoyada en el volante de su auto y en sus manos el rollo con las partituras amarradas con un elástico. Un fuerte dolor de cabeza lo estremecía.

El teatro estaba lleno, era su primer concierto sinfónico después de seis años. En los arcos de la entrada se agolpaba el público. El murmullo de los espectadores avanzando por los pasillos y la gran lámpara de cristal en el centro de la cúpula, ya no eran ensoñaciones suyas en las barras de las tabernas. Estaba allí, a punto de comenzar. Los pliegues de terciopelo rojo del telón ya se habían plegado. Volvería a embriagarse con la admiración de su público, ya no necesitaría a su amigo *Jack*. En los instantes en que anunciaban su nombre y él respondía con una reverencia, recordó una audición en Buenos Aires veinte años atrás. Debía viajar a México por la noche y terminó antes. Se acordó del muchacho con

corbatín celeste sentado ante el piano. ¿Sería el hombre de voz grave y espaldas anchas que lo secuestró? Abrió el concierto con la *Fuga*, sus dedos saltando entre las teclas, mientras sus brazos se tensaban con cada movimiento. Su mente iba y venía entre la lluvia, el frío, la melodía y la casa de piedra de su encierro.

A kilómetros de distancia, en una vieja casa del Cajón del Maipo, mientras oía la transmisión en vivo del concierto, un hombre de leñera roja se empinaba un jarro con aguardiente y seguía los movimientos del maestro con la mano que le quedaba libre.

Alejandra Basualto

Rancagua, Chile, 1944. Poeta y narradora. Licenciada en Literatura y egresada de Doctorado en Literatura Latinoamericana, Universidad de Chile. Parte de su obra, tanto en narrativa como en poesía, ha sido traducida al inglés, francés, italiano, danés, mapudungún, rumano, búlgaro (cirílico) y bengalí, y griego. Publicada en antologías y revistas literarias en Chile, Estados Unidos, Canadá, México, España, Francia, Italia, Dinamarca, Rumania, Bulgaria, India y Grecia.

Ha obtenido varias distinciones tanto en Chile como el extranjero.

Obras: *Los ecos del sol*, poesía, 1970; *El agua que me cerca*, poesía, 1984; *La mujer de yeso*, cuentos, 1988; *Territorio exclusivo*, cuentos, 1991; *Las malamadas*, poesía, 1993; *Desacato al bole-ro*, cuentos, 1994; *Altovalsol*, poesía, 1996; *Casa de citas*, poesía, 2000; *Antología personal (1970-2010)*, poesía, 2010; *Invisible, viendo caer la nieve*, novela, 2012; *Cuchillos*, poesía, 2017; *Telarañas y puñales / Cobwebs and daggers*, Edición bilingüe, poesía, 2017, *Mujer cinco / Woman fuve*, Edición bilingüe, poesía, 2018.

Dirige el taller literario y la Editorial La Trastienda desde hace más de treinta años. También realiza talleres literarios, tanto en poesía como en narrativa, en diversas instituciones educacionales privadas y públicas.

Yo sé que fue cobardía

La carta decía: «jueves 28 de mayo a las 19:30, hora de Chile». El sobre tricolor, con las estampillas de la reina, pesa toneladas dentro de su bolso *Gucci* de cuero. Está allí sentada desde la hora del té, porque la ansiedad del encuentro la ha mantenido a saltos desde que abrió los ojos al alba. Su marido no se extrañó: «¿Otra vez con insomnio, *cherie*? Trata de relajarte, sal de compras. Yo tengo un día pesado y llegaré tarde». Como de costumbre, sopló un beso al aire y se fue, tan afeitado y elegante. Últimamente ella le ha notado algunas canas que agregan prestancia a su pelo castaño y le encantan esas arruguitas alrededor de sus ojos claros cuando sonrío. Sin embargo, no pudo responder a su saludo. Hoy amaneció como equilibrista en su noche de debut.

La carta llegó hace una semana y nadie se extrañó, reciben tanta correspondencia del extranjero. Pero esta es especial—durante años han llegado otras de la misma procedencia para Pascuas o cumpleaños, sin amenazar la seguridad ni la paz de ese acolchado mundito suyo—, ahora le anuncia breve paso por Santiago rumbo a Buenos Aires y quiere verla.

Tomó un largo baño de tina y el agua tibia relajó la tensión. Se jabonó con más dedicación que de costumbre, deteniéndose a observar con ojo crítico el estado de su piel. «Debería haber sido más rigurosa con la gimnasia, pero aún conservo el tonito dorado del largo veraneo en Pucón. Claro que el tiempo va dejando huellas en mi rostro, a pesar del colágeno, las cremas de placenta y

las hidratantes que me aplico sin falta cada día. Sin embargo, mis amigas reclaman divertidas o con mal disimulada envidia que la madurez me trata bastante bien. Yo también así lo creo. Pero ¿qué sucederá si me miran con los ojos del pasado?».

Decidió dejar de torturarse y voló a la peluquería. En los últimos seis meses ha observado que la *henna* ya no es suficiente para conseguir ese perfecto color caoba. Algunos pelos rebeldes blanquean con demasiada rapidez. Y como hoy es un día extraordinario, decide que es inminente avanzar a otra etapa: la tintura. Y se entrega a ojos cerrados. El resultado es muy alentador. Espejo y peluquero aprueban y aplauden.

Sin embargo, una sensación de ridículo no la deja tranquila. Aún falta tanto para la hora de la cita. No va a poder almorzar. Las náuseas le impiden siquiera pensar en tragar algo. Cigarrillo tras cigarrillo se consume entre sus dedos, dejando caer la ceniza sobre la pulcra mesa de masajes y depilación, donde una muchacha pecosa da los últimos toques de rojo palescente a sus uñas recién pulidas.

Abandona el lugar cada vez más inquieta. Se contempla en las vitrinas. Todo se ve aparentemente perfecto. «Soy todavía una mujer hermosa», sonrío, pero una vocecita chillona campanillea desde su interior: «se te notan los cuarenta». Disgustada, echa la cabeza hacia atrás y se prepara a arremeter como siempre, como reina, con la seguridad del traje bien cortado y la blusa italiana que la arrulla sedosa.

Deja el auto en Providencia. ¡Que corra el parquímetro! Recién son las 2:45 y el otoño desgarbado avanza apenas. Se burla

de su desasosiego. Siente la sangre correr por cada vena, percibe cada poro, cada pliegue. La piel le parece abierta y obscenamente desnuda.

Entra al cine *Tobalaba*. Quiere pensar con tranquilidad. La penumbra le ofrece refugio seguro. Las imágenes y las voces de la pantalla no interfieren. Y se traslada, de golpe, al otro lado del Mapocho, años Setenta, *avant le coup*. Cuarto piso, un pasillo sombrío repite puertas vanamente azules. *United-Nations-man-reciénd-llegadoa-Chile-busca-profesora-de-español*. / *Profesora-de-español-reciénd-egresada-de-El-Pedagógico*, respondió al aviso de *El Mercurio*.

Su primer trabajo. Imagina a un rubio y fornido ejemplar, mezcla de *peace corp* y mormón, de trajecito brillante y olor a limpio inmaculado. El nombre, perfectamente anglosajón, confirma su intuición anterior. Toca a la puerta N° 438 y espera. Sus vanidosos veintitrés años recortan el umbral.

Una piel arrogantemente negra la acecha desde la alba sonrisa, también en inglés. Enero en Santiago y las cortinas corridas somborean la cara deslavada y el pelo que se estira y palidece mientras ella se sonroja. Pero la sonrisa invita y ya no puede escapar. El amplio departamento huele intensamente a duraznos. En el muro, peinetas de hueso y Hieronymus Bosch; severas fotografías en blanco y negro, con marcos también de hueso, de ancianos barbados y melancólicos. *Ashanti*. Todo el misterio de África la alumbrá.

Enredando y desenredando, enhebraron un diálogo acezante, inconexo, que los transporta a los extremos del temor y de la risa. Le gustan sus brazos largos, sus largas piernas, sus cortas palabras.

Y mientras él habla de bosques tropicales y plátanos y palmeras y lagos y arroyos y peces, gozosamente se contemplan y se huelen.

La proximidad los atrae y las bocas fatalmente se buscan. Las manos suben, bajan, desabrochan, acarician. La fronda imposible de la cabeza negra le encrespa los dedos y los introduce entre los apretados rizos. Se le eriza la piel, la blusa, los pezones. La pulsión baja por su vientre y agoniza oscura, cada vez más oscura, y todo llueve, adentro, afuera, sobre su pelo, bajo sus plantas, entre las piernas. Destiñen los bordes el centro encarnizado, late. El abrazo los estrecha en una fiebre compartida y ella puede sentir la tensión de sus músculos, la erección que busca ciegamente a través de la ropa. Recorre sus orejas, sus hombros de obsidiana, con los dedos, con las uñas. «¿Dónde cresta queda la Costa de Marfil?», deambula su pensamiento, mientras los labios morados endulzan sus pechos, que parecen cada vez más blancos.

El sol se ha ido y se quitan la ropa a tirones. Las manos, clarosucos que estrujan y amordazan. Las lenguas súbitamente derramadas. Siente parpadear la espalda ante la ferocidad de su saliva que va marcando territorios. Ella se ha vuelto fragua, él un loco incendiario. Y temblando, vencida toda resistencia, terminan por acumularse.

Y luego.

Todo aquel verano regresó puntualmente a las siete de la tarde, ansiosa del encuentro con ese hombre extraño, venido de un país que no podría encontrar en el mapa ni al tercer intento.

Y luego.

Los concluyó el otoño y se lo llevó lejos.

Y cada uno armó vidas por separado, casi olvidando ese verano, excepto por las nostálgicas postales que llegaban de tanto en tanto y se fueron espaciando con los años.

Se encienden las luces del cine, anunciando el final de la película. Jamás supo de qué trató. Se levanta como un autómatas y emerge hacia este nuevo otoño que atardece con amenaza de lluvia.

Se instala en el *Tavelli* con su eterno cigarrillo y un café. Todavía es temprano. Su mente parece atascada y no es capaz de pensar con claridad. La tensión baja ácidamente por la garganta y le quema el esófago. El estómago endurecido duele, siente ganas de vomitar y bebe a pequeños sorbos la soda que viene con el café. Transpira. Desfallece. La gente que llega la mira curiosa y luego continúa hacia las mesas contiguas. Siente esos ojos pegoteados a su espalda.

¿Qué estoy haciendo?, se pregunta. Un *es demasiado tarde* se le instala en el pensamiento. Tomé mi decisión hace veinte años. No soy capaz de enfrentar esto que viene. Se siente tan cobarde. O tan escéptica. Ya no cree en riesgo alguno que valga la pena correr.

El reloj le dispara las 19:15 directo a los ojos. El ahogo aprieta y sabe que es hora de escapar. Pero algo la retiene. Algo que la obliga a permanecer clavada en la silla y comienza a chisporrotear por dentro. Curiosidad, piensa. ¿Cómo le gustaría volverlo a ver! Tal vez hacer comparaciones para sus adentros, y si el resultado es favorable, conversar un rato, quizá recordar otros tiempos y coquetear un poco. ¿Por qué no, qué tendría de malo? Pero sabe que es mentira, que de súbito el pasado está aquí. Lo siente renacer con fuerza y empieza a sentirse joven, seductora y capaz de

todo. Impulsiva, se pone de pie y entra al tocador para revisar su maquillaje. Con los ojos brillantes, ya decidida pero aún cautelosa, no vaya a ser que me lleve un mal rato, se mezcla entre la multitud que merodea por la galería *Drugstore* y entra a una zapatería ubicada en un costado. Desde el interior podrá observar discretamente.

Pide varios modelos diferentes y se sienta a esperar que se los lleven. Luego mira a través de los arreglos de la vitrina. Justo cuando el dependiente llega con algunas cajas, divisa una figura alta y fornida que se acerca a paso firme. No puede despegar los ojos de ese inconfundible rostro africano, prestigiado con los años, el traje a la última moda europea. Fino y reconocible hasta el desgarro.

—Señora, ¿desea probarse algunos de éstos?

Se da vuelta y mira al dependiente como sonámbula. Demora unos segundos en reaccionar.

—Sí, por favor, déjelos en el piso, me los probaré con calma. Cuando haya decidido, lo llamo.

Desesperada, mira de nuevo por la vitrina. Él se halla de pie en medio de la galería. Su figura llama la atención de la gente, especialmente de las mujeres. Lo miran con interés, lo tocan con los ojos, lo escarban, lo desean. Las más jóvenes le disparan unas sonrisas atrevidas. Pero él no parece darse cuenta o tal vez esté acostumbrado. Observa su reloj y luego se sienta tranquilamente a una mesa. Nada parece inquietarlo. Es un hombre que espera a una mujer. Sólo eso.

Lenta, con dificultad, ella se vuelve de cara a los zapatos apilados a sus pies. Lo más importante de su vida parece ser, en ese

momento, decidir qué zapatos va a comprar. Se sumerge en las cajas y revuelve el papel de seda con manos torpes. Sin embargo, el antiguo zumbido regresa con vigor y quiere correr a hundir sus dedos en esa cabeza mullida que parece estar llamándola.

Entonces levanta el rostro hacia el espejo y sus ojos le devuelven la mirada absurdamente esperanzada de una anciana, la piel triste, el pelo colorinche que no va bien con su edad. De golpe tiene absoluta conciencia de su cuello flácido, sus piernas hinchadas, la ropa tres tallas mayor que a los veinte y, sin embargo, demasiado ajustada.

Un intempestivo escozor le enrojece las córneas y siente cómo eso se desliza tibio y suave por su nariz, resbala peligrosamente por la mejilla izquierda, lento, hasta explotar en dos manchas aureoladas sobre la tan celebrada blusa que hacía juego con sus ojos.

Respira profundo y disimula la humedad del rostro con la esponja de su polvera francesa. Luego revisa concienzudamente cada par de zapatos, hasta que encuentra un finísimo par de tacos altos de cabritilla azul. Podré usarlos alguna vez... Ni muerta dejaría que me viera, prefiero que crea que no quise venir. ¿Dónde se metió el muchacho?

Vuelve a observarlo. Él bebe un café negro y mira a su alrededor. En búsqueda. Pero no parece inquieto.

Ella, en cambio, se siente como si la hubieran robado y aún no fuera capaz de aquilatar la magnitud de la pérdida.

Se pone de pie con dificultad y se acerca a la caja. Escribe su cheque con letra insegura que no reconoce y recibe su paquete encintado. ¡Camina, sigue caminando hacia la puerta como si

nada pasara! Parece que le ordenaran desde algún lugar impreciso, y obedece por la fuerza de la costumbre.

Sale con la cabeza baja y la espalda combada, como quien abandona un lugar inhóspito y odioso, tras una larga y agotadora jornada. Ni siquiera se da cuenta de que ha empezado a llover.

María Bascuñán

48 años, casada y con dos hijos. Radicada en la ciudad de Talcahuano (Región del Biobío), es diseñadora gráfica de la Universidad Santa María. Cuentista y novelista, ha estado dos veces entre los ganadores del concurso de cuentos breves *Concepción en 100 palabras*, el concurso más masivo y mediático en el ambiente literario penquista. En la versión V, con *Color candelaria intenso*, y en la VII, entre más de doce mil relatos concursantes, con su microcuento *Imaginario*.

Esta autora tiene, además, tres cuentos publicados en las antologías de 100 mejores cuentos del mismo certamen (*Finiquito total y permanente*, *Climax* y *Santa resignación*). A fines del 2016 obtuvo el primer premio en cuento en el concurso del Colegio de Cirujano Dentistas organizado por Letras de Chile, con su obra *A solas con la música* y obtuvo la beca de creación literaria del Fondo del Libro 2017 con su novela de corte fantástico *El llamado de Buonoval*, una visión moderna y juvenil del misterioso barquero del inframundo de la mitología griega, que conduce las almas a un nuevo camino en tierras imperecederas.

En sus propias palabras, María Bascuñán Godoy nos cuenta: «siempre tuve una relación muy sensual con la literatura y desde muy niña los libros me prestaron sus telescopios. Mis padres y mi hermosa familia me ayudaron a alimentar esta pasión, que al principio ni siquiera discriminaba entre buenos o malos libros. Sólo buscaba imágenes mentales que me transportaran a lugares lejanos y palabras para describirlos».

Letanía de los fieles difuntos

Mientras tomaba asiento en la iglesia abarrotada de gente, me di a reflexionar que los muertos de hoy carecen de la grandeza y la importancia de los difuntos de antaño, cuando hasta el más humilde zapatero reinaba dos noches en el comedor de su casa, llena de murmullos y de vecinos que trasnochaban velando al que reposaba dignamente en un lecho de flores, mientras los asistentes recordaban lo bueno y gentil que había sido. Al amanecer del tercer día, las puertas de la morada se abrían de par en par y los deudos se peleaban por llevar a pulso el ataúd hasta el cementerio, con paso lento y la parsimonia con que se lleva la litera de un rey.

Los muertos de hoy, en cambio, son tratados como un mal necesario. Silenciosos e ignorados, son llevados lejos de casa y abandonados a su suerte en un velatorio, donde sólo un miserable pizarrón anuncia su presencia. Luego viene el traslado a una iglesia, en que la roñosa acústica deja en el aire, apenas, el eco de las últimas palabras de la misa de los fieles difuntos. Me gustaría conmovirme, pero no entiendo una mierda lo que dicen:

...cuchanos... ierra... ferno...

Tenía que admitir que lo único que me resultaba más tedioso que una misa de muerto, era la misa de un muerto desconocido, por el que no sentía nada. De hecho, no sabía su nombre y no le ubicaba ni de vista. El típico padre del compañero de trabajo, que tampoco es amigo, pero que no te perdonará si no fuiste al funeral de su papá.

Así, entendiendo poco y nada del discurso del cura gordo y gangoso en el púlpito, el extraño *vibrato* de la misa de los fieles difuntos comenzó a adormecerme. Los ojos se me empezaron a cerrar y comencé cabecear, arrullado por la monótona letanía.

Me incorporé de golpe, unos segundos después. Miré hacia todos lados. La iglesia estaba vacía. ¿En qué momento se fueron todos? No pude haberme dormido tanto tiempo. Miré por las ventanas. Hasta el clima había cambiado. No se vislumbraba ni uno solo de los nubarrones que oscurecían el día cuando llegué a la misa de aquel muerto, que aún seguía en su cajón frente al atrio de la iglesia.

Un violento sollozo me sobresaltó. Me levanté y caminé nerviosamente por entre las banquetas, hasta el pasillo donde yacía el féretro. Medio oculto entre los enormes arreglos florales, había un anciano sentado en el suelo con la cabeza apoyada sobre la madera del cajón, respirando entrecortado, lleno de angustia. Era un hombre de pelo blanco, se veía desconsolado; en su boca sostenía un cigarro que no se había tomado el trabajo de prender. Lo miré un buen rato sin atrever a hablarle. ¿Qué podía decirle? «Ayudándole a sentir», «Mis condolencias, señor»... Qué vacío y vulgar sonaba todo eso.

Me acerqué un paso y él retrocedió desesperadamente por el suelo, pasando su brazo por encima de la cubierta del ataúd, como si temiera que fuese a separarlo de él.

De pronto, sucedió algo extraordinario: un sacerdote desconocido, que en nada se semejaba al de antes, apareció en la puerta de la iglesia. La luz del día, que entraba a raudales, sólo dejaba distinguir su figura alta y desenvuelta, vestida con una estola clara.

Me hice a un lado, procurando ser invisible. Le vi adelantarse, caminando lento pero resuelto, con los brazos cruzadas en su espalda. Se detuvo a observar al hombre que lloraba, tendido en el suelo. Sin embargo, no había un ápice de piedad en su expresión. El anciano respondió con un gesto enérgico, aferrándose aún más al cajón.

—¿Era un buen hombre? —preguntó el religioso con voz calmada, levantando las cejas con curiosidad.

El anciano dejó de llorar, pero no respondió.

—¿Le cuidaba usted? —preguntó el sacerdote.

El anciano levantó la cabeza y le dirigió una mirada llena de resentimiento.

Ya enfrente de él, el cura lo contempló con la expresión de alguien que conoce todas las respuestas.

—¿Era feliz? —lo interpeló.

El viejo bajó los ojos, avergonzado.

—Se está haciendo tarde —le hizo ver el sacerdote con un dejo de impaciencia.

Era evidente que el hombre en el suelo no veía el día, ni nada a su alrededor. Para él, sólo existía el cadáver que yacía en el ataúd.

El sacerdote puso entonces una rodilla en el suelo y, sacando un encendedor de su estola, prendió la pequeña llamita frente a sus ojos. El anciano le miró fijo por mucho rato, con un dejo de expectación en su mirada. Deslizó poco a poco el brazo que mantenía alrededor del cajón y acercó a la llamita el cigarro apagado que tenía en su boca. El sacerdote alejó la llama con un gesto divertido, indicando hacia la puerta gótica de la iglesia.

—No podemos fumar aquí... pero el día está bellissimo afuera —dijo con un gesto, invitándole a salir.

Ayudó al viejo a levantarse del suelo y cogiéndolo del brazo lo llevó con gentileza hacia la puerta. Allí el anciano encendió su cigarro y se llenó los pulmones profundamente. Luego, con un dejo de satisfacción en su rostro, exhaló una honda bocanada que cubrió de humo todo a nuestro alrededor.

Cuando la fumarada se diseminó, me vi de nuevo entre una murmurante concurrencia, que se levantaba para despedir al muerto, mirándole por la pequeña ventanita del cajón. Reconocí aquel pelo canoso y ese rostro que delataba su adicción al tabaco. Sólo eché en falta la angustia y las lágrimas. Esas seguramente se fueron con el viento.

Ivo Barraza

Antofagasta, Chile (1969). Es periodista de la Universidad de Chile y Magíster en Escritura Creativa para Televisión y Cine de la Universidad Autónoma de Barcelona (España).

Trabajó en los diarios *Fortín Mapocho*, *La Época*, *Las Últimas Noticias* y *La Segunda*.

En 2009 fundó la agencia de desarrollo de contenidos *Plus Comunica*.

Ha incursionado en la dramaturgia y el cuento.

En 2019 publicó su primera novela, *Hombre Muerto* (editorial El Español de Shakespeare).

Los opresores

Intuí que algo iba mal apenas llegué a la plaza. Mi asiento predilecto lo ocupaba un hombre de mirada hostil. Más allá, un racimo de «deportistas» (a todas luces impostores) practicaba supuestas rutinas gimnásticas. No divisé a ninguno de mis camaradas. Tampoco a Elías.

Realicé unos estiramientos rápidos y continué mi camino, simulando la necesidad urgente de llegar a otro sitio.

Conocí a Elías unas semanas antes, cuando me preguntó mi ruta. Era un tipo algo mayor, de pelo largo, flaco pero vigoroso. Saqué de mi mochila un mapa para mostrarle el trazado. Lo encontró interesante, aunque me advirtió de algunos riesgos.

—Ten cuidado en esta zona —señaló el cruce de Eliodoro Yáñez con Suecia—. Lo llamo el «agujero negro». Alguna gente ha muerto en ese lugar.

—¿Corredores como nosotros?

Asintió con la mirada.

Desde entonces, cada vez que nos veíamos, charlábamos sobre nuestros paseos por la ciudad.

Regresé inquieto a mi departamento. Tenía la seguridad de haber visto antes al tipo de la plaza, pero no recordaba dónde.

Esa noche me visitó Sandra, mi hija. Trajo comida china y vino, y comimos a gusto. Le conté de los interesantes descubrimientos que había hecho en mis andadas y ella aprovechó para hacer gala de su buen juicio.

—Estás por cumplir 65 años y nunca vas al médico. Mínimo que midas tus esfuerzos. Este jueguito puede traerte complicaciones —me reprochó.

Tras su partida, desplegué el mapa de Santiago sobre la mesa y planifiqué mi peripecia del día siguiente. Mi objetivo sería el centro de la urbe, confiando en que el cambio de aires me evitaría encuentros peligrosos.

No sabría decir cómo me obsesioné con el trote. Fue un tiempo después de enviudar, hace unos dos años. Un amanecer cualquiera, me levanté y salí a vagar por las calles. Al día siguiente hice lo mismo. Y en todo este tiempo no he parado.

En un principio fueron caminatas por las inmediaciones del barrio, a un ritmo dominguero. Con el tiempo, los recorridos fueron cada vez más largos y complejos. Hoy me preocupo hasta de planificar los lugares de descanso.

Mi vida se define por estas carreras. Apenas me levanto, me lanzo a las calles. Y vuelvo al atardecer sólo para recuperar fuerzas antes de mi siguiente excursión.

Lo paso bien, la verdad. Me distraigo y aprendo. He bajado de peso y hasta tengo nuevas amistades. Elías, sin ir más lejos, y otros tantos con quienes me cruzo. Somos varios con la misma chaladura.

En la pista de patinaje de Bustamante reparé en sus rostros por primera vez. Luego los encontré en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Chile y también en el frontis del Hipódromo. Al principio, nos saludamos por cortesía. Después vinieron las puyas amistosas y el intercambio de ánimos.

Al día siguiente salí a primera hora. Necesitaba librarme de la amarga sensación que me dejó el episodio del banco. Recrearía la estrella de cinco puntas, tomando como centro el Museo de Bellas Artes.

Ya estaba en el museo, preparándome, cuando sentí un golpecito en el hombro. Era Elías.

—¡Amigo! —saludé con genuina alegría—. ¡Qué bueno encontrarte!

Noté de inmediato su turbación.

—Debes cuidarte —dijo, agarrándome de un brazo—. Hay gente que pretende hacerte daño.

Hablaba con agitación, mirando en todas direcciones, como si estuviera huyendo. Se veía greñudo y ojeroso.

—¿De qué hablas, Elías? —pregunté— ¿Te sientes bien?

—Ya estoy viejo para estos trotes. Pronto me retiraré. Pero mi deber es advertirte.

—¿Advertirme de qué?

Comenzaba a ponerme nervioso.

—De los «opresores» —bajando la voz.

—¿De quiénes?

—Los opresores.

Lo miré con extrañeza.

—Así los llamamos. Son unos matones. No toleran a los caminantes solitarios como nosotros y por eso nos declararon la guerra. Llevamos años en este conflicto.

Fruncí el ceño, incrédulo.

—No me jodas —dije al fin.

—Hablo en serio. ¿Recuerdas que te indiqué una esquina peligrosa de Providencia? ¿El «agujero negro»?

—¿Donde ha muerto gente atropellada? Venga, hombre. Deberías ir a descansar. Te ves fatigado.

—Esto es real. Puedes creer lo que quieras. Sin embargo, es tiempo de que tomes algunos recaudos. Te tienen echado el ojo.

—¿A mí?

—Así es.

—¿Sólo por salir a correr? Es una locura. Perdona que te lo diga.

—No es sólo por eso, sino... por ser libre. ¿No entiendes? Por vagar a tus anchas, a la hora que te da la gana. Ir donde quieras. Eso es lo que no toleran.

Pensaba en el hombre de la plaza, pero no dije nada.

—¿De quién se supone que hablas? ¿Son automovilistas? ¿Locos? ¿Gente que oculta secretos inmobiliarios?

Elías no reparó en mi sarcasmo.

—No lo sabemos con certeza. Son automovilistas, pero también atletas, ciclistas y oficinistas. Entre ellos hay policías, comerciantes, jueces, estudiantes y un largo etcétera. Sólo tenemos claro que son nuestros enemigos.

Miré el reloj. Se hacía tarde y no quería desperdiciar la mañana. Además, me inquietaba el abatimiento de mi amigo.

—Hablemos en otra ocasión, ¿te parece? —dije— Este sábado haré una parada en el Torreón del Santa Lucía. ¿Andarás cerca?

—Lo pensaré.

Giró sobre sí mismo y caminó en dirección al río. Lo miré hasta que se perdió más allá del puente Constitución. Entonces inicié mi marcha, aún confundido por la conversación.

¿Se habrá vuelto loco? ¿Siempre lo fue y yo no lo sabía? ¿Existirán los «opresores»? La cabeza me daba vueltas. Sentí tal mareo que resbalé y casi caí en la vereda. Por suerte me afirmé en una farola. Cuando me repuse, noté que algunos transeúntes me miraban con desprecio, como a un mendigo. Necesitaba pensar. Di la vuelta y regresé a mi departamento.

Dormí toda la tarde. Hacía tiempo, años quizá, que no lo hacía. Y desperté con la decisión de averiguar qué estaba ocurriendo.

* * *

Llegué a la plaza al mediodía. Para mi sorpresa, el lugar estaba vacío. Puñados de deportistas circulaban por las calles aledañas. Ninguno, sin embargo, hacía amago de detenerse.

Me senté donde siempre, con la esperanza de, en algún momento, ver un rostro familiar. Tras un par de horas, me di por vencido.

Cuando me marchaba reconocí, en la esquina de Los Leones con Bilbao, junto a un restaurante, al hombre amenazador de unos días atrás. Me miraba fijamente con una sonrisa burlona.

Me arrojé en su dirección, decidido. Por un momento lo perdí de vista detrás de una hilera de buses, pero apenas el tránsito se despejó, lo volví a encontrar.

No sabía bien qué iba a decirle. Probablemente le pediría explicaciones, aunque comprendía que no había nada que explicar. ¿Estaba haciendo algo malo? ¿Cometía algún delito? Por cierto que no. ¿Me hostigaba? Difícil decirlo. No podía acusarlo de nada, a decir verdad.

Quedamos a uno y otro lado de una calle atestada de vehículos. Cuando me disponía a cruzar, noté que hizo una seña a alguien a mis espaldas y acto seguido recibí un golpe seco en plena nuca. Estuve a punto de caer al suelo. Por suerte, logré apoyarme con el pie derecho. El esfuerzo me provocó un intenso dolor en el tobillo.

Tuve que sentarme en el piso para sacarme la zapatilla y revisar la zona afectada. Con la mano libre, me palpé la base de la cabeza en busca de alguna herida. La gente comenzó a rodearme con curiosidad morbosa.

Entre el bosque de piernas de los intrusos alcancé a divisar a mi agresor, huyendo en una bicicleta de velocista. Busqué después al instigador del ataque, pero también se había esfumado.

—Te digo que me golpeó intencionalmente. Lo hizo después de recibir la orden del hombre aquel.

—Papá... estás delirando —dijo Sandra, con fastidio—. ¿Quién querría hacerte algo malo sólo por salir a correr?

El diálogo sucedió en el recibidor de mi casa, algunas horas después del incidente.

—Hija, tienes que creerme —insistí—. Esto es muy extraño. ¿Y si Elías decía la verdad?

—Ese viejo está loco, papá. ¿Sabes algo de él? ¿Cuántas veces han hablado? ¿Dos, tres, y en la cuarta te dice que eres blanco de una conspiración?

—Bueno... Así como lo dices, parece una tontería.

—Porque es una estupidez. Ahora corresponde, como la persona seria y madura que eres, que dejes de hacer el tonto por las calles y dediques tu tiempo a algo más productivo. ¿Por qué no vuelves a trabajar si te sientes tan bien?

Al día siguiente, recordé que una de las rutas preferidas de Elías era el eje Vespucio-Tobalaba. Decidí ir a buscarlo a ese punto.

Recorrí la zona por lo menos dos veces antes de sentarme a descansar en unos juegos infantiles. La tensión de los últimos días y los dolores físicos me pasaban la cuenta. Sin embargo, las miradas de desconfianza de algunos padres me obligaron a buscar otro lugar de reposo. Vivir en sociedad se estaba poniendo realmente complicado. De pronto, a lo lejos, me pareció ver los pasos enérgicos de Elías.

Lo seguí, llamándolo a gritos. Pero no se volvió. Apuré el paso y tuve la impresión de que él hacía lo mismo. Intenté correr algunos metros, pero no estaba en condiciones. Bramé nuevamente su nombre, con todas las fuerzas que me restaban.

Entonces Elías se giró. Me reconoció con un gesto áspero y desencantado. Me acerqué cojeando, desconcertado por su reacción. Parecía no querer saber nada de mí.

Cuando cruzaba la calle, vi en sus ojos una señal de alarma. De pronto, volé por los aires y luego caí en el asfalto. Observé

cómo mi sangre formaba un charco en torno a mi cuerpo. La gente corría de un lugar a otro, mientras un muchacho gritaba: «¡anoten la patente!».

Estaba aturdido, pero nunca caí inconsciente. Me sentía en un tiovivo. Tiempo después oí el ulular de la ambulancia. Una pareja de paramédicos me subió a una camilla, tras decirle a un carabinero que me llevarían a la Posta Central.

Me erguí un poco dentro del vehículo y en la calle vi a Sandra hablando con el policía y el misterioso hombre de la plaza. Más atrás, oculto en la muchedumbre, Elías presenciaba la escena.

Una lágrima fría se fue abriendo paso por mi mejilla, hasta aterrizar en el cobertor.

Rodrigo Barra

Nació en Punta Arenas, en 1965. Cirujano Dentista de la Universidad de Chile y Magister en Edición de la Universidad Diego Portales. Ejerció su profesión durante algunos años para luego dedicarse a la actividad empresarial en un ámbito del que recién se comenzaba a hablar: Internet. La Literatura siempre fue una pasión, pero se mantuvo inactiva por razones de fuerza mayor. Hasta que, en 2018, alejado ya de temas comerciales, tomó la decisión de convertirla en un imperativo. En ese año sometió su escritura al escrutinio de diversos editores, talleres y cursos; publicando su primer libro de cuentos-crónicas políticas del período de la dictadura *Algo habrán hecho* (Zuramérica, diciembre 2018) el cual obtuvo una positiva reacción por parte de la crítica especializada y el público lector. Luego vendría *Fabulario* (Zuramérica, diciembre 2019), una colección de treinta y siete narraciones de ficción nominada al Premio Academia 2020. Se encuentra en pleno desarrollo de su primera novela *2048* (Zuramérica, diciembre 2021) y *Nachtzwaluw* (Zuramérica, diciembre 2021) libro de sesenta microrrelatos ilustrados. Es socio activo de Letras de Chile, SECH, y columnista del periódico *Cine y Literatura*.

Los ciclistas y el espejo

El Tuerca y el Golilla eran hermanos y les encantaba tirarse cerro abajo en sus bicicletas. El mayor tenía doce años y el otro tres menos. Vivían con su mamá a los pies de la cordillera en Santiago. Poco tiempo después del divorcio, su papá se mudó a Valparaíso, al cerro Esperanza. Con la mamá pelearon durante años, eran como el *Manchado* y la *Viuda* (el perro y la gata de la casa). El Tuerca aún se acordaba de los desayunos juntos cuando él era chico y el Golilla recién nacido; era un insulto tras otro. La mamá era Ingeniero Comercial, trabajaba en un banco y de vez en cuando llegaba al día siguiente o se perdía un fin de semana. La mayor parte del tiempo lo pasaban con la «Glabys», la nana. No se llamaba así, pero cuando era más chico el hermano chico tenía dislexia y le inventó ese mote. Se apretaban la guata de risa cuando se enfurecía al escucharlo.

Era la última semana de febrero y querían aprovecharla saliendo de paseo. El Tuerca odiaba al colegio. En ese momento estaba en el patio con su hermano, engrasando las bicicletas para la aventura del día siguiente.

—¡Niños, adentro! —gritó la madre desde la cocina.

—Pero aún falta para que salga la luna entre los cerros...

—Adentro les digo y vayan a lavarse las manos.

—Sí, mamá —dijeron a coro los niños, lamentándose.

Al Tuerca le afectaba mucho no ver a su papá, lo que se reflejaba en sus notas. Su madre siempre se las arreglaba para que el padre no viese a los niños cuando le tocaba su visita. Ofuscado

por eso, el Tuerca no perdía oportunidad de contarle historias de terror al más chico.

—¿*Sabís* qué hay *pa'* comer? —le preguntó el Golilla.

—Obvio que sí. Nuestra madre, sin piedad, le ensartó un cuchillo en el cuerpo a un hombre. Le cortó la cabeza y sacó las vísceras. Luego miró dentro por si le faltaba algún órgano que extirpar. Tras cerciorarse que no, volvió a coger el torso y cortó las extremidades que no cabían en la olla. Encendió el fuego y empezó a cocinar. Ya debe estar listo el puchero, pronto nos dirá: «¡A sentarse! Y pobre del que no coma pollo».

—Ya *po*, Tuerca, ¡no me *contís* esas cosas! Que después no duermo.

Con las manos limpias salieron del baño y se dirigieron al comedor. La mamá leyó un rezo de un cartoncito religioso y ambos, obligados, dieron gracias por la comida que recibirían.

—¿Por qué la «Glabys» no se sienta con nosotros? —preguntó el Golilla.

—Porqué ella cena más tarde... —contestó la madre— ¡Y pobre del que no coma pollo!

Los niños se miraron, sonrientes.

—¿De qué se ríen? —no hubo respuesta—. Chicos, en pocos días comenzarán un nuevo año escolar... —miró al Tuerca— Espero que este año no me llamen a cada rato de inspección por tu culpa. A ver si aprendes a portarte como tu hermano.

—Sí mamá, este año será diferente —dijo el mayor—. Oye, ¿puedo quedarme con el papá el fin de semana?

—No.

—¿Por qué?

—Lo siento, festejaremos el cumpleaños del «tío» José Manuel en su casa de la playa. Te va a encantar su nuevo *jeep*, es un *BMW X6* con pantalla.

—Mamá, yo quiero ver al papá.

—Lo pasarán muy bien con las hijas de José Manuel —miró su plato—. ¡Gladys! —la nana llegó de inmediato— Otra vez me puso carne, acuérdesse de que ahora soy vegana.

—Señora, yo creo que no le hará bien comer solo verduras. Usted necesita mantenerse fuerte.

—¡Ay, Gladys, qué sabe usted!

Terminada la cena, ambos niños se fueron derecho al baño a lavarse los dientes con la técnica que esa semana les había enseñado el ortodoncista.

—Recuerden que las cerdas se colocan en cuarenta y cinco grados respecto de la raíz de los dientes, sobre la encía, y luego *barren* los dientes como dijo el dentista —vociferó la madre desde el comedor.

—Sí, mamá —dijeron a coro con la boca llena de espuma.

—¿Cómo te cae el *pololo* de la mamá? —preguntó el Golilla cuando terminó de enjuagarse.

El Tuerca se puso la toalla en los hombros, pareció como si le colgaran las mangas de un chaleco. Luego contrajo el rostro.

—Soy José Manuel —remedó—, el excarnívoro de cien años. Su hermano se echó a reír.

—Quiero contarte algo que ocurrió el año pasado en la Riviera Francesa —dijo entusiasmado el Tuerca.

—¿Qué lugar es ese?

—No *sabís ná*, Golilla. Es un sitio en Europa, donde la gente tiene mucha plata. Hace mas o menos un mes, un millonario decidió dar una fiesta ambientada en la jungla. Los invitados debían asistir disfrazados de un animal y él, por supuesto, sería el león. Al llegar, encontraron una ambientación perfecta y una única regla: cada uno podía comer solamente lo que correspondía a su traje. Los herbívoros tenían asegurada su ración. Había plátanos para los monos, zanahorias para los conejos, etcétera. Los carnívoros, en cambio, a poco andar se dieron cuenta de que no había nada para ellos y fueron a quejarse con el anfitrión. «¡No tenemos qué comer!», alegaron. «¿Cómo que no?», contestó el millonario. Justo en ese momento pasaba una joven disfrazada de ciervo. El león se le arrojó al cuello, mordiéndola salvajemente hasta dejarla inmóvil. Luego le desgarró los intestinos y dijo: «¡Ahí tienen, dejen de quejarse!».

—No te creo nada —dijo el Golilla, mientras salían del baño—. Siempre me estás contando cuestiones para que me de miedo.

—¡Pero si es verdad! Lo leí en *Internet*.

Caminaron a pies pelados por la alfombra. La madre los esperaba en su habitación para darles las buenas noches.

—¿Cuándo terminarán de pintar la pieza del Tuerca? Me tiene toda la pieza desordenada... Y ya no quiero dormir en la litera de abajo —se quejó el niño.

—Paciencia, esta semana vuelve todo a la normalidad —la madre los miró con ternura—. Que duerman bien. Yo saldré un ratito con *JM*, se quedan con la Gladys.

En cuanto escucharon el arranque del *BMW X6*, se asomaron por la ventana para verlo partir.

—¡Es blanco! —dijo el Tuerca—, típico de los viejos.

Se miró en el espejo colgado en la puerta y preguntó:

—¿Nosotros nos reflejamos allí o son unas personas que se nos parecen? ¿Qué piensas tú?

—Que no puede haber mas de un Tuerca en este mundo, así como una *Viuda* y un *Manchado*. Si no, no tendría gracia porque todos pensaríamos igual.

El Tuerca hizo algunas muecas y gestos obscenos, intentando sorprender a su reflejo.

—¿Cómo lo hará para adivinar mis movimientos? —se dijo en voz alta— Creo que hay otro mundo detrás del espejo. ¿Seré yo el *monito mayor* o solo un reflejo?

Siguió haciéndole guiños al espejo. Sin decir «agua va», gritó de pronto:

—¡Auuuuu!

—¡*Glabys!* —exclamó el Golilla cuando ella apareció por la puerta.

—¿Pasó algo?

—No, nada —contestó el mayor—. Solo descubrí algo que no puede hacer mi reflejo: sonar. El niño del espejo abre la boca, pero no grita.

—*Mijito*, claro que suena, solo que existe una realidad diferente del otro lado del espejo y *allá* tampoco te oyen.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque el mundo es un lugar misterioso.

—Gladys, qué sabes tú... —dijo el Tuerca.

—Mejor acuéstense.

La mujer cerró la puerta y la escucharon alejarse por el pasillo.

—Que eres tonto —dijo el Golilla.

—Y tú, un imbécil.

—Estúpido.

—Te voy a romper la *jeta*.

—Cuando sea más grande que tú, te voy a sacar sangre de narices.

—No te atreverás, te pegaría.

—Vas a ver.

—No podrás.

Guardaron silencio por un rato.

—¿Te cuento algo? —preguntó el hermano mayor.

—Pero... ¿me va a dar miedo?

—Estas loco, no es de susto—. Y empezó: —Había una vez un pueblo aterrado por los ataques de una bestia. ¿Cómo sería? Sus habitantes lo ignoraban, nunca quedó un testigo vivo para contarlo. Un día, espada en mano, el joven más valiente de la comarca salió en su búsqueda. Pero luego de recorrer bosques y montañas, no encontró nada. En la cueva que suponía era la guarida de la fiera, sólo halló una tierna gatita blanca. Se la llevó consigo, su noble alma le impidió dejarla abandonada. Al llegar dio la noticia de su fracaso. Instaló al felino a su casa, preparándole unos cojines. Esa noche, la bestia mató a diestra y siniestra a la gente del pueblo, menos al valiente joven, quien al despertar le llevó leche a su gata. La encontró bañada en sangre, durmiendo plácidamente.

—Ya *pos*, Tuerca —gimoteó el Golilla.

—Durmámonos como dijo la *Glaby* —rio su hermano—, mañana hay que partir temprano al cerro...

Y casi enseguida se deslizó en un sueño con una niña que le gustaba. Él era un superhéroe con visión de rayos X y al mirarla descubría que ella podía hacerse invisible. Se arropó, dando una vuelta en la cama.

A las tres de la madrugada, entre sueños, el Golilla oyó cerrarse violentamente las puertas de un auto. Había soñado que cruzaba un río y fue al baño por precaución. De vuelta, su hermano roncaba y llevado por un impulso tiró hacia atrás su ropa de cama. Se burló haciendo las mismas muecas y gestos obscenos que el Tuerca frente al espejo. Malévolamente, se lo imaginó muerto.

* * *

—Buen día, niños —dijo la mamá, asomándose bajo el dintel de la puerta—. ¿Por qué siempre te destapas? Te vas a resfriar, Iñaki.

—No digas ese nombre: soy el Tuerca, y este otro, el Golilla. Somos «complementarios». El papá dice eso.

—Mejor no me hables de ese individuo. ¿Tomamos desayuno?

Era sábado, alrededor de las nueve de la mañana, y los hermanos estaban excitadísimos con la aventura que emprenderían en sus bicicletas: les contaron de un lugar con una gran pendiente, donde las arañas pollito eran tan peludas que hasta las iban a buscar de circos internacionales. Hacia allá se dirigirían.

Se vistieron rápidamente y bajaron a la mesa, llevándose una gran sorpresa al encontrar en la cabecera a José Manuel.

—Ese es el puesto de mi papá —alegó el Tuerca.

—Si quieres me cambio —respondió el aludido.

—No le hagas caso —intervino la madre—, son cosas de niños. ¿Qué les parece? *JM* llegó tempranito para tomar desayuno con nosotros.

—Se me quitó el hambre.

—¡Tuerca! —exclamó la madre—, compórtate. ¿Quieres ir al cerro?

—Justo me volvió el hambre...

«Son niños —pensó la madre—. ¿Cómo explicarles aquella vez cuando su padre les compró zapatillas? Es cierto que los envié con los pares más viejo que encontré, pero cuando vino a dejarlos les ordenó, en el auto, que se los cambiaran por los antiguos antes de entrar a la casa. ¿Qué clase de hombre hace eso?».

—¿Te pasa algo? —le preguntó *JM*.

—Nada de importancia, solo recordé un episodio con el padre de los niños.

—Disculpe que opine... El de los zapatos, ¿no? Estoy segura de que se arrepiente hasta el día de hoy —interrumpió Gladys, mientras servía el café.

—Usted no había llegado —dijo su patrona.

—Usted misma me lo contó.

—No recuerdo... —Y les dijo a los niños:— Tienen que volver temprano, hoy nos visitará la abuela.

—¡La abuela! —al unísono— ¡Qué *lataaal!*

—Si no obedecen habrá un castigo.

—*Ok*, llevaré el reloj para no atrasarnos —concedió el Tuerca—. Pero si lo rompo me tendrás que comprar otro.

El Golilla no dijo nada, mirando un *marshmallow* en su leche: imaginaba a un oso polar tratando de salvarse del deshielo por el cambio climático. Lo rescató con la cuchara, dejándolo en el plato. Pero faltaba su mujer osa y el hijito, y se dispuso a emplear otra vez la cuchara para esos efectos. La espuma casi los ahogaba... ¡Buen rescate! Él era el capitán del barco-salvavidas-cuchara removiéndose en la taza.

—¡Golilla, despierta! —lo increpó su hermano.

La cuchara se hundió en la leche con chocolate.

Era un día raro, brumoso pese a ser verano. Los hermanos se metieron por una rajadura que alguien abrió muchos años atrás en una reja oxidada, detrás de una garita. El Tuerca pasó primero y recibió ambas bicicletas. El plan era tomar un sendero que los llevaría a la parte alta de San Carlos de Apoquindo, más allá de las torres eléctricas.

Transpiraban con sus cascos, rodilleras y coderas. Llegaron a una pendiente y tuvieron que empujar sus «cletas» por los mhillares.

Cuando ya habían subido mucho, pero mucho, se encontraron en la punta del cerro con algo inverosímil: ¡un gran espejo! Era de unos tres metros de ancho y dos de alto. Estaba como suspendido en el aire, no se veía un pilar o cuerda que lo mantuviera derecho.

—¿Quién lo habrá colocado aquí? —preguntó el Golilla, mirando extrañado a su hermano mayor.

—¡Qué se yo! —dijo el otro, girando alrededor de la cosa. Por ambos lados era un espejo.

—No lo toques, puede tener electricidad —rogó el menor.

El Tuerca tomó una piedra, pero el otro lo detuvo:

—*Nooo*, ¿para qué vas a hacer eso? Después se nos pinchan las ruedas.

Su hermano botó la piedra y miró el reloj.

—*Chuta* —dijo—, ¡ya tenemos que volver! Demoramos mucho en la cuesta.

Dejarían para el día siguiente investigar el hallazgo. En el descenso pasaron sobre unas ramas de espino, esquivando unas piedras.

Después se toparon con otros dos niños ciclistas. El flaco llevaba puesto su casco y el otro, más bien gordo, se lo había amarrado a la muñeca. Subían a duras penas, empujando sus máquinas.

—¿Andan con agua? —preguntó el flaco— Traíamos una botella, pero al guatón se le cayó al saltar una grieta.

—Les doy de la mía —contestó el Tuerca, alcanzándoles una cantimplora. Un raspón debajo de la botella era un «recuerdo de guerra».

—Gracias —dijeron los otros, mientras se refrescaban.

El Golilla los miraba, arreglándose su casco.

—Arriba, por un sendero escondido, hay un tremendo espejo —dijo, abriendo los brazos como si quisiera volar—. Si se lo topan no lo hagan tira. Los vidrios podrían pincharles las ruedas.

—Es verdad —asintieron—, buen consejo.

—¿Qué hace un espejo allí? —se extrañó el gordo.

—Qué se yo... ¿los extraterrestres? —bromeó el Tuerca.

El cuarteto se despidió y cada pareja siguió su camino, no sin antes desearse «¡buena suerte!».

El barrio ya se veía a lo lejos, cuando el Tuerca se percató de su neumático pinchado. Pasaron sus bicicletas por la abertura y saludaron a los guardias. El mayor avanzó a pie, empujando su vehículo. Pedaleando a su lado como lo haría una tortuga, el Golilla preguntó:

—¿De verdad fueron los extraterrestres los que dejaron el espejo?

—No seas tonto, debe de ser un experimento. Algo leí de un aparato que calienta agua con espejos y produce electricidad. Quizás por eso anda un helicóptero rondando por los cerros.

Después hablaron de que no vieron arañas pollitos, del freno de disco más *bacán* y otras «razones» por las que estaría allí el espejo. Continuaron a pie, pues a la bici del Golilla se le desinfló la rueda trasera.

—Creo que fueron las espinas —dijo el Tuerca.

—Deberíamos ponerles un protector de acero a las llantas.

—Comemos rápido y vamos donde «El señor del tiempo»; él tiene de todo. Además, nos servirá de coartada para arrancarnos de la abuela.

—¿Quién es ese «señor»? —preguntó el Golilla.

—¡Te tengo que enseñar todo! El del taller de bicicletas que está en los locales. Es un anciano canoso y de bigotes, muy simpático. Sus paredes están llenas de relojes. Deben de ser unos

cinco mil quinientos. Un amigo los partió contando una vez y no pudo terminar.

—Ah...

—También lo llamamos «El Rengo». Siempre usa un delantal y camina raro, porque tiene una pierna más corta que la otra.

Terminaron de almorzar a las tres y media. Después del postre dijeron que debían partir. Era una situación de «vida o muerte». Al día siguiente debían cumplir una misión importante y en ese momento era necesario que arreglasen sus bicicletas. Ante tan compleja explicación, la mamá les dio permiso.

La sorpresa fue mayúscula cuando descubrieron que en el antiguo taller ahora era una reparadora de ropa. Nadie tenía la menor idea de a dónde se había mudado. De hecho, no había indicios de que hubiera existido alguna vez.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó el Golilla.

—Tendremos que inventar algo, no queda otra si queremos subir mañana a investigar el espejo. Ahora vámonos a la casa, tenemos que desmontar las ruedas. Tú me las sujetarás mientras yo las saco.

—Me sobró algo de pegamento del colegio. ¿Servirá?

—No seas lesa, Golilla, qué va a servir. Pero me quedan unos «parches en frío» para emergencias.

Se los enseñó, sacándolos de su billetera.

—Me los regaló *don Rengo* cuando perdí la competencia en las Termas de Chillán. Recuerdo que estaba *bajoneado* y él llegó con los parches.

—¿Por qué no los usamos en la mañana? Así no habríamos necesitado buscar el taller. Nos pegamos el *pique* por las puras...

—No sabes nada, Golilla: había que desmontar las ruedas y no llevábamos herramientas.

—Ah...

Primero atacaron la bicicleta del Tuerca. La pusieron ruedas arriba y con una llave de veinte milímetros sacaron los pernos. Golilla sujetaba con firmeza, tanto que sorprendió a su hermano. Después fue el turno de la otra máquina. Una vez afuera las «cámaras», procedieron a inflarlas hasta encontrar por donde se escapaba el aire. Luego pegaron los «parches en frío». Les pusieron unas enciclopedias antiguas encima y esperaron media hora.

—¡Ya! Estamos listos, Tuerca —dijo el pequeño al cumplirse el tiempo.

—Ahora tú aprietas los pernos.

El Tuerca sintió orgullo y envidia al mismo tiempo, se dio cuenta de que su hermano se estaba fortaleciendo.

—¿Echas de menos al papá? —preguntó.

—No tanto como tú. Pero creo que nuestros padres terminarán juntos. La mamá es una gran mujer y el papá, un inventor genial. Por algo se casaron.

—Estoy seguro de eso, me gusta ver cómo se miran cuando los citan al colegio porque me porto mal.

—Pero al papá le sale todo mal. A veces entiendo a la mamá.

* * *

Esa noche no hubo cuentos terroríficos y ambos soñaron con el espejo. Se ponían enfrente, pero en lugar de verse reflejados,

observaban al otro. Cuando despertaron, no dijeron nada. Después del desayuno, guardaron en sus mochilas unos sándwiches de jamón y dos botellas de agua. Ese domingo haría calor. Se montaron en sus velocípedos, despidiéndose de la madre y la nana.

—Con cuidado —les dijeron.

A mitad de camino, volvieron a encontrarse con los niños de los cascos azules. Habían subido temprano. A la pregunta de si seguía allí el espejo, contestaron:

—¿Que espejo? No hemos visto ninguno. Ayer lo buscamos y nada. Seguro que se confundieron.

Cada par retomó su ruta. Se les estaba haciendo costumbre desearse «¡buena suerte!».

—Oye, Tuerca, ¿qué tal si no encontramos el espejo?

—Claro que lo vamos a encontrar.

—¿Lo habremos imaginado? Igual el cansancio te hace ver cosas...

—Hay una sola forma de salir de la duda. ¡Sígueme!

Nuevamente subieron mucho, pero mucho. Siguieron las señales que recordaban: unas piedras tremendas y un tronco chueco. Esta vez tuvieron cuidado de hacer el quite a las ramas de espino. Hasta que, desde cierta distancia y detrás de unos arbustos, divisaron un resplandor. Se apearon de sus bicis y fueron acercándose poco a poco al espejo. No había sonido alguno, ni pájaros o siquiera el ruido blanco de la ciudad a lo lejos.

—Mira lo que va a pasar —dijo el Tuerca.

Tomó una pequeña piedrecilla y la lanzó contra el espejo, desapareciendo en su interior.

Se miraron extrañados.

El Golilla se sacó un guante y con la punta de sus dedos fue a tocar la superficie del espejo... En un santiamén el azogue se los tragó, retirándolos casi de inmediato. Miró su mano: estaba indemne.

Luego introdujo el brazo entero y el resultado fue el mismo. Sorprendido, miró a su hermano.

—¿Qué sentiste? —preguntó el Tuerca.

—Como una brisa marina... ¡Esto no puede ser!

En un acto de valentía, metió su cabeza con casco y todo en el espejo.

El Tuerca luego vio cómo medio cuerpo del Golilla se esfumaba y tomándolo del cinturón, lo jaló hacia sí.

—¡¿Qué viste?! —dijo.

—¡Valparaíso! Esa calle estrecha, con escaleras y muros pintados de *graffitis*... ¿Te acuerdas? Cuando fuimos con el papá a ver la competencia «Valparaíso Cerro Abajo».

—¿Sabes qué más? Súbete a tu bici.

Montados en sus bicicletas, cruzaron una mirada y se abrazaron. Unos segundos después desaparecieron dentro del espejo. Vieron luces de todos los colores, mientras caían con sus cuerpos envueltos en la estática. Desde el aire vieron una pared del Cerro Cárcel con un colorido dibujo: un ciclista saltando al vacío en su *Mountain Bike*.

Se materializaron justo debajo del mural, precipitándose a la calle. Aterrizaron sin problemas y comenzaron a descender la

loma. Giraron a la izquierda por una calle angosta. Encontraron *fome* un trecho plano y después siguieron hacia el «plan» de la ciudad, alternando entre calles y escaleras.

Cerca de la estación del Metro Puerto, en la esquina de Templeman con Urriola, vieron un negocio semiescondido. Arriba de la puerta estaba el letrero del antiguo taller de bicicletas de Santiago: una rueda de bicicleta con rayos verdes.

Adentro de la tienda se sacaron los cascos. Los saludó un hombre joven, de abundante pelo negro y delantal blanco, que caminó cojeando desde el fondo.

—Hola —dijeron ambos niños—, ¿nos podría reparar los neumáticos?

—Tienen unos «parches en frío» y nos da miedo que se despeguen —puntualizó el Tuerca.

—No se preocupen, aguantarán —contestó—. Por algo te los di cuando perdiste la carrera en Chillán.

—¿Usted es *El Rengo*? —preguntó el Golilla, apoyándose en el mostrador.

El Tuerca le dio una palmada en la nuca.

—Casi siempre soy la *Glabys*... Vengan, déjenme abrazarlos.

—¿Papá?...

Branny Cardoch Zedán

Nació en Santa Cruz el 25 de diciembre de 1931. Estudió en el Liceo Público de Santa Cruz y a los ocho años en Santiago se matriculó en el Liceo Manuel de Salas, para luego pasar al Instituto de Humanidades Luis Campino. Quería ser poeta y escribió versos hasta los catorce años cuando descubrió a Neruda. Quemó todos sus cuadernos y juró nunca más escribir. A los dieciocho años estudió dibujo y escultura, formó parte de un grupo folclórico y a los treinta se fue a Europa con la intención de no regresar. En ese viaje comenzó a escribir sus crónicas de viaje y ya no pudo parar. Por presiones familiares regresó al país después de dos años. Amigos que conocían sus escritos le insistieron que entrara a un taller literario y así, durante algunos años, estuvo con Jaime Miranda y luego una década con Poli Délano. En 1998 obtuvo una mención honrosa del ministerio del Trabajo con su cuento *El bailarín de folclore*, y en 1999 el primer premio en el Municipal Gabriela Mistral con su cuento *Rosario, cuerpo dulce*. A partir de esa fecha comenzó a publicar su trabajo, obteniendo menciones en algunos concursos. En 2005 logró el segundo premio del ministerio del Trabajo con su cuento *Susanita y don Cipriano*. Sus cuentos han sido publicados en diferentes antologías.

Hasta el momento ha publicado ocho novelas y tiene otra cantidad esperando por editores.

Triste noche de invierno

¡Qué noche de mierda! Con el frío que hace no voy a agarrar ningún cliente. Daré otra vueltecita hasta la esquina, quién me dice que no encuentre a un despistado que me arregle el panorama. Si todo sigue igual, mejor me voy a dormir. ¡Qué trabajo tan triste! ¿Quién dijo que las putas lo pasamos bien? Caminaré despacio, moviendo las caderas para llamar la atención de algún automovilista. Contaré los pasos: uno, dos, tres (qué calle tan larga), cuatro, cinco, seis... ¿Quién diseñó Providencia? No se acaba nunca. Jamás pensaron en nosotras, se nos gastan los zapatos de canto caminar. ¿Y esa sombra? ¡Dios mío, qué susto! Parece que detrás de ese árbol hay alguien, espero que no sea un asaltante. Me acercaré con cautela, ojalá sea un hombre dispuesto a irse conmigo.... ¡Ay! Qué manera de aparecer tan de repente, puchas el susto que me diste, mocosa estúpida. No es forma de salir así, como un fantasma. ¿Qué imaginé? No estoy segura, quizás que eras un asaltante, pero ¿qué podrías robarme si no tengo ni cobre? Eso me tranquilizó. Sí, cabrita, te perdono, ¿Y se puede saber qué haces a estas horas en la calle? Deberías estar en tu cama... ¿No me digas? ¿Andas puteando, igual que yo? ¡Las cosas de la vida! Miren que encontrar a una colega que pretende quitarme los clientes. No te había visto nunca en este sector. ¿Eres nueva en el oficio? Te advierto que no puedes invadir nuestros puestos de trabajo, la avenida Providencia nos pertenece y sacamos a patadas a las intrusas, pero por ahora no te preocupes.

Mira la calle, está vacía, ni un solo vehículo esperando que nos acerquemos. Las otras muchachas optaron por irse temprano. ¿Sabes qué hora es? ¡Pucha, las tres de la mañana! Creo que deberíamos irnos también. Te acompaño, ¿hacia dónde caminas? Vamos, nos servirá para conocernos un poco. ¿Qué edad tienes? ¿Veinte? No seas mentirosa, estoy segura de que, bajo ese rostro pintarrajeado, se esconde una adolescente. ¿Qué te pasa? ¿Lloras? No seas tonta, en este trabajo abundan las penas, no te puedes poner a llorar por cualquier cosa, se te van a hinchar los ojos. ¿Tienes hambre? Yo también. Tampoco he comido, pero eso no es motivo para ponerse a llorar y con este viento tan frío que corre, se te van a congelar las lágrimas y a mí los calzones. ¡Por la cresta! Qué calle de porquería, no hay ni un solo café donde podamos sentarnos a comer algo y matar el frío. ¿Cómo te llamas? ¡Deidamia! Puchas con el nombrecito, estoy segura de que eres de provincia, en Santiago nadie se llama así. ¿De Traiguén? Lindo lugar, pero bien aburrido. Con esa facha de huasa estaba segura de que venías del campo. Parece que el sur es un semillero de putas. Yo también llegué del sur, nací en Talca, mi padre era obrero y mi madre lavandera; vivíamos tan mal que en algunas ocasiones no teníamos ni qué comer. Yo tenía quince años cuando mi padre murió y mi madre pensó que sería bueno que trabajara como empleada doméstica. Me llevó a la casa del fundo, donde la vieja me miró de arriba abajo como si fuera un bicho raro. «¡Pero si esta niña no sirve para nada! —exclamó— Es tan flaca que se la lleva el viento. ¿Cómo quiere que la reciba si no vale ni lo que come? Mi madre se puso chúcará como una yegua, yo ya

veía que le mandaba una patada a la viejuja esa. «Será flaca, pero es bien trabajadora. Si no la quiere, se la llevo al señor cura, total, para lo que usted paga no debería de exigir tanto». No te imaginas la cara que puso la señora esa, parece que nadie le había contestado de ese modo. Se puso de pie y mirándonos con los ojos llameantes de furia, nos gritó: «¡Insolentes! Salgan de mi casa, si no quieren que las eche a patadas». Nos fuimos con la cabeza bien en alto, pero muertas de rabia. El señor cura intervino y tres días después estaba soportando los malos tratos que ella me daba para desquitarse. Esa gente es bien miradora en menos, fíjate que los perros comían mejor que yo. Me quedé un año. El hijo del patrón me rondaba como un moscardón, me metía las manos en el culo cada vez que podía, yo le gritaba cosas, pero él se reía. Una noche de septiembre llegó borracho, entró a mi pieza y me agarró por la fuerza. Pegué un grito, amenazando despertar a toda la familia. Se anduvo asustando y me hizo callar de una bofetada. «¡Cállate, china de mierda! —gritó— Deberías darme las gracias. ¿Quién se va a fijar en ti, si no tienes potto ni tetas?». ¡Qué huevón más insolente! Claro que ahora mi cuerpo ha cambiado. Mírame, ¿te das cuenta cómo me han crecido las pechugas? Este trabajo te desarrolla el cuerpo. Bueno, al otro día me mandé a cambiar, no estaba dispuesta a que cualquiera se metiera en mi cama. ¿De qué te ríes? Claro, ahora las cosas han cambiado, me meto a la cama con cualquiera que pueda pagar por este cuerpecito, esa es la diferencia. ¿Y tú? Apuesto que tienes una historia parecida a la mía. Todas tenemos historias tristes, pero, para ser honesta, muchas son inventadas para emocionar a los clientes que preguntan:

«¿qué te pasa?, ¿te comieron la lengua los ratones?». Si no quieres hablar nadie te obliga, mejor sigue tu camino y yo el mío. ¿Dónde vives? No me mires con esa cara, me importa un comino, pregunto sólo por gentileza. ¿Sabes lo que es eso? Me das pena y quiero ayudarte, las putas somos solidarias. A mi nadie me ayudó cuando llegué a Santiago. Conocí a un tipo en la Estación Central con el que me fui a vivir. Claro que no fue así de fácil la cosa, me tuvo que convencer. Quizás con qué cara de despistada bajé del tren, que él se acercó para preguntarme si tenía un lugar dónde ir. Dije que no, él dijo llamarse Pedro, que su mamá tenía una pensión donde podía alojarme por un tiempo mientras encontraba algo mejor y que no me cobraría nada. ¿Te das cuenta lo brutas que somos las huasas? Le creí la historia y me fui con él. La casa era un asco: desordenada, sucia, con un tremendo salón con muebles feos y cuadros de mujeres desnudas. Me llamó la atención que la vieja fuera tan amable y tuviera tantas niñas asomadas a los cuartos, todas mirándome con atención. Eran bien raras, algunas gordas con cara de borrachas, otras esqueléticas, con los ojos hundidos, como si estuvieran enfermas. Sólo un par de ellas eran jóvenes y bonitas como yo y estaban mejor vestidas. Pero yo no estaba para hacer preguntas, tenía que darme con una piedra en el pecho por tener dónde vivir y gratis todavía. Esa noche casi no dormí, la tremenda francachela que tenían. El Pedro subió a mi pieza, quejándose de la bulla. Traía una botella de vino y entre conversa y conversa, entre copa y copa, me puse a reír como una estúpida, él, bien cariñoso, y no me di ni cuenta cuando me tenía en pelotas. Fue el primero. Me enamoré como una demente,

pero el desgraciado sólo le interesaba dejarme en ese prostíbulo, porque la casa era eso y yo, la pajarona, no me había dado cuenta. Al otro día la vieja se asomó a mi puerta. «¿Cómo te llamas?». preguntó con cara de pocos amigos. «María», le dije. «¿María? Ese nombre no sirve, desde hoy te llamaras Jaqueline». Y aquí me tienes, bautizada de nuevo. Me vendía a buen precio, era la más joven de todas y la menos usada, a todos los clientes les decía que yo era virgen. Todas las mañanas me obligaba a sentarme en un lavatorio con agua tibia y piedra lumbre. Me da risa acordarme, se me apretaba todo y los jetones se lo creían; dejé de ser virgen no sé cuántas veces. Todavía lo hago, es un buen truco. Lo malo es que ella recibía la plata y yo no agarraba ni un cobre. Una noche llegaron unos pacos buscando a no sé quién. Aproveché para decirles que estaba secuestrada. «¿Secuestrada? —dijo un paco— ¿Quiere presentar una denuncia?». Comprenderás que no estaba para meterme en líos y dije que no, que sólo quería irme. El paco que estaba al mando preguntó si alguna otra estaba encerrada a la fuerza y se quería marchar. Ninguna contestó, se miraron entre ellas, pero se quedaron calladas, eran unas cobardes. Ahora, mirando hacia atrás, las comprendo, las pobres no tenían dónde ir, tampoco eran jóvenes y la única que agarro sus pilchas y se fue, fui yo. El Pedro no se atrevió a decir ni pío, pero me miró con una cara que casi me cago del susto. Un día me lo encontré en la calle, vieras tú cómo me puse, pálida y tembleque, el corazón me saltaba como si se quisiera escapar de mi cuerpo. «¡Al fin te encuentro, puta desgraciada!», dijo. Me agarró de un brazo, tratando de arrastrarme con él. Por suerte andaba con una

navaja y le mandé un buen tajo. «No te metas conmigo —le grité —, la próxima vez te mato». En este trabajo se sufre mucho, chiquilla, es mejor que lo pienses un poco. Los hombres te pagan por estar contigo, abusan, a veces no son ni siquiera amables, eres sólo un cuerpo para ser usado y te maltratan. ¿Ves estos moretones? Un hijo de puta me los hizo porque pretendía irse sin pagar. Lo agarre de las mechas, pero me mandó un puñetazo que me dejó bajo la mesa. Cuando encuentre a ese desgraciado le voy a meter esta navaja por las costillas. No te asustes, en esta profesión es bueno andar armada... Bueno, ya hemos conversado bastante. ¡Mira la hora que es! Casi las cuatro, ¡puchas que saliste conversadora! Mejor me voy a mi cuarto, arriendo una pieza en una pensión. Ahí no puedo llevar hombres, ellos tienen que pagar el motel. No hay que ser tonta, si darse un gusto con este cuerpecito no es gratis. ¿Te das cuenta? Ya estamos en la Plaza Baquedano, me muero de ganas de tomar un café bien calentito. Te invito, tengo una tetera eléctrica y nos podemos preparar dos tazas, vivo al otro lado del río, cerquita del cerro. ¡Pero no seas lesa, chiquilla tonta! ¿Qué te voy a hacer? Si a mi no me gustan las mujeres. Ándale, camina. ¿Te das cuenta lo caudaloso que viene el río? Este invierno ha sido frío y lluvioso y nosotras patinando por las calles. ¡Qué par de brutas! Mira, ya hay personas rumbo a su trabajo. A mí no me importaría madrugar si tuviera un trabajo decente, pero, ¿quién va a recibir a una puta? Además, soy bien ignorante, sólo sé abrir las piernas y hacer un poco de teatro. Eso es importante, escúchame bien, si vas a seguir en esta profesión tienes que dramatizar la cosa: gemir, tiritar, hacerles creer a los

muy estúpidos que estás gozando como chancha, cuando lo único que quieres es que acaben pronto, te paguen y se marchen. Mira, falta poco, una cuadra más y ya estamos en mi cuartucho. No es nada elegante, pero tengo mi cama y una mesa. Claro, tú tienes razón, es bien poco para tantos años de trabajo, pero estoy ahorrando para cuando me retire. Ya tengo algunos pesitos en el banco, no es mucho, pero poco a poco va creciendo y eso me da seguridad. En una caja de zapatos guardo lo que gano durante la semana y los lunes los voy a depositar. Pienso putear un año más y me instalo con una peluquería. Siempre quise ser peluquera. Fíjate, esta tintura me le hice yo, lindo color, ¿verdad? Le corto el pelo a algunas amigas y se los tiño, entran morenas y salen rubias. Les cobro poco y me sirve para practicar. Durante el día voy a una academia y saldré titulada. Nadie sabe lo que hago, ahí paso por señorita, ando bien fruncida y no le aguanto impertinencias a nadie. Quiero ser una buena estilista. ¿Te gustaría trabajar conmigo? No te rías, te dije que las putas somos solidarias y tú eres tan joven que me da pena verte hacer lo mismo que yo. Bueno, mejor me quedo callada, tenemos que entrar en silencio, la vieja tiene el sueño liviano y se molesta cuando la despierto. Me amenaza con mandarme cambiar si llego tarde, por eso prefiero regresar en las mañanas, total, la pieza del motel la dejan pagada de antemano y cuando ellos se van me quedo a dormir hasta que me sacan a gritos. Es rico ir a un motel, tienen agua caliente y me puedo bañar, también tienen sábanas limpias. Me gustaría conseguir un trabajo en uno de esos lugares. Claro que la pobre cajera y las auxiliares tienen que estar despiertas toda la noche y atentas

a cualquier problema. Los hombres siempre hacen problemas, sobre todo cuando andan con trago. Bueno, preciosa, aquí es, entra calladita. ¿Qué te parece mi cuartito? Agradable, ¿verdad? Acomódate mientras voy al baño, no me demoro más de diez minutos. Ahí está la tetera, prepara un café mientras tanto, en esta casa el baño está al final del pasillo, cagar es como ir a un safari.

Bueno, ya estoy de regreso, en ese baño hace tanto frío que hasta el pipí se congela. Pero, ¿dónde te has metido? ¡Deidamia! No me hagas bromas. Putas, ¿qué pasa aquí que está todo revuelto? ¡Por la misma mierda, dónde está mi cajita de zapatos! ¡Maldición! Eso me pasa por botarme a redentora, la desgraciada me robó la plata. Donde la encuentre le saco la chucha a patadas, en este trabajo no se puede confiar en nadie.

Héctor Caro Quilodrán

Nació en San Carlos. Por circunstancias de la vida, ha vivido la mitad de su tiempo en San Carlos y la otra en Copenhague. Ha publicado *Puedes firmar con mi nombre* (novela), *Manchado de amor* (novela), *El hombre que olvidó llorar* (novela), *La cifra indescifrable* (relatos), *Firma con mi nombre* (segunda versión de *Puedes firmar con mi nombre*), *Silabario trémulo* (poemas). Por estos días aparecerá una novela breve, edición bolsillo, con el título de *Nadie me preguntó nada*. Estudios: Estética (maestría en la Universidad Autónoma de Madrid) y Sociología de la religión (Bachelor, Universidad de Copenhague).

La cifra indescifrable

Vestía un traje claro de una pieza, que contrastaba con su piel oscura, hasta la mitad de sus piernas y con un profundo escote en la espalda. Era un verano caluroso, si hubiese ido completamente desnuda no hubiera llamado tanto la atención. Su belleza era tal que dolía verla mientras iba y volvía por el andén, sin dejar de hablar por su celular. Llegó el tren, pero no lo tomó.

El hombre que la miraba se alegró. Apareció otro tren unos minutos más tarde y subió en el mismo vagón que la mujer.

Ella se acomodó en el asiento del lado opuesto. Buscó con su mano libre algún objeto en su cartera, siempre hablando con alguien en una lengua desconocida, lejana, exótica. Un vagabundo —tal vez un migrante— pasó pidiendo limosna con un papel arrugado dentro de un plástico. La única persona que le dio unas monedas fue ella. El tren se detuvo, bajaron unos pasajeros, subieron otros; ninguno de ellos se sentó junto a la joven.

Se quedó sola para ser contemplada por él, escuchándola sin entender lo que decía. Sus palabras, sus gestos, los tradujo desde la emoción nacida desde esa belleza que dolía.

Su imaginación lo llevó hasta África, a nombres como Zanzíbar, Kilimanjaro; a ríos misteriosos; a una princesa de un país llamado Abisinia; a la hija de un jefe de tribu; a un misionero; a un experto en enfermedades tropicales; a un aventurero seducido por la belleza de una joven africana.

Ella no sabía, cómo podría saberlo, que su súbita e inesperada

aparición había detenido el mundo prosaico, rutinario del hombre; que el destino o lo que fuera se la presentaba a él como una cifra indescifrable.

El repentino cruce de sus piernas secuestró su atención y también su voz, que repetía una y otra vez: «Mansong, Mansong». Lo tradujo como: «amor, escucha». Ese «Mansong» no debería ser otro que su hijo, un niño mulato, de piel dorada, pelo crespo, ojos marrones, cinco años de vida... Porque ella no tendría más de veinticinco.

La mujer apoyó su cabeza en la ventanilla y él contempló la dureza de su mentón alumbrado por los reflejos del aro de su oreja. El rostro devuelto por el vidrio parecía implorar y arrullar al mismo tiempo.

Ya no decía «Mansong», ahora pronunciaba «me-li-ka», como si estuviera enseñando el abecedario.

El tren volvió a detenerse. Un hombre subió con un niño mulato tal como se lo había imaginado. Pero el niño no se abalanzó a los brazos de su madre, ni la madre lo llamó «Mansong» o «Melika» o «ven, amor». El niño y el hombre pasaron de largo sin mirarla. El castillo nacido de su fantasía o de su deseo quedó reducido a polvo. Faltaban tres estaciones para llegar a su destino y ella jamás se había fijado en él.

Una pareja de policías, un hombre y una mujer, subieron en la siguiente estación. El hombre recordó de inmediato el atentado ocurrido días atrás en la Estación Central. Buscó instintivamente sus documentos. Los uniformados caminaron en su dirección, pero se detuvieron al lado de la mujer. Uno de ellos la tomó del

brazo; ella no opuso resistencia y se dejó conducir hacia la salida. Los tres se bajaron en la próxima detención. Él bajó a toda prisa y los siguió por la escalinata. Arriba los esperaba una ambulancia. La joven la abordó sin dejar en ningún momento de hablar por el celular, como si en ello se jugara su vida o la suerte del planeta.

La ambulancia se puso en marcha, llevándose a la mujer que detuvo su vida por unos minutos y tan sólo le dejó dos palabras para descifrar su mundo o el suyo: «Mansong» y «Melika».

Luego, uno de los policías dijo por su teléfono: «la encontramos, va en camino».

Al bajar de nuevo al andén, escuchó una sirena abrirse paso por la ciudad. ¿Sería de la ambulancia que se llevó a la mujer sin saber a dónde y por qué? Su tren apareció al comienzo o al final del andén, según el punto desde donde se mirase y era el último que se detenía en su estación.

Sonia Cienfuegos

Procede de la tradición oral. En la zona rural donde vivió su infancia y parte de la adolescencia, se reunían niñas y niños a oír los cuentos de una señora que trabajaba para ellos, su padre y su madre. También ella les leía a su madre y hermanos, cuentos gauchos y poesía de Gabriela Mistral. A veces lloraban y pedían un *bis*.

Ha publicado numerosos cuentos, poesías, crónicas y artículos de opinión en la pagina web de Letras de Chile. También ha creado muchos textos con fotos, dibujos y bordado.

Eligió no publicar. Omar Lara le dijo en los Encuentros de Poesía del Valle de Colchagua: «es respetable, es tu decisión».

Asimismo, ha participado por Letras de Chile en varios lugares, como Lo Espejo, La Farfana, Macul, Talagante y en la casa del Hogar de Cristo de Recoleta, liceos de distintas comunas y en talleres de escritura. En lecturas en incontables lugares, entre ellos El Pacto, un bar-restaurant de calle Manuel Montt.

Motu propio, ha dictado talleres de escritura en el Hospital del Salvador (tres años) y en 2021 en el Círculo de Lectura para pacientes PRAIS de Salud Metropolitano. Actualmente en cursos, de manera ad honorem.

Cuentos de ella figuran en distintas antologías.

Su deseo es publicar en papel y grabar mucho de lo escrito, como lo hecho para *Grandes Mujeres Chilenas* (Chile e Italia).

Calamares en su tinta

Cuando comenzamos a sentir un zumbidito como ultrasonido que nos volvía locos, nuestros oídos parecieron estallar en millones de fragmentos. Trastabillábamos y comenzábamos a vomitar y a encegucernos con esa luz enorme que se iba transformando en llamarada, en infierno, en hedor a muerte, a despojo, y ya no nos veíamos por la humareda densa, acre, con olor a vísceras, a pura desolación y caos, a lágrimas que parían de ojos que se diluían en humor vítreo y se desintegraban en córneas, cristalinos. Miradas que no eran más que imaginación, y en las galeras y en los sótanos de los barcos atronaban alaridos/bramidos de bestia original en cautiverio. ALGUIEN alcanzó a preguntarse qué más daba haber sido cigoto o cloncito... ¡y qué urdimbre de prejuicios!, pues ambas cosas han sido realidad. Qué más dio haber nacido de la fusión de óvulo y esperma; del amor o la barbarie; de la incisión certera en la médula ósea o en el cordón umbilical de H o M; de haber sido aprobado o recluido en la Isla de los Indocumentados; qué más daría de quién heredaste el color de tu pelo y tu piel, tu idioma, tu patria acotada y agotada; qué más da entonces, si ya no eres NADA, si ya no somos, si ni siquiera tenemos miedo y el silencio va creando una nueva luz donde NADIE cabe, porque no hay NADIE, ni persona humana ni diploide, ni disputa de la palabra HUMANIDAD, ni narración ni narradores y los libros NADIE los escribirá, NADIE los leerá, porque el Gran Cuento Final ya ha sido escrito.

María Ester Céspedes

Nacida en Iquique, su infancia transcurrió en Antofagasta, al alero de sus tías y tíos paternos; ellas, profesoras normalistas. En Santiago estudió en el Liceo de Niñas Juana de Ibarbourou y luego en la Universidad de Chile, egresando como terapeuta ocupacional. Hasta hoy ejerce como profesional de la salud integral, charlista y docente, basando su quehacer en la aplicación de la energía sanadora de las flores.

Pintora con exposiciones colectivas y una individual: 1998, en la Casa Museo La Chascona, con treintaiséis obras basadas en el trabajo del escritor chileno Nicomedes Guzmán. Autora de toda la iconografía del centro de terapia, investigación y preparación de remedios cuánticos *Sendero del Alma*.

Socia Honoraria de la Corporación Letras de Chile

Ha escrito cinco libros, cuatro de ellos referidos a su campo de acción: *Terapia floral para niños de hoy*, Ediciones B, Santiago, 2007, en coautoría con la doctora Amanda Céspedes; *Flores, energía que sana*, Ediciones B, Santiago, 2016, en coautoría con su colega Cecilia Gálvez; *Era una gotita*, Ediciones B, Santiago, 2018, en coautoría con su hermana neuropsiquiatra; *Las 38 flores de Bach y el despliegue de su alquimia*, en coautoría con la alquimista Gabriela Riveros, edición de *Sendero del Alma*, 2019; una novela autoeditada, *La jaula de los canarios*, Santiago, 2019.

Cuentos y artículos dispersos en revistas nacionales y en la bibliografía de los eventos internacionales en los que ha participado como exponente.

Acuerdo ante notario

Había logrado sortear entrevistas y evaluaciones y sólo me faltaba la recta final para considerarme dentro de *Alisios Ltda.*, la gran empresa a la que siempre había deseado conocer desde adentro. El último requisito planteaba cuatro semanas de preparación en asuntos internos, para lo cual me pusieron bajo la tutela de un funcionario experto, el auditor Alcides Solano.

La primera semana llegó a su fin sin que yo hubiese avanzado gran cosa. Cuando la aridez de los asuntos que Solano trataba de explicarme me aburría hasta lo intolerable, me dedicaba a observar con disimulo al solemne hombrecillo. O sin disimulo las veces que el embotamiento me convertía en un ente cuya capacidad de raciocinio se apagaba hasta nuevo aviso.

Mi mirada vagaba entonces sobre la piel transparente de las orejas de Solano, o por sus manos pálidas y finas como crisálidas a punto de romperse. Se detenía en su cuello delgado donde latía pertinaz una gruesa arteria y de ahí ascendía hasta sus ojos, esos grandes ojos empozados en cuencas de bordes azules.

La segunda semana Alcides me llevó un legajo que debería «estudiar a fondo» —así dijo él—, porque muy pronto me sometería a un examen. Me enredé en una maraña de información que me pareció incoherente, de modo que cuando mi examinador me pasó unas hojas de evaluación, las llené con lo primero que pasó por mi cabeza afiebrada. Fui ubicando cifras en tablas y casilleros sin darme bien cuenta de lo que hacía, convencida de antemano

de que todo iba a resultar rotundamente mal. «Fírmela», me dijo perentorio Alcides cuando terminé mi prueba escrita, «es lo que exige la gerencia de Recursos Humanos». Y yo firmé, mareada y deseosa de salir pronto al aire libre.

Pasado el tiempo que había estimado Alcides, yo estaba en las mismas condiciones que al comenzar. Sin embargo, aunque le expresé más de alguna vez que sus esfuerzos por domeñar mi obtuso cerebro eran vanos, él decidió alargar una semana más el entrenamiento, asegurándome que ahora sí tendríamos éxito.

Sólo hablábamos de los asuntos estudiados. Nunca una frase que aludiera a la vida más allá de esos cuatro pisos donde se desarrollaba el intenso quehacer de *Alisios Ltda.* Todo intento mío por llevarlo a otros ámbitos fue inútil. Solano era insobornable. Aun así, no me parecía antipático. Admiraba en él su voluntad férrea, que no le permitía distraerse del papel que le habían asignado. Todavía más, me sorprendió percibir que esa voluntad tenía algo de sobrehumana. O quizás me llevara a pensar así el contraste entre su escasa contextura y la fuerza poderosa que emanaba de su talante. Yo le sonreía, bromeaba a veces, intercalaba algún chistecillo, algún comentario que exigiera otro de su parte. Todo resultaba infructuoso.

Un día lo noté más pálido que de costumbre, más fijos sus ojos y más acelerado el latido de su cuello. Una inesperada ternura afloró hasta mis manos y las levanté por sobre el escritorio, en un lento movimiento de prima ballerina, para ir a depositar mi diestra sobre su siniestra. Alcides se sobresaltó, por un instante pareció levitar, quedar en apnea. Sin embargo, fue sólo un segun-

do y, apelando quizás a esa poderosa fuerza de voluntad suya, reaccionó para liberar su pequeña mano que bajo mi palma apenas había ocupado lugar, semejante al despojo triste de una paloma muerta. Y dio por finalizada la sesión. Por cierto que yo no estaba dispuesta a permitir que mi espontánea actitud lo avergonzara y me propuse demostrarle que podíamos ser amigos sin que esa simple cuestión tan antigua como el mundo significara fallarle a la empresa, que él de tal modo se esmeraba en servir, porque no se me ocurría más explicación para sus tantas reservas a la hora de establecer contacto con el resto de los seres humanos que allí se agitaban, representados a la fecha por esta humilde servidora.

Y la suerte me ayudó ese mismo mediodía al encontrarlo en las escaleras cuando me disponía a ir a almorzar. Pasé mi brazo bajo el suyo y lo obligué de ese modo a descender los cuatro pisos como si fuésemos marchando al son de una banda militar inaudible para los demás que pasaban por ahí con los jugos gástricos desatados. En la puerta principal, mi *partner* se desprendió cual un pez y, dirigiéndome una mirada con los ojos más desmesurados que nunca, se devolvió escaleras arriba, pretextando haber olvidado su abrigo.

Esa tarde los plátanos orientales volvían más sombría la calle por la que me dirigía a la estación del Metro, cuando la voz delgada y algo nasal de Solano sonó a mis espaldas: «Desde hoy la iré a dejar a su casa —sentenció—, ya ha empezado a oscurecer más temprano y es peligroso que vaya usted sola por ahí». Divertida a mi pesar por tan bizarro anuncio, protesté que no era necesario. «Jamás me ha sucedido nada malo y no veo por qué iba a pasarme

ahora. Además, pronto regresará mi novio de un viaje —se me ocurrió agregar— y entonces vendrá él a buscarme cada día».

La poca sangre bajo la piel de Alcides desapareció por un instante para regresar hecha un torrente que le tiñó hasta las córneas. La vocecilla se le afiló, atravesando su garganta como chiflón de gas grisú. «¿Su novio? Pero, Isabel, usted está enamorada de mí, eso es lo que ha estado tratando de demostrarme todo este tiempo; sus sonrisas, su actitud tan afectuosa, todos sus gestos me han expresado a las claras su deseo de agradarme y conquistarme», dijo ahogándose y deslizando por mi cara una mirada que me estremeció.

No recuerdo qué dije en mi defensa mientras caminaba hacia la estación con Solano pegado a mis talones. El aire se había puesto turbio, me asfixiaba. «Cretina, estúpida», me espetaba a mí misma dentro del carro atestado, mientras los ojos de Alcides me miraban desde el carro contiguo, más lacrimosos y empozados que nunca.

Descendí del ferrocarril metropolitano en alguna estación, trepé las escalas corriendo hasta llegar a una avenida y abordé un taxi. Mi estado era lamentable. Ya en cama, apenas pude pegar los ojos.

A la mañana siguiente, abrí la puerta y se me escapó un grito. Ensartada en cada aguzado barrote de la reja había una hoja de papel, donde estaba escrito: «ISABEL, USTED SERÁ MÍA», con lápiz plumón rojo. Ominosos carteles se repetían por toda la cuadra, pegados en muros, postes y árboles de la vecindad. Se trataba de un espléndido trabajo nocturno realizado por el

funcionario de Alisios Ltda., seguramente después de seguirme en otro taxi.

Desde ese momento Solano se convirtió en mi sombra. Permanecía en el pasillo del piso, observándome con ojos lastimeros que miraban estáticos desde sus cuencas. Me seguía por las calles con perseverancia malsana. Dejaba sus cartelitos por mi barrio sin desmayo.

«No se engañe, Isabel, no se engañe —repetía, incansable—, usted me ama, reconózcalo».

Intenté dar cuenta de su acoso en el Departamento de Personal, en Recursos Humanos, en la Subgerencia y en la Fiscalía. Nadie dio crédito a mi versión. Se limitaban a sonreír, como si estuviese acusando a un párvulo de intento de violación. Llegué hasta la Gerencia General, donde me escucharon dos ancianos envueltos en el humo de sus puros, quienes, en cuanto hube finalizado mi exposición, retornaron a sus asuntos con premura, limitándose a decirme: «Solano es un buen joven, que ha demostrado su rectitud durante muchos años. Debería usted pensar mejor antes de caer en el perjurio. Y ahora retírese».

Pensé renunciar, pero muy dentro de mí sabía que ese gesto desesperado no me iba a librar de la palidez de Solano, volviendo mortecinos mis días en todo lugar donde me encontrara por siempre jamás. Y tampoco estaba dispuesta a tamaña cobardía. Decidí entonces dar la pelea con mis propias armas.

«Voy a recurrir a la policía», le dije una vez que me seguía por las calles rumbo al banco, donde yo iba a hacer un depósito. Jamás imaginé escuchar una respuesta como la que dejó caer

con voz sosegada en mis oídos: «Isabel querida, no lo haga, ¿recuerda esa evaluación que firmó? Pues bien, es un documento inculpativo. No puede imaginar siquiera hasta qué punto se acusa a usted misma. Yo intervine esas páginas de su examen y ahora aparece usted firmando documentos que la inculpan de movimientos que a Contabilidad le parecerían definitivamente sospechosos. Mas aun, Isabel: tuve cuidado de emitir un informe donde la califico de funcionaria poco confiable, demasiado interesada en las claves e información más secretas de la empresa. Usted firmó su sentencia y su condena hace ya bastante tiempo. Y esto es sólo una parte. Sé que le parezco infantil, pero llevo muchos años en esta empresa y conozco al dedillo cada paso que se da y se puede dar en ella. Soy invulnerable, Isabel. Y he aprendido a cultivar la paciencia como un oriental, sé que usted vendrá a mí más temprano que tarde. Le reitero, querida, que mi gran fuerza es la paciencia».

Más tarde, sola en la cocina mordisqueando aceitunas, escupiendo astillas que mis dientes hacían saltar con furia de los cuescos, sentí que el miedo y la impotencia se mezclaban con mis ácidos gástricos. Estaba sola, el tal novio viajero no existía y mi familia, a varios kilómetros de esta urbe feroz, no se enteraría nunca de nada. Debía encontrar una salida por mis propios medios. Lo juré sobre el plato de aceitunas amargas. Cuando un cuesco sacó astillas a uno de mis dientes, se agolparon en mi memoria las últimas palabras del fauno obsesivo. Sí, lo recordaba muy bien. Había dicho: «mi gran fuerza es la paciencia».

Pues bien, mi defensa se iba a basar precisamente en su oscura

y poderosa fuerza, a la que yo iba a convertir en mi aliada. Volví a jurar sobre las aceitunas que no me iba a permitir flaquezas, cobardía ni mucho menos miedo. Y partí a descansar para estar lista. Pronto tendría que atacar por sorpresa.

Durante la semana que siguió, Solano no varió sus actitudes. Me esperaba por los pasillos, iba a mi escritorio con cualquier pretexto, por las calles trotaba a mi lado mientras sus ojos se desprendían de su rostro para convertirse ora en reptiles vivos que se adherían a mi piel, ora en caracoles resbalosos que recorrían cada milímetro de mi cara, de mi cuello y brazos, dejando una estela invisible que más tarde me apuraba en restregar con afán, protegida por la soledad de mi casa. No cesaba Solano nunca de murmurar, de musitar mensajes y cumplidos a los cuales yo era sorda como tapia. Y también muda, nunca durante ese tiempo le respondí, nunca le dirigí la palabra.

Un día perdió los estribos ante mi obstinación y en plena calle me cogió de un brazo. Entonces de mi garganta comenzó a escapar un aullido, un ulular sostenido, agudo, estridente hasta lo intolerable. Los transeúntes se apartaban despavoridos. Solano intentó calmarme con algunas frases incoherentes, pero sólo cuando lo vi a bastante distancia, apurado en alcanzar la primera esquina salvadora, enderecé el cuello, sacudí mi melena y acomodando la cartera en el hombro, continué mi camino, oronda como una cantante de ópera rumbo a su camerino después de lograr un do de pecho. Por supuesto que hice caso omiso de las miradas curiosas.

Sin embargo, Solano no se amilanó. Sólo echó mano a su fuerza de voluntad para evitar tocarme de nuevo.

Y llegó el día que esperaba, sin saber bien qué me iba a deparar. Nada más intuía que en ese momento se jugaba mi futuro.

La noche anterior, después de apagar la luz, había ido a la ventana a husmear. Allí, bajo el poste de enfrente, estaba Alcides Solano. Supuse que preparaba otra de sus ofensivas gráficas. Pero no, a la mañana siguiente sólo encontré a un trasnochado, más pálido y más ojoso Alcides, rumiando empecinamientos y dispuesto a abordarme una vez más. Y decidí enfrentarlo.

«Está bien», le dije, y sus ojos saltaron momentáneamente desde los pozos sin fondo. «Voy a responder a sus requerimientos, Alcides, por muy monstruoso que me parezca el acoso indigno a que me ha estado sometiendo». No pestañeó ante los calificativos que escupí. «Pero ese momento lo voy a decidir yo, Solano. Y respecto a él vamos a firmar ante notario un acuerdo», le advertí. «Está muy bien, Isabelita, usted propone y yo acepto. Debo confesarle que estoy muy emocionado», rebuznó, mostrando los dienteillos en una sonrisa triunfal. «¿Está seguro de su disposición a aceptar mis condiciones?», le pregunté, incisiva. «Soy paciente, querida, muy paciente, ya se lo he dicho. Pero, además, soy un caballero. Acabo de empeñar mi palabra: respetaré sea cual sea su decisión, con tal de que me de usted una esperanza», respondió Solano y lo hizo con tal humildad, que estuve a punto de echar pie atrás.

«Escuche bien, Alcides Solano. Ese momento va a llegar el...». Miré el reloj que bailaba en mi trémula muñeca. Vi que eran las 7 a. m. del 7 de julio de 1996. Entonces, sin titubear le espeté: «Iniciaremos nuestra relación amorosa el 7 de julio del año que

tenga dos dígitos seguidos, cada uno de un cero y cuya suma sea, por supuesto, siete». Por un instante sentí vértigo. ¿Y si me equivoqué en el rápido cálculo mental? Pero no había errado. Alcides Solano permaneció quieto cual iguana, sacó cuentas moviendo apenas los labios y nuevamente sus ojos saltaron de las órbitas. «¡Isabel, ese año es el 2050!», gritó atorándose.

Así era, no me había equivocado. Dos mil cincuenta, ese año lejano y, sin embargo, tan real ya para mí. Por primera vez observé cómo un mechón de finos cabellos se desordenaba sobre la frente de Solano. Mudo, crispado, toda su fisonomía mostraba la lucha interna entre su honor de hombre de palabra y su impotencia de burlador burlado.

Horas más tarde di comienzo a la estrategia que debía perdurar por más de medio siglo. Y lo hice arrojando a la basura mi guardapolvo azul de oficinista, mis zapatos de taco bajo, las peinetitas de color neutro con las que sujetaba el pelo, mis gruesas medias para la prevención de várices. Me premuní de algunos de mis ahorros y partí al asalto de las tiendas de ropa y calzado.

Día a día fui convirtiéndome en la secretaria más seductora y atractiva en cien kilómetros a la redonda. Dispensando el radiante encanto de mis risas, sonrisas y conversación chispeante a cuanto ser humano estuviese a mi alcance.

Menos a uno, por supuesto.

Gerentes, subgerentes, plana mayor, plana menor, compañeros y compañeras de oficina, funcionarios de planta y a honorarios, estafetas, carteros y visitas, entre tantos otros, son los depositarios de mis cada día mayores encantos de —¡claro!—

huri de la aldea global. Y no exagero con esto último, porque me he comprometido en matrimonio con un consultor neozelandés acomodado que venía por diez días y se quedó cien.

Por su parte, Solano adelgaza más y más. La palidez de sus manos emite una débil luz cuando permanece largo rato junto a la ventana con la mirada perdida en las hojas del calendario. Y si me sigue por las calles, a menudo algún transeúnte misericordioso se ha apresurado a sujetarlo, pues el paso de Alcides Solano se ha tornado inseguro, cada cierto trecho su metro sesenta de esmirriado maderamen tropieza y se tambalea. Y eso que apenas ha pasado una mínima parte del tiempo estipulado en nuestro acuerdo sentimental.

Ahora bien, no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, me digo con frecuencia, no sin cierto escalofrío. Me consuela la ilusión de que, tal vez, cuando nuestro plazo llegue a su fin, la paciencia sobrehumana de Alcides Solano habrá actuado sobre su alma como un buril, transformándolo en un anciano apacible y meditabundo, cuya palidez resulte fácil de contrarrestar con bastante jugo de zanahorias al desayuno.

Cristián Cisternas Ampuero

Nace en Santiago de Chile el 16 de marzo de 1969. Ingresó en 1987 a la carrera de Licenciatura en Humanidades con mención en Lengua y Literatura Hispánicas en la Universidad de Chile. Posteriormente, alcanzó los grados de Magister y Doctorado en Literatura en esta misma casa de estudios.

Actualmente, ejerce como profesor sociado en el Departamento de Literatura de la Universidad de Chile. Ha publicado diversos trabajos académicos sobre narrativa y poesía chilenas, así como el libro *Imagen de la ciudad en la literatura hispanoamericana contemporánea* (Universitaria, 2011)

Ha incursionado en la radiofonía en la Radio Universidad de Chile con los programas *Holojazz* (2000-2006), junto con Miguel Vera Cifras, y *Revolución 78* (2007-2016), este último creado y producido junto a Patricia Valenzuela.

Ha participado en el taller de narrativa del crítico chileno Camilo Marks. También participó en el taller de poesía *Códices*, del poeta Andrés Morales. Ha publicado narrativa: *En el faro y otros relatos* (Mago, 2011), *La flecha de Dornier* (Mago, 2015). Y poesía: *Distimia* (Mago, 2016) y *Medievario* (Cuadernos de Casa Bermeja, 2017). Fue incluido en la *Antología del cuento chileno contemporáneo*, editada por Max G. Sáez (Mago, 2015).

Amnesia

Salió porque no soportaba el olor a insecto que se desprendía de las paredes. Un olor solitario de noches arrimándose a los rincones en busca de un temblor de silencio. La seguridad del polvo lo protege; los fluidos cristalizados son su coraza: lomos articulados y abdómenes oprimidos por el peso de una baldosa. No aguantaba la conversación silenciosa de las viejas, enfrentadas una con otra como torres de ajedrez. Los muchachos azotaban sin misericordia un gato; otros le daban duro a un tacataca. De vez en cuando se oía la campanada triunfal de un golazo, el ruido seco del bolón de piedra contra la lámina de acero. Ahora los chiquillos se perseguían a peñascazo limpio, gritando como verracos.

Deseaba que las viejas se petrificaran de una vez por todas; se consumieran al fin sus escasos jugos; se endurecieran las bisagras que tenían por rodillas, para dejarlas de adorno en el jardín, guardianes tutelares hundiéndose en el barro. Alguien preguntaría sobre esas figuras erosionadas y él diría que eran los antepasados de la estirpe, algo así como la memoria de las plazoletas. Una jauría de gente aferrada a un pedazo de tierra. Una plaga destructiva que ha tenido éxito en agotar la tolerancia del suelo. Una banda de sombras revoloteando sobre techumbres de lata. Deseaba que la turba de *pelusones* dejara en paz el tacataca y quedaran en paz ellos mismos. Que fueran confundidos por un espíritu misericordioso, arrebatados por un torbellino de rocas y desgastados hasta los huesos. Caerían sobre los tejados como lluvia de piedra

volcánica; se unirían a los terrones que obstruyen cedazos y colman bateas; serían barridos o amontonados detrás de las puertas; arderían como la materia insustancial que se levanta cuando los maestros preparan la mezcla y los camiones descargan escombros. Y luego se haría el silencio. La paz correría por el patio como una criatura blanca y temblorosa: el viento hecho carne y secreción de los siglos transcurridos.

Había algo en el atardecer y también adentro, en el comedor: algo en el crujido del calendario, en las sombras proyectadas por las migas de pan, en el brillo turbio del jarro de vino. Tembló el refrigerador viejo; sonó una cañería antigua; crujió la marquesa de bronce del cuarto de alojados. Era como si la casa estuviese cubierta por un embudo de cobre; sofocada por una campana submarina; acosada por ramalazos del tiempo que venía a cosechar su inevitable paga. Por meses y años habían vivido como si fuese el primer día, cuando vieron levantarse los tijerales, asentarse las vigas y llenarse de polvo los medidores de luz. Un *pelusón* inoportuno rayó el cemento fresco del suelo; se amontonaron perros a la puerta; sonó esa canción que cantan (según es tradición) en toda inauguración de casa. Pero él no quería bailar ningún vals; más bien necesitaba aire fresco, salado o seco. Aire como el que se respira en Ítaca o en la sombría Zacinto.

Salió a caminar más allá de las manzanas y pasajes, más allá de los lotes recientes, mucho más allá de los límites demarcados por una carretilla abandonada. Se preguntaba qué habría sido ese lugar antes de que se repartiera la tierra, antes de la distribución de sitios, mucho antes de que encajasen grifos en el suelo.

Probablemente sólo tierra y zanjones, desniveles de terreno y la fuerza latente de las placas. Entonces llegaron los indios y pusieron sus términos de barro y durmieron mirando la cordillera. O bien no vino ningún indio, sino una pareja de ingenieros, de cernícalos o fantasmas de la tierra. Y el paisaje nunca más estuvo solo, y los cerros se llenaron de bolsas plásticas ondeando entre los chaguales.

Esa tarde, la presión de una burbuja de tiempo, inflándose contra las paredes acribilladas de clavos, coronas navideñas y fotos del Papa nunca más arrancadas, se hizo más intensa. Se levantó de la mesa sin untar el pan con la margarina aceitosa. Desde siempre, el olor a pan y vino le ha repugnado. Esa mezcla aumentaba su densidad a medida que la mujer hablaba mirándolo a través de los reflejos bituminosos de una botella. Había en su voz una resonancia oscura, como si llegara desde el extremo de un cuerno de victrola, y él recordó (o imaginó) el asombro de los primeros hombres que oyeron un fonógrafo. Sus voces resonando sin gargantas, tartamudeando sin lenguas, carraspeando sin flema. La voz de la mujer, el olor a rancio y la botella a medio vaciar, con sus reflejos de calidoscopio, contribuían a una atmósfera de penumbra. Él se refugiaba en recuerdos lejanos: un demonio de cartón señalando el centro de un barril; un camarero apresurado, corriendo a trancos largos, mientras equilibraba una diminuta bandeja y una anciana trasvasijando el agua mineral desde la botella a un jarro. Se refugiaba en esa atmósfera de silencio, semejante a la parsimonia de la señora Solari desempolvando las botellas con un trapo amarillo. Recordaba que ese ritual, junto con el viaje hacia la penumbra de la bodega, era un verdadero

viaje en el tiempo, hacia la región de las etiquetas antiguas, los corchos envejecidos, sellados con quebradizo lacre, y los dibujos de medallas en las etiquetas de anís, oporto y menta. La voz ronca de la mujer, hablando de cosas vulgares y rutinarias, era el gancho grueso y basto, cubierto de restos de carne y grasa, que lo traía de vuelta a ese momento. Claro que, si hacía un esfuerzo y se volvía a concentrar en las etiquetas (con el perfil de un mono o la escena del majo saludando desde el caballo a la guapa), aún podía hacer algo para recuperar esa zona del recuerdo. Cuando parecía que podría compensar la burbuja con el aire que se levantaba desde los archivos de su memoria, una catacumba construida sobre la bóveda de cráneos y entierros, ella se levantó y empezó a caminar por el comedor.

Señalaba grietas, baldosines sueltos, maderámenes hundidos, posiblemente habitados por la carcoma. Con aspavientos de sarcasmo, levantaba las fonolitas inseguras del patio de luz; zapateaba como una virtuosa sobre las tablitas de caoba; simulaba tropezarse en los porfiados lomos del parqué soliviantado. Se afirmaba como al descuido sobre los paneles de cholguán combados por el peso de una cómoda, sorprendiéndose de la ruina o las telarañas, haciendo malabares como Don Quijote en Sierra Morena. Se daba fuertes golpes contra el refrigerador estoico, la repisa llena de figuras plásticas, quebrándose elástica en el aire con una gracia que, por un instante, lo sorprendía. Parecía recuperar una flexibilidad pasada, cuando su cintura subía como la marea, y él se aproximaba como un barco, un acorazado, mejor, un petrolero, por las estrechas esclusas del canal de Panamá.

Su cuerpo parecía no tener huesos; era la resistencia de la carne que se recoge y empieza a disolverse, a hervir, a crecer por momentos. Eso recordó, viéndola dar unos pasos torpes, como el garzón que recoge al desgaire los tallarines pisoteados. Sintió que, si ya no era bella, por lo menos podía ser cómica, pero el gran obstáculo era su voz, una polea gastada y rechinante. Y sus palabras: muchedumbres de gaviotas que revoloteaban sobre un mar de sarcasmo. El resentimiento desfiguraba vocales y consonantes, desgastaba los nombres y los verbos hasta sacar chispas sobre los cantos de pedernales toscos. Él no se daba cuenta cuándo llegaba el insulto, fascinado por el proceso que convertía las palabras cotidianas en raspadores prehistóricos, anzuelos y cuchillos primitivos, que lo punzaban con la insistencia de pájaros, termitas o granizos.

Finalmente, hubo algo como un rompimiento de olas, seguido del chillido insistente de gaviotas y el estruendo de un astillamiento, toda la confusión de cosas desgarradas y quebradas en un naufragio: metales entrechocados, vajillas pulverizadas, maderas mojadas doblándose hasta el límite de su resistencia. La sensación casi física del insulto y el anatema, la blasfemia no sólo dirigida hacia él, sino hecha extensiva también al orbe: *Natura*, reinos lunares y sublunares, liberándose en un estruendo que lo dejó sordo por un momento. Entretanto, por el cielo pasaban avionetas, un insecto equivalente a helicópteros prehistóricos y bandadas de palomas pidiendo agua. Sabía que la mujer, alcanzado y hasta superado su propio límite de exaltación, se dirigiría al cuarto de la empleada para ver comedias. Aprovechó de sen-

tarse un rato sobre la vereda, junto a un árbol sin taza, contento porque, luego del naufragio, se había hecho un silencio espléndido, apenas interrumpido por el chisporroteo de una soldadura al arco y las celebraciones, más lejanas aún, de una eterna pichanga.

Recordó, sin saber por qué, libros y pasajes de libros que había leído sin llegar a entender, sentado en una plaza llena de escaños de cemento que sobresalían del suelo como espectros. Durante la mala temporada, cuando la gente se aburría de leer los folletines llegados desde puertos transatlánticos y se volcaba sobre las noticias locales, solía romper el celofán de los infolios de lujo y se entretenía con la historia de hombres que bajaban al infierno para interrogar las sombras de otros hombres. Unos comían extrañas hierbas y perdían el seso; otros, improvisaban banquetes con las reses de un dios, o bien huían de ciudades en llamas cargando sus dioses. Solía fantasear con una mujer triste, hilvanando ropa junto a un brasero descuidado, rodeada de amigas que leían folletos sobre héroes que emprendían conquistas extrañas: rescatar a una doncella ofrecida en sacrificio; conseguir una ramita mágica en medio de un jardín sombrío, lleno de ruinas y escudos enterrados; ahuyentar monstruos que infestaban cielo y tierra.

Leer esos libros lo sumía en un estado de ensoñación; se imaginaba a sí mismo reposando en alejadas playas, muerto y enterrado en la arena por sus camaradas, consolado por el túmulo votivo y por el reflujo eterno de las mareas. Añoraba, sin entender por qué, el destino de un anónimo argonauta, remando monótonamente a través del mar oscuro, arrojando piedrecitas a la ventana del oleaje con la esperanza de despertar a una ninfa

que le pusiera perfumes en la nariz, tapaduras de cálida cera en los oídos, empastes de grasa y perfumes sobre sus lomos. Aunque fuera para un sacrificio, siempre era bueno estar ungido. Y, en su fantasía, la mujer triste dejaba su labor para recordar el momento en que las rápidas naves dejaron el puerto, cargadas de aceite y armaduras, venablos y cueros de vino. Ella se preguntaba qué impulsaba a los hombres a construir naves, a pintar un par de ojos sombreados en sus proas, a cargar sus quillas con el peso de conquistas, botines y saqueos. No había respuesta. Pero debía ser hermoso dormirse a la intemperie, bajo húmedas lonas, aferrando el timón como la cintura de una doncella recién tallada, pensando en la mujer abrigada en su gineceo, iluminada por débiles lámparas y el fuego mortecino del hogar. De algún modo, también él deseaba estar lejos, despegando de algún aeropuerto en noches de neblina, durmiendo con la cabeza puesta contra las paredes tambaleantes de un faro, montando guardia bajo galpones abarrotados de secretos, y no en esta población llena de barro, buzones pintarrajeados y almacenes enrejados como prisiones.

Se levantó una brisa, un vientecillo que bien podía ser el sople favorable de un dios sobre nuestros velámenes, la corriente helada que sube desde el sótano de un campanario, el aire enrarecido de una bodega llena de quesos maduros, que se escapa y difunde cuando una doncella distraída deja sin pasar el pestillo de la puerta. En ese momento, las chispas de soldadura levantaban el vuelo como pavesas de un horno animado con nuevos tizones. La polvareda de entreveros y empujones debía ocultar, por un momento, el rostro de los eternos jugadores de pelota, y un pe-

queño torbellino de hojas conseguía depositar su carga a los pies del hombre pensativo.

Sentado en la vereda con la paciencia de una figura china, recordaba impresiones físicas y estados de ánimo asociados con la posesión de un libro pesado, húmedo, de folios porosos y letras hundidas. Sostenía entre sus manos un trozo de madera aceitosa, el resto de un naufragio, una bitácora inmemorial, llena de anotaciones que no alcanzaba a comprender.

Esa vez había ido al baño con el libro. Mientras una lluvia molesta rellenaba zanjas y reblandecía montones de ripio, adentro se abría un espacio de silencio y abrigo, pese a los olores concentrados y al barro que se filtraba por debajo de los paneles plásticos. Entonces, lejos del bullicio de las mezcladoras y de los trabajadores celebrando el paso de una mujer, él podía entender al anciano holgándose de la acogida del porquerizo, y casi oler la grasa chamuscada de los puercos y paladear contra las muelas el vino ofrecido en vaso de arcilla. Otras cosas (las largas parrafadas, las frases repetidas, los ruegos de los muertos antes de ser decapitados) le parecían extrañas e inaccesibles. Le parecía que el libro se le caía de las manos, endurecido como el espinazo de un fósil. Le pesaba sostenerlo; no sabía cómo domesticar el lomo ni los cantos desgastados de la encuadernación. No le cabía ni en las mangas ni en los bolsillos. Guardarlo en la mochila, junto con las toallas, parecía un contrasentido, tan diferente era de los folletines que las empleadas y los colegiales leían en las micros y enrollaban como una corneta a medida que daban vuelta las páginas.

Así, mientras la lluvia sonaba sobre el techo de zinc, él fanta-

seaba con la idea de arrojar el libro a una zanja, a la amasadora de cemento, al fondo de un foso lleno de varillas y fierros oxidados. Ahí se quedaría, emparedado como un muerto, con sus hojas llenas de fantasía y su llamado a realizar cosas inverosímiles, como viajar a la tierra de los hombres que no conocen la sal ni hacen libaciones a los dioses con el vino espumoso. Se contentó con cerrarlo y arrojarlo a un rincón como un ladrillo trizado, en donde porfiadas goteras y escupitajos y uno que otro chorro de orina empezarían a ablandarlo, hasta devolverlo a la sustancia de los sueños, a la arcilla modelada por el escriba para llevar sus cuentas de palacio, a la pasta vegetal que luego sería tablilla cubierta de incisiones y pinchazos, como si preservar la memoria fuera cosa de hacer marcas débiles encima de cualquier superficie, sobre cortezas o pieles secas, sobre esa materia que no existe y que resiste al viento y al agua, al desgaste de los glaciares y continentes que terminan por atrapar al hombre entre las cuatro paredes de un baño químico, en hora de colación y sin nada que leer.

Ahora se arrepentía y deseaba fervientemente recuperarlo, volver a la obra, al interior de la caseta, a la atmósfera densa del baño químico, excavar hasta encontrar el libro, remontar el curso de un río seco, apartando raíces y cosechas abortadas, yacimientos de riqueza efímera y bolsas de plástico, cáscaras de papas y de sandías a medio raspar. Imaginaba que lo encontraría reducido a una masilla densa y porosa, llena de huecos y circunvoluciones, alimentada por delicados tallos que se hunden en la tierra: una cosa viva, palpitante, una vejiga llena de tiempo, el corazón de una gaita conectada a miles de arterias y tubos sonoros, gimiendo en silencio.

Como una esponja llena de ojos duros, el libro se le ofrecía hinchado, pulsando y latiendo al ritmo de un verso de muchos pies. Pústula o vientre repleto de todas las historias de encuentros y desencuentros que distraen al hombre de su rutina, desearía rebanarlo y masticarlo como un pedazo de hígado, clavar cuchillo y tenedor en el nervio atravesado de historias incompletas, en la arteria generosa de reconocimientos. Liberar el líquido de incontables poros, dando rienda suelta al mismo impulso que lleva a un hombre a succionar un pecho de mujer, el mismo deseo de la mano que busca palpar unas nalgas pecosas, un trasero blanco, un cuarto de luna menguante al alcance de los dedos, para apretar y oprimir, estrujar y amasar, ojalá morder y amoldar un queso de generoso suero, mordiendo y masticando algo crudo y muerto al mismo tiempo, sintiéndonos vivos con la fuerza de las mandíbulas que descarnan y destrozan la fibra y el cartílago.

Desearía morder el libro, pensaba, con todo lo que contiene: templos, maderámenes olorosos, costillares de cerdo; filetes de vacas prohibidas, aceitunas amargas, heridas y cicatrices, pero estoy rodeado de ayuno. La colación es magra, los panes son fofos, uno mastica miga y viento y hasta las hojas del suelo se vuelven apetitosas, pequeñas hojas puntiagudas y polvorientas, cansadas de peregrinar a lomo de remolinos, ansiosas de reposar sobre una tumba nueva.

Ser un remolino, se decía, pero un remolino doméstico; regodearse en los rincones, sobre las baldosas, un cuerpo de aire girando en el fondo de los patios, bajo maceteros y sillas de playa, conociendo esos huecos magníficos llenos de cosas perdidas:

botones, alfileres, piochas, toda esa geografía de los límites del jardín, habitados por el dios de los términos, consagrado al espíritu de las sombras. Ojalá esta hoja fuera el alimento que se necesita para languidecer bajo una higuera. Sería simple morder un vegetal que no grita, ni se queja, ni devuelve los golpes (mientras los otros siguen celebrando el paso de una empleada arrastrando las bolsas de las compras), quizás una galera bamboleándose como un rodamiento loco o una carabela enarbolada de luto. Qué es lo que ha cambiado tanto en mí, pensaba, lo que me lleva a desear el olvido, el sueño, la flojera inmemorial de ser un remo enarbolado; un hormiguero vacío de sus habitantes, una casa desolada y tranquila, un faro al borde de todos los acantilados. Y no encuentra respuesta o, mejor dicho, la respuesta se pierde en la inconsciencia del ripio y la pestilencia de los baños químicos, que se cierran detrás de uno como guillotinas.

Sentado en la cuneta, el hombre mastica la ramita, algo como un tronco de apio, una mata de ruda, un clavo de olor, y siente, por fin, que el tiempo pasa y le destempla los dientes. Un riachuelo se deja caer sobre su lengua hasta convertirse en cascada de saliva. Los miembros se aflojan, los zapatos vuelan lejos, las generaciones de hombres se acumulan en los tejados, en los techos inclinados, en las canaletas obstruidas. Todo empieza a moverse y a girar como un viejo disco de acetato. Y pensar que le bastó extender la mano para recoger la hojita y llevársela a la boca para masticar el polvo de incontables caminos, saborear el gusto de túmulos y fosas recientes, paladear la áspera consistencia de los nervios vegetales, agradecer el crujido con que muere una

bóveda o se hunde una cúpula. En su imaginación última, vio innumerables lápidas borrándose y desdibujándose, inscripciones y fechas levantando el vuelo, el tiempo amortajado igual que un viejo saltando entre matas de verdura. Y luego el olvido como el disco flexible que se borra poco a poco, una cancha de tierra despejada de jugadores, un lanzamiento de cachureos desde el cuarto del fondo. Y, sobre todo, silencio, viento, remolinos, la flecha reposando en la garganta de un Pretendiente.

Eduardo Contreras Villablanca

Nació en 1964, en Chile. Partió al exilio con su familia luego del golpe militar de 1973. Regresó a Chile a fines de 1983. Es Ingeniero Civil Industrial de la Universidad de Chile, con posgrados (Master y Doctorado) en España. Se desempeña como profesor de la Universidad de Chile (Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas) desde 1996.

Ha recibido premios, entre otros: Primer Premio de la Municipalidad de Santiago el 2002 y Primer Premio del concurso Fantoche el 2017 en Cuba; ambos por novelas.

Desde el año 2007 al 2017 fue discípulo del escritor Poli Délano. Luego de la muerte del maestro y escritor, en agosto del año 2017, asume la dirección de ese Taller, hasta la fecha. Es miembro de Letras de Chile.

Ha publicado: *Don't Disturb: Crónica de un encuentro en Cartagena de Indias* (Mago Editores, 2005, segunda edición el 2009), novela policial; *Muerte en la campaña* (Piedra Lunar, 2018), novela policial; *Será de madrugada* (CEIBO editores, 2015), donde reúne *Don't Disturb* y *Muerte en la campaña*; *Cuentos urgentes para Nueva Extremadura* (Espora, 2016); *La verdad secuestrada* (Mago Editores – Espora, 2019), novela policial; *Estación Yungay* (Rhinoceros y Espora, 2020), novela policial; *Investigando humanos* (Espora, 2020), libro de cuentos de Ciencia Ficción. Los tres últimos libros fueron escritos a cuatro manos con Cecilia Aravena Zúñiga.

Sírveme vino

—¡Sírveme vino, mierda!

Así me gritó Rubén esa noche en que ya no veríamos caer las estrellas. Era inútil y hasta peor negárselo, así es que obedecí como una perra con la cola entre las piernas.

Por la cuarentena, llevábamos más de un mes encerrados en mi departamento, en el centro de Santiago. Al principio fue grato, se suponía que iban a ser dos semanas y ese tiempo calzaba justo con lo que Rubén le dijo a su esposa. Antes de regresar a Chile, me reenvió el mensaje con la cuchufleta que le mandó:

Me cancelaron el vuelo de *Iberia*, pero conseguí uno por *Air France* para dos semanas más, paciencia, lo bueno es que llego, otros están quedando varados.

Y después otro dirigido a mí:

Amor, por fin tendremos el tiempo que nos merecemos...

Llegó desde Madrid por *Iberia*, a mediados de marzo, cuando los primeros arañazos de la pandemia ya rasgaban a Chile. Nos conocimos allá, en España, un año antes, en el congreso «Economistas del futuro. Ciber-Estado y mercado: visiones del siglo XXI». Me gustó la pasión con que defendía las libertades individuales, la libertad de elección y la soberanía del consumidor, y me sedujo su tono de voz pausado pero firme, sus ojos claros, su

estatura y ancha espalda al girar hacia el telón, apuntando a los gráficos y cuadros de su presentación en *PowerPoint*.

No sabía que era casado cuando por primera vez nos fuimos a la cama en su habitación del *Hotel Plaza España*, después de una cena bien regada con vinos de La Rioja. No se lo pregunté y desde luego él no lo mencionó. Me lo contó el día que nos reencontramos, ya de vuelta en Chile, y yo le dije que estaba separada. Él no comentó nada más sobre su relación en ese momento. Fue después que comenzó con los clichés de que su matrimonio estaba mal, necesitaba tiempo y yo era el amor de su vida.

Meses de encuentros furtivos, cortos y apasionados. Casi siempre al regreso de algún viaje suyo como asesor del Banco Mundial. Anunciaba a su esposa el retorno para uno o dos días después de la fecha real de llegada y se venía a mi departamento. Dependiendo del país en que había andado, aparecía con vinos *tanat* de Uruguay, *malbec* argentinos, o incluso un *pinotage* de Sudáfrica.

—¡Puto virus de mierda! —gritó después de tomarse al seco media copa de *malbec* del valle de Colchagua—. Más de un mes encerrado acá, con todos los síntomas menos la neumonía. Sin saber si lo tengo o no, porque este gobierno de mierda no tiene un sistema de detección decente. ¡¿Por qué chucha no me hicieron el test cuando llegué?!

—Se supone que es tu gobierno, ¿no? Votaste por este presidente. Por algo tu mujer tiene una tremenda pega.

—Lo ha hecho como la caca este *huevón*. Y más encima tú amenazando con llamar a la policía. ¡Llámalos!

Una tos seca interrumpió su perorata, se tapó con las manos (también había fracasado en inculcarle los hábitos higiénicos de prevención). Cuando se repuso, continuó:

—A ver si eres capaz de llamar, ¿cómo te verías apareciendo en las noticias? —Desplegó las manos simulando una pantalla dijo:— «Pareja adúltera sorprendida en cuarentena—. O este titular: «Mujer infiel denuncia a su amante por malos tratos».

—Pensar que cuando estás sobrio puedes llegar a ser encantador... Por algo cometí la estupidez de fijarme en ti. En todo caso, te recuerdo que estoy separada —repliqué—, mi marido incluso tiene una pareja, hace meses. Poco le importaría esa supuesta noticia.

—Pero a tu pelea por la custodia de tus hijos no le vendría nada de bien el escandalito —dicho eso se embuchó el resto del vino de su copa.

Apreté los labios para no responder su pachotada. Mi exmarido, con el pretexto de la cuarentena, se estaba quedando con los chicos más tiempo del que le correspondía y yo no había insistido en espera de que Rubén se fuera. Opté por no recordarle que lo que Gerardo peleaba no era la custodia, sino más tiempo con los muchachos.

Sabía lo que vendría. El trago, después de agriarle el ánimo, lo ponía cariñoso. Con un mes viéndonos a cada hora, todos los santos días, ya lo conocía como si fuera un pariente con el que había vivido años. Un pariente cargante, eso sí, un familiar alcohólico cuyo ánimo oscila al ritmo del trago. Algo así como mi padre y sus malos tratos cuando éramos pequeños; él también

pedía disculpas después de pegarnos. Tan predecible Rubén. Esos vaivenes los conocía más de lo que hubiera querido.

—Si no te pegué, negra —dijo, tratando de sonreír. Pero la torpeza dipsómana le dibujó una mueca en la boca—. Te tomé de los hombros para hacer que me escucharas —continuó.

—No me digas negra. Me tomaste de los hombros y después me zarandeaste. Además, si no te quiero escuchar, no te escucho y punto —lo miré fijo, hasta que desvió la vista—. Tengo derecho a no escucharte si no quiero hacerlo. En cuanto termine la cuarentena, te vas, Rubén. Que sea tu esposa la que se banque tus curaderas. Y agradece que finalmente no llamé a la policía. Ahora me voy a la pieza, que mañana tengo que tele-trabajar temprano y no puedo decirle a mi jefe en el banco que me acosté tarde porque, para variar, mi amante de emborrachó.

Se quedó callado, mirando el fondo de la botella vacía. Volvió a toser con esa tos seca, característica del virus. Me dio la impresión de que había logrado sortear lo peor del chaparrón de mala onda de esa noche. En todo caso, algo de razón tenía Rubén. Si llamaba a la policía no podría evitar que se filtrara que estábamos encerrados juntos. Y no quería quedar estigmatizada como la amante del marido de la subsecretaria del Trabajo.

Fue en la época del Estallido Social cuando nombraron subsecretaria a su mujer, para el cambio de gabinete cuando sacaron al ministro Chadwick. A él le cayó como anillo al dedo para seguir postergando la supuesta decisión. Me dijo que ahí sí que no podía, que el partido de ella era demasiado pechoño como para que

la apañaran ante una ruptura matrimonial, que separarse en ese momento significaba cagarle esa meta por la cual su mujer había peleado tanto. Que por mal que estuviera su matrimonio, él no tenía corazón para hacerle algo así a la madre de sus hijos.

Quizás entonces debí mandarlo a la cresta. Pero quise creerle, al fin y al cabo, este gobierno terminaría, y a lo mejor antes de lo que se esperaba y en ese instante las aguas volverían a su curso.

Como nos veíamos poco en esa época, no tuve muchas ocasiones de padecer sus borracheras. Un par de veces, pero como todavía él estaba en la etapa de conquista, le daba por ponerse cariñoso. No quise ver, metí la cabeza en la tierra como los avestruces. No lo vi incluso cuando políticamente nos comenzamos a distanciar. Los dos votamos por la coalición de Chile Vamos, pero yo me fui desencantando en los primeros días de las protestas, mientras que él se abanderizó con el gobierno. Según Rubén, todo era culpa de los narcos y de la intervención extranjera. Defendía hasta el informe de *Big Data* con el que el gobierno responsabilizaba al *K-Pop* coreano y a la cantante Mon Laferte por el descontento en el país.

Pero en esas fechas aún me deslumbraba con sus mejores facetas. Como en aquella ocasión antes de su viaje a África, el más largo —estaríamos un mes sin vernos—, en que me dijo que cuando nos echáramos de menos, miráramos las estrellas en la noche y si veíamos el lucero del alba, significaba que nuestro amor crecía y que el día en que se cayeran las estrellas, sólo ese día, nuestra relación habría muerto. Ahora lo encuentro cursi, pero en ese momento me gustó.

Lo dejé dormitando su borrachera en el comedor y me fui a mi pieza. Para mi desgracia, como socia del Club de Amantes del Vino, me llegan dos cajas de seis botellas cada una, todos los meses. Y antes de que él llegara de España, se me habían ido acumulando las de casi un semestre. Desde que comencé la relación con Rubén mi vida social disminuyó. Antes se me iba una caja en una velada con amigos. A pesar del tremendo inventario que tenía, Rubén se acababa de despachar la última botella. Había tratado de negársela y lo que logré fue ese insulto ordinario. Y para remate, seguro que me iba a fregar al día siguiente para sacar el salvoconducto e ir a comprar más (él no podía sacarlo en mi comuna, su casa quedaba en Las Condes).

Me sentí atrapada en una película surrealista. Casi no podía salir de mi casa, condenada a vivir amarrada a un tipo al que ahora consideraba un pelmazo. Temiendo a las consecuencias de una borrachera en la que se excediera todavía más, ¿hasta dónde podría llegar entre su alcoholismo y su temor al virus?

Entonces, en su PC portátil abierto en mi velador, entró un mensaje con el *subject*: «Gordo, si quieres intercedo en Cancillería para que te repatrien desde Madrid». Entré al correo, en el pie de firma estaban los datos de ella y memoricé su número de teléfono. Pobre mujer, le había creído al perla que también le habían cancelado el vuelo de *Air France*. Bueno, era para creerlo. La pandemia había dejado un desparramo de chilenos varados por el mundo.

El muy patudo incluso le hacía video-llamadas con *WhatsApp* desde el *living* de mi casa, diciendo que estaba en un *Airbnb* de

Calle del Alférez en Madrid. Solo la llamaba cuando estaba sobrio, seguramente ella le toleraba su vicio menos que yo.

Al rato sentí sus pasos inciertos por el pasillo. Cerré la puerta con llave, no estaba de ánimo para sus babosadas. Mañana cuando amaneciera sobrio se le habría pasado la agresividad. Lo escuché golpear la puerta y gritar hasta que se cansó. Tomé el control remoto y puse las noticias en la TV, me angustié al escucharle al ministro de Salud que se prorrogaba el confinamiento por otra semana. ¡Uf! Cambié a una serie. Me dormí por fin, muy tarde, cuando finalmente supe lo que tenía que hacer.

Desperté temprano. Esperé hasta las ocho y media, se escuchaban los ronquidos de Rubén en el *living*. Marqué el número de su esposa.

—¿Aló, con la subsecretaria Salaberry? Habla Francisca Moreno. Su marido no está en España. Por favor mándelo a buscar acá, a mi casa... Sí, como oye. Si quiere se lo muestro durmiendo la mona en el recibidor... OK, nadie más lo sabe, la llamé directamente a usted... Calle Santo Domingo 1547, departamento 101... De acuerdo.

Me asomé por la ventana de mi habitación. Plena luz del día. Imposible ver las estrellas, pero sin duda estaban cayendo una tras otra, toda una lluvia de ellas.

Fabián Cortez González

Santiago de Chile, 1965. Casado y padre de tres hijas. Novelista y cuentista de lo fantástico. Es miembro asesor del directorio de Letras de Chile y socio de la corporación Tinta Negra (V Región). Forma parte del equipo editorial de la revista online *LDP MAGAZINE*. Socio y ex miembro del directorio de la Asociación de Literatura de Ciencia Ficción y Fantástica Chilena (ALCiFF).

Ha participado activamente en ferias literarias y conversatorios sobre Fantasía y Ciencia Ficción en Santiago y provincias, como también en las lecturas masivas del programa de *Letras en el Aula*, organizado por Letras de Chile (2016, 2017 y 2018). Lideró el comité organizador del *Ciclo de Lecturas*, antesala del Primer Encuentro Internacional de Literatura Fantástica y de la Ciencia Ficción organizado por Letras de Chile (2017 y 2019).

Sus novelas publicadas: *Los peregrinos* (Simplemente Editores, 2012); *Réquiem para Tahínus* (Puerto de Escape, 2015); *Portal de los dioses* (Triada Ediciones, 2018); y *Terranova* (Sietchediciones, 2020). Sus cuentos fueron incluidos en las antologías: *Microcuento fantástico chileno* (Simplemente Editores, 2019); *Mundos*, antología de ciencia ficción, fantasía y terror (Fénix Dorado, 2019), *Poliedro VI* (Triada Ediciones, 2019), *COVID-19 CFCh*, antología de Ciencia Ficción en tiempos de pandemia (SIETCH Ediciones, 2020); *Brevirus* (Revista Brevilla, 2020); y *Brevestiario* (Revista Brevilla, 2021).

El discurso

Había expectación entre los alumnos congregados en el auditorio. Esperaban la oratoria que ofrecería el profesor Ulises Garmendia, una eminencia en Robótica e Inteligencia Artificial. Su trabajo estaba presente en diversas revistas científicas y además editó un par de libros en relación al tema. Postulaba al Premio Nóbel de Física por su contribución al desarrollo de protocolos para generar respuestas emocionales en *cyborgs* de última generación. El célebre científico cursó sus estudios superiores en esa misma universidad y ahora ofrecería una charla a los jóvenes que se iniciaban en la rama de la Robótica. Muchos de ellos ya tenían preparadas sus preguntas para plantearse las durante el foro. El hombre, un tipo canoso y de contextura delgada, permanecía de pie frente a la audiencia, mudo y pensativo. No era fácil precisar si estaba nervioso o sólo le brindaba a su inminente discurso una cuota de dramatismo.

—¿Qué significa humano? —dijo de pronto, con voz aguda y bien entonada— ¿Qué es lo que define al ser humano? —insistió y su pregunta causó confusión entre los presentes, porque su tema no era la conducta humana. Los jóvenes se miraron entre ellos, otros susurraron posibles respuestas, pero al final nadie se atrevió a decir nada— ¿Es acaso el raciocinio? —prosiguió—, ¿la espiritualidad?, ¿las emociones o tal vez la suma armónica de todos esos factores? —hubo otro instante de silencio que sólo el orador interrumpió— En sus caras veo la incertidumbre —ex-

clamó—. Estoy seguro de que muchos de ustedes esperaban que hablase de mis investigaciones. Parece lo lógico en una cita como esta, pero han de saber que darle emociones a una máquina va mucho más allá de crear sofisticadas secuencias de instrucciones *asimovianas*. No, para lograrlo, se debe primero comprender el comportamiento humano, sus emociones, sus impulsos. Sólo así podremos replicarlas de manera adecuada.

El hombre caminó parsimonioso por el escenario. Sus movimientos eran seguidos por los presentes y no faltó quien reparara en esa actitud tan reflexiva suya. Parecía un actor caracterizando a un personaje de Shakespeare.

—El objetivo de la robótica —continuó— es hacer de la convivencia entre hombres y máquinas una armoniosa interacción, que haga más tolerable la presencia de los *cyborg* entre las personas. No es una tarea fácil. Las emociones son una «caja negra» difícil de decodificar y debemos hacerlo bien, si queremos que la futura generación de *cyborgs* replique ese comportamiento. La naturaleza humana no es estática ni finita, cambia al mismo tiempo que lo hacen las condiciones de vida. El entorno puede influir en los actos de cada individuo y, según sean sus capacidades, generará una respuesta emocional positiva o negativa. Analicemos el caso de un homicida. ¿Qué lo lleva a cometer un acto tan vil como el de quitarle la vida a otro ser? ¿La necesidad? ¿El odio? ¿La sed de venganza? ¿Un instinto de superioridad? ¿Las presiones de la vida diaria? ¿Cuál es el factor que gatilla un impulso tan violento y radical como el de matar? —hubo quienes fruncieron el ceño ante estos cuestionamientos, pues los creían

lejanos a la esencia de la Robótica, mostrándose decepcionados.

—He tratado de comprender tales actos y para ello he debido experimentar, porque el ensayo nos brinda claridad en el estudio de las emociones, para asimilarlas de buena forma. Créanme que fue interesante y revelador.

«¿Experimentar? ¿Asimilarlas?»... Las preguntas que se repitieron entre los asistentes. Aquellas palabras parecían no tener sentido. Definitivamente el científico se había salido de contexto en su oratoria. O tal vez su estudio era mucho más evolucionado de lo que ellos suponían. Sea como fuere, la charla estaba tomado matices extraños.

—Resulta enriquecedor ver las emociones fluir en forma natural, como el miedo, por ejemplo.

En ese instante, el científico extrajo un arma del bolsillo interno de su chaqueta y la apuntó hacia una de las estudiantes de primera fila. La muchacha abrió los ojos y palideció al verse amenazada. Los presentes se sobresaltaron ante el inesperado actuar del profesor.

—Dime, pequeña, ¿sientes miedo de morir? —le preguntó y ella sólo asintió con un nervioso movimiento de cabeza.

Por su parte, los directivos de la facultad se irguieron como impulsados por un poderoso resorte. Tenían la intención de detener este inusual experimento, aunque dudaron, pues no supieron a qué atenerse frente a un sujeto armado. Ajeno a estas cavilaciones, el hombre de ciencias continuaba con su alocución:

—Quizás intimidar a otros no es tan relevante como amenazar a la propia existencia —al decir esto se llevó el revólver a la cabeza, a la altura de las sienas.

Hubo exclamaciones de pavor entre los presentes ante el comportamiento del académico, nadie podía entender qué lo motivaba a actuar de esa manera

—¿Puede un ser humano atentar contra su vida? —él prosiguió— ¿Aún sabiendo que la muerte es un estado terminal que lo condiciona?

En ese preciso instante, tres policías ingresaron al Aula Magna y apuntaron sus revólveres hacia el conferencista.

—¡Baje el arma! —espetó el oficial que encabezaba a los uniformados— ¡Está usted arrestado por el asesinato del profesor Ulises Garmendia! —agregó, desconcertando a los presentes.

—Él es el profesor Garmendia —corrigió el decano de la facultad.

—No, no lo es —recalcó el recién llegado—, encontramos su cuerpo en la sala de estudio de su casa, alguien le disparó en la cabeza. Este sujeto es un impostor —pero el aludido lo ignoraba y persistía en su delirio.

—¿Qué hay más allá de la muerte? —se preguntó a sí mismo y estas fueron sus últimas palabras.

Acto seguido se desarrajó un tiro en la sien y la detonación retumbó en la sala. Su cuerpo cayó sobre en la tarima ante la mirada atónita de la concurrencia. La impresión que causó este fatídico suceso no dejó indiferente a nadie.

Al acercarse al cuerpo sin vida del impostor, el decano de la facultad quedó estupefacto.

—¡Es un *cyborg*! —exclamó al observar las partes ensangrentadas de lo que parecía ser un sofisticado cerebro artificial: bajo

el cuero cabelludo asomaba tímidamente un endoesqueleto metálico, con una perforación en el cráneo—. Logró construir un replicante de sí mismo y ninguno de nosotros nos percatamos —añadió, sin salir aún del asombro.

—Al revisar las notas y archivos del profesor, descubrimos que trabajaba en un prototipo hecho a su imagen y semejanza. En él había insertado su avanzado protocolo de comportamiento emocional —explicó el policía—. No sabemos qué pasó, pero claramente algo no salió bien. —Se quedó mirando el cuerpo del impostor. Parecía esperar algún comentario del facultativo—. Dígame, señor, ¿puede morir un *cyborg*?

El decano no respondió, su mente parecía divagar buscando la respuesta en un punto muy distante.

Orietta Igea de la Jara Espinosa

Nace en Santiago de Chile en diciembre de 1952. Comenzó a escribir poesía desde muy pequeña. Estudió Historia y Geografía en el Pedagógico de la Universidad de Chile. En 1978 ingresó a la Universidad Católica de Chile a estudiar Secretariado Profesional. En 1987 cursó cosmetología, dando examen en el ministerio de Salud, ejerciendo como profesional paramédico. Profesora de Estética Integral desde 1988 hasta la actualidad.

Durante diez años trabajó activamente como dirigente sindical del Colegio Profesional de Cosmetólogas de Chile A.G. Fue Fundadora del Colegio Profesional A.G. Gremio siendo presidenta en dos periodos. Ha representado a Chile en diversos Congresos Nacionales e Internacionales.

El 2004 publica su primer libro de poemas: *Poesía concreta, La no Poesía*. Participó en la *Segunda Antología Voces Online*, del Club de Escritores.cl con extractos de los libros *Sentimientos de mujer*, *Naturaleza viva* y *Poemas de la gata* (aún sin publicar). Participó en la *Tercera Antología Voces online*, de Escritores.cl, con poesía infantil. El 2010 publica el primer tomo de *¡Niños, aprendamos en rima!* Seis años después sale la segunda entrega de ese proyecto. Otra obra suya, *De formación permanente*, se convierte en texto escolar de apoyo para profesores y apoderados. El 2019 aparece *La casa de Sam*, que recopila cuarentaitrés cuentos (lanzamiento fallido en la SECH por el Movimiento Social de Octubre). De próxima impresión: *La casa de Sam y otros cuentos*.

No quiere seguir

Me levanto y el objeto no funciona. Cuando me lo regalaron hace dieciocho años, me aseguraron que era para siempre y que no dejaría de funcionar jamás. Hoy, para mi sorpresa, me dijo: «No quiero trabajar más, te informo que me boté a huelga y no creo que volveré» (fueron sus palabras exactas).

Tantos años conmigo, me es difícil pensar que ya no funcionará más, que no podré contar con él. En cada viaje con mi familia estuvo cuando lo necesité. Jamás me preocupé de reemplazarlo, porque estaba segura de que era incondicional conmigo y jamás me abandonaría.

Cuando estoy nerviosa lo tomo en mis manos y el solo hecho de tocarlo y jugar con él un rato, me relaja. Su sonido inconfundible me produce una sensación de hipnosis. Es bonito, tanto que la gente cuando lo ve tiene exclamaciones agradables por su aspecto y quieren saber si podrían comprar uno, sino igual, al menos parecido.

—Por favor te lo pido, no me abandones —le suplico, pero mira hacia el lado y es como si no me escuchara, como si no estuviera allí.

También le ha servido a mi hijo en su trabajo para arreglar y corregir los desastres que dejan otros en sus obras hechas con arte. Todas las imperfecciones internas y también las hilachas externas las corrige con el aparato. En ese trabajo se ha ganado algunas heridas de batalla. Ya no está nuevo, varias rayas en su lomo muestran que ha trabajado mucho.

Al finalizar todos los días ha estado conmigo. Es más, entonces es cuando más lo necesito: sin él no puedo relajarme. Todos dicen que no debo hacer eso, porque me puedo enfermar. Pero es tan poco, que no escucho a nadie. En cambio, él no me juzga, siempre ha estado para mí cuando lo he necesitado.

Está en mi cartera a diario, aunque no lo ocupe; así cuando me dan ganas de usarlo, lo encuentro *altiro*. Nunca se sabe cuándo tendré la necesidad de él o de prestarlo a alguien.

Lo he tenido que rescatar varias veces, porque se han olvidado de devolverlo. No tengo claro si ha sido con intención o solo porque es útil, elegante y no se dan cuenta. Es tan chiquito que tengo que estar pendiente después de facilitarlo. A veces queda encima de una mesa o en el velador. Cuando lo encuentro, lo guardo de inmediato para que no se pierda, ya que nunca he querido reemplazarlo.

No importa si no quiere seguir trabajando; no tengo intenciones de deshacerme de él. Pensándolo bien, sería ingrato de mi parte pedirle que siga si ya me dijo claramente que se quiere jubilar.

Ana María del Río

Santiago de Chile, 1948. Es una escritora feminista chilena, novelista y cuentista. Además, es profesora de Castellano y Literatura. Ha cultivado el cuento y la novela, tanto para adultos como para niños y jóvenes. Perteneció al movimiento de la Nueva Narrativa Chilena de los años Noventa (posdictadura en Chile).

Algunas de sus obras:

Entreparéntesis, 1985, cuentos, Ed. Arcilla. Reeditado por Editorial Andrés Bello bajo el título *Y tú decías que ahora...* 2004; *Óxido de Carmen*, novela, Ediciones del Bronce, Barcelona, 1986, 1988, 1998); *De golpe, Amalia en el umbral*, novela (Santiago, Ed. Andrés Bello, 1991; *Siete días de la señora K.*, novela (la edición tenía, además, algunos cuentos), Santiago: Editorial Planeta, 1993 (1994, 1995; Seix Barral, 1996); *Tiempo que ladra* (Coral Gables, Fla. University of Miami, North-South Center, c1991; Santiago: Editorial Planeta, 1994); *Gato por liebre* (Santiago: Caos Eds., 1995); *A tango abierto* (Santiago: Alfaguara, 1996, 1997); *La esfera media del aire* (Santiago: Aguilar Chilena de Ediciones, 1998); *Lita, la niña del fin del mundo* (Santiago: Aguilar Chilena de Eds., 2003, 2005); *Ni a tontas ni a locas* (Santiago: Aguilar Chilena de Ediciones, 2003); *Amarilis* (Santiago: Aguilar Chilena de Ediciones, 2005, 2006); *La bruja bella y el solitario*, infantil (Santiago: Aguilar Chilena de Eds. 1999, 2000, 2001, 2002, 2003, 2004, 2005, 2006, 2008, 2009, 2010, 2011 hasta 2019, ahora en Zig-Zag), entre otras.

Ducto

Nadie sabe por qué, pero ahora con lo de la pandemia y consecuente obsesión por la limpieza, se acaban las bolsas negras de basura. No hay sino bolsas transparentes. Las nuevas vienen en bolsas de a cincuenta y son reciclables. Más caras, obvio. Alguien se está forrando de dinero, piensas.

Lo otro es el incinerador del edificio. *Okey*, el edificio es viejo, eso está a la vista. Pero digno. Es de esos Möller y Pérez Cotapos de pasillos anchos, respetables. Pero viejo. El tubo de la basura se ha torcido y las bolsas del departamento de arriba caen en tu depósito. Es un hecho de la causa.

Has bajado cientos de veces a conserjería, a reclamar, con y sin cara de pico. Has expuesto el problema en todos los tonos: alto, bajo, conciliador, divergente, altanero, humilde, *hippie*. Al fin el conserje se apersona y echa un vistazo.

—Hay un problema en el ducto —dice, con cara profesional.

Te sientes tentada de gritarle en la cara que *ya sabes* que hay un problema en el ducto, que no necesitas el diagnóstico sino la solución, que cuándo mierda lo arreglarán.

—Un día de estos —dice el conserje.

Esa es la definición de la eternidad: «un día de estos».

Pasan los días. Amaneces el domingo con las copas de la noche anterior en la cama, la boca de papel, casi sin forma humana, el galope de la resaca en las sienes.

Entonces, un estruendo. Un ruido como si viniera cayendo

un cadáver hacia tu logia. Te asomas. La bolsa de basura del departamento de arriba ha caído en tu incinerador.

Maldiciendo, la empujas hacia abajo. «Cochinada de ducto», piensas.

Me cae la basura del departamento de nuevo, piensas.

Del que se ha mudado recién.

Alto. Polera con cocodrilito a la altura de la tetilla izquierda. Solo. Mucho equipo de música. Mucho libro de música. Atriles. Un piano, oh. Músico. Pelo rulo, mirada como pidiendo permiso para vivir, aire vago, medio ido. Un pelo como el de James Dean. Pero menos rebelde. Y los ojos, mejores que los de Dean.

Lo has visto una o dos veces en la entrada, esperando los ascensores pares.

Vaga sonrisa.

—Hola, ¿llegaste hace poco?

—Sí.

Sólo eso. Un «sí» cagón. Lata.

Cero datos. Es de los introvertidos.

«Ándate a la chucha», piensas entrando a tu ascensor impar. Lo miras entrar al de él.

—Qué me importa ese huevón —dices en voz alta, sola en tu ascensor.

Introvertido, pero igual tu bolsa de basura me cae a mí, piensas, divertida.

Cuando cae la próxima, decides ver qué hay adentro.

—A ver, tu vida, muñeco —pronuncias y te sirves una copa de vino.

Miras la bolsa de basura transparente.

«Así es que esta es tu basura, príncipe valiente», piensas, mirando la bolsa transparente biodegradable en medio de tu logia.

La levantas y la miras al trasluz. Hay cajas de leche, envases de yogurt natural, dos bolsas de Ticas, un VIM, una bolsa de avena integral, bolsa de *alulosa*, envases de *probióticos*.

«Uh, Mr. Vida Sana», piensas.

No hay botellas. Ni envases de gotas para los ojos.

Cero faltas, piensas. Un *boy scout* sanito, sobrio, una especie de *Opus Dei*, pero sin espinillas. Y músico, mejor que mejor.

—Deberían clonarte, ricura —dices casi en voz alta en la soledad de tu depto. caótico, lleno de envases de todos los tamaños y tipos. Predominantemente de vodka y cajas de jugo de naranja.

Al día siguiente, otra bolsa queda atascada en el ducto. Basta empujarla hacia abajo, pero abres la tapa del incinerador, la sacas afuera y la miras también, minuciosa.

Un envase de desodorante del bueno, para hombres, puré en polvo, más cajas de leche, más yogurt un envase de queso fresco, galletas de soda.

«Chuta, eres como un cura, o algo así», piensas. Tal vez haces clases de PNL o de Control Mental Silva.

Igual, raro, piensas.

En una de esas eres un terrorista y un día bajas con un chaleco bomba puesto y nos cagas a todos de una.

Nadie normal puede no tomar alcohol nunca.

No sabes qué pensar.

Cómo mierda ni una sola cerveza siquiera, te dices.

Y eso que ha habido partidos *heavy*, Copa del Mundo, todos gritando aquí en el edificio, organizando asados, cocidos como rana, cantando en los ascensores.

Él, en silencio. A veces, lejanísimo, el piano.

Siempre Bach.

¿Estás estudiando para santo, cabrito?

Haz un milagro entonces y termina con el virus —ríes sola, en voz alta.

Pasan los días. Esperas sus bolsas de basura.

Es una vergüenza. Pero no puedes dejar de hacerlo.

De hecho, acomodas tus horas de llegada a esa hora de la tarde en que caen las bolsas sobre tu logia.

No, no puedes ser así, no es verdad todo esto, te dices.

Pero las esperas.

Son casi como cartas, te da por pensar una vez.

O como leerle el diario de vida a alguien. Te avergüenzas un poco, pero se te quita en seguida.

Un día miras tu propia bolsa de desechos. Enrojeces.

Lamentable, claro.

Llena de botellas. Vacías. Ron. Vodka. Pisco. Tequila. Champaña. Envases de todas las mugres de la sociedad de consumo: doritos, ramitas, nachos, tritón, pingüinos, trencitos, papas fritas Marco Polo. Último. Realmente último.

Piensas en cambiar de vida.

Si tú puedes, por qué no yo. Y bajo los kilos de llapa, piensas. Si te logras meter en el pantalón 27 de H&M será bacán.

Vas al súper, compras yogurt, pan de arroz, agua Benedictino,

huevos de gallinas felices, verduras orgánicas, pan de arroz, avena integral, endulzante, mermeladas sin azúcar agregada, pollos de la granja magdalena, arroz basmati, café descafeinado.

Como si estuviera en un retiro, piensas.

O en esos campamentos de Tercero Medio del grupo de Pequeñas Exploradoras.

Total, mal no me va a hacer.

No. Ni una botella. Todo o nada.

Permaneces uno, dos, diez, quince, veinte días consumiendo eso, con la barbilla temblándote de ganas de un vodka con naranja a la vena. Te comes los pellejos de los dedos con desesperación. En el trabajo, piensas todo el día en un trago, un trago largo, corto, un *Tom Collins*, hasta un whisky, que no te gusta. Piensas en vodka y salivas.

Tus envases usados van directo a las bolsas de basura transparentes, las únicas que había ahora en los súper. Reciclables ciento por ciento.

Cuando juntas la primera bolsa, se te ocurre.

Por supuesto.

Subes dos pisos y tiras la bolsa por el incinerador de ese piso. Así le llegará a él.

Entonces él sabrá que tenemos la basura igual, algo nos une y en una de esas...

No se te ocurre nada después del «en una de esas».

Y comienza el juego.

Todos los días.

Subes los dos pisos y tiras tu basura por el ducto.

«Hola, *sweetty*, vivo igual que tú, podríamos vivir juntos incluso», piensas al tirarla. Un conjuro.

Te imaginas cosas.

Te lo imaginas mirando los mismos envases que su bolsa.

Si no es imbécil, tendrá que sacar conclusiones.

Todos los días, antes de irte al trabajo, subes dos pisos y luego bajas en los ascensores pares. Comienzas a vestirse bien. Te compras enteritos, vestidos de diseñadoras. Gastas lo que no tienes en Juana Díaz.

Qué chucha me pasa, te dices, al volver con los paquetes.

En esos días, anuncian cuarentena total. Fase 1. Todos encerrados. Pidiendo víveres *online*. Teletrabajo. Todo el día tecleando. Reuniones por *Zoom*.

Pagarías oro por *sapear* su computador.

Algunos días lo ves bajar al patio del edificio. Para estirar las piernas. Siempre con sus rulos, castaños color miel, bonitos, su eterna polera de cocodrilito... ¿tendrá siete iguales?

Su mirada con esa timidez jamesdeanesca, sonriente, como pidiendo permiso para pestañear en el gesto de sacarse una foto con el sol de frente.

Pero justo cuando le vas a hablar —casual, encantadora, tímida también, por qué no, siempre eso cae bien—, entra alguien al ascensor y se establece el tácito silencio de los triángulos ascensoriles, en que todos miran hacia lo alto los números de los pisos como si fueran una deidad.

Un día te detienes en medio de tu departamento. Miras el caos de Chernobyl a tu alrededor.

—Me gustas más que la mierda —formulas en voz alta—. ¿Y qué? Me importa un pico si eres menor que yo.

Toda una declaración de principios.

Haces un orden a sangre. Hasta que tu departamento se vuelve apartamento. Parece una sala de operaciones. Nada en las paredes, nada en los rincones, ni un solo envase en la despensa, cocina antiséptica, baños relucientes, piso brillante. Mucho POETT, mucho VIM, DIM, SIM. Cloro. Asepsia a chorros.

Cuando terminas te sientes mejor persona. Todos los pecados perdonados.

Pero pasa un mes. Temblores de barbilla, insomnios, mareos, desesperación por un trago, sueños con botellas, hiperexcitabilidad de tu sistema nervioso central.

A punto del *delirium tremens*. Estás intratable. En la oficina, eres advertida del despido dos veces.

—Esto es una mierda de vida —declaras un día, en voz alta, sola en tu depto-pabellón. Entonces te decides.

Vuelves a comprar todo lo letal.

Y haces DOS bolsas de basura: una para él y otra, la tuya, normal, con todo las que debe tener una bolsa de basura humana.

Una, la tuya, la verdadera. La otra, la subes y la tiras por el ducto de él.

«Soy demasiado TOC», piensas.

Recuperas tus pulsaciones, tu buen ánimo, tu ironía, las botellas vuelven a poblar tu despensa en todo el lado izquierdo. Y después en el derecho, y después, en cualquier parte, hasta en la lámpara colgada en el *living*. Vuelves a tener el *pick* de rendimiento en tu pega.

Y sigues mirando las bolsas de SU basura.

Y entonces, como pasa en las historias malas, te enamoras de él.

Chica se enamora de la basura de chico.

Bueno ¿y qué?, dices. Me puedo enamorar del que se me pare.

Ruegas a San *Tinder* encontrarte con él.

A veces se encuentran.

Se saludan como se saluda la gente en los ascensores viejos y lentos: mirando al suelo, o hacia el espejo, rehuyéndose los ojos. Como Adán y Eva después del pecado original.

Siempre hablan, en este orden de: el clima, lo viejo de los ascensores del edificio, los tacos, el problema de los incineradores.

—Sí, mal —ríe él—. Hay que tirar la bolsa de arriba. A mí me toca tirar la tuya y a ti, la mía, ¿no?

—Algo así —sonríe ella, con una sonrisa arrebatadora.

Luego se despiden sonriendo.

Te sientes ágil, alada. Intercambian celulares.

Después, los dos comienzan a *chatear*. Comentan cosas. Cifras de contagiados. Crecen. Sí. Atroz. La política, una lata. Los políticos, todos corruptos, ¿viste la compra de armas? Es que la derecha es un horror. Sí. Son siniestros. Tanta plata que manejan. Da rabia. Y mira cómo tienen el país. La corrupción. El fútbol. La corrupción del fútbol.

—No tengo tele —dice él.

No tiene tele. Dios, piensas.

Él comienza a contarte cosas.

—Hoy tengo un día del terror con unos alumnos.

Conservatorio de Música, por supuesto. Mejor alumno. Ayu-

dante de todos los ramos y profesor adjunto de Armonía I. Tratando de conseguir beca para la Juilliard en seis años más. Piano.

Sueñas yéndote con él a la Juilliard.

Un día, tocas su timbre. En las manos, un *kuchen* (comprado en una pastelería artesanal).

Qué importa. Te fascina y punto.

—Me trajeron esto de regalo y pensé compartirlo, ¿quieres?

—No puedo creerlo. Claro, pasa —dice él.

Departamento de película. Todo soplado. Asepsia al cubo.

Te hace pasar. Abre una botella de agua mineral.

Dios mío, dame fuerzas, piensas.

Pone música. Concierto N° 3. Bach.

—No —dice de pronto, la cara iluminada—. Quiero que escuches algo increíble.

—Ya, súper —dices esperanzada.

Esperas cualquier cosa. Nirvana. Beatles. Ed Sheridan. Pero no.

—Variaciones de Goldberg, tocadas por Eliot Gould, imagínate —dice él.

Esto no está pasando, es mentira, piensas.

Pero no dices nada. Pones cara de transporte a esfera celeste y te mamas las 37 Variaciones.

Una más y vomito, piensas seriamente.

Por último, si se iba a ir en la clásica, podría haber puesto el Bolero de Ravel, ¿no?

Pero te quedas. Esa noche se besan.

Beso de boca cerrada.

Es que no lo estás creyendo. Beso de tía.

Una *cagá* de beso.

Él te toma la mano. Dios, como tu primer pololo en Octavo Básico. Permanece mucho rato, los ojos cerrados, tu mano entre las suyas. Oye la música. Tiembla de excitación con las notas.

Qué desastre, qué hago aquí, piensas, con tu garganta a punto de explotar.

Apoyas tu cabeza sobre su hombro, táctica del rozamiento. Nop. No pasa nada. No rodea tus hombros con su brazo izquierdo. No hurga por entre los botones de tu blusa. No toca tus pezones levantados a través de la batista. No mete dedo por tus calzones.

Oyen música. Nada más.

Te despides a las doce de la noche. Te llevas tus dos zapatos que no son de cristal.

De nuevo, beso de tía. *Muac*.

Bajas los ojos. te las arreglas, no sabes cómo, para enrojecer.

Él se turba. Cree que se ha pasado de la raya. Se encuentra una bestia. Se acerca mucho a ti. Respira con dificultad. Ladeas la cabeza, él te acaricia el pelo, cierras los ojos, virginal.

—Espero volverte a ver. Eres maravillosa —susurra la voz emocionada de él.

Mierda. Esto será mas largo que *Lost*, piensas.

Nop. Él no te besa.

Uh, te respeta.

Al revés. Te toma del brazo, te acompaña hasta la puerta, se despide con un beso en la frente. Si hubieras levantado tu estú-

pida cara ahí él te hubiera besado en la boca por equivocación, lo que le hubiera producido un trauma moral delicioso, con la culpabilidad adjunta y todo eso.

Pero no. Tienes que contentarte con un beso en la frente.

Lo miras con ojos luminosos.

Dices:

—Fue maravilloso estar contigo. Es como si Bach hubiera entrado en mi alma.

—Para mí fue... inefable —dice él, los ojos húmedos—. Soy yo el que te da las gracias.

Ya. Eres oficialmente inefable. Te ha definido. Peldaño ganado.

Llegas de cabeza a tu diccionario de la RAE. Te cuesta encontrarlo en el caos de Vodka y cojines. Al final lo encuentras en el lavadero. ¿Qué hace ahí? Lo abres. Qué chuchas es inefable. Tienes esperanzas de que sea algo así como comible, palpable, tocable, calentable, horadable. Pero no. No es nada de eso.

Casi todo lo contrario. Es una huevada espiritual.

Bueno, algo que sea.

En esos días, por las dudas, vuelves a hacer un orden anti-séptico. Metes todo lo etílico en una pieza. Conviertes el resto en una vivienda monacal. Refrigerador con yogures, leches de almendras, frutos secos, harinas de todo, menos de trigo, huevos de gallinas intensamente felices, todo el hueveo.

Just in case.

Hasta que pasa.

Un día, el timbre. Es él. Se acaba de bañar. Tiene el pelo mojado. Trae una rosa en la mano.

—Es la rosa de *El Principito* —dice—. Lo traje también. Quiero leerlo contigo, en voz alta.

Dios mío, piensas. Esto va a ser educativo. Con comprensión de lectura y todo eso.

—Qué maravilla —dices.

Lo leen. Juntos. Hasta la palabra «Fin».

Un planeta más y me suicido, piensas, varias veces durante la lectura. Intentas rozarle la pierna. Él se aparta, ruboroso. Cree que la culpa es de él.

—¿Oigamos música? —propone.

Lo miras.

—Bach, por supuesto, ¿no? —dices, sonriendo con sonrisa de Villa María, abriendo *Spotify*.

—¿Cómo sabes lo que más quiero? —dice él. Sonrisa inefable. Manos en el corazón.

—*Namasté* —dice.

Put a *cagá*, piensas.

Oyen música de Bach. Las Invenciones. Todas.

Chucha. Por qué Bach hizo tantas, piensas.

Él escucha la música, quieto, sin moverse. Pones tu mano en la de él. Alojada, como un pajarito en un nido. Algo parecido a una sensación gozosa comienza a hinchársete por dentro. Muy adentro.

Como si él hubiera empezado, por fin, a penetrarte, muy muy lento, como siempre has soñado que alguien lo haga.

Te sientas entonces, el cuerpo inclinado hacia él, en el sillón, vertiendo tu escote hacia él. Te mira los pechos.

Yaaa, piensas, animada. Vamos que se puede. Y los acercas más.

Pero él dice:

—Perdona, por favor, soy un animal.

Se pone rojo.

—No sé cómo pudo pasarme —dice después. Te acaricia la cara.

—Es que me gustas... mucho —dice como si dijera una obscenidad.

Beso en la frente de nuevo.

Putá, tengo siete hoyos, imbécil, piensas. ¿No se te ocurre nada que meterme por ninguno de ellos?

De qué planeta paralelo vienes, piensas.

Te acercas un poco más, enrojecida, caliente como tetera, ojos bajos, perfecta mirada de pudor. Dices:

—¿De veras?

—Sí, de veras —dice él—. Eres... demasiado para... mí, eres... no sé cómo decirlo.

Y no lo dice.

Pasan varios días sin verse. Tienes un *rash* de trabajo en la empresa. Te tomas todo el vodka en las noches haciendo un guion para la serie que te han pedido urgente. Celular y teclado.

Esa noche sientes el ruido de la bolsa cayendo en el incinerador.

A ver, *sweetty*, qué produjiste, piensas y vas a la logia.

Lo mentalizas. Te calientas. Evocas su cuerpo largo, indeciso, su nariz perfecta, sus ojos castaño tímido.

¿Cuándo me vas a besar, tonto?, piensas. ¿Naciste dado vuelta o qué? ¿Eris de incubadora? ¿De probeta?

La bolsa. A verla.

Ahí está la bolsa transparente.

La tomas con una especie de ternura extraña.

De pronto, te fijas en un envase diferente.

Alzas las cejas, miras mejor.

—¿Qué mierd...?, no puede ser —dices en voz alta.

Vas a buscar tus anteojos. No puedes creer lo que acabas de ver.

Vuelves. Miras mejor. No puede ser.

Pero es.

Abres la bolsa y sacas su contenido. Lo pones bajo la luz cenital de la cocina, fuertísima. Te quedas boquiabierta. Resuena un silencio de redonda. Ahí están. Dos envases de *Chivas Regal*, etiqueta negra.

No puede ser.

Pero es.

Y otra cosa, además. O *ademenos*. Una, dos, tres, cuatro cajas de condones. Importados. Jamás vistos en Chile. De la mejor calidad.

Cajas abiertas. Condones goteantes. Vibratorios. Otros, con texturas rugosas. *Tactil Pleasure*, dice la caja.

Te quedas mirándolas.

Algo parecido a caerse por la escalera.

Algo parecido a un mazazo en el alma.

Sentada en las baldosas de la logia, lloras a lágrima viva.

Tomándote el resto de vodka de una botella de la basura. Sin naranja.

No sabes por qué estás llorando. Pero estás. A veces pasa.

Ramón Díaz Eterovic

Punta Arenas, Magallanes, 1956. Ha publicado las novelas: *La ciudad está triste*, *Solo en la oscuridad*, *Nadie sabe más que los muertos*, *Nunca enamores a un forastero*, *Ángeles y solitarios*, *Correr tras el viento*, *Los siete hijos de Simenon*, *El ojo del alma*, *El hombre que pregunta*, *El color de la piel*, *A la sombra del dinero*, *El segundo deseo*, *La oscura memoria de las armas*, *La muerte juega a ganador*, *El leve aliento de la verdad*, *La música de la soledad*, *Los fuegos del pasado* y *La cola del diablo*.

Autor de libros de cuentos: *Ese viejo cuento de amar*, *Muchos gatos para un solo crimen*, *Un taxi en la nieve* y *Mi padre peinaba a lo Gardel*. Ha publicado las novelas infantiles: *R y M investigadores* y *Misterio en la cueva del Milodón*; y los libros para primeros lectores: *Los curiosos ojos del volcán* y *Los tesoros del arcoíris*.

Autor de las compilaciones: *Crímenes criollos. Antología del cuento policial chileno*; *Letras rojas. Cuentos negros y policíacos*; y *El crimen tiene quien le escriba. Cuentos negros y policíacos latinoamericanos*.

Ha obtenido numerosos premios literarios, entre los que destacan el Premio del Consejo Nacional del Libro y la Lectura (los años 1995, 2008 y 2011), el Premio Municipal de Santiago, género novela (los años 1996, 2002 y 2007), el Premio Altazor 2009; El Premio Manuel Montt de la Universidad de Chile 2018; y el Premio Macional de narrativa Francisco Coloane (2015). El Premio Anna Seghers de la Academia de Arte de Alemania (1987); y el Premio Las Dos Orillas del Salón del Libro Iberoamericano de Gijón (2000).

El ruso del bar

El ruso apareció en el bar una noche de primavera. Nos llamó la atención desde el primer momento que lo vimos. Debía andar cerca de los dos metros, su cabeza rapada parecía esculpida en piedra, sus manos eran grandes y su espalda tan ancha como un ropero de esos antiguos en los que cabían doce ternos y un par de amantes. Un tipo así no pasaba inadvertido en ninguna parte. Y menos a las tres de la mañana, ni en el bar que nos acogía cada noche hasta que el último cliente pagaba su cuenta. Se detuvo frente a nuestra mesa, sonrió tímidamente y luego de alzar los brazos comenzó a mover sus manos como si se despidiera de un barco dibujado en su imaginación. Gálvez lo miró con desconfianza y simuló no prestarle atención. El gringo Joyce, que ya estaba bastante ebrio, retribuyó el saludo del ruso con una sonrisa. Pérez alzó los hombros para manifestar su asombro y yo puse atención a las palabras del extraño que hablaba en un idioma que me resultaba incomprendible. «Ruso, está hablando en ruso», afirmó Pérez, que algo sabía de lenguas extranjeras después de veinte años de trabajo en una agencia de turismo. El tipo bajó los brazos y nos quedó viendo con una expresión de púgil castigado. Pensé que estaba cansado o perdido; o tal vez las dos cosas al mismo tiempo. Recordé eso de la solidaridad internacional que solía mencionar mi tío profesor, y sin pensarlo dos veces, le hice un gesto para que se sentara en la única silla desocupada alrededor de nuestra mesa. Gálvez me maldijo en silencio, con la mirada,

y Joyce alzó sus pulgares en un gesto de convencido apoyo. El ruso ocupó la silla y comenzó a parlotear. Nadie le entendía un carajo. Joyce aprovechaba las pausas para decir los nombres rusos que recordaba: Yashin, Kamenev, Gagarin, Stalingrado, Antón Chejov. El ruso escuchaba y movía la cabeza, afirmando o negando, según fuera la simpatía que le provocaban los nombres. Finalmente, Pérez logró colocar orden en la mesa y con su inglés más bien precario consiguió hacerse entender por el ruso. Conversaron varios minutos sin ninguna interrupción, y luego Pérez entregó su informe a la mesa. Se llamaba Vasili, llevaba dos días en Santiago y buscaba a unos parientes lejanos que le habían ofrecido trabajo en el negocio familiar. Sin embargo, Vasili no había podido ubicar a sus parientes y vagaba por Santiago haciendo largas e inútiles caminatas que lo alejaban de su destino. Una vez compartida la información, Gálvez le sirvió vino y brindamos por su favorable estadía en la ciudad. Incluso, un par de copas más tarde, Joyce intentó entonar la primera estrofa de *Sí vas para Chile*. Pérez y yo lo hicimos callar. Pérez, porque considera que el gringo canta muy mal, y yo porque la mentada canción de Chito Faró me parece más falsa que un billete de celofán. En Chile se quiere a los forasteros cuando son gringos y rubios. Cholos, negros y asiáticos son siempre mirados con sospechas. Una conducta cargada de prejuicios, como eso de creernos los ingleses o los jaguares de América Latina. Al final de esa noche nos despedimos de abrazos y Pérez dio al ruso las indicaciones para que al día siguiente pudiera llegar sin problemas a la dirección que traía anotada en un papel azul. Agradecido, Vasili se encami-

nó rumbo a quién sabe dónde y a ninguno nos importó. Supuse que seguiría caminando por Santiago o se recostaría al amparo de un árbol. Al menos era lo que habría hecho en su lugar. Con mis amigos caminamos hasta la Plaza Italia, y cuando pensaba que el ruso era parte de un pasado sin resonancias, Joyce dijo un «simpático el loco», que pareció brotar de lo más profundo de sus sentimientos. «Simpático», respondió el resto sin querer entrar a complicarnos la vida. El alcohol y la trasnochada nos estaban pasando la cuenta.

Dos noches después volvimos a verlo. Al igual que la primera vez apareció como de la nada. Saludó con un aleteo de manos y se sentó a nuestra mesa. Comenzó a parlotear y supimos que nada lo haría callar durante el resto de la noche. Gálvez apuró su copa, dejó unos billetes sobre la mesa y se despidió pretextando que debía terminar un trabajo para el día siguiente. Sabíamos que era mentira, pero no lo dijimos. Sólo se había adelantado al resto. Joyce también vació su copa y por unos segundos miró hacia la calle por la que a cada rato transitaban menos autos. Me dediqué a escuchar las palabras del ruso y aunque no entendía nada, pensé que lo mejor para conservar la armonía de la mesa era mostrar interés. Pérez volvió a recurrir a sus conocimientos de inglés y logró una versión entrecortada de lo que Vasili deseaba contarnos. Había encontrado la dirección que buscaba y tenía trabajo como portero en el cabaré de sus parientes. Algo simple para lo cual contaba con su altura intimidante como principal recurso. Sin embargo, no parecía muy contento con su empleo o eso creyó

entender Pérez. Joyce imitó a Gálvez y escapó de la mesa antes de empezar a quedarse dormido. Con Pérez decidimos hablar de nuestras cosas y dejamos de escuchar al ruso. Vasili guardó silencio y cuando vaciamos la botella entendió que no teníamos ánimo de reponerla. Palpó los bolsillos de sus pantalones para indicar que andaba sin dinero; se puso de pie y comenzó a desaparecer de nuestra vista. Movía su cabeza de un lado a otro como evaluando el aspecto de la ciudad que iba encontrando a su paso. Me llamaron la atención sus manos empuñadas. Pensé que sentía miedo o rabia. Pérez sugirió que bebiéramos la última copa en otro lugar. De ser un gallo paciente a comportarse como huevón hay una breve distancia, sentenció antes de llamar al mozo para pagar la cuenta.

Las visitas de Vasili se repitieron. Llegaba al bar cuando ya nos encontrábamos instalados y en la etapa de los comentarios y chismes del día. Sonreía, tomaba una copa de vino y comenzaba a hablar de manera compulsiva, como si hasta ese momento hubiera estado sujeto a un voto de silencio. Suponíamos que eso se debía a que nadie más tenía la paciencia para tratar de entender la jerigonza en la que se expresaba. A veces sacaba unos billetes arrugados y los dejaba sobre la mesa. A las dos semanas de conocerlo nos dimos cuenta que había aprendido algunas palabras en castellano. Podía saludar y dar a entender algunas cosas básicas como su interés por las mujeres a las que debía vigilar y proteger. La mesa se dividió. Gálvez y Pérez estaban por alejarlo a como diera lugar del bar. Joyce y yo pensábamos que no molestaba, ya que además de las palabras en castellano había aprendido a

quedarse callado durante algunos momentos. Tal vez entendía lo que hablábamos o intuía que el arte de la conversación exigía mantener la boca cerrada de tanto en tanto. Matamoros, el propietario del bar, tenía otra tesis. Un día, aprovechando que el ruso aún no llegaba, se acercó a la mesa y nos preguntó acerca de nuestra amistad con él. Nos miramos de reojo, como intentando adivinar las intenciones del empresario. Nos pidió una opinión sobre Vasili. Le llamaba la atención que hubiéramos aceptado su compañía sin conocerlo mayormente. Códigos de bar, le explicó Joyce, y luego, para cerrar el tema, agregó: «la noche nos reúne, el alcohol nos hermana». Matamoros, no muy convencido de la sentencia del gringo, buscó una brecha por el lado político. Básicamente, desconfiaba de todos los rusos y no estaba muy convencido de que el comunismo hubiera sido derrotado en la antigua Unión Soviética. Dijo algo acerca de unas tácticas de repliegue que le habían enseñado en su época de uniformado. Gálvez, de manera bastante elegante, recordó al borrachín de Boris Yeltsin subido arriba de un tanque. Matamoros pareció aceptar los argumentos de Gálvez, pero unos minutos más tarde cuando volvía a su lugar junto a la caja registradora del bar, alzó los brazos al cielo, y gritó: «desconfío de los rusos, desconfío de los putos inmigrantes que invaden la ciudad; desconfío doblemente de los rusos inmigrantes; desconfío triplemente de los rusos comunistas inmigrantes». «Se quedó pegado en la Guerra Fría», comentó Gálvez. «Ha tomado muchas cervezas», agregó Joyce y movió su mano derecha como para espantar a un abejerro molesto. Nos pareció una buena síntesis de lo que pensábamos sobre

las opiniones del milico retirado y las sumamos a la cuenta de los olvidos. Matamoros no volvió a hablar del tema. Como siempre parecía estar sumido en problema que le obligaban a remojar su conciencia en grandes cantidades de cerveza. Y en realidad, lo que él pensara nos tenía sin cuidado. Sólo nos gustaba su bar porque nos parecía tranquilo y acogedor.

Una noche, Vasili nos contó que estaba enamorado. O eso quisimos entender porque lo vimos alegre y con ganas de informarnos de la existencia de una mujer llamada Sandra. Es morena y pequeña, dijo, mientras ponía su mano derecha a la altura de sus tetillas. Nos imaginamos la escena. Las zancadas del grandote y la morena tomada de su mano, intentando seguir sus pasos, como una tortuga detrás de un avestruz. «Sarrasani con el chimpancé», comentó Gálvez recordando *Justo el 31*, un tango de Enrique Santos Discépolo, cuya letra nos divertía. Los otros, que no eran tangueros, no valoraron el chiste y se pusieron a hacerle al ruso una gran cantidad de preguntas. Estábamos contentos con la buena suerte de Vasili. Joyce pidió otra botella y antes que llegara, Vasili nos hizo una confesión que nos dejó helados: «ella querer conmigo, yo querer a ella; sus padres no querer nada con mí». El resto de la noche habló poco. Todos, y sin perjuicio de que éramos unos perfectos fracasados en amores, le dimos unos consejos tan inútiles como un tapado de piel en el desierto. El ruso algo entendía y movía la cabeza cuando consideraba que algunos de los dichos nuestros tenían una pizca de sentido. En eso se nos fue la noche. Gálvez y yo cantamos el tango de Discépolo.

Un borracho que se tambaleaba junto a la puerta nos aplaudió con dudoso entusiasmo.

Pasó una semana sin que Vasili asomara su nariz por el bar. Como los demás, supuse que andaría preocupado de su romance con la morena. El final de su historia lo supe de oídas y cuando ya era tarde para aportar un consejo. Los hechos sucedieron la misma noche en que celebramos los cincuenta años de Gálvez, y a solicitud de él, nos fuimos a cenar a una picada de carnes a las brasas. Joyce sugirió esperar al ruso, pero como no existía ninguna seguridad de que viniera, lo dejamos al margen del festejo. Cosas del destino o de la suerte. Se perdió una buena carne y algunas cosas más. Lo supe dos noches después, cuando llegué al bar y encontré el sector de las mesas al aire libre cercado por una cinta de la Policía de Investigaciones. El bar estaba cerrado, pero en su interior divisé a Dante, uno de los garzones. El tipo no parecía tener prisa. Sostenía un cigarrillo entre los labios y miraba a la gente. ¿No sabe lo qué pasó?, preguntó una vez que estuve a su lado con mi mejor expresión de interrogación. Siéntese y le invito una copa. Todavía falta una hora para que lleguen los muchachos que me ayudarán con el inventario. La esposa del jefe quiere bajar el telón lo antes posible. ¿Sus amigos no le han contado nada? Estuvieron anoche por aquí; hicieron unas preguntas y luego supongo que fueron a otra parte.

Según Dante, Vasili había llegado después de la medianoche. Venía ebrio. Pidió que le sirvieran una copa de vino. Matamoros se la negó y lo hizo sacar del bar. El ruso salió de mala gana y

diez minutos más tarde reapareció. Se mantuvo frente a la puerta y mientras bebía el contenido de una petaca de pisco, no dejó de hablar en su jerga confusa. Dante recordaba haberle entendido cuatro o cinco palabras: «padre, Sandra, chilenos de mierda». Nuestra mesa de siempre estaba ocupada por otros cuatro clientes que, de acuerdo a Dante, eran escritores que venían de la presentación de una novela. Habían pedido una botella de vino, un par de tablas con quesos y mariscos, y varias cervezas. Los tipos observaron al ruso y optaron por no hacerle caso. Seguramente no era el primer borracho odioso que veían en sus vidas y era cosa de esperar hasta que Vasili decidiera irse a otra parte con su cantinela. Sin embargo, algo pasó en la cabeza del gigantón, porque al cabo de unos minutos miró hacia la mesa de los escritores y sin medir las consecuencias procedió a sentarse junto a ellos. Su presencia, desde luego, causó sorpresa y algo de inquietud entre los escribas. Uno de ellos le pidió que se fuera. Lo hizo amablemente, sin querer despertar la ira del ruso, que se puso a hablar confusa y rápidamente, como era su costumbre. Un segundo escritor usó palabras más fuertes y por unos segundos pareció tener éxito. Vasili se puso de pie y se alejó uno o dos metros. Enseguida, con más agilidad de la imaginada, volvió sobre sus pasos, tomó la botella de vino que estaba sobre la mesa y golpeó con ella al segundo escritor que había hablado. El resto se puso de pie y uno de ellos se agachó a socorrer al que había recibido el botellazo. Otro increpó al ruso, y éste rompió contra el suelo la botella y se quedó con el gollete filudo en su mano derecha. Con la izquierda, tomó de un hombro al escritor

que le había gritado, lo atrajo a su lado y le hizo sentir el filo del gollete en el cuello. Según Dante —mientras bebíamos un whisky—, los pocos clientes que estaban en el bar se quedaron en silencio, atemorizados, sin saber cómo reaccionar frente a la violencia del momento. Vasili, sin soltar al escritor, retrocedió unos metros, como preparando su huida. Fue en ese momento en que Matamoros salió del bar y dio unos pasos en dirección al ruso. En su mano derecha portaba una pistola, recuerdo de su pasado como oficial del Ejército. Sin alzar mucho la voz le dijo al ruso que soltara al cliente. Vasili lo observó con desprecio. Le mostró el gollete de la botella y enseguida empujó a su cautivo y lo hizo caer al suelo. Volvió a sonreír y antes de que se desdibujara su sonrisa se escuchó el primer disparo. El ruso, incrédulo, observó su hombro herido y pareció dispuesto a la fuga. Se escuchó un segundo disparo y luego otro más; innecesarios, según el garzón.

Nos juntamos al día siguiente y entre los cuatro reconstruimos el final de esa noche de furia que sólo conocimos de oídas. Después de los disparos, uno de los garzones llamó a la policía. Matamoros fue detenido; el ruso y dos de los escritores fueron llevados al hospital más cercano. El ruso estaba grave; uno de los disparos le había lastimado la columna vertebral. El escritor que había recibido el botellazo presentaba un corte en la frente; y el otro una herida poco profunda en el cuello. Los otros y un par de mozos fueron llevados al cuartel policial como testigos de los hechos. Eso es todo lo que supimos. «Si esa noche hubiéramos esperado al ruso, otro gallo cantaría», suele decir Gálvez, con su

manía inútil de querer reparar lo que ya no tiene remedio. El bar cerró y en su lugar se instaló un almacén. Los hechos ocurridos nunca aparecieron en la prensa. Nos trasladamos a otro bar del vecindario y la historia de Vasili se convirtió en una anécdota de borrachos. Alguien nos dijo que llegó muerto al hospital, y tiempo después otra persona que conocía la historia nos contó que lo había visto pidiendo monedas a las afueras del Hospital Barros Luco. Para movilizarse utilizaba una silla de ruedas y a veces lo acompañaba una mujer morena. ¿Quién sabe? Nunca nos atrevimos a comprobar si eso era cierto.

Juan Armando Epple

Nació en Osorno, en 1946. Estudió en la Escuela Normal Superior de Valdivia, donde se tituló de profesor de Educación Básica. Trabajó en varias escuelas de la zona campesina, incluyendo la de Harvard precordillera.

Posteriormente estudió en la Universidad Austral de Valdivia, donde se licenció como profesor de Castellano, siendo contratado como profesor ayudante de Literatura Hispanoamericana. En 1974 viajó a Estados Unidos, gracias a una beca de Harvard. Su esposa Alicia y su hija Sandra se reunieron con él en 1975.

Con una maestría y doctorado de Harvard fue contratado por la universidad de Oregon en 1980, donde trabajó como profesor de Literatura Latinoamericana hasta hace pocos años, culminando su carrera como profesor emérito.

Falleció recientemente en Estados Unidos.

Publicó libros de ensayo sobre Literatura Chilena y Latinoamericana, además de varias antologías de minificción latinoamericanas.

Es autor de dos libros de minificción personales: *Para leerte mejor* (2010) y *Con tinta sangre* (1999, 2004). Está incluido en varias antologías de cuentos, incluyendo *Barrios and Borderlands. Cultures of Latinos and Latinas in the United States* (1994), *Oregon Short Fiction* (1993), *Cuentos hispanos de los Estados Unidos* (1993), *Der Mann mit der Rose* (1983), *Chilean Writers in Exile* (1982) y *Erkundungen II. 22 chilenische Autoren. Berlin* (1976).

Pájaro de cuentas

Recostados contra el muro de piedra, esperaron otra vez la caída de la noche para tratar de dormir o para rellenar el insomnio con recuerdos o promesas. Los más ilusos se entretenían en adivinarle una historia a la progresión de cuadros que proyectaba la contraluz del ventanuco: un gorrión sacudiéndose las plumas parado en una cornisa, luego otro gorrión, el espacio vacío, un gorrión que volvía, cantaba dando saltitos, la cornisa otra vez vacía, esperando la próxima escena... Alguien tosió y él se dio en pensar que todo el mundo estaría despierto, soñando con la llegada del amanuense que traería la célula con firma y sello de la autoridad, corroborando que el prisionero estaba libre de sospecha y era autorizado a embarcar. Distendió la nariz para gustar el aroma de los naranjos que perfumaban la tarde colándose por la ventana y le fue grato imaginar que en otro atardecer remoto sus sentidos van a añorar esos aromas cuando le llegue la edad otoñal en esos territorios del Nuevo Mundo, donde es fama que el paisaje es tan hermoso como el abril en Andalucía. Comenzó a entonar bajito: «adiós, Mariquita linda, yo me voy porque tú ya no me quieres como yo te quiero a ti», esa canción de allá que habían puesto de moda los viajeros y los más entusiastas, no siempre los menos golpeados, enganchándose poco a poco con la melodía. «Adiós, ya me voy mañana a otras tierras muy lejanas y ya nunca te veré»... Agarrando la onda y el ritmo con peines y escudillas y cucharas y tarros de *Nescafé*, agregando de paso algunos versos de su cosecha.

De pronto se oyeron voces en el pasillo, una hoja de metal despertando las murallas, y antes de que volara el otro gorrión, la puerta se abrió de golpe:

—De pie todos, huevones. Contra la pared.

Se levantaron con los cuerpos tensos, tratando de anticipar los varillazos o los culatazos bajo el destello violento de las teas o las bombillas.

—Las manos en la nuca y las piernas separadas. ¿O ya se han olvidado del reglamento, los *culiaos*?

Uno de los visitantes, vestido de civil, recorrió con cuidada lentitud la fila, asió a un prisionero del pelo y le torció violentamente la cabeza:

—Este —dijo.

Se acercaron dos guardias, le amarraron los brazos a la espalda y le pusieron el capuchón hasta los hombros.

Y luego fue llevado a una sala espaciosa y estando en ella fue amonestado por los señores Inquisidores, que dijese e declarase la verdad de lo que le ha sido preguntado.

Él protestó que había dicho la verdad y no tenía más que decir.

Sintió que alguien lo tomaba del brazo, haciéndolo girar cada vez más rápido, como una rueda de hilar o un trompo. En medio de las risas, una voz se fingió asombrada:

—Ahora este huevón se cree que estamos jugando a la gallineta ciega.

Trató se sonreír, olvidando la capucha, pero el puñetazo en el pecho lo hizo trastabillar.

—Ya mierda, se acabó el jueguito.

Buscó con la vista del oído la voz conminatoria y trató de explicar:

—Yo, señor, estaba ya durmiendo, yo no era el que cantaba...

Una risotada le cortó la frase:

—No te preocupís, *huevoón*, que ahora te vamos a hacer cantar toda la noche.

Otra voz, que parecía venir de más lejos, se le acercó y empezó a girar a su alrededor, con las preguntas de siempre:

—Nombre, dirección, lugar de trabajo.

—Señores mi nombre es Juan González, soy natural de Burgos y voy de paso para Sevilla a gestionar en la Casa de Contratación una merced para servir mejor al Rey en la Nueva España. Quizás vuestras señorías estén inducidas por algún error, porque no recuerdo haber dicho nada en contra de nuestra Sagrada Fe.

El espacio que trataba de distinguir con sus pies descalzos se llenó de protestas airadas. A su espalda uno de los interrogadores lo conminó, con una voz casi maternal:

—Puchas que erís irrespetuoso, *huevoón*. ¿Que ya no *sabís onde* está la *autoridá*?

—Debe de haber algún malentendido —trató de explicar—, todavía vuestras mercedes no me habéis dado razón de esta detención y ya van más de cuarenta días...

Se aferraba a las palabras con un esfuerzo a la vez cauto y firme, mirando sin ver a los interrogadores, tratando de adivinar con el oído quién estaría ahora a cargo del grupo, y también las palabras para poner las cosas en su sitio, para abrirse a tuestas en la confusión absurda de estos días. No supo de dónde vino ese

golpe sorpresivo en el estómago, que lo lanzó al suelo manoteando desesperadamente por un poco más de aire.

Lo levantaron y lo pusieron en una silla.

Fue le dicho que diga la verdad, donde no se le haría padecer tormento.

El hizo protesta de haber dicho la verdad y que no tenía más que decir.

Sintió que alguien se acercaba con cuidada lentitud, arribaba otra silla y le decía al oído, con voz cansada o amistosa:

-Tengo la tincada de que vos no *sos* malo, pibe. A lo mejor te dejaste embolar por algún chanta, como le pasa a muchos. Por eso quiero ayudarte, aunque estos otros están convencidos de que *sos* extremista. ¿Por qué no nos *contás* lo que *sabés* y por ahí me los convenzo para que te suelten mañana mismo? ¿A dónde es que tenías planeado viajar, dijiste?

El recordó, una vez más, que le habían quitado los papeles.

—Dijo algo así como que se iba a ir de nuevo a España — agregó otro con voz cortante—. *Chuchas*, a todo el mundo le ha dado por viajar ahora.

—La verdad que te envidio, *che* —volvió la voz amiga—. ¿A dónde dices que te gustaría ir? ¿A Suecia? Puras rubias, pibe, que se derriten por los latinos. Pero te recomiendo París: allí es donde se juntan las minas más liberadas y los intelectuales más locos. Qué quilombo que te *perdés*, *che*. Y nosotros aquí, jodidos con este laburo ingrato, casi sin dormir, esperando que al menos nos manden una postal para saber cómo la están pasando por allá.

—No, este quería volarse a España, ¿así que también están

dando visas para España, ahora que murió Franco? Debe ser entretenido el *huevo* allá, con elecciones, como les gustaba a los huevones aquí, y hasta con un rey que se junta a conversar con socialistas y comunistas. Pero si nos cuentas todo ahora, podemos arreglar las cosas a la buena y mañana mismo estarías saliendo del país. ¿Qué te parece?

—*Mirá*, muchacho —insistió el amigo—, no sacas nada con hacerte el valiente. Esta gente tiene métodos hasta para hacer cantar a un mudo. Si sigues ocultándoles la información, va a ser como nadar contra la corriente. Y además todo va a quedar entre nosotros, así es que no te preocupes.

El dijo, con voz apagada:

—Señores, ¿qué quieren que diga?

—Te agarraron en un hotel sin documentación, solamente con unos papeles arrugados. Cuando te preguntaron de dónde eras, nombraste un lugar que no está en ninguna provincia, ni en el sur, y además aseguraste que venías a buscar un pasaporte. ¿Te parece poco? Lo único que queremos es que nos digas con quiénes venías a juntarte, direcciones, y dónde hacen esos pasaportes. La verdad es que lo único que nos interesa es lo de los pasaportes, porque se nos han ido ya muchos pájaros importantes y hay otros por ahí escondidos que están buscando la ocasión de emplumárselas antes de que conversemos con ellos.

El prisionero sólo supo mover su cabeza, azorada y muda.

Entonces le mandaron bajar a la cámara del tormento.

Una mano lo tironeó violentamente del capuchón, y mientras lo arrastraban por un pasadizo húmedo que multiplicaba

extrañamente los pasos, oyó al guardia, obsequioso: «déjemelo a mí nomás, capitán, aquí tenemos un remedio infalible para la memoria». Y la voz lejana, todavía amable: «ya ve señor, hice lo posible por ayudarle, pero no quiso entrar en razones».

Estando en la cámara fue le mandado desnudarse. Y estando desnudo, fue le amonestado para que hable.

No sabía si tiritaba de frío o de miedo, o era sólo esa inmensa compasión por su cuerpo que se descontrolaba.

Fue le dicho que dijese la verdad, donde no se le mandará ligar los brazos.

Dijo: «señores, les juro que aquí hay un error».

Y puesto en el potro, le fue puesta la cincha por debajo de los brazos.

Fue le dicho que diga la verdad, donde no se le mandará ligar los pies.

«Tengo que salir de aquí», se dijo, «tengo que buscar a alguien que me reconozca, que pueda declarar en mi favor».

Dijo que había declarado todo lo que sabía.

Fue le dicho que hable, donde no se le mandará apretar la primera vuelta de la mancuera.

Sintió una contracción en el estómago. Recordó que en alguna posada o un bar se habló de viajes, que él mostró los papeles y alguien que sabía leer aprobó con un gesto de admiración o envidia. Luego todos se dieron en alabar la magnificencia de la gran Ciudad de México, conquistada por el gran Cortés, donde la rueda de la fortuna giraba siempre a favor de los que se atrevían a cruzar la mar *océana*, porque no tenían heredades que defender aquí.

Y apretándole la primera vuelta, dijo: «los documentos, todo está explicado en los documentos».

Fue le dicho que si confesaba todo en detalle le aflojarán.

Dijo: «misericordia, tengan misericordia, ¿qué más quieren que explique?».

—Lo de los pasaportes, *huevoón*. ¿Con quién te ibas a encontrar para conseguirte un pasaporte? ¿O ya te olvidaste que te ibas de viaje?

El dolor se expandió como un arco en su espalda y sintió un gran deseo de dormir. Desesperado, empezó a manotear en los recuerdos, tratando de rehacer lo que había hecho en los últimos días. Pero hasta la memoria de esos días, desde la salida del pueblo hasta la brusca entrada de los guardias en su cuarto de paso, se había fragmentado. Le pusieron un capuchón en la cabeza y lo metieron en la celda. La venta, le insistió otra vez la memoria, debe haber sido de lo que se habló allí esa noche. Al calor del vino se les fue desatando a todos la voluntad, se dijeron pestes del estado del reino, que lo único que sabía producir en abundancia eran mendigos y pícaros, se entonaron coplas soeces contra el favorito que usurpaba las funciones del gobierno y se brindó por los que tenían agallas para salir a navegar por otras aguas. «México», musitó, «Cortés»...

—¿Qué está diciendo? —exigió alguien, moviendo una silla.

—Parece que al fin va a soltar la pepa, mi capitán. Dijo que estaba preparándose para irse a México. También nombró a un tal Cortés.

—Putas, nada menos que a México los boletos. Puros ma-

riachis y tequila. ¿Que ya te aburraste de la cueca y el vino con empanadas, desgraciado? Y además quería irse en septiembre, en el mes de las glorias nacionales. Estos huevones ya se pasan de antipatriotas... Pero ahora sonaste, viejo. O nos das los datos de tu contacto, de ese tal Cortés, o nos vamos cortado contigo. Somos todo oído para que nos cuentes la firme: nombre completo del de los pasaportes, porque se me hace que el apellido ese es una chapa, rasgos físicos, dirección, dónde se le puede ubicar durante el día.

Fue le dicho que hable, donde no se le mandará dar la segunda vuelta.

Trató de explicar, pero el baldazo de agua con orines le revolvió el estómago y las frases se convirtieron en un resuello incoherente.

—Dijo algo sobre unas ruedas, mi capitán. Se me hace que el tipo que buscamos trabaja en un taller mecánico o en una vulcanización. Y vos te equivocaste otra vez con el agua, gil, ¿no *vis* que le *cortai* la inspiración? Además, ¿*sabís* lo que puede pasar con la electricidad si lo pasamos a la parrilla?

Fue mandado apretar la segunda vuelta, y apretándosela sólo dijo:

—*Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam...*

—¿Entendiste lo que dijo? Este huevón parece que está empezando a *difariar*.

—A lo mejor iba a decir algo sobre la Vicaría. ¿Nombró la Vicaría, o el Obispado?

—No le oí muy bien. Con estos extremistas nunca se sabe.

Puede que se le esté entrando el habla con el miedo o que le haya dado por rezar. Pero a mí se me hace que sólo se cambió de idioma. ¿Llamamos al doctor o seguimos?

Fue le dicho que hable más alto, donde no se le mandará dar la tercera vuelta de la mancuera.

Dijo: «señores, qué hombre, qué mármol, que peñasco no confesara; mas vuestas mercedes tienen mis papeles y allí está todo dicho».

—¿De qué papeles habla? ¿Alguien sabe si lo llevaron antes a otra unidad para un interrogatorio?

—Aquí no aparece nada. Oye, viejito, *mirá* que *sos* suertudo vos, porque ahora *podés* contarnos todo de nuevo y nadie te va a embromar si por ahí no calza con lo que cantaste antes.

„Pero, ¿dónde habré cantado antes?», pensó. «¿Cuál es la canción que se puede ensayar de nuevo, pero fiel a la misma letra? ¿Es una canción de cuna, una copla de protesta, una balada de despedida? ¿O sólo somos aves de paso, que aprendieron a atesorar alguna melodía ,pero sin saber para cuándo o para quiénes?».

Fue mandado apretar la tercera vuelta y apretándose la se le demudó la color. Pareciendo que se desmayaba, aflojaron un poco.

Fue le dicho que diga la verdad, o se le mandará dar la cuarta vuelta.

Él sólo atinó a mirar hacia arriba, buscando el ventanuco, los gorriones que persistían en jugar a estar y no estar. El ventanuco con la boca abierta, el aire salobre de la mar *océana*.

Fue le dicho que diga la verdad.

Que cante la verdad.

David Espinoza Medina

Nace en Santiago en 1952. Algunos cuentos suyos fueron publicados en la antología *Cinco narradores en busca de la diosa*. Ha participado en los talleres de Pía Barros, Roberto Rivera, Osvaldo Ulloa, Alejandra Basualto y Diego Muñoz Valenzuela. En 2001 publica en la antología *Balace de letras* y el 2003 en *43 ficciones súbitas*. El 2004, en la antología *Tren de aterrizaje*. El 2005 obtiene el primer lugar en el concurso de cuentos del Colectivo La Esquina de Recoleta. En 2006 aparece en la antología *Letras de cambio*. El 2007 publica su libro unipersonal *Cuentos valientes*. El 2008, imprime su primer libro de poesía: *Escritos*. El 2011 publica *Oficios y otros cuentos*. El 2012 lo hace en la antología *Cien escritores en contra del abuso infantil*. El 2015 publica en la antología *Justos y pecadores*, con escritores de Croacia, Portugal y Argentina. El 2016 publica *Recuento realismo sucio*. El 2019 publica *Relatos sórdidos*.

La herencia

La colorina nació en una casa de putas. Cuando ella cumplió catorce y yo diecisiete, nos amamos. Digo nos amamos, porque, aunque le pagué, sentí que nos amamos. Desde ese día no falté. Las monedas que ganaba en la corta del durazno, se las llevaba casi corriendo y si no tenía dinero le decía al oído:

—Fíame una cachita.

Ella reía y me arrastraba hacia su pieza. El maricón Clavillo y encargado de las «niñas» al vernos, le gritaba:

—Colorina, ¿te pagó este negro? Si no, que me haga el favor y está cancelado.

Burlonamente ella le mostraba un billete. Muchas noches me agarré a combos con algún viejo insistente. Una madrugada de escándalos, el Clavillo me lanzó a la calle y dando la orden que la plata debía pasar por sus narices, que se acababan las cachas gratis. Mis visitas se hicieron menos, seis o siete días costaba reunir la tarifa y antes de entrar debía disculparme con el Clavillo y pagar por ella hasta la madrugada. Yo era feliz y al despertar, un infeliz.

Una de esas noches, al llegar y pedir las disculpas de siempre, el Clavillo me lanzó a la cara:

—La colorina se marchó a Santiago.

Sobre la misma me dijo que me olvidara de ella, que con él tendría chicha y chanco. Necesitaba un hombre para ayudarle a manejar el puterío, que estaba «vieja» para todo. Lo mandé a

la cresta y nunca más volví. Hice amistad con el dolor y el trago. Años duró la pena y otros tantos para reponerme. Me hice de un campito y un par de animales, pero me faltaba algo. La tristeza me había soltado, el recuerdo de ella, no. El Clavillo me dijo que no sacaba nada con buscarla en Santiago, lo último que supo es que estaba muy enferma.

Decidido a encontrarla viajé a Santiago y sí, estaba hospitalizada. Después llegué a San Camilo. Necesitaba una mujer. El encargado llamó a tres mujeres jóvenes al salón. Elegí a una pelirroja. Cabello crespo, labios carnosos, ojos verdes y risa fácil. Al desnudarnos creí ver a la Colorina. Sus pequeños senos coronados por una constelación de pecas, el aroma de su cuerpo y el sabor de sus jugos, me hacían creer. Entonces se levantó a buscar un cigarrillo. Al verla de espalda asomó la mancha café cerca de la cadera, la misma que yo llevo. Me estremecí. Cuando volvió a la cama le hablé bajito. Le ofrecí el campito y mi apellido. Dijo que no, que esta fue la vida de su madre y también la de ella, que quería cuidarla en sus últimas. No dije nada, ya lo habíamos hecho. Le acaricié la cara, los hombros y al sentir su calor, nuevamente lo hicimos.

Martín Faunes

Escritor, docente, psicólogo social nacido en Santiago en 1949. Premio Municipal Juegos Literarios Gabriela Mistral 2019, ha publicado la novela *Viajera de los nombres supuestos* (EDEBE), y los libros de cuentos *Tranvía equivocado*, *Fantasmas en la red* y *un lápiz de pasta marca Bic*, *Voces verdaderas, ambiguas, equivocadas* (Cuarto Propio), además del libro de cortometrajes *Lo duro y lo hermoso al finalizar el siglo XX* (Cuarto Propio).

Sus cuentos aparecen en antologías de Alfaguara, Etnika, Mosquito, Simplemente Editores y LOM, entre otras. Ha sido traducido al inglés en *¡Basta! Más de 100 hombres contra la violencia de género* (Asterión), y al italiano en *Compañero Presidente* (Feltrinelli Milán), antología distribuida en Europa junto al DVD de *La memoria obstinada*, de Patricio Guzmán. Su cuento «El hombre del abrigo amarillento y la mujer que lo amaba» aparece en ruso en el libro *Silencio y Tiempo. Antología del cuento chileno* (Instituto de Lenguas Extranjeras de Moscú).

Faunes fundó la Corporación La Serena Dieciséis de Octubre, galardonada por el Museo de la Memoria con el Premio Nacional de Derechos Humanos 2015. Dirige, además, el colectivo «Las historias que podemos contar», con el que ha producido tres libros sobre memoria histórica a modo de saga en Cuarto Propio, más otro publicado por Monte Ávila en Venezuela. Mantiene un espacio web con más de 300 relatos sobre la historia reciente.

Esas muchachas que cultivaban girasoles

Son mujeres sin hombre, nada más.

LA CASA DE BERNARDA ALBA, Federico García Lorca.

Habrán quienes crean que lo ocurrido en el huerto de girasoles fue algo que imaginé o pudo ser producto de alucinaciones. No obstante, sostengo que todo fue real y que la suerte me llevó a estar presente cuando Sofía y su hermana descubrieron que en contraste con el rubio de esas flores virtuosas, cabellos gruesos y oscuros surgían de la tierra anunciando que allí nacería un hombre. Cómo iba a olvidarlo, si en mi naturaleza intrínseca optimista, aquello me hizo creer que la esperanza era aún posible en esa comarca devastada por guerras que nadie necesitaba ni entendía y habían dejado a las mujeres sin sus hombres. Tampoco olvidaré el día en que vinieron los soldados a llevárselos para convertirlos en guerreros, mientras las mujeres corrían tras los carros para alcanzar a darles ese beso que bien podría ser el último.

«Volverán», quise decirles, porque ellas no terminaban de llorar por su partida, y quise decírselo también a Sofía y a su hermana que, huérfanas de madre, se quedaban sin ese padre que las había criado junto al huerto de girasoles. Digo «quise», porque a nosotros los pájaros se nos escucha sólo en nuestros trinos, pero nunca en nuestras palabras. Por eso, imposibilitado de decirles algo que pudiera mitigarles su dolor, sólo pude trinar para ellas,

contrarrestando la desolación que cundía entre esas mujeres y que ya no volverían a sonreír.

Y eran bellas, todas muy bellas. Desafortunadamente la desolación, que suele ser la peor enemiga de la belleza, empezaba a jugarles en contra. Era quizá por eso que intentaban resaltar su hermosura con vestidos breves y coloridos, buscando con ello atenuar la tristeza que las embargaba.

A Sofía y a su hermana la desolación las acechaba también, como a todas, pero gracias a su juventud, ellas la sentían aún como un fantasma todavía lejano, aunque sabían que llegaría de manera inexorable.

Así era esa comarca de mujeres sin hombres, aunque había una que vestía siempre de negro, sin que nadie supiera por quién guardaba aquel luto riguroso que jamás se terminaba. Era una mujer que hervía pociones en un fogón ennegrecido, donde cocinaba lagartijas y culebras, aclarando que no porque una mujer se vista de negro o porque cocine tales alimañas se tratará necesariamente de una bruja. No obstante, todos así lo creían y yo, sin estar seguro de ello, la vi una vez venir por el camino. A medida que sus pasos avanzaban, sus amplias polleras oscuras todo lo ennegrecían. Sorteó el huerto de los girasoles y golpeó en la puerta de las muchachas. Les dijo sin rodeos: «venid a mi choza los martes por la mañana para haceros olvidar vuestras ansias por los hombres». Se dio media vuelta y partió rengueando, pero tras unos veinte pasos viró la cabeza y les gritó: «me encontraréis en la choza a la entrada del bosque».

Sofía y su hermana, tras salir de la perplejidad, se hicieron sesudos planteamientos y tras mucho discutirlos fueron logrando

consensos. Lo sé, porque su conclusión la expresaron en voz alta y yo, pájaro perspicaz, pese a no tener derecho a escucharlas ni menos a juzgarlas, me pareció que había en ellas un cierto tono culposo: «es que hace tanto que partieron y nosotras tan niñas no alcanzamos a disfrutar las caricias de un hombre».

A la mañana del martes siguiente, partieron donde la mujer de negro que, tras desnudarlas, les dio a beber pociones de color amarillo verdoso, que las muchachas ingirieron con muecas de asco. No obstante, a los pocos minutos se las pudo ver tranquilas e incluso sonrientes. Hacía mucho que este pájaro no las veía sonreír. La mujer de negro las hizo tenderse en un camastro, donde las fue relajando con curiosas formas de masajes, considerando algunas que yo ignoraba que existieran. Pero existían y el pájaro pardo que soy estaba siendo testigo de su existencia.

Las muchachas se devolvieron a su casa tan felices, que incluso canturreaban. Corto se nos hizo el camino mientras acompañaba su canto con mi trino, y aleteaba pensando en que tal vez algo parecido a la felicidad podía darse en aquellos páramos desolados, donde los girasoles eran lo único que alguna alegría brindaban. Estaba equivocado, no pasaron cinco noches antes de que las escuchara conversando junto al fuego.

«Por mucho que ella nos consuele, siento que algo nos falta», dijo Sofía, la mayor, mientras su hermanita asentía.

«Es que esto no puede ser todo», insistió Sofía, y comenzó entre ellas un parloteo en que todas las frases las terminaban acentuando en aquello de que «algo les faltaba», que por lo demás lo imaginaban potente y sabroso.

Una voz profunda salida de la chimenea las interrumpió en sus reflexiones, a tiempo que una gran llamarada fue formando el rostro de una mujer que les susurró: «tenéis razón y tenéis derecho, y como sois bellas y me sois simpáticas, a la entrada de vuestra casa encontraréis una semilla envuelta en un terciopelo verde. Sembráosla en la mejor tierra que tengáis, regadla con agua común, y si pudierais, hacedlo con agua bendita. Deberéis abonarla con vuestros fluidos y con la sangre de vuestros meses. De la tierra ha de surgir un hombre robusto que os brindará la felicidad que vuestros corazones y cuerpos anhelan. Ocultad a vuestro hombre y sed con él generosas».

Antes de desaparecer el rostro de la que, por la bondad que demostraba, sólo podía tratarse de un hada, agregó: «id a ver a la dama del bosque cada martes como lo han prometido y llevadle cada una un ramo de girasoles».

Les costó calmarse a las muchachas, es que el susto que el hada les había provocado fue enorme. No obstante, tras esa larga pausa, ya sobrepuestas, corrieron hasta la entrada donde encontraron la semilla de hombre envuelta en el terciopelo verde, tal como el hada del fuego se los había anunciado. Las muchachas, enloquecidas de alegría y ansiedad, hablaban a la vez, se quitaban la palabra.

«Lo sembraremos bajo la higuera, en ese frescor se daría muy bien», dijo una a la otra, o tal vez la otra a la una, pero desistieron de inmediato: «esa tierra sombría sólo nos daría un hombre triste». Así se dijeron sin que yo alcanzara a darme cuenta de cuál de las dos decía lo que decían, o cuál replicaba a los argumentos que

la otra expresaba. Y lo continuaron discutiendo una y otra vez hasta que a coro ambas coincidieron, diciéndose: «con amoroso cuidado lo cultivaremos entre los girasoles». Y entre los girasoles quedó sembrada esa semilla de hombre que, si no era mágica, debía ser al menos milagrosa.

Día tras día la regaban con sus fluidos, que eran más fragantes cuando los martes volvían de la casa de la vieja del bosque calmadas de sus ansiedades. Y a la primavera siguiente, tal como sostuve al comienzo, cabellos de hombre empezaron a surgir entre los girasoles. Fui el primero en verlos y lo anuncié con mis trinos hasta más allá de donde se pierden los vientos. Eran, como ya también dije, gruesos y de un negro profundo, y esas flores solidarias que son los girasoles, se inclinaban para dejar que raudos, los rayos de sol pasaran a entibiar el lugar donde nacería el hombre que a las muchachas pertenecería. Cuando ellas constataron el prodigio, ya era posible notar parte de la frente y de la nuca y no pasó mucho tiempo antes de que aparecieran dos ojos cerrados, que tras abrirse dejaron a descubierto un par de pupilas verdes, de ésas que chispean. Daba gusto ver a las muchachas sonreírle y besarle la nariz, que para el anochecer estaba en su comienzo.

Por desgracia, a la mañana siguiente descubrieron con horror que el proceso parecía detenido y ellas, desesperadas, se preguntaban por qué, sin imaginar respuestas, aunque después de mucho cavilar Sofía le puso sobre la frente una dosis de aquel fluido tan preciado como fragante. El resultado fue sorprendente: una nariz robusta completó su aparición y a no más de medio minuto, ya surgía la boca de labios gruesos que las muchachas besaron cada

una varias veces. Cuando el cuello se mostró completo, Sofía y su hermana se abrazaron de él con las piernas, sin atinar a soltarse, y fueron congraciadas por esos labios y una lengua generosa.

Durmieron contentas esa noche. Era sencillo entrar en sus sueños, que se develaban fácil por las maneras de moverse y por la forma de los esfuerzos que hacían, adelantándose a las caricias que iban a recibir y que ellas corresponderían maravilladas. Al día siguiente el torso del hombre estuvo fuera de la tierra y Sofía debió hacer turnos con su hermana para recibir el abrazo masculino de los fornidos brazos del hombre, que las apretaba contra su rostro. Es que ninguna aceptaba soltarse de ellos y salirse así nomás de aquel lugar de privilegio.

Las muchachas jamás habían estado tan cerca del paraíso, y ese paraíso que ya era evidente se les presentó en magnitud en la mañana en que ése que ya amaban terminó de salir. No era un hombre común, más allá de que era fornido y elegante. Por haber nacido entre girasoles, tendía a seguir al sol con la vista y eso hacía que en sus ojos hubiera siempre un brillo solazado. Las muchachas lo bañaron y le sirvieron desayuno mientras no dejaban de contemplarlo. En los días venideros se fue formando entre ellos un paraíso donde ni a ellas ni a él les preocupaba si sería bueno comer de tal o cual naranja o de tal o cual manzana. Era un paraíso terrenal donde la palabra «celos» no existía, mucho menos esa otra «pecado», palabra estúpida que todos los mojigatos se empeñan siempre en pronunciar.

Fueron días y noches maravillosas, en que nada del resto del mundo podía importarles. A pesar de eso cumplieron con el pe-

dido del hada y, agradecidas, cada martes dejaban a su hombre descansando para ir cada una con su ramo de girasoles donde la dama del bosque que las recibía con pociones mágicas y cariños. Después se devolvían para recibir esas caricias de hombre, que eran las que de verdad anhelaban.

No fue siempre así. Faltaron un martes y fueron perdonadas. Faltaron después dos martes más y el perdón les fue más difícil. Pero cuando faltaron por cinco martes seguidos, la bruja, porque en realidad lo era, vino a buscarlas. Es que en medio de las maravillas y cegadas por ellas, las muchachas fueron olvidando su promesa, sin imaginar lo mucho que la bruja las necesitaba ni cuánto las estaba añorando.

Feo monstruo de orejas puntiagudas es este de los celos. Su silueta empezó a agrandarse en el camino y, tal como en su primera visita, sus amplias polleras todo lo oscurecían, pero además esta vez un halo rojizo producido por su rabia, presagiaba una situación en extremo peligrosa. La bruja se asomó por la ventana, el espectáculo que vio sólo le hizo aumentar su cólera: el hombre yacía desnudo y plácidamente tendido mientras era acariciado por ambas muchachas.

«¡Mal agradecidas!», les gritó. Sucedió todo en un segundo. Con sus ojos despidiendo rayos de furia, la bruja cogió una guadaña. El hombre, a pesar de la sorpresa, se pudo poner en guardia e incluso alcanzó a hacerse de la estaca con que las muchachas trancaban la puerta, pero fue demasiado tarde porque la furia había hecho crecer en mil la fuerza a la bruja que procedió a atacarlo. La estaca pudo frenar varias veces los golpes que le pro-

pinaban, pero al cuarto o al quinto la madera no aguantó y zozobrando ante el acero rodó hecha astillas. El hombre quedó al descubierto y a la bruja le bastó apenas un mandoble para que esa cabeza de cabellos gruesos y ojos que chispeaban rodara por el suelo.

Tras un corto silencio, las muchachas se abrazaron buscando consuelo, mientras eran tantas sus lágrimas que incluso a la bruja salpicaban. Es que esta, deseando tal vez congraciarse, se acercó a abrazarlas, aunque como es lógico fue rechazada. Nada más tenía que hacer en ese lugar donde a causa suya, la desazón se apropiaba de todos los rincones. No obstante, la bruja no parecía entenderlo, por el contrario, es posible que creyera que con el hombre ahora muerto volvería el deseo de las muchachas por disfrutar de sus caricias y, sin importarle que yo estuviera ahí y que algún respeto infundo, empezó a intentar una de sus pasividades para con la menor de las hermanas, caricias a las que la muchacha porfiadamente se resistía, mientras hacía lo posible por rechazar a esa bruja persistente, a quien los gestos de rebeldía que recibía de la muchacha, en vez de disuadirla, parecían animarla aún más, y una y otra vez volvía a la carga.

Sofía, encolerizada, sin ninguna clase de advertencias, aprovechando que su hermana había conseguido a medias zafarse, asestó a la bruja una cuchillada en ese corazón endurecido, de donde ni siquiera una gota de sangre brotó. En vez de eso vimos como se esfumaba con sus polleras de luto, entre un vapor nauseabundo que no desaparecía, mientras yo, casi sin poder respirar, me preguntaba si aquellas mujeres capaces de matar así sin cuestio-

namientos eran malas, y me respondía, diciéndome que no, que sólo eran mujeres sin hombre, nada más.

Las desconsoladas muchachas no tuvieron más opción que devolver a la tierra a ése que las había hecho tan felices y que de verdad les había pertenecido. Lo enterraron desnudo entre los mismos girasoles que lo habían visto nacer.

Hoy Sofía y su hermana se pasan las horas acariciando aquel terciopelo verde que quedó para ellas como único vestigio de la existencia de ese hombre que no supieron cuidar. Son horas que comparten con el mantener vivo el fuego, esperando por si aparece alguna vez entre las llamas el rostro de aquella hada generosa, anunciándoles que una nueva semilla de hombre habría para ellas. Pero eso nunca ocurre. Por mi parte, a pesar de todo el esfuerzo que realizo por animarlas, sólo consigo que a veces sonrían disfrutando de mis trinos, mientras buscan mil maneras de embellecer esos cuerpos suyos que adoro y que ellas esperan mantenerlos perfectos por si algún vez surge otro hombre entre los girasoles, debajo de la higuera o en cualquier lugar del huerto, eso ya no importa.

Desafortunadamente, eso no ocurre y al parecer nunca ocurrirá, porque si ya es raro que un milagro se produzca, que éste se repita sólo podría ocurrir en las leyendas y como esta no lo es, a pesar de los girasoles tan bellos, nuestra comarca continúa sufriendo sin sus hombres, y esas mujeres que vinieron al mundo a ser felices y a brindar felicidad, sólo lloran y continuarán llorando en un desconsuelo eterno que no terminará jamás.

Federico Gana Johnson

Es periodista titulado en la Universidad de Chile y escritor, con décadas de ejercicio profesional tanto en medios escritos (*El Mercurio*) y televisión, como en cine, comunicaciones y relaciones públicas, participación ciudadana y desarrollo cultural con comunidades. Vive en Santiago, tras un largo periplo de labor profesional por Chile y por países de América y Europa. Entre 1973 y 1980 trabajó como redactor para la revista *Europa*, de la Comunidad Económica Europa, ejerciendo corresponsalías en varios países de ese continente. Posteriormente, se desempeñó largos años como Gerente de Asuntos Públicos en empresas de la Gran Minería en Chile.

En la actualidad es miembro titular del Tribunal de Ética y Disciplina en el Consejo Metropolitano del Colegio de Periodistas de Chile, miembro de la Corporación Letras de Chile, de la Corporación Hoja en Blanco y Consejero en el Consejo de Calificación Cinematográfica, dependiente del ministerio de Educación. También desarrolla consultorías en materias culturales y de comunicaciones para empresas.

Libros publicados: *Sobre inauguración de Central Ralco*; *Los Amantes del aire*; *El pescador de alegrías*; *Algunas verdades*; *Reencuentro con Federico Gana, el escritor del Criollismo* (proyecto seleccionado por el Consejo de la Cultura y las Artes); *En mi lugar*. *Catorce cuentos confesados*; Libro conmemorativo del Bicentenario del Instituto Nacional.

Donde duelen los ojos

Ojalá estas películas las dieran siempre en verano. Con este frío y yo sin abrigo.

Capaz que llueva.

Todavía no veo a la niña entre los que vamos llegando por la misma calle con sus árboles agotados de tanto invierno. Las fachadas con puertas de cristales biselados son las de donde dice mi padre que vivía con los abuelos. Parecen dormidas estas tardes de domingo de cine, el sol tan débil se esfuma como los rayos falsos de tantos finales que he visto. Está cerrado el portón de madera de la entrada principal del colegio. El hermético cerrojo de los días sin clases. Viejo desde siempre el portón, igual al de la fortaleza en la película del domingo pasado.

Por una puertecita lateral, junto al atril con la foto de una actriz de cabellos rubios muy largos, aparece un guardia. Apurado y sonriente de más, flaco como casi todos nosotros y de pelo largo enmarañado. Yo no lo conocía, debe ser recién llegado a estas funciones dominicales a las que venimos, aunque no es obligación. Avisa que ya es la hora, que la función va a comenzar.

La niña que me gusta no se ve, pero está siempre aquí.

Cruzamos corriendo los pasillos embaldosados, donde en la semana son los recreos. Hay ecos lejanos: somos nosotros mismos, atrasados como siempre, corriendo hacia la carpa disfrazada de platea única. Por el patio rodeado de enredaderas delgadas que se abrazan hasta llegar al gimnasio, vamos todos vestidos con

chaquetas azules, pantalones grises, camisas blancas y el preciso color indefinido de nuestras corbatas únicas. Grises serán, como todo recuerdo. Trato de no ensuciar mis zapatos negros para, dice mi madre, gozar más la *matinée*.

Corren las cortinas por donde entraba lo que queda de luz del día. A la niña que siempre esperaré, la veo cuatro filas más adelante, tan cerca de la pantalla que le deben doler los ojos. Su pelo rubio, largo y suelto, no tiene los matices inexpresables como la actriz, pero es más cercano.

Las sillas son muy cómodas, de género rojo aterciopelado, recién tapizadas. Van a dar dos películas.

El frío aumenta cuando apagan las luces. La penumbra nos deja en silencio, tan inmovilizados como en la misa obligada del mediodía. Hay un mar furioso en la pantalla. Se enfrentan dos barcos con sus cañones y el cura Vergara, que nos vigila pero de manera distinta que en la semana, avisa que si nos da miedo, pensemos que todo es falso. Que la sangre de los heridos es de anilina roja, aunque todo sea en blanco y negro. Se muestran otros niños uniformados como nosotros, pero con gorras de cuero. Llevan herramientas en las manos, laboran en campos sembrados de trigo. Avanzan tanques, embisten muchedumbres que huyen por calles antiguas como las del colegio, pero de otros mundos. Hombres viejos de barbas muy largas discuten, fuman y beben sentados a la mesa de una posada con paredes de piedra. Los acordes de un concierto clásico de fondo hacen sentir que se alargan las escenas, que todo es siempre igual. Aparece la Torre Eiffel y el cura Vergara interrumpe para decir que es la Torre Eiffel.

En la segunda película irrumpe la actriz que parece rubia en la propaganda, con un vestido muy corto. La niña que me gusta mira tan fijamente la pantalla, que parece abrazar a un personaje de bigote grueso, con chaqueta cruzada de cuatro botones, solapa y corbata muy ancha y pantalones amplios de bastillas tan anchas como la solapa. Odio tanto el abrazo como su perfecto nudo de la corbata, jamás he logrado dominar la que llevo puesta. Un día recortaré una foto del actor, la pegaré en el espejo del baño y le encontraré el sentido al nudo. El personaje seguramente sonreirá con leve aire triunfal, pero no importa.

Yo nunca he besado a nadie como recién vi. Con un diario en la mano, el actor le abre a la actriz del vestido corto, la puerta de un automóvil negro parecido al de mi papá y desaparecen por una calle igual a las de aquí, donde los adoquines duermen sin que les pase el tiempo. En la pantalla ahora hay inmensos edificios y algo así como una fiesta de matrimonio en una casa con parque y piscina, como la de mi tía Betty. Gran chimenea en el salón. Un cazador con escopeta y botas altas lleva atados varios perros iguales al negro de mis vecinos, parecen fieras. Son mansos, dice el cura. Los recién casados están muy serios frente al altar lleno de flores igual a cuando se casó mi hermana y, como esa noche ocuparon mi dormitorio para mostrar los regalos, me mandaron a dormir donde unos tíos. El marido, también vestido como el actor, iba borracho. La tía manejaba el auto y, sentado atrás, la abracé por la espalda. Más rato porque podía chocar, dijo.

Yo nunca había sido protagonista.

Pienso de nuevo que a la niña de cabellos rubios sentada tan

cerca de la pantalla, se le debe cansar la vista. En la leve oscuridad de esta carpa de domingo clavo la mirada en su falda celeste, tan vistosa y que le cubre las piernas cruzadas. La abrazo como el novio. Paseamos por un embarcadero, golpea el mar, el viento desordena sus cabellos rubios. Parte un tren entre nubes de vapor, pitazos, gente con maletas de cuero, como las gorras de los niños de la película anterior. Nos sentamos en un café famoso con vitrina de cristales biselados, como la puerta de la casa donde nació mi padre. Lejos pasa la Torre Eiffel. Los novios se besan largamente. Como se reflejan en el espejo de la chimenea, también beso nuevamente a mi heroína que sigue sentada tan cerca de la pantalla y los destellos la hacen brillar en blanco y negro, mientras transcurre el tiempo lento de todos los finales que hacen recordar tantas cuestiones, sobre todo a los más viejos.

Una repentina luz blanca, silenciosa y llena de vacío, inunda la carpa. La niña de adelante, impredecible como el olvido, desaparece abrazada a la palabra «Fin», mientras corren la cortina. Mi esposa suspira, miro a otras señoras deseando que les ocurra lo mismo. Tiene los ojos llorosos, se le han ido contagiando de preguntas sin respuestas, desde hace mucho tiempo. Nadie parece querer moverse, aunque a algunos asistentes les duele la espalda por la tarde larga sentados en las incómodas sillas de terciopelo, tan antiguas y desvencijadas.

Por una puertecita lateral aparece un guardia viejo, con cara de serio inspector de colegio. Obeso, lento y de escaso pelo, muy peinado. Hace el papel de experimentado dueño de casa. Dice que hay que cerrar, que ya es la hora, que la función terminó.

Salimos en orden, todo como antes, nuevamente. Nos conocemos hace tanto tiempo y todavía somos los mismos. Sigue volando lo que siempre vuela al final de las películas, mientras me coloco el *montgomery* y la bufanda escocesa de los domingos. Algunas escenas reviven en nuestras memorias, acusan que el después y el ahora unidos, en fin. Pasan las imágenes del jardín de rosas y la piscina en la casa de los abuelos, el patio de atrás donde dormían los perros que, despiertos, eran fieras. Cuando nacieron los niños que ahora corren por los patios, las primeras veces que me enamoré para siempre.

Guardo mis lentes ópticos, debo cambiarlos. Acomodo a mi esposa su abrigo celeste. Le queda apretado y la envejece. Revisa su peinado, siempre tan perfecto. Debemos volver, la casa está sola.

Seguiré lloviendo.

Miro por última vez al vacío interior de la carpa, hacia quien siempre estará sentada en las filas de adelante, dónde duelen los ojos. Nos retiramos por los patios del recreo rodeados de enredaderas gruesas y resacas, aburridas como el guardia, hacia la calle con los árboles que siguen tan cansados.

Imperturbables.

Y con este frío... Ojalá el ciclo de cine fuera en verano.

Rubén González

Nació en Valdivia, Chile. Su trabajo cultural incluye numerosas iniciativas llevadas a cabo durante décadas, desde eventos literarios hasta investigación y realización audiovisual. En el año 1992 creó la Feria del Libro de Valdivia, en cuya organización participó durante 25 años.

El año 2020 fue incluido en la *Antología mundial escritores en cuarentena*, editada en Centroamérica.

Libros publicados: 2021: *Actos furtivos* (cuentos, Ediciones Eutopía, Santiago, 2019); *El diablo a pata y otras historias* (cuentos, Ediciones Eutopía, Santiago, 2017); *Lo llamaban Comandante Pepe* (novela, Ediciones Eutopía, Santiago, 2016); *Lo demás fueron los árboles y el viento* (novela, Simplemente Editores, Santiago, 2014); *Veganos y valdivianos. Narradores de Chile y República Dominicana* (antología, Ediciones Kultrún, Valdivia); 2013: *La montaña rebelde* (cuentos, Ediciones Kultrún, Valdivia, 2008); *El audiovisual en el Sur de Chile. Pasado/Presente/Futuro* (investigación cultural, Editorial Kultrún, Valdivia); 2007: *Los vagabundos de la última avenida* (novela, Ediciones Kulktrún, Valdivia); 2002: *Neltume, el vuelo quebrado* (cuentos, Editorial Pentagrama, Santiago); 1996: *Historia del cine y video en Valdivia* (investigación cultural, Editorial Kultrún, Valdivia) 1994: *El último crepúsculo* (cuentos, Editorial Fértil Provincia, Valdivia). También ha publicado ocho antologías de poesía juvenil.

El otro retorno

Nunca creyeron volver a verlo. Tal vez por eso todo parecía irreal, como un sueño inexplicable, sin nada más que esas pocas personas, que quién sabe cómo se atrevieron a llegar hasta la casa, a decirles casi nada, a mirarlos en silencio y a resistir cualquier signo de flaqueza.

Tantas horas de espera en medio de aquellos desconocidos y sus ojos taladrantes, tanto rato apoyándose solamente en algún pliegue de la memoria, que ahora sí reaparecía con todos esos viejos días en que podían recorrer los campos como quisieran. Con los extraños sentimientos que emanaban desde lo más profundo, raro y vivo de cada uno. Todo eso jamás estuvo tan presente en los lejanos momentos en que hablaron acerca de él, de qué sería de él realmente, de cómo estaría y qué haría allá tan lejos, en ese país inimaginable para sus miradas de cerros y caminatas.

Ah, y también de alegría.

Ahora estaban seguros de que se trataba de él. Ahora que el camión subía con tanta dificultad como antes. Ahora que sentían en el cuerpo esa carga indescriptible del cansancio, podían atreverse a pensar que algo así como un largo y extraño capítulo de una historia descuidada se estaba cerrando. Ello había sido consecuencia de esa primera convicción, de cuando pudieron verlo así como estaba ahora.

Él recorrió las calles de Ámsterdam sabiendo que habría de pasar mucho, muchísimo tiempo antes de volver a verlas. Inclu-

so era muy posible que pasaran años o tal vez nunca más podría estar en esa ciudad, que en aquella oportunidad le resultó tan ajena, tan odiosa, tan lejana y a la cual —sin embargo— ahora la sentía «por acá dentro».

El primer aeropuerto y la segunda revisión de los documentos marcaron sin ninguna duda la situación. No era para un viaje no más. Aquel era ese viaje que algunas veces imaginó y no había forma de pensar que todo pudiera ser diferente. Claro que siempre la primera fórmula era nunca ser visto en ningún lugar, en ningún momento estar expuesto. Había sido y seguía siendo la regla de oro de todos, lo que seguramente explicaba aquella eterna fórmula del ocultamiento. Años y años sabiendo eludir las miradas inconvenientes, los encuentros riesgosos y las amistades de dudosa procedencia.

Pero ahora algo le impedía escabullirse, algo inexplicable le imponía esa exposición de sí mismo ante los extraños ojos de quienes estaban allí. Algo le había resultado como un enorme muro imposible de escalar entre el follaje y ahora sí era verdad que volvía lentamente por los caminos tantas veces transitados, como si no hubiese transcurrido tanto tiempo ocultándose a las miradas. Algo le decía que, en todo caso, debía preocuparse de no dejar ver las carencias que su aspecto insinuaba. Y eso era lo más extraño: cuando siempre había sido igual y ahora parecía tener que ser diferente. El ronroneo del camión fue lo que creyó, era la señal más clara de que volvían de noche y, bueno, siempre era por la noche cuando más transitaban.

¿Por qué regresaba ahora?

¿Por qué se había permitido ese relajamiento y la aceptación de ese viaje?

Faltaban unas pocas curvas y otra subida para estar en la meta. Era curioso ese regreso tantas veces imaginado, pero tantas veces rechazado con la fuerza de lo imposible. Por alguna razón lo acompañaban esos rostros conocidos, esas voces entrecortadas de quienes lo miraban sin miramiento, sin respetar las disciplinadas formas de la clandestinidad, sin hacer caso de aquellas normas aprendidas en la práctica y en la teoría. Aquellas miradas que había sabido eludir con un dominio envidiable y que ahora, dentro del vehículo, desmentían como una calumnia aquellos largos años en Europa, todas esas prácticas, caminatas y horas interminables del período de adiestramiento.

Había resultado tan sencillo el paso más temido por todos. El control aduanero en Santiago de Chile para nada resultó complicado. Solamente la mirada al pasaporte, la verificación de los datos y el lógico paso cansino de todo aeropuerto. Lo demás fue el traslado hasta ese sur de siempre y la subida hasta esos cerros, que eran la verdadera casa y el más real de los regresos.

Claro que algo le inquietó mientras adivinaba que estaban mucho más cerca de su poblado.

¿En qué momento habían bajado tanto como para llegar hasta Valdivia?

¿En qué programa de desplazamientos habían decidido bajar tanto?

¿Dónde había quedado su equipo personal desde entonces?

Todas esas curvas y saltos inevitables en esa subida eran lo

único claro y lo más cierto. Entonces supo que no habría regreso a Ámsterdam, ni otra pasada por ningún aeropuerto. Porque solamente una cosa podía explicar todo lo que pasaba. Ya no era factible evitar verse tan visto desde los ojos de otros, no era posible impedir que todos hablaran como en voz baja, como breves rumores que no lograba entender.

Como nada de todo lo que alguna vez había podido hacer ya era posible repetirlo —como todos ellos seguramente sabían y por eso mismo debían haberse alejado—, como cuando había quedado aislando sin darse cuenta en medio de aquel tiroteo interminable en las inmediaciones del Huilo Huilo. Pero los desplazamientos jamás contemplaban subir tanto. Y nada de su propio aliento le podría permitir, como tantas veces, volver a introducirse furtivamente a unos kilómetros de su pueblito, ahora tan famoso en todos los diarios, radios y canales de televisión. Ahora estaba de nuevo en la casa de los hermanos y ante la mirada de la madre añorada en Europa. Ahora supo que jamás podría evitar ser mirado en su rigidez final, que no volvería a ver la nieve de los cerros, como tantas veces en la niñez, erguido junto a esa ventana.

Bartolomé Leal

Es un escritor chileno que se ha expresado mayormente en el género negro. Tras haber ganado un par de concursos de cuentos, se inició en 1993 escribiendo a dúo la novela *La que murió en Papudo*, publicada bajo el seudónimo Mauro Yberra. Con ese seudónimo salieron una recopilación de cuentos y otras tres novelas policiales, entre ellas un thriller, *Ángeles en el Kosovo* (2014), producto de su experiencia en las guerras de los Balcanes.

En 1994 salió su primera novela como Bartolomé Leal: *Linchamiento de negro*, ambientada en Kenia (África), donde residió. Allí se inauguró su detective Tim Tutts. Está traducida al inglés. Desde entonces ha publicado novelas y relatos hasta completar una treintena de libros. Entre sus novelas «africanas» destacan *Blanca de negro* (2015) y *El martirio del reverendo* (2016), ambas con el protagonismo del detective Tim Tutts.

Ha publicado tres novelas negras de temática andina: *Morir en La Paz* (2003), traducida al alemán; *En el Cusco el Rey* (2007) y *La venganza del aparapita* (Cochabamba, 2020). Otras dos permanecen inéditas y en busca de editor: *Tránsitos andinos* y *El escriba de San Blas*, secuela de *En el Cusco el Rey*, también con el detective limeño José Leal Cocharcas.

De su experiencia trabajando en Haití salió el libro ilustrado de relatos y leyendas *Historias del muñeco vudú* (2013). Hizo una particular incursión en el cuento breve con *El arte de la parábola* (2014), también ilustrado. .

El signo de Jain

Me llamo José Leal Cocharcas y soy un investigador peruano especializado en delitos culturales y religiosos, aunque no me considero un *snob* ni menos un beato, por si acaso. ¿Cómo relatar, entonces, una experiencia estética y espiritual tratando de no caer en babosadas místicas o en diatribas ateas, por lo general, no menos babosas? Pues a mí me aconteció una, tan intensa y desquiciada, que debí pagar carísimo por ella. Hago notar que con los años me he vuelto un agnóstico más o menos irredimible y estoy lejos de darme ínfulas de milagrero.

El hecho tuvo lugar en Mombasa, el puerto principal de Kenia, al cual había llegado desde Nairobi a fin de pasar unos pocos días en la costa. Necesitaba liberarme de la neurosis del trabajo, del frío del altiplano nairobiense, de la sequedad del clima y, detalle no menos relevante, de las malhumoradas nenas internacionales. Mi vida era bastante caótica en varios planos: descontento en el trabajo, barajando a tres mujeres al mismo tiempo, perdido en un país extraño y... batallando con el sobrepeso. Un infierno de vida, ironizo conmigo mismo.

Viajé en tren a Mombasa. Uno de esos viejos convoyes ingleses acondicionados para el turismo. Lo más parecido a meterse dentro de una película de Agatha Christie, por utilizar un símil de fácil comprensión. El viajero podía salir de noche desde la capital y amanecer en el puerto, tras unas doce horas de traqueteo. Que esa vacación iba a ser un tanto especial quedó demostrado

en el mismo tren. Me tocó compartir cubículo con un keniano blanco que viajaba de vuelta a sus pagos en la costa, tras haber armado negocios en la capital, como me hizo saber. Se portó amable conmigo, aunque por su mirada me di cuenta de que la sola palabra «sudamericano» le causaba manifiesta repugnancia. Cuando logré explicarle que no era argentino, se puso aún peor. A éstos los respetaba: juegan *rugby*, me dijo. A los demás países los consideraba plagados de indígenas y mafiosos, bananeros sin remedio.

A la media hora de nuestra animada conversa, «produjo» una petaca de *whisky* más un sifón de soda. Yo desarrollé un paquetito grasiento de samosas vegetarianas. La fiesta estaba hecha. El keniano, de aspecto británico total, pelirrojo, alto, ojos azules y mandíbula cuadrada, hizo sonar el timbre y pidió hielo. Su discurso era racista. Como descendiente de los colonos ingleses, había sufrido bajas familiares durante la «emergencia», como llamaron a la sangrienta rebelión de los *Mau-Mau*. No justificaba los excesos de sus antepasados blancos contra los locales, aunque consideraba que tenían ciertos derechos. Desde ya, él poseía la nacionalidad keniana. Consideraba que el país se había estancado y peor aún, retrocedido, manejado por una tropa de ineptos y corruptos. El licor lo iba poniendo voluble y el racismo más drástico lo iba envolviendo. Con sus treinta cinco años confesados, era un tipo endurecido, rencoroso e irónico. Nunca dijo la palabra «negros», pero sus eufemismos sonaban aún más siniestros. No los odiaba, según él, pero los despreciaba en lo profundo. Largaba anécdota tras anécdota, como para contribuir a una

demostración por el método inductivo. No paraba de parlotear, yo apenas lograba meter alguna tímida baza. No me interesaba tampoco. Quería dormir. Tenía ganas de darle a ese cabrón mundial un fierrazo en la jeta.

Aproveché el momento en que llegó el encargado a preparar las camas. Me subí a la litera superior. El hombre siguió hablando por un rato y pronto se calló ante mi silencio. Me dejó dormir. Por suerte no fumaba. Fue una noche tranquila. La taza de té de las cinco de la mañana llegó con puntualidad británica, traída por el mismo viejo empleado negro. Hubiera querido seguir durmiendo, mas mi compañero de vagón recibió el hirviente brebaje poco menos que como el maná. Los ingleses de las excolonias suelen ser más tradicionalistas que cualquiera de sus congéneres de la metrópoli. Se largó a parlotear, continuando con su discurso de la noche anterior, aunque esta vez las emprendió contra los países europeos, que con su torpeza habían permitido la independencia de los países africanos, sabiendo que a causa de la genética eran incapaces de regirse por sí solos. De paso, se declaró anglicano practicante.

Me tenía bien cabreado. Cuando arribamos a Mombasa me despedí de él en forma somera, ni siquiera quise atender a su invitación a visitarle en la hacienda cafetera de su familia, situada hacia el sur de la ciudad. Guardé su tarjeta casi sin mirarla. Apenas me fijé en su apellido: «Page». Me informó que se quedaba esa noche en Mombasa. No le di el nombre de mi hotel, aduciendo que no lo había elegido aún. Me prometí partir hacia el norte si es que me daban ganas de salir del puerto. No estaba en mis

planes hacerlo, en cualquier circunstancia. Quería permanecer tranquilo, disfrutando de esa ciudad con tanta historia. Quería deambular por el viejo puerto como un viajero anónimo y hosco, de aquellos que no se dejan manipular por nadie, que no quieren comprar nada, carecen de planes y tampoco esperan que alguien se les ofrezca como compañía. Quería estar solo, carajo.

A pesar de haber visitado antes Mombasa, nunca había entrado al templo *jainita* y esa misma mañana, tras haber desayunado en el hotel, rajé en dirección al lugar, que distaba a pocas cuadras de mi hotel. Hacía un calor húmedo endemoniado a las diez de la mañana, lo cual me animó sobremanera. No tenía mayor idea del jainismo, una secta hindú, salvo lo convencional que había averiguado y me había impulsado a conocer el templo. Sabía que eran afectos al desnudismo y que por ellos andarían paseándose en pelotas, si no fuera porque los tomaban presos. Se colocaban unos trapos a modo de taparrabos. Religión de país tórrido, obvio. Los seguidores de *Jain* eran además vegetarianos tenaces, ya que su doctrina ordenaba no dar muerte a ningún ser viviente, ni siquiera a las pulgas, las cucarachas o las ratas. Para ellos, incluso las plantas y las piedras tienen alma. Practicaban la pureza según proclamaban; los monjes presumían de célibes totales. Aparte de esas pendejadas, mostraban un rasgo para mí positivo: no hacían proselitismo, ni siquiera aceptaban adherentes. Lo suyo era exclusivo, cosa de familias de las castas altas que nadie precisaba, aún cuando me quedó claro que la mayor parte de la población quedaba fuera de las sectas *jainitas*. Había varias, por cierto. Así son los cojudos, devotos.

Ese mediodía, pues, antes del almuerzo que pensaba dedicar a la ingesta de pescado —la especialidad de Mombasa—, me acerqué al templo, llamado *Shree Jain*, famoso a nivel mundial. Una belleza de construcción de los años Sesenta, un pastiche sin complejos hecho de refulgente mármol blanco, cuya silueta se recortaba contra el cielo azul del viejo puerto del Océano Índico. Una torre principal en forma de cono truncado, presidía una decena de domos con ligeros adornos, columnas elaboradas en una especie de estilo corintio, más diversos pórticos de aire mudéjar. En todo caso, el *potpourri* de estilos daba un resultado que me pareció armonioso. Al menos andaba en onda de encontrarlo así, mi sesgo de detective cultural.

Me dediqué a mirar con aire concentrado el signo de *Jain* en un cartel del pórtico (que simboliza, para sus seguidores, lo infinito, lo perfecto y lo eterno), así como el par de estatuas de elefantes pintadas de azul que custodiaban la entrada principal. De seguro, yo ostentaba el aire de turista pelma que era de esperar, porque un monje viejo cubierto con una amplia túnica de gasa, de una pieza —que apenas cubría sus carnes magras—, me tomó de la mano y me invitó a ingresar para conocer el templo.



Lo primero que se me pasó por la mente fue: «¿qué quiere este cojudo?». Me hallaba listo para mandarlo a convertir a su abuelita, pero, no obstante, parecía inofensivo. Iba descalzo y me hizo liberarme de mis botas, asegurando que el suelo se hallaba limpio, que él mismo lo había aseado (sobre todo, para no hacer daño a ninguna criatura reptante). Ah, me dijo, te inquieta ese signo. Pues son letras del alfabeto sánscrito que representan a nuestros hombres notables, las cinco bendiciones, las cinco personalidades veneradas. La «A» representa a los tres tipos de hombres santos; la «U», a los preceptores o maestros, especialmente los monjes mendicantes; la «M» representa a la buena gente común, hombres y mujeres. El *Jain Om* es una oración, un mantra dedicado a esos personajes. Eso es, más o menos, lo que recuerdo de todo lo que el flaco me endosó, con su discurso monótono.

La explicación me dejó igual, pero me hice el que entendía para seguirle la corriente al enjuto. Me metió adentro del templo por un pasillo que lo contorneaba, donde se hallaban dispuestos en los muros los retratos de aquellos santos, sus héroes, cada cual más barbudamente venerable. Me mostró también el signo máximo del *jainismo*, la esvástica. Como buen occidental, yo la asociaba a los nazis y no me hizo gracia. Nuestra religión no conoce un dios supremo, me dijo el monje, todos somos parte de la divinidad. Pareció adelantarse a mi pensamiento. Sobre todo, tú. Me dieron ganas de responderle: «tú que lucras con el asunto». Me abstuve de expresarlo. Pareció de nuevo adivinar lo que pasaba por mi cabeza cínica, porque me dijo que él mendigaba para vivir y que se conformaba con poco. Al irme aceptó humilde las

monedas que le entregué, aunque tal vez hubiera querido tirármelas por la cabeza. Todo va destinado al templo, me respondió. Se había permitido de nuevo leer mi pensamiento. Yo había estimado la cantidad de plata metida en ese templo de mármol, que solo podía provenir de benefactores magnates.

Me retiré del templo *jainita* tan impregnado de espiritualidad, tan subsumido en la filosofía hindú, tan sublimado, que lo único que así fue buscarme una puta para desquitarme de tanta metafísica. Sólo el hambre me hizo postergar la lujuria. Eran cerca de las tres de tarde y las tripas me crujían. La experiencia espiritual había resultado larga. Me dirigí a un comedero en la zona de desembarque de los *dhows* de pescadores en el puerto viejo y pedí un *samaki wa kupaka*, un pescado en salsa de coco. Exigí con cara de alienado uno entero, grande. Pregunté por el nombre del peje disponible y me dijeron *changu* entre risas, parece que era una palabrota en *swahili*. A gritos roncros, debido a la boca seca, exigí una botella también grande de *White Cap*, la cerveza local, maravilloso elixir. Devoré el pescado como si me estuviera burlando del monje *jainita*, que se había despedido con frases edificantes y gestos amistosos. Los tipos que servían en el comedero me miraban tragar como un salvaje. Todo eso me iba poniendo más y más caliente. Cuando acabé con el animal acuático, sin perdonar una expedición punitiva a su cabeza, me sentí capaz de servirme a media docena de negras, las que comenzarían a pulular por el hotel hacia el atardecer. En Mombasa la noche se deja caer a las siete de tarde y se inicia entonces el imperio de los deseos canallas.

Me aguanté y seguí deambulando por la zona del puerto y pronto, a través de sus estrechos callejones, me acerqué a una cafetería islámica o bar lácteo como le suelen llamar, donde no se ingieren licores, obedeciendo algún dictado de Alá y Mahoma, su profeta. Este puerto bendito se halla lleno de religión, coño. Allí pedí un café árabe y unos pastelillos dulces para obnubilar la inclemente ingesta de pescado, que había llegado con arroz blanco, más una ensalada de pepinos y tomates que me estaba repitiendo a gusto. El líquido caliente me asentó el estómago y atenuó el ligero mareo de las libaciones de cerveza. Salí de nuevo a la canícula en retroceso, para caminar hasta que llegase el anochecer que se aproximaba. De todos lados me llegaban aromas perfumados, sobre todo de las féminas que circulaban y también de los preparativos culinarios.

Mi bulto genital de modesto detective calentón, el «hermanito chico» como decían los chuscos de mi barrio en Lima, se había vuelto a esas alturas del día un vero volcán, que gritaba que le había prometido media docena de vulvas hirsutas, olorosas y de labios suaves, y que si no cumplía me iba a dejar en ridículo. Bueno, que el miembro viril le hable a uno no es ningún signo de robustez mental, pero aquella jornada parecía favorable a los prodigios.

Pues fue en las cercanías de la catedral, de la horrible y voluminosa catedral católica de Mombasa, que noté la presencia de un mendigo sentado en el suelo. Llevaba en la cabeza una sucia cofia bordada, al estilo islámico, y una barba larga y piojenta. Entremedio, un remedo de cara. Me extrañaron sus gestos. Parecía

hacer signos cabalísticos sobre una pila de objetos heterogéneos, todos asquerosos: una pata de gallina, un par de dados con los puntos medio borrados, una herradura oxidada, un rosario manoseado hecho de cuentas gordas, un libro negro de hojas dobladas que podía ser una *Biblia* o un *Corán*. Eran sus amuletos de falso mago de vereda, supongo.

Cuando estuve frente a él, me miró y reparé en sus cuencas vacías. No tenía globos oculares, ni siquiera atrofiados. Abrió su boca desdentada y levantó su horrible faz hacia mí. Me gritó: «¡José Leall!». Al principio no entendí bien, pero la segunda vez me sonó clarito: «¡José Leall!». Lo dijo con esa jota aspirada tan común en el habla árabe. El ciego había pronunciado mi nombre dos veces y, por cierto, no me conocía, ni tampoco me veía. Cuando vociferó mi nombre por tercera vez: «¡José Leall!», me emputeceí y lo tapé a insultos. Soy peruano, vaya. No reaccionó, como si a más de ciego fuera sordo. Sin embargo, unos niños sucios que vagaban por allí me empezaron a gritar: ¡*Mzungu!* ¡*Mzungu!* ¡*Mzungu!*, una forma despectiva utilizada en Kenia para designar y, peor aún, descalificar a los blancos (aunque soy más bien un mestizo sudaca, pero, en fin).

Me retiré de ese lugar antes de que tales badulaques, semillas de maldad, me agarraran a peñascazos. Deambulé otro rato, un tanto escorado por el episodio, esperando que llegara la noche para disimularme en las sombras y salir en la cacería de la ramerilla, que a esas alturas me merecía más que nunca. El episodio con el mendigo ciego no me había desmantelado, aunque transpiraba como caballo de carrera. Sentía deseos de maltratar a alguien,

salir de esa estúpida locura mística o mágica en que había andado todo el día. Buscando un lugar fresco, perdí un rato en el Fuerte Jesús, que siglos antes habían construido los portugueses. Restaba apenas una hora para la entrada de visitantes. De todos modos, ingresé. No miré nada. Solo me senté en uno de los cañones observando la abigarrada bahía, embancada con la marea baja. Cuando un guardia poco amable me echó de allí porque iban a cerrar, las sombras se habían apoderado del puerto. Me metí en una tienda de antigüedades. Llamó mi atención un pequeño armonio, que el dueño, un hindú de piel aceitunada y panza hinchada, ponderó para mí ofreciendo descuentos increíbles con su voz de pito. Soy cristiano, me decía, no lo voy a estafar. Me desagradó tanto que hui de allí.

Ya de noche cerrada terminé por arribar a mi hotel, que ostentaba una terraza que daba a la calle principal y donde desde el atardecer se juntaba gente para el aperitivo y la charla. Sabía que era el lugar donde se congregaban las mejores furcias de la ciudad. Instalada en una mesa central observé a una mujer admirable. Una mulata alta, succulenta, de rasgos armónicos y nariz fina. Una cara europea en colores africanos. Una suerte de Claudia Cardinale súper bronceada. Me imaginé que era una descendiente remota de los portugueses que llegaron por allí con Vasco da Gama cuando dio la primera vuelta al mundo. La mujer bebía cerveza. Sus gestos eran gráciles. Yo la miraba desde un extremo de la terraza, donde me había instalado en un área sombreada, de espaldas a los setos. Tal vez alguna ampolleta quemada ayudaba a que mi presencia no se notara demasiado.

Las mesas empezaron a llenarse, había gente conversando de pie. Pronto se unieron a «Claudia Cardinale» otras dos mujeres, también emperifolladas. Hasta mi nariz llegaron los efluvios de los potentes perfumes de las mujeres *swahili*, las mestizas árabe-africanas predominantes en la zona. Una de las recién llegadas se percató de mi presencia y le susurró algo a «Claudia», como bauticé a mi primera visión. Nuestras miradas se cruzaron y ella me dedicó una sonrisa de invitación. El conocido metalenguaje de los avances eróticos, tarifados o no. Yo permanecí inmutable, solo me permití un sorbo del *gin-tonic* que había ordenado, mirando un conato de brindis.

Fue entonces cuando apareció Page. Un escalofrío de desagrado me recorrió la espina dorsal ante la sola idea de que ese obligado acompañante en el tren me abordara y echase a perder mis planes lúbricos, por discretos que fueran. Al parecer no se percató de mi presencia, ni siquiera miró hacia donde yo estaba, aunque supuse que la obscuridad de mi rincón ayudaría a que no me reconociera. Percibí que venía algo borracho. Exigió con voz perentoria un whisky doble en las rocas y una botella de soda, su bebida predilecta. Cuando el garzón se movió para cumplir el pedido, Page quedó hablándole al aire, ofuscado, gesticulando de la manera que lo había visto hacer en el tren. Pronto su mirada se fijó en «Claudia». Como el keniano blanco hablaba solo, se habría creído que se dirigía a ella, quien le hizo un gesto de asentimiento, lo cual causó que su largo pelo describiera un leve arco. Después la muchacha me miró a mí. El desafío estaba lanzado: quién de los dos se quedaría con la beldad. Las otras dos mujeres

parloteaban entre sí. Una era una negra profunda, algo más baja que Claudia, de rasgos toscos y senos exuberantes. Lucía una amplia melena rizada, marco perfecto para sus enormes labios rojos y su ancha nariz. Transmitía sexo por cada poro. Me imaginé su ingle sudada, una alfombra motuda... Tal vez se trataba de una *giriama* de la zona o de una emigrada *kikuyu*. La tercera era pequeña y delgada, de pelo cortísimo pintado de amarillo, rasgos graciosos y cintura de avispa. Se veía más clara que la *giriama*, aunque más oscura que Claudia. No osé adivinar su etnia predominante, aunque me pareció que tenía algo de sangre etíope.

Se habían constituido dos extraños triángulos, unidos por el vértice, en esa veranda del hotel en Mombasa: el conformado por las tres putas, y el conformado por «Claudia Cardinale», Page y yo. El keniano blanco nunca miró hacia donde me encontraba. Era Claudia quien hacía la conexión, jugando con ambos contendientes, por llamarnos de alguna manera. El inglés fue más rápido y asertivo que este servidor. Tras unos quince minutos de cruces de miradas, Page terminó su trago y, parándose de su sitio en el bar, se sentó en la mesa de las mujeres, que lo recibieron con gorjeos. El hombre pidió reposición de cervezas para las hembras y otro whisky para él.

Los observé conversar en voz baja, el ruido reinante me impidió escuchar nada. ¿Estaría negociando una *partuza*? Creo que su ofuscación iba en aumento, manoteaba de forma insensata, no parecía haberse apaciguado con las libaciones. No me imaginaba al tal Page en tratativas sexuales con las negras, tras haber escuchado en el tren sus brutales planteamientos racistas. Transcurrió

otra media hora, durante la cual yo pedí un segundo y un tercer *gin-tonic*. Me daba cuenta de que, como iban las cosas, me resultaría problemático lograr una erección decente, pero mi zona baja prefería contradecirme. Entre tanto, Claudia no dejaba de mirar hacia la mesa donde yo estaba sentado, incluso cuando en algún momento Page acarició su bello pelo alisado.

Casi los pierdo por amodorrarme. Page había hecho una seña al mozo y se habían puesto de pie los cuatro al mismo tiempo. Todo el grupo iba bastante ebrio, tambaleante. Las mujeres sonreían con gestos idiotas, sólo Page mantenía su ceño adusto. Mi impresión fue que se llevaba a las tres mujeres. Sin embargo, solo dos partieron con él en dirección a los cuartos del hotel, la negra de la gran melena y la pequeña teñida. Claudia al principio pareció que también iba con los demás; sin embargo, la mulata se desvió y la contemplé avanzar directo hacia mi mesa. Sin pedir permiso se sentó frente a mí y me preguntó si quería pasar un buen momento con ella. A pesar de su cara estragada por el alcohol, no se podía negar que refulgía, como una diosa de ébano, como una escultura tribal. De cerca la juzgué más parecida a Audrey Hepburn que a Claudia Cardinale. En clave café cortado, por supuesto. Mi cabeza no andaba demasiado bien. Ella no me pidió que le pagara una nueva bebida, sino que la invitación era directa a disfrutar de sus servicios sexuales. «Audrey» me dijo entonces: «él te conoce y me ordenó que viniera contigo». Su voz sonaba entre estropajosa e implorante.

Me di cuenta, y fue una sorpresa mayúscula, de que ese cabrón de Page había sabido todo el tiempo que yo me encontraba

en la terraza, pero lo había disimulado por quién sabe qué razón. ¿Cómo era posible? Me convencí de que ese día andaban sueltos todos los putos videntes del carajo. Pronto olvidé el asunto para concentrarme en «Claudia». Su erotismo era tan tremendo, tan envolvente, tan magnético, que pagué la consumición y partí con ella en dirección a mi pieza. El hotel no hacía cuestión de invitaciones a los cuartos, en la medida que uno repartiera propinas a destajo. La muchacha me dijo: «tenemos que unirnos a ellos, por eso él me dejó ir contigo». Comprendí que ella no sabía o había olvidado su nombre. Le repliqué: «ese señor se va a la puta que lo parió y tú te vienes sola conmigo y no hay más que hablar». Respondió: «se va a enojar, es un tipo violento». Pregunté: «¿lo conoces acaso?». «Yo no», contestó tras hesitar unos segundos, «pero mis amigas sí». Por supuesto que no me iba a impresionar ese racista asqueroso, así es que llevé a la mujer a mi cuarto. No se resistió, pero me hizo prometerle que después nos uniríamos al grupo. Le aseguré que a su tiempo lo haríamos.

El asunto fue un tanto decepcionante. «Claudia Cardinale» se hallaba tan borracha, que cayó en la cama con más ganas de dormir la cogorza que otra cosa. Tuve que desvestirla, con lo cual se animó un poco y pude lograr un coito regular, como si lo estuviera haciendo con una muñeca inflable, salvo que la mulata era cien veces más apetecible. Me sentí igual que si estuviera autografiticándome con la revista *Ebony* abierta en las páginas centrales, aunque de todos modos fue sabroso. Al menos me autoconvencí de que lo era. Ella, medio dormida, lanzaba quejidos, ora de placer, ora de dolor, cosa que me excitaba aún más y tuve un orgas-

mo explosivo, casi como una revelación mística. Me pasó por la cabeza el signo de *Jain*. A veces pienso que no hay mejor religión que un buen coño.

Unos golpes perentorios en la puerta me sacaron del ensueño y de su sopor a «Claudia-Audrey». Abrí la puerta con cautela y bajo la luz mortecina del pasillo se recortó la figura de la puta más pequeña que se había ido con Page, la cual comenzó a hablarle a mi compañera de lecho con voz aguda y gestos rotundos. Lo hizo en *swahili*, de modo que no entendí nada. ¿Qué pasa?, le pregunté a Claudia. Respondió: «dice que Page se cayó y está desmayado en el cuarto, que vayamos a ayudarlas antes de que se enteren los del hotel y llamen a la policía».

Aunque la situación me importaba un huevo, me sentí obligado a seguir las. Soy un modesto detective de asuntos culturales, creo que lo he repetido un par de veces. Sin embargo, no me quedó otra alternativa que apechugar. Dentro de una pieza casi idéntica a la mía vi al inglés tirado desnudo sobre el piso de baldosas del baño. Noté que se encontraba inconsciente. Bajo su cabeza se desparramaba un charco de sangre medio coagulada. Su cuerpo estaba sucio de orines y excrementos. Sus testículos se hallaban amarrados con un ingenioso piolín que se enroscaba en su cuello, con lo cual cada movimiento de la cabeza los apretaba. Un juguete erótico predilecto de los masoquistas. El espectáculo de mi ex compañero de tren era bastante horrendo.

Miré al par de putas esperando una explicación, mientras le tomaba el pulso a Page. Su corazón latía. La más grande y gorda parecía en estado de *shock* y no fue capaz de armar un discurso.

Fue la pequeña quien me ilustró. En cuanto hubieron llegado a la pieza, el inglés comenzó a golpearlas. Siempre lo hacía, explicó la que me informaba. Nos contrataba para eso. Se desvestía a medias, pero no tenía sexo con nosotras. Solamente nos golpeaba, nunca demasiado fuerte, siempre con guantes. Nos pateaba con las botas puestas. Además, hacía sus necesidades encima de nosotras desnudas y nos hacía limpiarnos con nuestra ropa. «Con esa misma ropa pedía que lo azotáramos», aportó la más gorda.

«¿Como le aguantaban?», pregunté, escandalizado. Nos pagaba bien el hijo de puta, respondió la gorda, que había sacado el habla. Lo hacíamos por dinero, ¿qué quiere usted? La mujer chilló, agresiva: ¿se las da de pastor de almas acaso? Me calzó. No soy cura. Tampoco médico. Sin embargo, me di cuenta de que Page corría peligro de muerte si demorábamos más en prestarle socorro. Tenía pulso, aunque débil, y quizá también una fractura de cráneo. No había otra solución que convocar a la policía para que se ocupara de él, el escándalo era inevitable. No podía arrancar de allí, me sorprenderían de todas maneras. Decenas de testigos me identificarían.

Les pregunté cómo había ocurrido lo de Page. La más pequeña se quedó callada, la otra se vio obligada a mascullar entre sorbidas de mocos. Nos pidió que lo golpeáramos, me explicó. Fuerte, nos gritaba, o las mato a patadas. Es lo que hicimos. Pidió que le atáramos los testículos con el chisme aquél y que le apretáramos los pezones con unos alicates que traía, y le introdujéramos unos palillos por el orificio del miembro, y que lo quemáramos con cigarrillos. Parece que no sentía nada. Le empezamos a patear el

estómago y a darle con todo lo que teníamos a mano, hasta que se arrastró al baño a vomitar mientras nos gritaba, péguenme putas de mierda, negras asquerosas, engendros de monos y otras lindezas. Nos dio rabia y creo que le pegamos en exceso, intervinó la más pequeña. No podíamos parar, nos amenazaba con matarnos si no proseguíamos. «¿Y cómo se golpeó?», inquirí. Se cayó mientras vomitaba, resbaló en su propia porquería y se pegó en la cabeza, primero en el borde de la taza y luego rebotó en el suelo, respondieron. Era la versión de ellas. No me correspondía averiguar qué había ocurrido en realidad, no era mi investigación.

«Claudia Cardinale», que asistía asustada a todo ese intercambio, terminó por despabilarse como yo mismo y preguntó: «¿qué hacemos?» Respondí: «vístanse lo mejor que puedan y salgamos de aquí. Daremos noticias a la administración del hotel para que llamen a una ambulancia de inmediato. A la policía también». Tú, le dije a Claudia, es mejor que te vayas, no tuviste nada que ver en esto. Me quedo con mis amigas, respondió. En fin, mujeres, ¿quién las entiende? Les advertí que no intentaran escapar, porque yo mismo las iba a señalar como testigos, así es que lo mejor era que se tranquilizaran y, si les parecía pertinente, rezaran para que el inglés no muriese. Informé lo ocurrido en el mesón del hotel y me las di de dueño de la situación. Soy detective, aullé, que nadie ingrese al cuarto hasta que llegue la policía. Lo que ocurrió casi una hora después. Traían un médico que se metió a la pieza. Llegó una ambulancia y se llevaron a Page en una camilla, con un bozal de oxígeno y la cabeza cubierta con un turbante de gasa. Parecía una momia de película de terror. Olía a basural.

A mí me dejaron detenido junto con el trío de negras. Íbamos a tener que explicarlo todo. Enarbolé mis credenciales de experto internacional y me llevaron en un automóvil, mientras las mujeres iban apiñadas en un furgón. Se había juntado una multitud frente al hotel ante la noticia de que había un crimen. Entre otros distinguí al mendigo ciego, que en cuanto pasé frente a él, me volvió a gritar tres veces «¡José Leal!», tras lo cual prorrumpió en carcajadas. Lo último que vi antes de hundirme en caída libre fue la cúpula del templo *jainita*, iluminado con guirnaldas eléctricas de colores. Maldije aquel lugar donde se había gatillado este delirio.

Bueno, perdí mi trabajo, era que no. De forma sutil me anunciaron que no se renovaba mi contrato, que tenía tres meses para terminar mis informes. Que para mi seguridad me fuera del país tan pronto pudiera, la autoridad me tenía entre ojos. El inglés Page seguía vivo, aunque en estado vegetal. Intenté reclamar por mis derechos laborales, pero me leyeron un párrafo del propio contrato que rezaba: «debe observar un comportamiento acorde con su dignidad de servidor público internacional».

Claro, si me habían pillado en un hotel con tres putas y un sadomasoquista en coma, no iba a convencer a nadie que era un ciudadano ejemplar.

Juan Mihovilovich

Punta Arenas, 1951. Escritor, ex juez de la República. Defensor y promotor de los Derechos Humanos durante la época dictatorial. Miembro Correspondiente de la Academia Chilena de la Lengua.

Entre sus premios literarios: Pedro de Oña 1980; Finalista Casino de Mieres, Asturias, España, con *Sus desnudos pies sobre la nieve*, 1989; Julio Cortázar, Buenos Aires, Argentina, con *Extraños elementos*, 1985; Revista Andrés Bello de El Mercurio, 1978; Cuentos de Mi País, Biblioteca Nacional y Bata, 1982; Semifinalista Premio Herralde, España, con *El contagio de la locura*, 2005. Premio Nacional Narrativa y Crónica Francisco Coloane 2016 por *Yo mi hermano*.

Distinción Letras de Chile 2018.

Novela: *La última condena* (Pehuén 1982; 2da.ed. Windmills Ed. Usa2015); *Sus desnudos pies sobre la nieve* (Mosquito Comunicaciones, 1990). *El contagio de la locura* (Desencierro, 2009); *Grados de referencia* (2011); *Yo mi hermano* (2015, LOM Ediciones); *El asombro* (2012); *Espejismos con Stanley Kubrick* (2017, Simplemente Editores); *Útero* (2020, Zuramérica SA.)

Cuento: *El ventanal de la desolación* (autoedición, 1989, segunda edición en Ed. Maranha Tha, 1993, tercera en Ed. Entre Páginas, 2019); *El clasificador* (Pehuén. 1992; segunda edición. en Mosquito Comunicaciones, 2006); *Restos mortales* (2004, LOM); *Los números no cuentan* (2008, Mosquito); *Bucear en su alma* (2018, Simplemente Editores).

La iglesia

Este pueblo me parece extraño. Si hago un recuento pasajero de los sitios que he visitado, no logro encontrar similitud alguna. De partida, la tradicional iglesia que ocupa un espacio preestablecido en la plaza principal, carece de la cruz distintiva. Aunque, claro, podrá decirse o apreciarse que en ello reside su especial diferencia. ¿Ha visto alguien por ventura una iglesia de pueblo que se prive de su cruz, es decir, de aquello que por lógica e historia justifica su razón de ser?

Doy por sentado que nadie podrá argüir con sentido común que la ausencia de cruz en su cúspide sea signo de normalidad. Es más: si por una extraña razón se me dijera que tal cruz existió, que tuvo su auge y que, precisamente, por un misterioso designio divino se vino al suelo (sea por acción humana o por causas naturales tan habituales como un terremoto), no podría menos que asombrarme. Es verdad: admito que tales vicisitudes pudieran ser la causa de su inexistencia actual, pero —y he aquí lo grave del asunto—, ¿nadie ha hecho nada por resarcirla a su lugar tradicional? ¿No hay un solo ciudadano criterioso que haya decidido reubicarla en su sitio obligatorio?

He caminado por las calles solitarias del pueblo este día domingo en que la mayoría de sus habitantes duermen entrada la mañana y unos pocos, que veo asomarse a las puertas con gestos somnolientos, han hecho los preparativos para acudir a expiar sus culpas a la iglesia carente de cruz. Y es esto, exactamente,

lo que más me desajusta. Si el pueblo de por sí da indicios de rareza —noté al ingresar por la empolvada calle principal que el letrero que indica el número de habitantes de tres dígitos ha sido tachado por una especie de cruz reiterada— y carece del símbolo omnipotente que diferencia a una fachada común de un lugar de culto, es de suponer que en la nave de la iglesia puede pasar cualquier cosa. Vale decir, que los pecadores quedan privados de penitencia y así pueden cometer sus fechorías sin apego a la moral posterior que los exima de los errores con otra oportunidad de redención. Aquí, claro está, tales premisas deben resultar inoficiosas. Los habitantes de este lugar han de ejecutar sus acciones según sus motivaciones instintivas, es decir, actuarán conforme a la ineludible necesidad de cometer aberraciones sin pausa ni medida. Así las cosas, una violación o un abuso sexual cualquiera, no ha de ser penado por nadie: si no hay cruz no hay delito; si no hay delito, no hay castigo, y eso es de Perogrullo.

Sin embargo, lo que me incomoda en mi paseo circunstancial por este pueblo desconocido, es que nadie pareciera preocuparse por la tremenda ausencia que he notado. Es más, al preguntarle a un transeúnte ocasional vestido para la misa dominical, me ha dicho:

—*¿Y qué tiene de especial que la iglesia carezca de cruz? ¿No lleva acaso usted la suya auestas, aunque nadie la perciba?*

Su respuesta me pareció certera, pero entonces, «*¿por qué sigue existiendo el edificio?*», le pregunté intrigado.

—Tampoco es nada novedoso: el edificio nos resulta más real que una cruz de madera inexistente. Por eso acudimos a vernos

unos a otros al interior de la iglesia y nos parece que así divisamos mejor los pecados personales.

—Pero, ¿no es contradictorio que imaginen ver esos pecados que, al fin de cuentas, son los pecados de otros y no los propios?

—repliqué ansioso.

—Yo no he imaginado ni imagino los pecados ajenos, sencillamente los advierto sin ninguna necesidad de un símbolo antiguo.

—Está bien —afirmé sin demasiada convicción—, pero estar falto de una cruz en una iglesia es casi una herejía moderna, ¿no lo cree así?

—De ningún modo —contestó mirándome fijamente a los ojos, como si advirtiera mi claudicación.

—Aquí la única herejía posible surge del cuestionamiento de los forasteros, sin ánimo de ofenderlo, por supuesto. Cualquiera que visita este pueblo cree tener derecho a enrostrarnos una carencia ficticia o una supuesta debilidad. Y nada de eso es cierto. Una cruz no hace a la iglesia como un hábito no hace al monje, ¿va entendiendo?

Y recalqué de tal manera esa parte de la frase que la soledad inmediata en que me vi envuelto resultó ser la única consecuencia posible.

El transeúnte ocasional se aleja por la calle principal hacia el edificio eclesiástico y de pronto lo veo detenerse al pie de la escalinata, mirar hacia lo alto, como si intentara descubrir algo y volverse hacia mí con una sonrisa extraña que no logro descifrar: no sé si es un gesto de bienvenida o un lapidario adiós.

Camilo Montecinos

1987, Arica, Chile. Escritor, profesor y gestor cultural. Ha publicado el libro de microficción *Golpes sobre la mesa* (Ediciones Sherezade, 2017). Sus textos han sido difundidos en antologías y revistas literarias de Chile, Perú, Bolivia, Argentina, Uruguay, Colombia, Venezuela, Honduras, México, El Salvador, Costa Rica, Guatemala, España y Alemania. Entre ellas destacan *Brevilla*, *Cathartes Ediciones*, *Letras de Chile*, *Cuentos para el Andén*, *Plesosaurio*, *Antología Basta*, *Antología Pequeficciones*, *Revista Cultural*, *Letras itinerantes*, *Cita en las diagonales*, *Piedra y Nido*, y *Cita en la glorieta*. Ha realizado varios talleres de fomento lector, escritura creativa y charlas sobre microficción. Ha participado en encuentros literarios tanto a nivel nacional como internacional. Forma parte del comité editorial de la revista digital *Brevilla* y es miembro del colectivo *Minificionistas Pandémicos*. Obtuvo el primer lugar en el concurso *Hazla cortita: Arica en 101 palabras* el año 2018 y ha sido finalista en varios concursos a nivel nacional e internacional. El año 2017 y 2021 obtiene la Beca a la creación literaria del ministerio de las Culturas de Chile.

Zapping

El hombre sentado en su sillón favorito, con una cerveza en la mano izquierda y en la otra el control del televisor, avanza horrorizado a través de los canales. No entiende la crueldad de los hechos que se exhiben. No entiende cómo la vida de una mujer puede equivaler a apenas un *iPhone* y unos cuantos billetes. Él, en cambio, mataría sólo por amor. Mataría si su esposa se atreviese a dejarlo por otro. Le quitaría la vida con rabia, cortaría su cuerpo en pedazos y los guardaría en el refrigerador para pensar luego qué hacer con el cadáver. Que su mujer lo engañe amerita un pago justo, piensa con satisfacción, y continúa cambiando de canales.

María Isabel Mordojovich

1950, Punta Arenas, Chile. Ingeniera Matemática y doctora en Matemáticas aplicadas. Reside en Francia desde el año 1976. Miembro de la Sociedad de Escritores desde el 2002 y de la Corporación Letras de Chile desde el 2017.

Ha publicado: *El hilo del medio*, RiL Editores, 2001, Chile / L'Harmattan, 2003, Francia; *El libro de Carmen*, Indigo&Côté femmes, 2007, Francia/ Editorial Forja, 2008, Chile; *Cuatro entraron al paraíso*, Editorial Forja, 2011, Chile / L'Harmattan, 2012, Francia; *Piedras Blancas*, Editorial Forja, 2016, Chile / Editions Ovadia, 2018, Francia; y *Los cuervos de Piedras Blancas*, Simplemente Editores, 2019, Chile/ Editions Ovadia, 2019, Francia. Adaptación al teatro coescrita con Mario Paul Ahues Blanchait de su novela *Piedras Blancas*.

Sus novelas *El libro de Carmen* y *Piedras Blancas* recibieron buena crítica en Chile y en Francia y le valieron ser invitada al Festival Belles Latinas de Lyon de 2007 y 2018. *El libro de Carmen* es una novela sobre la condición femenina en un país innominado donde reina un machismo ancestral. *Piedras Blancas* corresponde a una transformación de Tejas Verdes, centro de detención y tortura durante la dictadura. La autora indaga en su novela *Piedras Blancas* el punto de vista de los torturadores.

El contrato

A Cristòfol Carrió i Villalonga

Cuando Cristòfol despertó, las lágrimas se escurrían por las mejillas de Mercedes. La víspera, le había confesado la situación que le ocultaba hacía meses: había hipotecado la casa y, salvo el reloj de su padre y el anillo con las armas de familia que le servía de sello, había empeñado todos sus bienes. El plazo se terminaba ese mediodía, y si no encontraba una solución para pagar sus deudas, un oficial de justicia vendría a las cuatro de la tarde a expulsarlos de la casa y a llevárselo prisionero. Nunca se volverían a ver. Mercedes y el pequeño Cristóbal irían a sumarse a la multitud de pordioseros que circulaban entre los muros de la ciudadela y por toda la isla, y él estaría obligado a realizar trabajos forzados, quizás a remar en galeras por el resto de sus días.

Al ver el dolor inmenso de su amada mujer, la abrazó desesperado, acarició los rulos dorados de su pequeño niño y les dijo que haría un último intento por encontrar una solución.

En el camino que llevaba a la casa del usurero, numerosos mendigos imploraban ayuda. Estaba por llegar cuando vio a una joven en harapos con una criatura desnutrida en los brazos que lloraba de hambre. Se le apretó el corazón y se sintió el más vil de los hombres al ver la suerte que esperaba a Mercedes y a su hijo.

«¿Qué quieres?», le gritó enojado el repulsivo hombrecillo al abrir la puerta. «Aunque tu casa pasará a ser mía cuando suenen las doce campanadas del mediodía, seguirás debiéndome una

fortuna. Por eso te denuncié, para que te tomen preso y desaparezcas de una vez por todas. Que tu bella mujer y tu hijo se queden en la calle no es mi problema». Y le cerró la puerta en las narices.

Cristòfol había jugado su última carta. Resignado, empezó a alejarse de allí, como quien arrastra todo el peso del mundo. No llevaba media cuadra cuando escuchó que lo llamaban. Miró hacia atrás y vio extrañado que el usurero corría tras él, haciéndole señas de regresar. Su desconcierto fue aún mayor al oírlo decir: «¡Cristòfol, es tu día de suerte! Acaba de surgir un negocio que puede ser la solución de mis problemas contigo. Si aceptas, saldará tus cuentas y quizás hasta quedarías con un saldo a tu favor».

En la situación delicada en que se encontraba, Cristòfol estaba dispuesto a aceptar lo que fuese, así es que siguió al usurero hasta su casa sin hacerse de rogar. Allí los esperaba un hombre vestido con los atuendos de un corsario. A diferencia de los piratas, que eran unos malhechores trabajando por cuenta propia, los corsarios actuaban solamente en tiempos de guerra y lo hacían en nombre del Rey. Cristòfol siempre los había admirado y más de una vez había soñado con ser uno de ellos.

El usurero cerró la puerta, y sin perder un minuto profirió: «don José Montalva, acá presente, tiene un problema urgente por resolver. Él debería embarcarse en una nave que zarpa de la isla esta medianoche para participar en los rudos combates navales contra los Moros que se libran en estos días, pero tiene buenas razones para no hacerlo. El parecido entre tú y él es sorprendente. Si tú partes en su lugar, don José está dispuesto a pagarme todo

lo que me debes y hacer lo necesario para que tu mujer y tu hijo tengan siempre de qué vivir. Si estás de acuerdo, tú y don José tienen que firmar un contrato antes del mediodía y tú deberás presentarte como corsario a las autoridades del puerto bajo la identidad de José Montalva a la una de esta tarde».

Cristòfol no podía creer su suerte. Ciertamente, partir como corsario era arriesgado, pero todas sus deudas quedarían saldadas. ¡Mercedes y su hijo podrían quedarse con la casa y vivir al abrigo de la miseria! Y si lograba salir vivo de los combates, podría regresar algún día a reunirse con ellos.

«Explíquenme cómo debo proceder», les respondió Cristòfol al usurero y al corsario sin pensarlo más.

«Dame un momento para que me ponga de acuerdo con don José Montalva sobre lo que él me deberá pagar, además de la hipoteca y de todas tus deudas; entenderás que un cambio de identidad tiene su precio», respondió el hombrecillo con una expresión que mostraba su avaricia, y continuó: «una vez que todo esté claro, vendremos a verte con el contrato para el cambio de identidad».

Mientras esperaba, Cristòfol sacó varias veces el reloj de su bolsillo para mirar la hora. El bello reloj de oro y su magnífica cadena habían sido el orgullo de su padre.

A las 11 de la mañana apareció el hombrecillo, acompañado por don José Montalva, y explicó: «pueden proceder a firmar y poner sus sellos en el documento que preparé. Deben hacerlo en el orden en que aparecen los textos, y cada vez deben anotar la hora y la fecha».

Primero firmó José Montalva:

Yo, José Montalva, me comprometo a pagar todas las deudas de Cristòfol de Jonquet y la hipoteca de su casa, a condición de que él acepte intercambiar su identidad con la mía antes de este mediodía. Me comprometo, además —mientras mi fortuna lo permita—, a hacer lo necesario para que la esposa de Cristòfol de Jonquet y su hijo vivan en las mejores condiciones posibles.

A las 11 horas y 30 minutos del 9 de agosto de 1809. Firma y sello de José Montalva.

Luego le tocó a Cristòfol, quien después de verificar muy satisfecho los textos, la firma y el sello de José Montalva, miró su reloj, completó con la hora y la fecha, firmó y puso su propio sello donde correspondía:

Yo, Cristòfol de Jonquet, acepto intercambiar mi identidad con la de José Montalva a partir de este mediodía. Me comprometo a presentarme a las autoridades del puerto antes de la una de esta tarde y a embarcarme esta misma noche como corsario en su lugar. A las 11 horas y 45 minutos del 9 de agosto de 1809. Firma y sello de Cristòfol de Jonquet.

Inmediatamente después, el hombrecillo validó el contrato con su propio sello y su firma. Era mediodía. Los felicitó, les pidió sus anillos respectivos y les ordenó que intercambiasen sus vestimentas.

En el momento de quitarse el anillo, Cristòfol comenzó a tomar conciencia de lo que había hecho. Un escalofrío se apoderó

de él, a pesar de ser pleno verano y del calor sofocante que reinaba a esa hora del día. Pensó en su padre y en toda su estirpe. ¡Los había traicionado! Había cometido algo irreparable de lo que no lograba medir el alcance. Además, tenía la impresión difusa de que habían abusado de él, pero no entendía de dónde le venía esa impresión.

Él, el nuevo José Montalva, se puso el anillo que le dio el usurero. Vestido con pantalones rojos, chaqueta negra con capuchón, zapatos de marino y con un cinturón equipado con un enorme cuchillo curvo, fue inmediatamente a presentarse ante las autoridades del puerto, como era su obligación. Esto resultó ser una simple formalidad que duró menos de una hora. En cuanto pudo liberarse, corrió a su casa. Quería contarle a Mercedes la solución milagrosa que había encontrado, quería decirle que nadie los expulsaría de allí, que estaban al abrigo de la miseria. Quería decirle cuánto los amaba a ella y al pequeño, quería abrazarlos y aprovechar con ellos sus últimas horas antes de embarcarse y de arriesgar su vida.

Estuvo muy sorprendido cuando vio que una sirvienta, que él no conocía, se encontraba en el umbral de la puerta.

«Estoy sola», dijo la mujer, «don Cristòfol de Jonquet, el dueño de esta casa, salió de paseo con su esposa y su hijo. ¿Deseaba verlos? ¿Quién es usted?».

Solamente entonces el nuevo José Montalva entendió lo que había firmado. Mercedes seguía siendo la esposa de Cristòfol de Jonquet, pero él ya no era Cristòfol de Jonquet. Salvo el monto pagado al usurero, toda la fortuna del antiguo José Montalva

había sido transferida a Cristòfol de Jonquet. Él era ahora el corsario José Montalva, no tenía familia, y sus únicos bienes eran un reloj de bolsillo que había sido del padre de Cristòfol de Jonquet y un anillo con las armas de la familia Montalva.

Diego Muñoz Valenzuela

Constitución, Chile, 1956. Ha publicado quince libros de cuentos: *Nada ha terminado* (1984), *Lugares secretos* (1993), *Ángeles y verdugos* (2002), *Déjalo ser* (2003), *De monstruos y bellezas* (2007), *Las nuevas hadas* (2011), *Microsauri* (2014), *Demonios vagos* (2015), *El tiempo del ogro* (2017), *Amor Cibernauta* (2018), *Venta de ilusiones* (2019), *Foto de portada* (2020), incluyendo los libros ilustrados de microrrelatos *Breviario Mínimo* (2011, con Luisa Rivera), *Largo viaje* (2016, con Virginia Herrera) y *Rompiendo realidades* (2021, con Claudia Matute); las novelas: *Todo el amor en sus ojos* (tres ediciones: 1990, 1999, 2014), *Flores para un cyborg* (tres ediciones: 1997, 2003, 2010), *Las criaturas del cyborg* (2011) y *Ojos de metal* (2014); las tres últimas conforman una trilogía de ciencia-ficción; *Entrenieblas* (2018) y *El mundo de Enid* (2018).

Ha sido incluido en más de noventa antologías y muestras literarias publicadas en Chile y el extranjero. Obras suyas han sido traducidas al chino, búlgaro, croata, francés, italiano, inglés, ruso, islandés, albanés y mapudungun. Distinguido en numerosos certámenes literarios, entre ellos el Premio Mejores Obras Literarias del Consejo Nacional del Libro en 1994 y 1996. En 2011 el autor fue seleccionado como uno de los «25 secretos literarios a la espera de ser descubiertos» por la Feria Internacional del Libro de Guadalajara para celebrar sus veinticinco años de existencia. Recibió la MEDALLA COLIBRÍ 2012 por el libro de microrrelatos ilustrado *Breviario mínimo*.

El tiempo del ogro

A todos aquellos que nos extraviamos en la neblina densa y terrible del tiempo del ogro, en especial a Remigio y Héctor que permanecerán en este texto un tiempo más y ojalá —no pierdo la esperanza— para siempre.

Se encontraron a unos escasos metros del fragor de la avenida Irrarázaval a fines de aquel año tan intenso en tristezas y terrores. De ese modo, constituía una inmensa alegría cruzarse con alguien conocido allí, constatar que la vida seguía irradiándolo con su milagro. Remigio le dejó caer sus ojos achinados y pícaros, destilando la felicidad de verlo y Héctor le devolvió la mirada desesperanzada de un muerto en vida. Aquello puso en alerta a Remigio: algo no andaba bien. Venían caminando en sentido opuesto y por mero instinto aminoraron el paso imperceptiblemente, como si quisieran despistar a un observador invisible.

A partir de ese momento, todo transcurrió en cámara lenta y comenzó a grabarse de manera indeleble en la memoria de Remigio. Imágenes que iban a acompañarlo durante su vida, a insertarse en sus sueños, regresar súbitamente a su rutina en los momentos felices, como para resquebrajarlos.

Héctor dio un paso y le ofreció sus grandes y cansados ojos de borrego triste. Estaba exhausto de sufrir: eso le dijeron aquellos ojos a Remigio y no fue necesario que describiera los espantos a los que había sido sometido. Aquella mirada tenía la elocuencia

de un relato extenso y vigoroso. Héctor denegó con el rostro varias veces mientras elaboraba un nuevo paso, levantando una pierna que pesaba media tonelada.

Le cuesta caminar, pensó Remigio, como si transportara el mundo completo sobre sus espaldas. Tan afligido, tan exhausto, tan vencido, eso concluyó Remigio. Sin embargo, aún se da maña para advertirme. Para salvar mi vida. Aquello meditó Remigio mientras daba su propio paso hacia Héctor, uno que acortaba aquella enorme distancia entre ambos, aunque quedaban apenas unos metros para que se cruzaran por última vez.

Héctor movía los labios y emitía mensajes inaudibles, que Remigio tuvo que descifrar o imaginar, combinando ambas habilidades. Aquellos movimientos le revelaron el horror oculto detrás de los parabrisas reflectantes, las ventanas cerradas a machote, los sótanos inaccesibles donde reinaba la noche eterna.

Ambos dieron sendos pasos para acercarse, aunque la distancia entre ellos se tornara imposible de transitar. Remigio recordó que Héctor había cumplido dieciocho años unos días atrás; se llevaban apenas por unos meses. No era una edad para vivir esta clase de cosas —esa idea le vino a la mente—, pero ¿qué más podían hacer? Ellos no habían escogido el camino a seguir. Y cada vez que la vida les ofreció una disyuntiva nueva en aquellos tres acelerados años, escogieron en conciencia.

Sólo les quedaba seguir caminando. Eso lo sabían ambos. Lo tenían perfectamente claro. No había alternativa. Y aspiraron el aire de aquella mañana fresca para inflar sus pulmones con oxígeno y seguir viviendo la clase de vida que les correspondió. De

modo que avanzaron; ahora estaban apenas a un par de metros. Podían verse muy bien.

Héctor no se había afeitado en varios días y las ojeras delataban sus padecimientos. No obstante, le sonrió. Era una sonrisa amarga y tierna, cargada de amor, pero sobre todo de coraje. A Remigio el corazón le saltó dentro del pecho: una emoción sorda, ciega y violenta comenzó a nacer en su interior. No podía ser que las cosas fueran así. Era inaceptable: era preciso hacer algo.

Sin borrar aquella sonrisa de su rostro, Héctor volvió a denegar mientras daba otro paso, uno que los dejó a escasos centímetros. A Remigio le pareció que podía sentir la respiración acezante de su amigo; entonces vinieron las palabras susurradas.

«Me siguen, me tienen, me usan como cebo. Salen a pasearme, pero van de cacería. Vete del país en cuanto puedas. Mañana mismo». Eso escuchó Remigio, alelado, con la piel de gallina, mientras daba el paso final, aquel que terminaba ese encuentro fortuito.

No osó darse vuelta para observar a su amigo alejarse camino de la muerte. No fue capaz, porque una suma de miedos se apoderó de él: que Héctor fuera a correr y lo mataran en ese mismo instante, que de la camioneta de vidrios oscuros que avanzaba a vuelta de rueda se bajaran los agentes para apresarlo, que a él le diera por ponerse a gritar que alguien los salvara, a gritar sus nombres para que se supiera qué había pasado. Pero nada podía cambiar la condena que pesaba sobre Héctor. Y lloró mientras caminaba alejándose de su amigo. Sus lágrimas caían en gruesos chorros mientras se aproximaba a la avenida, los ojos se le iban

poniendo muy rojos y el sollozo le convulsionaba el tórax. Por suerte los hombres del furgón de Inteligencia no percibieron su estado, ocupados como estaban de no perder de vista a Héctor.

Remigio caminó y caminó y caminó, hasta que salió del país, huyendo de aquella muerte implacable, hasta que llegó a París y luego a Marsella, donde se estableció y formó una familia. De allí vino de regreso a Chile un día caluroso de febrero, cuando nos contó esta historia terrible una larga noche, mientras esperábamos el auto que iba a llevarlo al aeropuerto de vuelta a Marsella.

Dijo que no reconocía al país que abandonó hacía tantos años atrás. Le respondimos que nosotros tampoco, aunque viviéramos aquí, mientras bebíamos un vino rojo y espeso. Fue como si el tiempo no hubiese transcurrido jamás y fuéramos los mismos adolescentes plenos de sueños y largas cabelleras desplegadas al viento.

Un día alguien contó que, tras vivir un tiempo solo en París, Remigio se había suicidado, sin dejar explicaciones. Nos quedamos helados. O más bien congelados por el dolor, súbito, intenso, desesperado. Sin embargo, seguimos caminando. Dando pasos, adonde sea. No sé si huyendo o avanzando. Quisiera creer que alejándome del sufrimiento o de la fatalidad o de la muerte. También quisiera creer que acercándome a ellos: a Héctor y Remigio. Pero no lo sé. Sólo seguimos, sigo, caminando.

Josefina Muñoz

Licenciada en Literatura, trabajó muchos años en Educación Popular de Adultos. Actualmente es profesional del Ministerio de Educación en tareas de edición de textos y documentos para el sistema escolar. Integrante de la Corporación Letras de Chile desde hace muchos años, es parte del equipo editorial.

Casa para peregrinos

Escucho al sacerdote decir que somos peregrinos, porque sólo encontraremos nuestra verdadera casa después, cuando estemos al lado de Dios. No creo en Dios, pero creo que sí tiene razón en decir que somos peregrinos en nuestro planeta: peregrinamos siempre para encontrarnos, para buscar algo que sabemos que siempre está más allá. No todos tendremos el encuentro deseado que nos hará permanecer en un lugar, con alguien o solos, cerrando un círculo en vez de peregrinar a otro que se está abriendo para acogernos.

Entiendo por fin que nuestra casa fue eso para nosotros y muchos otros; una casa para peregrinos felices y abatidos, algunos que detuvieron allí su caminar hasta emprender una aventura nueva, por días, por meses, por años...

Y después llegaron los hijos, pequeños peregrinos que no sabían que llegarían, que no tuvieron que buscarnos, pero quién sabe... Hasta que un día iniciarían sus propios peregrinajes hacia lugares y personas que estaban en otros lugares, aguardándolos.

Y mucho más atrás, tú y yo nos encontramos, después de un largo peregrinar, después de transitar por los mismos lugares en momentos diferentes, después de conversar con las mismas personas sin saberlo. Hasta ese día en que los hilos invisibles se juntaron, se extendieron hasta nuestra casa, en la que seguiré viviendo, pero ahora sin ti. Y continuará siendo una casa para

peregrinos que llegan y se van, que tejen otros hilos para nuevos peregrinos de un futuro que no conocemos, pero que, cuando llegue, los guiará a esa casa que tiene una sopa caliente para ellos.

Martín Muñoz Kaiser

Escritor chileno, vive en Valparaíso. Ha publicado los libros: *El martillo de Pillán* (2012); *WBK Asesinos* (2013); *Evento Z* (2014); *El Sátiro* (2015); *Pornología* (2016); *Kimera, cuentos arquetípicos* (2017); *Los jinetes de milodón y Epunamün* (2018); *Valparaíso Zombi, Chile Zombi y Cuentos con bigotes* (2019); *La mujer escarlata* (2020); *Belerofonte* (2021); *Laiantu* (2022).

Ha participado de las antologías: *Quiero la cabeza de Sir Arthur Conan Doyle*, *Quiero la cabeza de Bram Stoker*, *Vicios, Zombies Chilenos*, *El foso*, *Poliedro VI*, *Salvoconducto*, *Cyberpunk y Matapijos*, entre otras.

Es ganador del segundo y el tercer lugar del North Texas Book Festival Award de 2019 y el primer lugar del International Latino Book Award del mismo año.

Sus textos han sido publicados en Argentina, España, Italia y Alemania, y traducidos al italiano al alemán y al inglés.

El 2017, junto a Joctán Zafira, funda Áurea Ediciones, en donde es editor general. Áurea se especializa en fantasía, terror y Ciencia Ficción, y cuenta con más de noventa títulos publicados hasta la fecha, que suman veintiséis premios literarios tanto en Chile como en el extranjero.

El vendedor de libros

La lluvia se escucha caer fuera de la librería. Hay una estufa encendida, lo cual tiñe de un cálido naranja el ambiente. Un auto pasa por fuera y a través del vidrio se ve cómo levanta una ola de agua sucia. El anciano se arrellana en su silla de cuero, se acomoda la boina y enciende su pipa antes de volver a fijar los ojos en el volumen abierto que hojea con interés.

La campanilla sobre la puerta anuncia la entrada de un cliente. Un paraguas se cierra delante de una mujer de mediana edad, bien vestida y maquillada, que se sacude el agua del chaquetón de piel que lleva puesto.

—Buenos días —dice, moviendo la cabeza para sacudirse la humedad, pero sin tocarse el pelo, y continúa sin hacer una pausa:— Ando buscando un libro de cocina. Necesito una receta especial, se ha muerto mi marido y la familia viene a la casa para darme el pésame. Algunos vienen de lejos. A mi hijo Juan no lo veo hace tiempo, nunca me he llevado bien con mi nuera y no quiero que salga hablando de lo mal que cocino. También vienen mis hermanas y la familia de Juan, mi marido (mi hijo mayor también se llama Juan). Mi hija y el inútil de su esposo, también sus hijos que son un desastre. No soporto a mis nietos, son lindos pero muy desordenados. A cierta edad una necesita paz, usted me entiende de seguro. Por eso se la pasa encerrado aquí y no está con su familia. Puede ser agobiante la familia —la mujer hace una pausa, el anciano abre la boca pero no alcanza a decir palabra—.

También me gustaría llevar un libro que enseñe a mejorar las relaciones familiares, aunque pensándolo bien, mejor consulto con mi abogado. De seguro todos van a preguntar por la herencia, usted no sabe cómo se pone la gente cuando hay dinero de por medio. Por suerte me adelanté a mis hijos y moví los fondos de mi marido a mis cuentas personales. Si fuera por mis hijos me dejan en la miseria —las palabras salen atropelladas, una tras otra, de la boca de la mujer que mira si reloj y abre los ojos—. Se me hace tarde para una reunión, muchas gracias —dice, da media vuelta y se retira.

El anciano la observa con un libro en la mano estirada. Ladea la cabeza, suspira y guarda el tomo.

Iluminado por la luz amarillenta de la mañana, sentado frente a un escritorio de madera gruesa, con una pipa en la boca, el anciano hojea un libro empastado en cuero. Una taza de café humea frente a él. A su alrededor hay montañas de libros, hasta donde se pierde la vista. La librería es un pasillo que parece no tener fondo, donde se apilan tomos de distintos tamaños y colores.

La campanilla sobre la puerta anuncia la entrada de un cliente. Un hombre flaco, de terno y corbata negra, pálido, de hombros delgados y espalda curva se acerca al mesón. Lleva bajo el brazo un tablero de ajedrez, que despliega y ordena frente al anciano, que lo mira levantando una ceja, dejando salir una bocanada de humo azul por la nariz. El hombre de terno se ordena el grasiento cabello, deja ver la punta de la lengua entre los labios y sus dedos tiemblan nerviosos antes de mover la primera pieza. El viejo sonrío, deja el libro a un lado, toma un sorbo de su café y hace el segundo movimiento.

Para el décimo, el hombre ha sido derrotado y acuesta a su rey. Su cuerpo parece achicarse, se contrae sobre sí mismo, pega la barbilla al pecho, aprieta las manos a los costados del tablero y luego las suelta. Sus nudosos dedos se relajan antes de comenzar a guardar las piezas. El anciano arrastra un libro y lo deja a medio camino en el mesón. El título reza: «Cómo aprender a jugar Ajedrez». El hombrecillo niega con la cabeza y la mano, rechazando el regalo. Termina de guardar, se levanta y se retira.

Una briza arrastra hojas secas, que se arremolinan fuera de la librería; la dorada luz del sol se cuela por la vitrina. El anciano se saca la boina y se rasca la cabeza antes de pasar a la siguiente página del volumen que sostiene en una mano.

La campana suena antes de que se abra la puerta. Un joven de camisa café, pantalón caqui y zapatos de vestir cómodos, con un morral de cuero cruzado en el torso, entra a la librería. El hombre no despega la mirada de su teléfono celular, se detiene a medio camino y comienza a teclear. El anciano deja el libro en el mesón, toma su pipa y la enciende. El joven da un paso y se vuelve a detener. Hace muecas con su rostro, se ríe, frunce el ceño, levanta las cejas y vuelve a teclear la pantalla táctil. Vuelve a dar un paso y sin levantar la mirada, le enseña la pantalla al librero, quien mueve el cuerpo hacia adelante, entrecierra los ojos y se rasca la barba. Se echa para atrás, aprieta los labios y asiente. Antes de inclinarse hacia un costado, extrae un libro y se lo entrega al joven, que ya ha vuelto su atención al aparato. Sin mirar al viejo, recibe el tomo y lo mete en el morral que está lleno de

otros libros, carpetas y papeles. Lo acomoda como puede, pero le queda media tapa afuera.

Al salir, el joven levanta la mano. Un taxi baja la velocidad y se detiene más adelante. El muchacho corre para alcanzar el vehículo y el libro cae al suelo. La puerta del taxi se cierra y el vehículo se pierde en el tráfico.

Los colores anaranjados del cielo se cueclan en la librería. Poco a poco se van tornado azulados, las luminarias se encienden y el anciano lee frente a una taza de té humeante. La campanilla suena, la puerta se abre y una niña de rostro compungido ingresa con un bulto envuelto en un pañuelo entre las manos. Camina hasta el mesón y se sienta frente al viejo, quien se saca la boina y la deja al lado del tomo que había estado leyendo.

—Necesito un libro de medicina —suelta la pequeña, sorbiéndose lo mocos y pasándose la manga por la nariz, antes de abrir el pañuelo y mostrar su contenido.

—¿Inmunología, Oncología, Geriátría, Pediatría, Medicina General? —inquire el viejo.

—Cardiología.

—¿Es para un familiar?

La niña niega con la cabeza, pone el bulto sobre la mesa y abre el pañuelo, que hace las veces de mortaja.

—Mi mamá dice que le dio un ataque al corazón —hace una pausa y levanta los ojos vidriosos—, por esforzarse demasiado.

—¿Quieres que vuelva a volar?

—Lo quiero de vuelta en su jaula, para que me cante cuanto

amanezca. Eso me alegra antes de ir al colegio. No me gusta el colegio.

—Tu mamá te puede comprar otro.

—Me lo envió mi papá, como regalo de cumpleaños.

—Tu pajarito está muerto —dice el viejo con intensa suavidad, mirándola a los ojos.

—¿No hay nada que pueda hacer? —espetea con un puchero.

El librero niega con la cabeza y guarda silencio, Pero la chiquilla insiste:

—Mamá dice que en los libros están todas las respuestas a todas las preguntas y que mientras más vieja la gente, más cosas saben. Usted es el librero más viejo que conozco.

—Las palabras no alcanzan para describir el mundo. Por mucho que algunos quieran hacernos pensar que son cosas mágicas, no lo son.

—¿De qué está hecho el mundo sino de palabras?

—¿Cuántas veces ha prometido tu padre venir a verte?

Se miran a los ojos. La niña llora.

—¿Por qué tenemos que morir?

—La muerte es solo una palabra, y como toda palabra, es una mentira —responde el anciano y hace una pausa. Se echa para atrás, se mesa la barba y luego toma al pájaro entre sus manos.

Silencio.

Abre las palmas y el pajarillo comienza a aletear.

La niña abre los ojos como platos, se seca las lágrimas con el dorso de la mano y sonrío.

El ave se eleva, revolotea cerca del techo y sale por la ventana.

La pequeña frunce el ceño, aprieta los pequeños y pálidos puños y solloza hasta que la luz de la tarde se extingue y su madre aparece en el umbral de la puerta para llevársela.

Camilo Ortiz

San Carlos, Chile, 1966. Periodista titulado en la Universidad de Chile, con estudios de Derecho y Filosofía en la Universidad de Concepción. Durante sus estudios de Periodismo en Santiago, su oficio de escritor se define en 1991 al ingresar al Taller de Narrativa de la escritora Luisa Eguiluz. Al término de esa experiencia se edita un libro del taller, titulado *Cuentos de Cinco Estaciones*.

Trabajó en diversos medios de la capital: diarios *La Nación*, *La Época*, *La Tercera* y *El Mercurio*, además de la Revista *Rock & Pop*. Se desempeñó como secretario del poeta Gonzalo Rojas en el año en que éste recibe el Premio Miguel de Cervantes.

En febrero de 2013 publica su primer libro, *La casa sola* (Mago Editores), donde incursiona en varios géneros literarios. Lanza su segundo libro *La puta y el poeta*, una colección de relatos de ficción, bajo la editorial independiente El Español de Shakespeare. En junio de 2016 publica su tercer libro, *El hijo del notario*, una colección de quince crónicas ilustradas y en su mayoría autobiográficas, incluyendo su experiencia como secretario del galardonado poeta, Gonzalo Rojas en el año en que éste recibió el premio Miguel de Cervantes. Este libro es mencionado dentro de los mejores libros de corte biográfico por la *Revista de Libros* del diario *El Mercurio* en su edición del 19 de febrero del 2017. Lanzó una segunda edición el 2018 y en agosto de ese mismo año, publica *Vergüenza*, su primera novela. En octubre del año 2020 lanza su segunda novela *El Secuestro*.

El gato partido

Ese día la mecedora de doña Deidamia del Tránsito comenzó a crujiar temprano. Vestida con una falda floreada, de ceño adusto y nariz aguileña, se mecía impaciente hasta que dio el grito. ¡Cómo sus hijos podían continuar durmiendo tan tarde! En aquella vieja casa sus cuartos daban a la cocina, desde donde la anciana podía vigilarlos a sus anchas. Lamentaba mucho haberles comprado camas modernas. Creía que por eso eran más perezosos que antes. Ella, oponiéndose a los consejos médicos, se negó a dejar su clásico somier de alambre, de esos que en vez de un colchón de una pieza tienen dos partes rellenas con lana de oveja, conocidos como «libros». Era el mismo lecho que compartió con su cónyuge, el finado Raimundo, hombre de pocas palabras, una bestia del trabajo, que se ponía saco, camisa y corbata cuando iba a votar.

Deidamia gozaba de una locuacidad superior a la de su extinto marido gracias a su carácter: en su momento la gente decía que hablaba por los dos y ahora intentaba hacer lo mismo con sus vástagos. Los interrumpía constantemente y les hacía callar con un desprecio absoluto. El único de su familia que se salvaba de semejante trato era Jorgito, su nieto de ocho años, y sólo porque era naturalmente reservado. En vez de jugar con el resto de los niños se quedaba en la sala de clases y dibujaba gatos en su cuaderno de matemáticas, hasta que sonaba la campana. Casi nunca sonreía.

La casa y el almacén de la familia Meléndez compartían una bodega; se hallaban cerca de una estación de trenes cuyo nombre

se leía en un roído cartel de madera. No les iba mal en las ventas, aunque temían que un día se instalase un supermercado que pusiera a prueba la fidelidad de los vecinos. Pero la posibilidad era remota: era un pueblo demasiado pequeño para un local de envergadura. La vida allí era pasiva, ideal para los abúlicos y un veneno para quienes odian la inercia provinciana.

Doña Deidamia estaba inquieta: era una jornada de votaciones. Despertó a las seis de la mañana y casi de inmediato se instaló en su mecedora. Dos horas después completaba seis mates en el cuerpo, mirando nerviosa por una ventana el paso de los trenes. Estaba nublado y había llovido la noche anterior. Cogió una piedra del brasero y la arrojó contra la puerta de Juvenal, su hijo mayor.

—¡Levántate, flojo, anda a votar que es cerca! —gritó encolerizada.

El golpe no despabiló al primogénito, sino que al menor, Nataniel, de poco más de veinte años y que dormía en la habitación colindante. Apareció soñoliento en busca de un café y en su afán botó una fuente desde el fregadero. Se hizo añicos.

—Ya no le dices ni buenos días a tu madre —rezongó la vieja—. No sé para qué estudias en ese instituto de Chillán... ¿Cómo es que se llama?... Porque estás peor que un roto. El hombre ilustrado de la familia... buena la cosa.

—Ilustrado y endeudado hasta quién sabe cuándo —replicó el muchacho en medio de un bostezo.

—Ah, usted quería estudiar eso de técnico en no sé qué. Se las tendrá que arreglar solito cuando yo me muera.

—¿Y si no encuentro trabajo?

—Trabajaré en lo que sea. Su padre, que en paz descansé, se partió el lomo clavando durmientes, limpiando camiones o en lo que había. Vengo del campo, pero a diferencia de esas huasas que se largan a parir pensé mejor la cosa, por eso ustedes llegaron tarde: no había plata para tener hijos. Claro que el finado le hacía empeño y una mujer no debe negarse, porque si no el perro parte a comer a la casa vecina. Pero salí airosa. Ahora tenemos un gran almacén donde hay de todo.

—Oiga, mamá, ¿ha visto a Jorgito? Ayer andaba triste porque se le perdió el gato. Es como su tesoro y hasta le conversa. ¿Se ha fijado? Y eso que él habla súper poco, como era mi taita.

—¡Leseras! Ese gato andaba enfermo y seguro que se fue a morir solo por ahí. O aparecerá cuando se canse de buscarlo.

Doña Deidamia tomó su bastón y a duras penas se puso de pie para ir a la habitación de Juvenal. «Este tonto tiene que estar durmiendo la mona», se dijo.

Pero antes de que abriese la puerta, el aludido surgió envuelto en un aire avinagrado. Con la luz del día su rostro se convirtió en una máscara triste. Era más alto que Nataniel y más delgado. Curiosamente, a pesar de sus costumbres, no tenía panza alcohólica. Su piel morena resistía bien los embates de las amanecidas. Ni las noches más agitadas lograban destruir su peinado mohicano, tan de moda entre los futbolistas: parecía un bárbaro pacífico.

—Anda a lavarte los dientes, que hasta acá se huele el tufo — le dijo su hermano y se fue a la sala a encender el televisor plano que hacía un año pagaban.

Nataniel miró en la pantalla las filas de gente votando y los periodistas que hablaban trivialidades sobre los errores típicos de los sufragantes, los reclamos, el voto de los muertos... Todo era un preámbulo para la llegada de los candidatos y entonces se les arrojaban como una jauría, aunque conscientes de que sus respuestas serían lugares comunes. De pronto, Juvenal se instaló junto a su hermano y bostezó largamente. Traía dos tazas de café y le alcanzó una al muchacho, mientras la madre se les acercaba mirándolos feo, como era su costumbre.

—Por eso te dejó la Maricela —le dijo a Juvenal—. Aunque esa niña no servía para nada. Sólo te hizo un crío y lo dejó botado. Por suerte mi hermana Julia es una santa y decidió criarlo. ¡Qué maldad más grande! Quién sabe con qué turco de plata andará en Chillán la Maricela, quizás hasta se case en la catedral. Yo como soy vieja supe de inmediato que sería un ave de paso, te lo dije cuántas veces...

Juvenal volvió a bostezar y se encogió de hombros, indiferente a los reproches de la vieja. Con Nataniel tomaron asiento en el sofá frente al televisor. «¡Mierda!», exclamó al quemarse los labios con el café. Cuando su hermano le preguntó por su hijo negro indolente con la cabeza, sin dejar de mirar la pantalla con sus ojos enrojecidos, pulsando una y otra vez el control remoto por si acaso había un canal sin las elecciones.

Se quedaron callados por un largo momento, mientras el aparato opacaba la lluvia con sus voces estereofónicas. El repiqueteo en el tejado se oía como un eco de fondo.

—¡Ya está bueno! —alegó la veterana, que se había sentado

junto a ellos en una tensa calma— ¿A qué hora irán a votar para que me lleven? Tengo que hacer el almuerzo después. —Y dio un golpe con su bastón en el piso.

—Que la lleve Juvenal —dijo Nataniel—. Yo no pienso votar, total, ahora es voluntario. ¿No sabía, mami?

—¡Claro que lo sé y qué! Tienes que cumplir tu deber patriótico. ¿No saben que pueden volver los comunistas y nos fregarían el almacén? Entonces ustedes no habían nacido. Fue horrible... Los comunistas siempre votan, van calladitos y cuando uno menos lo espera ganan... ¿Escucharon?

Nataniel miró a su hermano para burlarse juntos de la perorata de la madre, pero lo descubrió restregándose los ojos para ver mejor el comercial de una modelo que ofrecía un nuevo cosmético. Vaya tonto, pensó.

—La yegua de la Maricela era linda —continuó la anciana—, hay que reconocerlo. Lo mejorcito que has tenido. Si no fuera porque te caías al litro y te daba por golpearla, a lo mejor todavía estaría contigo.

Doña Deidamia se arrellenó aún más, complacida de fastidiar a sus hijos. Juvenal no dijo nada, se limitó a comerse las uñas ennegrecidas y luego fue al baño a mojarse el rostro. Aprovechó de orinar, pero se olvidó de cerrar la puerta y desde la sala se escuchó el chorro al golpear contra el agua. Cuando la vieja iba a dar un grito de disgusto se abrió la puerta principal y entró Jorgito, estildando y cargando en cada mano con un pedazo de su gato que el tren había partido por la mitad.

—¡Llegó tu hijo! —gritó Nataniel, pero Juvenal no lo escuchó.

—Mire, mamá, el corte del gato es perfecto: yo diría que ambos trozos miden lo mismo —agregó volviéndose hacia la veterana, que estudiaba minuciosamente a su nieto.

—Cámbiese al tiro de ropa para que no se enferme —dijo la anciana—. Y bote lejos a ese animal, si ya no hay nada que hacer.

El niño avanzó hacia su banco preferido, al lado del televisor. Estaba de tal modo pasmado por la muerte de su mascota, que no podía desprenderse del cuerpo.

Juvenal regresó del baño sumido en sus pensamientos, le dispensó una leve caricia en la cabeza a su hijo y volvió a su lugar en el sofá para mirar una tanda de comerciales. Nataniel le habló a Jorgito para consolarlo, pero al poco rato se distrajo con una trifulca entre un candidato oficialista y un detractor que hizo las delicias de un grupo de reporteros y camarógrafos.

—¡Qué tanta cuestión, mijo! —dijo la anciana, extrañamente conmovida— Después va donde mi comadre de la esquina: tiene una gata que parió como seis gatitos hace poco. Elija uno y se lo lleva consigo cuando lo desteten. Dígale que lo mandé yo.

Después fue a la cocina a prepararse un mate. Al regresar dijo: —Sepa, Jorgito, que se iba a morir igual. No sufra tanto.

De pronto, el rostro de Juvenal denotó angustia. Estaba amurrado, silencioso, como si le doliese la cabeza aunque a esa hora solía ya librarse de sus jaquecas.

Jorgito no le hizo caso a su abuela y ella se desentendió pensando en si pronto dejaría de llover para que la llevaran a votar. El niño estaba como congelado en su banco, perplejo e incapaz de comprender la muerte de su amigo felino.

—Está tan raro el tiempo —volvió a hablar la vieja—. Apuesto a que en la tardecita el sol mirará hacia atrás y mañana ya tendremos sol. Pero, con lluvia o sin ella, me tendrán igual que acompañar a votar.

Sus pupilas se movían velozmente, siguiendo las imágenes de la pantalla. Parecía hablar en un trance con sus hijos, quienes daban la impresión de estar hipnotizados ante el televisor.

—¿Por qué se acabaría mi programa de *Sábados Gigantes*... lo necesito tanto... —dijo para sí misma y luego su rabia la despidió:— Juvenal, estás peor que cuando te levantaste. Tienes que reaccionar, so borrachín.

Entonces Juvenal se decidió, arrojando a los pies de su hermano un ínfimo peluche que alguna vez fue parte de un llavero.

—¿Qué me dices de esto? —elevó la voz— Buscaba unas aspirinas en tu bolso y lo encontré. Se lo regalé hace unos años Maricela y dijo que se le había perdido...

Doña Deidamia se paró de inmediato, cogiendo el objeto del suelo. Sospechaba lo que vendría y quiso adelantarse.

—¿Desde cuándo jodes a tu hermano? —le reprochó al menor, poniendo su bastón entre ambos y mirando de reojo a su nieto que permanecía indiferente.

Nataniel se encogió de hombros, adoptando casi la misma actitud de Jorgito.

—¡Ya, mierdas! Síganme derechito a la bodega de los sacos para que no rompan la tele. Se me arreglan a lo machito igual que cuando eran cabros. A manito limpia no más y luego me llevan a votar antes de que cierren los locales.

Jorgito ni siquiera hizo un ademán de acompañarlos. Al escuchar lejanamente la refriega y algunas groserías del peor calibre, pareció por un instante salir de su mente y volvió a mirar a su malograda mascota. Como no podía soltar sus restos, debió conformarse con retornar a su ostracismo.

Al rato volvieron los hermanos. El menor cojeaba y el otro sangraba por las narices. Cruzaron frente al chico y violentamente abrieron la puerta de salida. La madre los seguía demostrando una agilidad asombrosa.

Antes de irse se detuvo unos segundos para mirar a su nieto, achicando los ojos para escrutarlo mejor. «En el refrigerador hay de todo», dijo por último y se marchó. No quería dejar solos a los idiotas de sus hijos.

El niño continuó pensativo, hasta que se decidió a salir al patio. Un aguacero imprevisto lo volvió a empapar cuando se dirigía a la huerta de tomates. Rodeó la siembra y en un terreno vacío depositó suavemente los pedazos de su gato. De repente, percibió el aroma del matico que estaba plantado por allí.

Con sus manos cavó un hoyo en el barro. La lluvia cesó tras unos instantes y las horas comenzaron a sumarse lentamente, mientras él se paseaba entre los árboles frutales y la maleza. A veces retornaba al agujero, miraba a su gato y no se convencía de sepultarlo. Cuando el día se acababa observó la casa largamente y corrió hacia ella. En el almacén, al otro lado de la propiedad, con una cortaplumas despegó una cruz de palqui adosada al dintel de una puerta. Se dio cuenta de que lo castigarían terriblemente, pero eso ya no le importaba. Regresó a la pequeña tumba y ten-

dió la cruz sobre el animalito. Lo cubrió todo con tierra y por fin sintió cierta humedad en sus ojos seguida de un estornudo. Esperó infructuosamente a que el sol mirase hacia atrás, como dijo su abuela. Pero lo único que obtuvo fue la oscuridad de la noche.

Darío Oses

Nació en Santiago en 1949 y todavía no se ha muerto, aunque espera con ansiedad ese momento, porque su tiempo ya pasó. Es periodista de la Universidad de Chile y Magíster en Estudios Latinoamericanos de la misma Universidad. Ha trabajado como periodista, guionista, comentarista de libros, editor y profesor de Mitología. Es monógamo, lleva 41 años casado, tiene dos hijos, dos nietos y un gato. Ha escrito ocho novelas y un libro de cuentos. Fue director de la Biblioteca Central de la Universidad de Chile y es encargado de la Biblioteca de la Fundación Pablo Neruda.

La vida en un minuto

Aquí me tienen, caído, estacionado, inmóvil en medio del movimiento de la autopista de alta velocidad. Es como estar tendido en una roca en el centro de un río torrentoso. Los autos corren, pujan por adelantarse unos a otros, intercambian bocinazos estridentes como insultos y arman torbellinos que hacen volar mis cupones como si fueran panfletos publicitarios.

Los autos son inocentes, la culpa fue mía. Hay una magnífica pasarela para cruzar la avenida, pero yo quería llegar a tiempo al *mol*, a participar en el espectacular concurso «Entre a pie y salga manejando». Dirán que soy un imprudente, pero es que ya no soportaba la humillación de seguir siendo un despreciable peatón en una ciudad de magníficos automovilistas.

«Nunca va a pasar el río el que no se moja el pote», me dije. Tal vez fue este saco lleno con cupones el que me estorbó en el momento decisivo. Yo creí que esto les pasaba solo a los perros que quedan reventados junto a la cuneta. Y aquí me tienen, herido como un perro. Un dolor atroz me atraviesa como una espada el estómago. Un hilo de sangre me sale por la boca.

Tengo la maldita costumbre de dejar todos mis trámites para el último momento. Es cierto que cuando uno hace las cosas con tiempo se evita incomodidades como esta de quedar agonizando en medio de la autopista.

Escucho el ulular de una sirena. Es posible que vengan a buscarme, pienso. Veo venir la ambulancia. Con sus luces cente-

lleantes parece una nave espacial. Pero me esquivo y sigue. Otra vez la culpa es mía. Esto me pasa por ser tan poco previsor: cientos de veces me lo ofrecieron, pero nunca me aboné a ningún servicio de rescate.

No puedo ver la hora, pero ya debe estar empezando el sorteo. He visto cómo lo hacen por la tele: ante la presencia de un notario le quitan los sellos al buzón. Luego tres modelos que llevan falditas cortas y ajustadas vacían los cupones en una tómbola que revuelven. Finalmente una de ellas saca el cupón premiado. El locutor lo anuncia y si el agraciado está entre el público, le entregan al momento las llaves de un espectacular vehículo cuatro por cuatro cero kilómetros.

Imagino que yo soy el afortunado ganador del auto: las modelos me besuquean y todos me aplauden, mientras declaro que nací para vivir éste, que es el gran momento de mi vida.

Desde niño me repitieron eso de que más vale perder un momento en la vida que la vida en un minuto, y que el que apurado vive, apurado muere. Siempre fui prudente, menos esta vez: me atropellaron y ya no sirve de nada llorar frente a mi cuerpo derramado.

Pasé corriendo sin mirar para ningún lado. Vi el jeep *Cherokee* modelo 2021, tracción en las cuatro ruedas, cuando ya lo tenía encima. Es el vehículo que siempre quise tener. Lanzó un largo bocinazo. Sentí el golpe seco y volé por encima del parabrisas y el techo para caer en el capó de la camioneta *Ranger*, azul, doble cabina, que venía atrás. Bonita camioneta. Reboté en ella para después aterrizar entre las bocinas y el roce de las ruedas que patinaban y se desviaban para no aplastarme.

Seguro que el golpe me rompió la columna porque tengo las piernas y la espalda paralizadas. Puedo mover los brazos, pero más vale que los mantenga pegados al cuerpo. Siento el viento y el roce de los autos que pasan. Desde el suelo no alcanzo a distinguir las marcas, pero percibo el poder de sus motores y la suavidad con que se desplazan. Varios de ellos deben estar entre las maquetas que he comprado para armar en «La casa del modelista».

En la carretera las cosas suceden rápido. Es como si uno entrara en otro tiempo, mucho más acelerado que el normal. Todo cambia de un minuto a otro. Yo estaba en pie y ahora estoy caído. Gozaba de buena salud y aquí me tienen, agonizando. Veo a un par de tipos atléticos, vestidos con buzos, que corren y alcanzan la otra orilla. No puedo compararme con ellos. Soy gordo y lento. Soy un miserable peatón. Por eso me arrollaron, insisto en que la culpa fue mía. Me queda el consuelo de que estuve a punto de pasar. Habría llegado al *mol* con el saco lleno de cupones que juntaba desde hacía meses. Si hasta escarbaba en la basura para rescatarlos de los envases a los que vienen adheridos. Eran tantos que habría ganado el concurso y ahora iría corriendo en auto por la avenida, tocando la bocina para ahuyentar a los peatones imprudentes que cruzan en cualquier parte para no darse el trabajo de usar la pasarela amenizada con carteles publicitarios y jardineras llenas de flores.

Ahora, tendido sobre uno de mis costados alcanzo a ver esa pasarela por la que transitan reposadamente las familias. Suben por un extremo y caminan sin que nadie las apure, para descen-

der en el *mol*. Otros van en dirección contraria, saliendo cargados de bolsas y paquetes. Una mujer con dos niños se detiene para mirarme desde la baranda. Les habla a sus hijos. Seguramente me usa como un ejemplo de lo que puede ocurrir cuando se atraviesa la calle por donde no se debe: «Tanto que les he dicho que hay que tener cuidado. Miren a ese pobre señor que está ahí destrozado, desangrándose».

Pienso que todavía es posible que alguien venga a rescatarme. Debe quedar por ahí algún servicio público o una fundación sin fines de lucro, para salvar a los pobres y tristes peatones que naufragan en las autopistas. Aunque hoy es sábado y no sé si funcionen los fines de semana. A lo mejor esa misma mujer que me mostró a sus hijos está ahora llamando por teléfono y solo le conteste la grabación: «Por favor deje un mensaje, le responderemos a la brevedad». Entonces tendré que esperar hasta el lunes para que me saquen de este aprieto.

Pero no. Es imposible esperar tanto. Ya lo dije: «en la carretera las cosas suceden rápido». El roce brutal de un neumático me quema el cuerpo. Tengo la pierna insensible, pero siento las costillas, el brazo y la cara ardiendo. Ruedo ligeramente y eso basta para que otro auto me arranque un brazo. Quedo de espaldas contra el pavimento y veo los globos publicitarios, las banderas y los pendones en la parte más alta de los edificios del *mol*. Un avión pasa arrastrando un lienzo que anuncia liquidaciones de temporada. Veo por fin el cielo cortado a tijeretazos por las sombras de los autos que siguen pasando en sucesión infinita. Tarde o temprano alguno me arrancará la cabeza, que seguirán empu-

jando las *van*, los *jeeps*, las camionetas. Imagino a los vehículos chuteando por la autopista mi cabeza, que rodará emitiendo alaridos en vez de bocinazos, adelantando a los otros vehículos y corriendo tan rápido como lo hubiera hecho el auto que no alcancé a ganar.

Iván Quezada

Nací en Valparaíso el 18 de enero de 1969. Me titulé de Periodista en la Universidad de Chile, en Santiago. Luego fui redactor de Cultura de casi todos los medios escritos de la capital y también en Valparaíso, para finalmente desempeñarme como Editor General de la Revista Rocinante. Cuando este medio desapareció el 2005, decidí dedicarme a la Edición Literaria y publicar mis propios libros. He trabajado como editor en las editoriales Random House, OjoLiterario o Mago Editores. Más tarde opté por crear mi propia editorial, El Español de Shakespeare. Paralelamente publiqué mis libros *Elefantes y Cisnes* (novela breve, 2002, TiempoNuevo), *Los Extraños* (cuentos, 2005, Tajamar), *Escritos de ningún lugar* (miscelánea, 2010, Mago Editores), *Playa Las Dichas* (poemas, 2011, Mago Editores), *Decepción del mundo* (poemas, 2013, El Español de Shakespeare) y *El Estudiante de Poesía* (poemas, 2016, OjoLiterario). La antología personal *Cuestión de un minuto* (2019) registra una primera edición en México, con la Fundación Abbapalabra. Y en 2021 publiqué el libro *Poemas del Encierro*, con Mago Editores. Tuve el honor de editar obras de Armando Uribe, Óscar Hahn, Poli Délano, Gabriel Salazar, Álvaro Jara, Marta Blanco...

Mildred y Jacobo

Ya no recordaba cuánto tiempo llevaba en cuarentena. ¿Meses, quizás años? Y yo era afortunado: mi departamento era amplio, podía estirar las piernas de un cuarto a otro y no tenía una esposa que me odiase. En realidad, no tenía a nadie. Cuando se desató la pandemia, mi novia anunció con una risita que me abandonaba en el peor momento. La miré sorprendido, nunca imaginé su rencor... Pero hice de tripas corazón y seguí adelante, o más precisamente me quedé quieto, junto con el resto de la humanidad.

Por suerte adopté un gato, de otra manera me habría vuelto loco. Cuando le expliqué que una peste mataba a las personas y debía resignarme a la soledad tal vez para siempre, emitió un maullido burlón y se fue a comer su pienso. Por mi lado, partí al balcón y miré la cordillera. A pesar de sus siete millones de habitantes, Santiago parecía una ciudad desierta. De pronto, por el patio del edificio o más allá, se veían unas siluetas vistiendo monos plateados y con unas mascarillas súper sofisticadas. Y lo demás era nada.

Máximo, el felino, no entendía mi angustia. Le daba igual mi necesidad humana de ver incluso a mis enemigos. Claro, como me tenía para todos sus caprichos... Pero, a mis cincuenta años (o siempre), yo era débil como buen primate y moría por alguna muestra de afecto u odio. «Remigio, el remilgado», así era conocido en las Redes Sociales. Con un rictus dramático, pensaba que la fiebre resistía todas las estaciones. No importaba si uno

vestía un abrigo o en mangas de camisa, estábamos amenazados de muerte y nuestra única distracción era quejarnos con Dios.

Todos los días eran idénticos. Me levantaba a la una de la tarde, me dormía a las cuatro de la madrugada. Cumplía con mis «deberes gatunos» (llevar la arena del baño al balcón, echarle comida al plato y cambiar el agua) y luego tomaba desayuno o almorzaba. Después de hacer el resto de mis tareas domésticas, cabían dos posibilidades: aburrirme o trabajar. Casi siempre prefería lo primero, pasando de una serie a una película, hasta alcanzar el fondo del tedio. Pero a veces escribía un cuento o un poema, o bien editaba el libro de otro escritor para ganarme unos pesos. Entonces me sentía importante, la conciencia universal de los cautivos, aunque por la noche me volvía la ansiedad.

* * *

Craso error. Había arrojado restos de carne cruda al basurero y nunca pensé en las consecuencias. Ni siquiera cuando, días después, noté que un mosco rondaba por la cocina. Hasta que ocurrió lo inevitable: unos gusanitos blancos, cuando se les acabó el alimento, salieron por el borde del tacho y me los encontré una mañana en el piso. Máximo se zampó tres antes de detenerlo. Quedaron dos y uno de ellos me produjo lástima. Se retorció en una lucha inútil por sobrevivir, mientras el otro parecía mirarlo con ironía.

Los tomé del suelo con cuidado, acomodándolos en una caja de fósforos vacía. Luego les arrojé algo de arena, unas gotas de

sangre de pollo y esperé el resultado de mi experimento. Prosperaron rápidamente. Se desplazaban por su habitáculo con innegable satisfacción. Uno hizo una ventanita con sus dientes y el otro fabricó un sofá con unas pelusas. Eran de lo más civilizados y, observándolos día tras día, ya no me sentí solo. Desde luego, el gato los tuvo entre ceja y ceja, pero no eran presas apetitosas y finalmente los olvidó.

Al poco andar descubrí que uno era macho y la otra hembra. Una mañana de noviembre noté que crecieron una enormidad, apenas podían moverse dentro de su «habitación» (realmente lo parecía, se habían construido una cama, un velador y hasta una mecedora) y tuve que cambiarlos a una caja de zapatos. Lo encontré regio, fantaseando con que aprenderían a hablar. Me hacía falta conversar con seres vivos, aparte del gato, y no sólo a través de la pantalla del computador.

Los días comenzaron a ser alegres. Me creí todo un padre de familia y dejé atrás mi desaliño habitual. Debía dar el ejemplo y por tal motivo me vestí formal y cuidé mi lenguaje frente a los «niños». Ellos acusaron recibo: les salieron patas y brazos, y gradualmente empezaron a erguirse. Como se mostraban pudorosos en mi presencia, les tiré unos recortes de telas y se hicieron unas ropas. Tenían toda la intención de convertirse en humanos, al menos en apariencia, y decidí bautizarlos como Mildred y Jacobo.

Sus facciones se volvieron notorias. Mildred era una «mujer» madura, entradita en carnes, pero bella, muy parecida a las matronas del suburbio X en que habitábamos. Jacobo, en cambio, era flaco como un palillo, con cara de miedo; lo imaginé

sometido por su esposa. Los papeles se invirtieron y poco a poco me concebí como un hijo de ellos.

* * *

Cierto atardecer en que fumaba un cigarrillo en el balcón, aprovechando el fresco de la primavera, sentí que un dedo me tocó la espalda.

—Te aviso que la caja de zapatos se quedó chica —dijo Jacobo, al volverme.

Lo miré con una disculpa en los ojos.

—Ahora mismo los llevo a la pieza de invitados —contesté—. El tiempo pasa volando y de pronto ya somos adultos...

—No hay apuro. Mildred me pidió conocerte, porque ella no se atreve. Piensa que hay una brecha generacional muy grande entre nosotros. Te ve como un adolescente.

—Se equivoca, seguro que es por sus sentimientos maternales.

—Nos preguntamos por qué jamás sales de casa.

—Pero, ¿cómo? —lo observé asombrado— ¿Nunca han oído hablar de la pandemia?

—No recuerdo que la mencionaras...

En ese instante apareció ella desde el corredor, peinándose unos mechones rebeldes con mi cepillo. Ambos ya tenían la estatura de una persona normal y, salvo por una ondulación en sus cuerpos, no quedaba huella de su origen como gusanos.

—Veo que no muerdes —dijo la mujer con una risa.

—Para nada —reí también—. Estoy feliz de conocerlos.

Los dos se complacieron con mi respuesta.

—Te agradecemos tus atenciones —Mildred se puso seria—, pero vivimos como indigentes y estamos lejos de serlo. Necesitamos muchas cosas.

—Lo entiendo perfectamente —repuse— y quisiera ser más generoso. El problema es la falta de dinero. Apenas me alcanza para comer y pagar las cuentas.

—Tengo una propuesta para ti. Por las noches, sin que te dieras cuenta, estudié tu celular y tengo una idea para ganar plata en la Bolsa de Valores.

Jacobo habló con tal seguridad, que lo creí capaz. Pero para eso también se necesitaba circulante y así se lo dije.

—Me basta con lo mínimo —insistió— y te lo devolveré con ganancias.

Miró de reojo a su mujer, temiendo que perdiera la paciencia.

Cuento corto: le confié parte del dinero que me devolvió la AFP. Lo hice a regañadientes, sólo para no causar una pelea conyugal.

—No podremos ir a un *mall* a gastarlo —me encogí de hombros— y hacerlo por Internet no tiene gracia.

—Eso ya lo veremos —contestó Mildred con las pupilas radiantes.

* * *

No sé si las cosas salieron al revés o al derecho. Pero todo fue rápido. Jacobo se hizo de una pequeña fortuna y yo también. No quedé conforme, porque prefería mi antiguo rol de protec-

tor y no el de «inversionista». En el verano, la pareja salió a la calle y descubrió que era inmune a la pandemia. Recorrieron la Alameda de punta a rabo, encontrándose con otras personas como ellos, gusanos salidos de enormes edificios, casas pobres o mansiones. Mientras yo rumiaba mi aislamiento, envidiando a Mildred y Jacobo.

Al llegar me trataban con una irritante condescendencia, como si fuera un pobre tipo. Lo peor, sin embargo, fue que comencé a empedañarme. No me iba convirtiendo en un niño, sino en una especie de muñeco a cuerda, conservando mi rostro desconcertado. Cuando no alcancé la chapa de la puerta, me resigné al encierro permanente... ¿o siempre fue así?

De vez en cuando me hacían cosquillas en los pies, esperando en vano una risa. Quizás querían que fuese un bufón, pero me resistí hasta que perdieron el interés. Durante un tiempo me dediqué a ver a los otrora gusanos recorrer los patios del edificio, incluso intercambié saludos por la ventana con un desdichado que, como yo, se ocultaba en su departamento... ¿de su vida pasada? La memoria empezó a fallarme. Fue un alivio. El mundo anunciaba su «nueva normalidad», dejándome a un lado. Llegué a ser tan pequeño, que me escondí en las rendijas de los muebles. Por fortuna, el gato nunca quiso comerme.

Ronnie Ramírez

Santiago, 1944. Hizo estudios secundarios en el Liceo Miguel Luis Amunátegui y de Economía en la Universidad de Chile. Profesor de la Universidad Técnica del Estado y ejecutivo en CO-DELCO Salvador durante la Unidad Popular. En 1975 debió exiliarse en Bélgica, donde permaneció catorce años. Vuelve a Chile en 1989, trabaja en el Servicio de Salud del Ambiente y en la SEREMI Metropolitana de Salud. Participa en diferentes talleres literarios, entre otros el de Saúl Sckolnik (1990), Gonzalo Contreras (1999), Juan Radrigán (2001), Lilian Elphick (2006), Jaime Collyer (2011) y Alejandra Basualto. También se desempeñó como profesor de Administración Pública en la USACH el 2005 y consultor en Salud Pública.

Durante su estadía en Europa publica poemas en diversas revistas y el libro de Poesía *Poemas de Amberes*. Cuentos en la 1ra Antología de Cuentos *RAYENTRU* 2007 y en *Prosa Urgente* 2010. En el 2019 aparece su libro de poesía *Toda una vida* (Editorial La Trastienda).

Gotas de lluvia

A Pablo

Fue a la municipalidad, debía cancelar la patente anual del negocio. Si bien la fila de público era extremadamente larga, no se le escapó que el mesón de atención lo atendía un caballero de manera simpática y amable. Esa primera impresión la perturbó de cierta manera. La realidad era que no atinaba a moverse y lo miraba embobada. La gente seguía llegando y no podía esperar tanto, había otras cosas que hacer. No tuvo duda, el tipo le gustaba: alto, entre rubio y colorín, bien educado, siempre de buen humor. Pensó: «afortunadamente tendré que volver y podré verlo de nuevo».

La vez siguiente tuvo más suerte, ya que el distinguido caballero la atendió de inmediato. Rápidamente le resolvió el problema, en esta oportunidad terminó la tramitación y obtuvo finalmente todos los papeles de su motel. Al despedirse, el hombre le retuvo la mano un momento y sus miradas se cruzaron. Balbució un adiós, se dio vuelta y partió apresurada. Pasaron los días y el tiempo de espera se le hizo insoportable, demasiado largo, pero algo se le ocurriría para regresar a la *muni* una tercera vez. Ahora sí lo buscó sin disimulo, desafiante se paró frente a él. Miró a su alrededor, estaban solos. Era el momento, ahora o nunca. Se atrevió y se lo dijo:

—Don Jorge...

—Diga dama.

—¿Puedo decirle algo, aquí entre los dos?

—¡Por supuesto! Usted sabe que yo la aprecio mucho.

—Sabe...

Sus ojos acechaban, la garganta temblorosa delataba el esfuerzo.

—Vaya, ¡qué me va a decir!

—Don Jorge, me gustaría tanto que una de estas noches viniera verme a mi motel.

Don Jorge palideció. Evidentemente no se lo esperaba. Un silencio incómodo se instaló entre ellos. El caballero titubeaba, la situación era de por sí embarazosa. En su trabajo, ese tipo de arreglos con los usuarios podría acarrearle problemas. Sorprendido y agradado al mismo tiempo, apreció la franqueza de la dama.

La observó, notándola todavía inquieta; esos ojos esperaban su respuesta. Tampoco dudó mucho tiempo. Por inesperado que fuese, una sonrisa cerró el capítulo. No en vano también la había observado con atención, su encanto evidente, ese pelo moreno, abundante y suelto, un cuerpo agraciado.

Don Jorge carraspeó un poco, se llevó la mano a la boca. Sus ojos destellaron al dar la respuesta:

—Señora, a la primera lluvia... ¡llámeme!

La dama esbozó un guiño de felicidad, rauda dio media vuelta y partió. Una mirada masculina la siguió hasta que desapareció en el dintel de la puerta.

Los días pasaron. Ese verano el sol fue amo y señor en la ciudad. El invierno tardaba, aunque los árboles empezaban a perder

sus hojas. Las nubes cubrían el cielo, porfiadas, indiferentes. El mal tiempo se hacía esperar.

Una mañana, los cristales de la ventana, con sus chasquidos y golpecitos, anunciaron el arribo de las gotas, irrumpiendo en el Santiago de la periferia. Pronto el ruido se generalizó en todas las ventanas, en el techo. La gente entraba presurosa a la oficina, protegiéndose del agua y la humedad. Don Jorge agudizó sus sentidos y en ese preciso instante el teléfono sonó de manera insistente. Levantó el auricular despacio, como si fuera Dios anunciando su llegada. Una voz dijo al otro lado:

—Don Jorge, está lloviendo.

Nelson Reyes Molina

Edad al 2021: 58 años. Es ingeniero, director de ONG y presidente de fundaciones de ayuda a familiares y pacientes con Alzheimer. Dedicado en los últimos diez años a gestionar proyectos de desarrollo social y adelantos en comunidades rurales y vulnerables.

La casa

La casa siempre se vio vacía. Desde que tengo memoria siempre mostró su marca de soledad y abandono, como una cicatriz antigua en medio de una ciudad que se renovaba.

Quizás sus antiguos moradores partieron a algún lugar más tranquilo, o quizás solo murieron y la casa quedó abandonada, en espera de que alguien la resucitase y la sacase del letargo en que se encontraba.

El hecho es que, una noche, desvelado a las cuatro de la mañana, me encontraba en la cocina buscando algo de comer cuando vi perfectamente que había luz en el segundo piso de la casa. Me restregué rápidamente los ojos y al volver a mirar la luz ya no estaba y la casa seguía tan muerta y silenciosa como siempre.

No habría recordado ese incidente si no fuese por la sucesión de eventos que le siguieron. Por alguna razón, el insomnio me atacó sin tregua durante las próximas semanas. Sentía al despertar como si alguien hubiese susurrado a mi oído algo que no alcanzaba a recordar. Como no podía volver a conciliar el sueño, prendía la televisión o simplemente me dedicaba a deambular por el departamento a oscuras. Volví a percibir la luz otra noche mientras tomaba un sorbo de agua en la cocina. Esta vez me quedé largo rato esperando que volviera a producirse el fenómeno, pero nada más ocurrió, convencíendome que solo había sido mi imaginación.

La tercera vez fue inconfundible. Estaba en la cocina a oscuras cuando, con el rabillo del ojo, sensible a la luz por la total

oscuridad, percibí el prender y apagar de la luz en la ventana del segundo piso de la casa. No cabía lugar a dudas, no era solo mi imaginación y pasé horas esperando que se produjese nuevamente el fenómeno para despejar cualquier duda que quedara en mi mente, pero fue inútil, la casa se mantuvo en la más completa de las penumbras.

Durante el día, cuando salía rumbo al trabajo, pasaba por fuera de la casa escrutando cualquier rastro de vida en ella, pero su estado de total abandono, con las cubiertas de las ventanas colgando, el jardín invadido por la maleza y las cadenas, esas enormes y oxidadas cadenas en la reja de entrada, no dejaban lugar a dudas de la total ausencia de vida en ella.

Al caer la noche, acompañado por el insomnio, me quedé sentado en la cocina, en silencio y en la oscuridad, esperando... esperando alguna señal de vida en la casa. Los ruidos se fueron amortiguando, los vecinos de los otros departamentos se abandonaban al sueño y el bullicio de la calle también daba lugar al silencio. Sólo el golpetear de las manecillas del reloj de la cocina, normalmente imperceptibles durante el día, se escuchaban marcando cada segundo, como el latir de un corazón mecánico insensible al tiempo.

La maldita luz parecía jugar conmigo, ni una sola vez volví a verla esa noche, como si buscara el momento preciso en que yo perdía la atención en la ventana para aparecer y desaparecer en un instante, justo el necesario para dejarme suspendido en la incertidumbre entre lo real y el sueño que ya me vencía.

No recuerdo cuántas veces me encontré con la respiración

suspendida durante la noche, aguardando algo que nunca llegaba. La casa se burlaba de mí, de la misma forma que el reloj se burlaba reduciendo su paso cuando yo no lo miraba. El muy maldito, muchas veces lo sorprendí alargando los segundos de la noche para tenerme así en vilo. A veces, sin ninguna anticipación, me daba vuelta a mirarlo y lo sorprendía con el segundero detenido, cuando creía que no lo estaba mirando. Sin embargo, al sentir mi vista clavada en él, volvía de inmediato a marcar el paso del tiempo como si nada hubiese ocurrido. Repetí esto tantas veces que mi vista se cansaba de ir de un lado a otro en ese juego de sorpresas.

En los días siguientes me llamaron de la oficina, pero no quise contestar. Las cartas se acumularon en la entrada de mi departamento, y aún cuando a veces sentía al conserje dejándolas por debajo de la puerta y escuchaba su respiración al pegar su oreja a mi puerta, no pudo enterarse de la lucha y el encarnizado duelo entre la casa y mi cordura.

Necesitaba ver la luz en la ventana una vez más para convencerme de que no me había vuelto loco, pero esta rehuía mi mirada, complaciéndose con mi sufrimiento. Una noche, después de sorprender al reloj por tercera vez haraganeando y alargando el tiempo, no pude contenerme y lo arranqué con rabia de la pared, lanzándolo a través de la ventana abierta. Fue entonces cuando la vi. Era imposible equivocarse, pero la luz en la casa se apagó de golpe.

Sin pensar en nada más, corrí a mi habitación y me calcé los bluyines y un par de zapatos, y tomando un chaleco negro me lo

fui poniendo mientras bajaba por las escaleras del edificio. Una vez en la calle, el aire algo helado me activó los sentidos. Corrí por la vereda, desierta a esa hora, y me aproximé a la casa. Las cadenas seguían allí, inmutables. Haciendo un esfuerzo, puse el pie en el cerrojo que sobresalía y me impulsé por encima de la reja. Las enredaderas y malezas del jardín se enredaban en mi chaleco y me hacían desviar el paso. Las puertas del frente, cerradas con tablones, le daban a la casa el aspecto de las fortalezas que se preparan inefablemente a recibir la embestida de una invasión.

Caminé alrededor de la vivienda y en plena oscuridad alcancé a divisar reflejos en el jardín. En mi cabeza solo cabía un pensamiento: la luz... siempre la luz. Al llegar a la puerta trasera no me sorprendió encontrarla abierta. El resplandor de la luz que venía desde el segundo piso permitía ver los objetos como sombras en el interior. Era obvio, la casa me esperaba. Sin vacilar ante la puerta abierta, subí aquel peldaño y entré...

Aníbal Ricci Anduaga

Santiago, 1968. Se inicia en la escritura a mediados de los Noventa gracias a su afición al cine. Es ingeniero comercial de la Pontificia Universidad Católica de Chile y ha publicado las novelas *Fear* (2007), *Tan lejos. Tan cerca* (2011), *El rincón más lejano* (2013), *El pasado nunca termina de ocurrir* (2016), *Voces en mi cabeza* (2020), *Miedo* (2021); las novelas breves *Siempre me roban el reloj* (2014), *El martirio de los días y las noches* (2015); el libro de cuento *Sin besos en la boca* (2008); el ensayo *Meditaciones de los jueves* (2013); las antologías *Tren de aterrizaje* (2005), *Hombres con cuento* (2012), *Justos y pecadores* (2014), *Microrrelatos de amor y desamor* (2016) y *Dispara usted o disparo yo* (2017); y de cine *Reflexiones de la imagen* (2014). Realiza críticas de cine en la *Revista Occidente*, colaboraciones para la Sociedad de Escritores de Chile y la Corporación Letras de Chile, además de editoriales en la revista *Dilemas*.

París, Texas

Travis me interrumpe mientras pido una cerveza. No se cansa de contar sus aventuras por el desierto. Llegué en bus a la cita, parece peligroso manejar por Plaza Italia. Me revienta el chiste donde se conocieron sus padres. Estoy sentado en un bar, con Gonzalo, hablando de libros junto a Igor. A Travis no le gusta leer y sigue las líneas del tren. Antes no le hablaba a nadie y ahora me habla todo el tiempo. No es un sujeto sociable, pero sus amigos están siempre atentos a lo que dice. Me da consejos para reconquistar a mi mujer. No sé cómo se ha enterado de Magdalena, quizás sus amigos han estado investigando. Es impertinente de su parte, yo no le ando contando cuentos a la gente que conozco en la calle. Sus amigos se ríen, espero que no sea de mí. Me explica que se queda mudo cada vez que pasa un tren. No veo ninguno y sus amigos han congelado sus risas. Somos siete en la mesa, pero sólo hay tres *schops*. Igor está preocupado por unos papeles que le ha dejado su madre antes de morir. Hablamos de los vicios del capitalismo. Igor cree que todavía quedan trescientos años de Libre Mercado. No le hace ninguna gracia a Travis, quien nació en Texas. Gonzalo se interesa por editar las historias que Igor ha recopilado por años. Su protagonista es una chica de dieciocho años que viaja a Italia y conoce a un hombre mayor. Nastassja se acaba de sentar junto a nosotros. Es una rubia hermosa. Igor no se da cuenta, aunque perfectamente podría ser la muchacha de sus cuentos. Gonzalo le pide una semana para leerlos. Me encan-

ta el descaro de la chica, seduce a ese hombre rico aprovechándose de sus encantos. El hombre le cocina platos típicos de la zona y le sirve vino en elegantes copas de cristal. Nastassja aprueba los ingredientes de las recetas de Igor. Pido mi tercera cerveza y desaparecen los amigos de Travis. Se huele la tensión entre él y Nastassja: ella no habla y Travis sólo habla conmigo. Nos despedimos de Gonzalo y nos vamos caminando con Igor. Nastassja se quedó en el restorán y nosotros parecemos los tres chiflados. Hablamos todo el camino, dejando un espacio al medio para Travis. A la gente le parecerá extraño que conversemos desde tan lejos, pero nadie le bloquea el paso a Travis. Nos separamos en el Metro Santa Isabel y extraigo dinero de un cajero automático. Travis no me respeta, me sigue hablando en el carro del metro. Es el lugar perfecto para mirarse las caras sin conversar, pero a Travis eso lo tiene sin cuidado. Me gustaría ganarme la Lotería y asentarme en un pueblito italiano. Mi pasaporte español me facilitaría las cosas, pero la realidad es otra, no puedo sacar a Travis de mi cabeza. «No puedes trabajar, no te concentras», me dice este sujeto odioso. «Quiero una Coca-Cola», insiste. Una cuadra más adelante hay un kiosco y bebo ese maldito brebaje. Me despierta un poco, pero Travis sigue observando con esos ojos. «No confíes en tu familia, los únicos confiables somos nosotros». Miro atrás y los amigos de Travis siguen nuestros pasos. Estos tipos no paran de reírse. Tomo un taxi y uno se queda abajo. Le pido que nos lleve a la población Santa Julia. Nos bajamos, pero continúo solo a través de la plaza. Angélica está de espaldas y le toco el hombro. Le pido dos bolsas de cinco gramos, me convida un gramo

mientras los prepara. Travis y sus amigos me saludan desde la esquina. Me jalo la bolsita, pero todo sigue igual. Angélica pone las bolsas en mi mano y yo le paso cuarenta lucas. Tengo que salir rápido, no sobreviviría a una redada de carabineros. Rompo una bolsa con los dientes. Travis señala una prostituta. Sigo caminando y, luego de cruzar la rotonda de Rodrigo de Araya, mi amigo desaparece. Intento hacer parar un taxi, pero van llenos. Comienzan las otras voces, esas que me hacen caminar y ladear la cabeza. Ya no estoy a salvo. Me siento en una plaza en medio de muchos departamentos. Todos los días me despierto con la voz de Travis. Los neurolépticos bajan mis revoluciones, pero sólo la *quetiapina* lo aleja por completo. Mientras duermo tengo la tranquilidad para hilvanar historias, las películas también me calman. Nastassja quería un hombre normal, que trabajara todo el día. No entendía por qué llegaba tarde y con cara de loco. Ella quería escapar y desaparecer por una carretera. Travis, pensativo, me contaba que la amaba demasiado, que no podía dejarla sola. Pero al final lo dejaron envuelto en llamas, me decía, mientras confidenciaba que su historia de amor había terminado. Él la había elevado a un pedestal y ya no podía ver la realidad. Sus celos asustaban y supongo que Nastassja tuvo que huir. Siento las miradas desde las ventanas. Las paredes de los *blocks* permean risas y burlas. El banquito está frío y dejo atrás las rejas. Detengo a un taxi que me deja en el Parque Bustamante. Abro otra bolsa y voy aspirando ganas de continuar con vida. Estoy en Salvador con Santa Isabel. Mi esposa me pidió las llaves y me entregó una bolsa con mis últimas ropas. Sigo caminando en busca de unos

travestis. El recorrido es complicado. Travis me repite que bebo demasiado, pero la coca lo expulsa de mis pensamientos. Odio los edificios. Por las escaleras se cuelan voces que me impiden dormir. Cuando vendieron el terreno, mis padres se compraron varios departamentos. Nichos de gente oyendo tras las paredes. Un cementerio de muertos vivientes que no tienen vida propia. Yo no puedo trabajar, pero al menos escribo. Cada vez que enciendo el televisor presiento que los demás comentan mi película. Mi madre prefería una casa, pero mi padre no quería perros y le hizo sacrificar a Cleopatra. Una inyección letal para evitar sacudir los sillones. Mis padres habían jubilado, pero mi padre no quería problemas. Odia ser el centro de atracción de los vecinos, la verdad, no lo entiendo. Mi sobrina gritaba y llamaban a los pacos. Era obvio que sería peor en un departamento. Los vecinos son implacables con sus oídos tras las puertas. Mi padre la amenazó con ponerle una orden de restricción, pero ella se fue a vivir en una pieza. Mis padres sabían que mi salud mental no aguantaba los conserjes ni las voces de los vecinos. Les importaba bien poco sacrificar a otro cachorro. Simplemente me senté en la esquina junto a los travestis y conversé con una de ellas. No tienen familia y sobreviven al repudio social. Me convidó una tapa de pisco y seguí caminando. Mis deseos extraviados me llevaron a un poste y lo abracé con todas mis fuerzas. Me di vuelta la polera y oculté el estampado. La función que estaba dando resultaba patética y casi de inmediato subo a un taxi y regreso al infierno. «Una familia es un lugar donde las mentes entran en contacto». Buda sabía de qué hablaba, mientras yo me encierro en el quinto

piso. La droga me hace sentir placer y más voces que nunca. En unas horas volverá Travis a recordarme que Magdalena me echó de la casa. Maldito Travis. Me siento aislado en este nicho, a muchas puertas y ascensores de distancia.

Patricia Rivas

Escritora chilena perteneciente a la Corporación Letras de Chile. Nace en Santiago en 1975. A sus primeros días de vida detienen y desaparecen a su padre, ex detective (exonerado político) de Policía de Investigaciones de Chile.

Estudia Licenciatura en Artes Teatrales en la Universidad Arcis y realiza un Diplomado en Pedagogía Teatral en la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Sus libros de minificciones *Hija bastarda* (2009, Ed. Asterión), *Cof Cough* (2014, Ed. Ceibo) y *Transacciones* (2019, Ed. Eutópia) son Patrimonio del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos. Integra las Antologías nacionales: *Kaleidoscopio* (Poesía, 1995, Universidad de Chile); *¡Basta! + de 100 mujeres contra la violencia de género/Enough + Women against gender violence* (2012, Ed. Asterión); *Mujer* (2015, edición independiente); *Microrrelatos de amor y desamor* (2016); *Dispara usted. Disparo yo* (2017); *Hokusai* (2019) y *Brevirus* (2020) (revista de minificción *Brevilla*); *Mujeres chilenas de microficción, El ojo de Lilith* (2018, Ed. Sherezade). *Microcuento fantástico chileno* (2019, Simplemente Editores). *Rota pero cosida* (2019, Ed. Grullita Cartonera); *Colección de Estudios Urbanos UC* (2020, Pontificia Universidad Católica de Chile). *Memoria del confinamiento, muerte y hambre* (poesía, 2020, Rumbos Editores).

Creadora del Colectivo Internacional Minificcionistas Pandémicos (2020).

Kit de sobrevivencia

Respondiendo a la sensible demanda de integrar una familia, la Empresa Nacional dispuso a la venta los *Kit Familiares*. Un servicio brindado por un pequeño grupo de participantes, los cuales convivirían con los compradores en un tiempo específico, con el fin de apoyarlos como una verdadera familia.

Este grupo o *pack* era previamente sometido a una serie de entrenamientos psicológicos con el objeto de responder de forma estrictamente profesional a las solicitudes emocionales de los interesados. El negocio funcionó, sumando inversionistas de todo el mundo, transformándose a corto plazo en una exitosa transnacional.

Las demandas aumentaron en cantidad y calidad. Los compradores exigieron inclusión de razas para ampliar la oferta pictórica, por lo que la importación de personas fue expedita: los países modificaron sus leyes migratorias, aumentando el interés de los cesantes universales por pertenecer a un *kit* (incluía comida, vestuario, educación y un techo donde vivir). Dado el incremento de ganancias, la transacción exigió exclusividad de actividades sociales, sólo para clientes *premium*, los cuales en privilegiadas reuniones armaban *collages* con las diversas fotografías de colección personal.

Un día los usuarios 100% satisfechos con el producto, desearon comprarlo de por vida y esto les fue negado. Desde el inicio del servicio habían firmado un contrato que establecía un tiempo de uso determinado.

Inconformes, los clientes comenzaron a secuestrar los *kit*, ocultándolos en viajes aéreos.

En un paisaje remoto, cada *pack* era adoptado por su dueño mediante la autorización legal de cada integrante. A cambio obtenían suculentas *gift cards* en dólares y una cobertura de necesidades básicas sin caducidad.

Cada familia, bendecidamente constituida bajo la ley, se dirigió a dar un amoroso paseo tipo dominical, conspirando el procedimiento de los nuevos hijos que se dedicarían a incrementar el patrimonio familiar.

Antonio Rojas Gómez

Nació en Santiago en 1942. Cursó humanidades en el Instituto Nacional y siguió estudios superiores en las Escuelas de Ciencias Políticas y Administrativas y de Periodismo en la Universidad de Chile. Es periodista colegiado y desempeña esa profesión desde 1960, cuando se inició en el desaparecido diario *Última Hora*. En su largo desempeño ha sido director de revista *Flash*, subdirector de revista *Vea*, jefe de informaciones en *Radio Portales*, editor nacional y de redacción en el diario *Las Últimas Noticias* y crítico literario de *El Mercurio de Valparaíso*. Actualmente es editor de la *Revista Occidente*. Fue director de la Escuela de Periodismo de la Universidad Miguel de Cervantes, en Santiago, entre 1999 y 2003, y Vicerrector Académico de la Universidad de Aconcagua en 2006.

Paralelamente al periodismo ha desarrollado una carrera literaria que se traduce en las siguientes publicaciones: *El huésped del invierno* (novela, 1982); *Sonata para violín y piano* (cuentos, 1984); *El puñal de piedra* (novela, 1986); *El bebedor de cerveza* (cuentos, 1992); *Coscorrón Colorín, el perro patiperro* (novela infantil, 1996); *Un millón de dólares* (cuentos, 1998); *El ojo de nadie* (novela, 2001); *Cuentos perfectos* (selección antológica, 2003); *Río arriba* (novela, 2008); *Crimen de Semana Santa* (novela, 2011); *El ciego al que le cantaba Gardel* (cuentos, 2016); y *El jardín de los suspiros* (relato infantil 2019).

Está fría la noche

Para la periodista Mónica González

—Está fría la noche, Papudo.

Montero había abierto la puerta de la camioneta y una ráfaga del aire helado de la montaña se coló al vehículo calefaccionado. Montero se echó una bocanada de aire tibio en las puntas de los dedos, que dejaban libres los guantes de conducir, y se volvió con movimientos lentos hacia Papudo, que miraba a través de la ventanilla. Era poco lo que se veía, pero el paisaje lo conocían de memoria. Tres metros adelante, el río corría torrencioso y hacia la izquierda se alzaban los montes nevados de donde descendía. No había mucho más, algunos arbustos inclinados por el viento, champas de pasto y abundancia de piedras en la ribera. Habían estado muchas veces allí, en misiones nocturnas, como la de ahora. En el asiento trasero de la camioneta, Padilla los observaba inmóvil.

—¿Quieres fumar un cigarrillo, Papudo? —preguntó Montero.

Hacia dos años que no fumaba, pero miró a Montero y asintió:

—Sí, sería bueno, fumar y mirar las estrellas.

Padilla estiró un brazo para acercarles el paquete de cigarrillos. Les dio lumbre y apagó el encendedor. Dejó pasar unos segundos antes de volver a encenderlo para prender su propio tabaco. Papudo sonrió.

—Nunca se encienden tres cigarrillos al hilo, para evitar que el enemigo apunte, pero aquí estamos solos, no hay enemigos —dijo.

—Los enemigos están en todas partes —repuso Padilla.

Era nuevo, se había incorporado hacía poco. Con Montero, en cambio, Papudo llevaba años trabajando juntos, en numerosas operaciones ahí mismo, en el río, en noches tan heladas como aquella, y también de día, en la ciudad y en otras ciudades.

Por supuesto que Papudo no se llamaba Papudo, pero Montero tampoco se llamaba Montero, ni Padilla, Padilla. Nadie usaba su verdadero nombre en el servicio. Nadie conocía el nombre de su compañero, aunque llevaran tiempo compartiendo tareas.

Descendieron de la camioneta y fumaron en silencio. Papudo contemplaba las estrellas, más luminosas en ausencia de la luna.

—Pensar —dijo— que, si pudiéramos mirar hacia la Tierra desde alguna de esas estrellas, no veríamos nada, solamente se vería el sol, como un puntito de luz y no de los más grandes. De la Tierra, nada. Somos insignificantes y tanto que nos afanamos, como si lo que hacemos tuviera alguna importancia en la inmensidad del universo.

—Lo que hacemos es importante, muy importante para la patria —dijo Padilla.

—La patria, ¿qué es la patria? El lugar en que nacemos, por casualidad. No lo elegimos, nadie elige la patria en que sitio va a nacer.

—La patria es la patria —dijo Padilla—, y a ella nos debemos.

—¿Y si, después de morir, naciéramos a otra vida, en otro lugar? Si naciéramos, por ejemplo, en esa estrella. ¿Cuál sería nuestra patria? ¡Ah, si pudiéramos mirarnos desde una estrella!

—Si pudiéramos —dijo Montero—, pero eso no es posible.

Hay cosas que podemos hacer y cosas que no, tú sabes eso, Papudo.

—Sí, lo sé muy bien. He estado leyendo mucho y sé que las estrellas que vemos es posible que ya no existan. Estamos viendo su luz proyectada miles de años atrás, porque su luz demora miles de años en llegar hasta nosotros, y puede que en ese tiempo la estrella haya cumplido su ciclo y se convirtiese en una súper nova. ¿Sabes lo que es una súper nova, Montero?

—¿Y de qué me serviría saberlo? No debieras haber leído tanto, Papudo, es preferible dedicarse a cuestiones prácticas.

—Así parece.

Papudo dio una última calada y lanzó lejos el resto de tabaco.

—Bueno —dijo Padilla—, ya fumamos. Hagamos lo que vivimos a hacer y regresemos.

—¿Cuál es el apuro? —preguntó Montero. Y luego: —Tenemos muchos recuerdos aquí. ¿Quieres otro cigarro, Papudo?

—No, gracias, parece que Padilla está apurado; lo deben estar esperando.

—¿Te acuerdas del tipo que varó en el camping de la Caja de Compensación? ¡Tremenda trifulca que se armó!

Algunos kilómetros río abajo existía un camping muy visitado durante el verano. El río todavía era ancho y caudaloso en aquel lugar, de manera que sus aguas conducían cuanto caía en ellas. Pero una vez un cadáver quedó atascado en la orilla y fue descubierto por los veraneantes. El asunto apareció en los diarios y en la televisión y la policía investigó y descubrió que la víctima murió de un tiro en la nuca y su cadáver fue lanzado al río. Se

dijo que era un asunto de faldas. Montero reía al recordarlo. Papudo estaba muy serio.

—No me gustan los campings —dijo—. Nunca he ido a uno.

—En esta época no va nadie —dijo Montero—. Solamente en verano.

—Espero no ir ahora, tampoco.

—Vamos —dijo Padilla—, ¿qué esperamos?

—Bueno —dijo Papudo—, caminaré hacia el río.

Padilla se ubicó detrás de él. Montero volvió a subir a la camioneta.

Papudo alzó la mirada a las estrellas y echó a andar.

Felipe Tapia

En buena hora nacido un 4 de marzo de 1981, en Santiago de Chile. Apasionado desde pequeño por las Artes y la Literatura, es Licenciado en Letras, Profesor de Lenguaje y actualmente trabaja de docente en la Universidad Santo Tomás. En sus ratos libres le gusta dibujar, escribir, hacer de cuenta cuentos y urdir críticas de cine y teatro.

Miembro de Letras de Chile y de la Asociación de Literatura de Ciencia Ficción y Fantástica Chilena (ALCIFF). Entre sus influencias se encuentran Themo Lobos, H. P. Lovecraft, Ray Bradbury, Jorge Luis Borges, Ítalo Calvino, Juan Emar, Isaac Asimov, Philip K. Dick, Ursula Le Guin, Arthur C. Clarke y muchos más que necesitarían páginas y páginas.

Ha publicado la novela fantástica juvenil *Tierras de Magia*, *Mares de Brujería* con Editorial Puerto de Escape en 2018; la obra de ciencia ficción *Otra máquina Más* con Ediciones Sietch en 2021; y participó en las antologías de cuentos *Covid-19: Antología Sci-Fi en tiempos de pandemia* en 2020 y *Mundos alternos* del mismo año, ambas por Ediciones Sietch.

El mejor hombre

Adriana corrió las cortinas esperando hacer el mayor ruido posible al deslizarlas por los rieles, pero no funcionó. Antonio seguía durmiendo o, peor aún, no se había dado por aludido. La luz del sol cubrió toda la habitación de manera violenta, mientras su esposa exclamaba con insistencia:

—¡Antonio, despierta! ¡Fuiste seleccionado!

Al escucharla el hombre abrió los ojos y se sentó en la cama, restregándose la cara en forma compulsiva. Contempló a su esposa, quien lo observaba paciente. La mujer no debía tener más de treinta años. Su cabello ondulado estaba peinado y vestía camisa verde y pantalones de mezclilla. Como si quisiera verificar si había escuchado bien, su agitado esposo le preguntó:

—¿Qué fue lo que dijiste? ¿Escuché bien?

—Tal y como te acabo de decir. Me metí al sitio e ingresé tu RUT. Apareciste hace días en la lista de los convocados, pero como eres porfiado como tú solo, nunca te metiste a revisar.

Antonio se levantó de un salto y comenzó a buscar ropa en el closet. Adriana comprendió lo que seguiría de ahí en adelante y, como una forma de ayudar a su marido, fue a la cocina a preparar café. No disponían de mucho tiempo para la entrevista.

—¡Mierda! ¡Mierda! —seguía quejándose él, mientras dejaba en la cama la ropa que se pondría.

Al cabo de diez minutos, la atmósfera de confusión había sido reemplazada por calma y aceptación. Todavía quedaba un par de

horas para acudir a la cita. Las posibilidades de ser seleccionado eran pequeñas, pero no inexistentes. Mientras bebía su café su esposa lo contemplaba, reprochándole con la mirada. A nadie le gustaba ser llamado y muchos recurrían a trucos como una licencia médica o improvisados viajes al extranjero para eludir sus responsabilidades ciudadanas. Pero ya era tarde para eso. Debió preocuparse antes.

—Piensa en el sueldo que te pagará el Estado —dijo Adriana, tratando de animarlo—. Nos podría servir.

—Pero solo por cinco años —respondió su marido, malhumorado—. Luego tendremos que volver a la realidad.

Se puso de pie y fue a lavarse los dientes. Luego cogió unos documentos y los colocó dentro de un maletín que llevaría. Caminó hacia la entrada y, como si quisiese dilatar el momento todo lo posible, se sentó unos momentos en el sofá. Su esposa lo miró compasiva.

—No tengo ningunas ganas —rezongó—. Ojalá me den un puesto insignificante.

—Mientras menos quieras, más apto eres para el cargo. Sabes cómo funciona esto —respondió la mujer.

Sin ánimo de discutir la besó y salió apresurado de su casa. Tomó el metro, reflexionando sobre las palabras de ella. Sin duda, estaba en lo correcto. El solo hecho de no desearlo lo volvía inmediatamente calificado para que lo seleccionaran. Probablemente fue uno de los indicadores que el algoritmo de selección consideró. Los criterios para escogerlos se basaban en las capacidades y conocimientos para tomar decisiones, así como ciertas

dimensiones éticas que eran analizadas en función de su historia personal, su currículo, sus opiniones en Internet y otras variables. Sin embargo, se sabía que uno de los indicadores que más pesaba era el no desear el poder. Luego estaban las votaciones de los expertos, quienes habían ocupado el cargo en el periodo anterior y debían ceder el puesto a la próxima generación de dirigentes.

La historia lo había probado repetidas veces. Aquellos que ansiaban el poder eran los más propensos a corromperse. El deseo por el poder acarrea consigo un egoísmo implícito, un interés personal que opacaba al del pueblo. Por supuesto, había excepciones, por lo que el historiador meticuloso podría hallar un ejemplo aquí y otro allá de individuos que entraron a la política deseosos de servir a la comunidad de forma sincera. Pero, en definitiva, no constituían la regla.

El viejo cliché churchilliano de que la democracia era el peor de los sistemas, con excepción de todos los demás, fue derribado hacia más de cincuenta años con el surgimiento de la *Demarquía Selectiva*. Años de corrupción, un electorado ignorante y crisis sociales habían corroborado que los políticos debían buscarse entre los mismos ciudadanos, de preferencia quienes no movían influencias ni gastaban en campañas para llegar a la cima. Sin embargo, el ciudadano de a pie tampoco era incorruptible *per se*. La historia también había derribado una y otra vez aquella romántica idea de que debajo de la pirámide social solo había compañerismo y virtud. No bien uno de sus componentes ascendía, podía ser tentado con facilidad hasta abandonar sus convicciones más férreas y olvidar sus responsabilidades con sus iguales.

Observó con cuidado a las personas en el metro. ¿Cuántas de ellas estarían menos calificadas que él? ¿Quiénes harían a un lado la ética al momento de tomar decisiones? Porque, según el algoritmo, había sido seleccionado como un ciudadano casi ejemplar, a quien le confiarían las decisiones más importantes en los próximos cinco años. Suyo era el destino de millones. En ningún momento sintió que mereciera tales atributos. No se sentía en absoluto superior a la gente con la que en aquellos instantes compartía el vagón.

El sistema antiguo era un desastre: la democracia se basaba en la idea de que la opinión de cada persona era igual de valiosa que la de los demás. Pero eso no era cierto. En todos los demás campos de experticia, sería una catástrofe siquiera considerarlo. Ignorancia no era igual a conocimiento. En una sala con treinta personas, votar para decidir la mejor forma de operar a alguien del corazón no podía basarse en la igualdad de opiniones. Aquellos que no tuvieran conocimientos de medicina tenían que ser apartados de la decisión. Lo mismo para deliberar sobre cómo deberían alimentarse los niños en el sistema público escolar, la estructura que debiese tener un edificio en determinada parte de la ciudad o si se debiera deforestar o no un bosque nativo. Cada decisión tenía que ser tomada por expertos, cuyo criterio era evidentemente superior al del quien no lo fuera.

Creer que las decisiones correspondían a todos por igual era de locos, sin embargo, pese a lo absurdo que sonaba darle voz a una persona sin conocimientos en un área, extrañamente la política funcionó más de un siglo según ese criterio. Los resultados

de aquel sistema fueron, la mayoría de las veces, que los votantes escogieran a sus líderes sin tener el conocimiento necesario para hacerlo. Ante su ignorancia frente a temas como economía, salud o derecho, solían votar motivados por pirotecnia publicitaria, campañas sucias de desprestigio o populismo de todas las veredas políticas. Por supuesto, las nefastas consecuencias se dejaban sentir mucho tiempo después de haber votado. Costaba creer que los gobiernos durasen tanto tiempo usando un método tan negligente.

Antonio ingresó en el edificio y se dio cuenta de que era uno de los últimos en llegar. Los demás habían sido más responsables que él y formaban una ordenada fila para avisar de su llegada. Con seguridad estaría toda la mañana aguardando su turno para la entrevista. Eran alrededor de trescientas personas, de todos los géneros, etnias y estratos socioeconómicos. Todos entre treinta y setenta años. Habían sido seleccionados a partir de criterios como sus logros académicos, el no tener conflictos de intereses como acciones en alguna empresa y, por supuesto, no haber mostrado ningún interés por cargos de poder, como la gerencia en su lugar de trabajo o el liderazgo en un colectivo. De ese selecto grupo saldrían los próximos ministros, senadores, diputados, intendentes, alcaldes e incluso el mismísimo Presidente de la República.

Se dejó caer con pesadumbre en una de las sillas pegadas a la pared. Tenía para largo rato. ¿Qué culpa tenía él? De seguro su Doctorado en Ciencias de la Educación tenía algo que ver. También su participación en organizaciones ambientalistas, a las que donaba dinero cada mes. Le tocó vivir en la desafortunada

era en la que ser un buen ciudadano se castigaba con un puesto burocrático. Su único consuelo era que en la entrevista le diesen un cargo sin importancia, que percibieran que demasiada responsabilidad sobre sus hombros no sería algo bueno para el país.

Las horas pasaron. Lamentó no haberse traído un libro o una *tablet* con él. La larga fila fue de a poco disminuyendo y las personas que abandonaban el edificio de Selección de Dirigencia llevaban consigo sus recién entregados nombramientos de alcaldes, diputados o intendentes. Todavía no salía ninguno de los peces gordos. Eso inquietó a Antonio, quien todavía abrigaba la esperanza de sacar la varilla más corta.

Finalmente escuchó su nombre por el alto parlante. Ingresó en la oficina, pensando en una estrategia para zafarse. Pero sabía que era inútil. En el pasado, quienes habían tratado de sabotear su propia entrevista sólo consiguieron corroborar su aversión al poder. Los entrevistadores ya conocían de sobra sus capacidades y logros basándose en centenares de datos revisados con anterioridad. Era un hombre aficionado a la lectura y lamentó profundamente haber participado en todas esas discusiones en Redes Sociales, corrigiendo falacias, aportando con datos y compartiendo información de utilidad. De seguro conocían a la perfección su comportamiento de consumo y en qué invertía el dinero que ganaba. Ellos de seguro sabían qué tipo de persona era, incluso mejor que él mismo.

El comité se componía de tres evaluadores. Contestó cada una de sus preguntas, esperando mostrar nula capacidad de liderazgo y decisión. Luego de unos minutos, le pidieron retirarse para

deliberar en privado. La tensión se lo comía por dentro. Regresó a sus días de estudiante, cuando esperaba la nota de la tesis que acababa de defender. Para dicha suya en aquel día y desgracia en el presente, aprobó con distinción. Otra de las cosas que sentía que le habían echado sobre sus espaldas en el infortunado día que estaba viviendo.

Los minutos transcurrieron con desesperante lentitud, hasta que fue llamado. La decisión le fue comunicada y al escucharla, Antonio sintió que se derrumbaba. Las voces de los evaluadores se sentían a kilómetros de distancia, la vista se le nubló y se despidió con torpeza, incapaz de asimilar aún el cargo que ostentaría en los próximos cinco años.

La *Demarquía Selectiva* había probado nuevamente ser eficaz. Sin duda él no era nadie para cuestionar la decisión del comité. Dispusieron de una gran cantidad de información y estuvieron más de un mes evaluándolo por sobre miles de ciudadanos para concluir que él era mejor hombre que el resto. Qué él no se sintiese para nada mejor que los demás e incluso cuestionara sus aptitudes para ser nombrado Ministro de Educación, poco importaba a esas alturas. Sólo quedaba aceptar con resignación y regresar a su hogar para comunicárselo a Adriana.

Empezaría mañana mismo. El Ministerio ya había contactado a la universidad y le guardarían su puesto de docente durante esos cinco años, sin goce de sueldo. De todas maneras, lo que ganaría como servidor público era una cantidad para nada despreciable. No obstante, en esos momentos aquello no le consoló en absoluto.

Volvió a su departamento a pie, esperando dilatar lo más posible su regreso. En el camino, observaba a los transeúntes, preguntándose cuántos de ellos destacarían por sobre el ciudadano común y corriente. No sin algo de culpa vio su desgracia aliviada al pensar que dentro de cinco años le tocaría seleccionar a otro pobre infeliz como él. Pero, por lo pronto, su ética le obligaría a desempeñarse de la mejor forma posible en su Ministerio e intentar sacar adelante a la Educación del país todo lo que estuviera a su alcance.

Mañana era su primer día de trabajo. Le esperaban grandes responsabilidades que nunca deseó, pero que cumpliría con integridad.

Cuando volvió a su departamento, su esposa lo esperaba intrigada. No se aguantaba las ganas de preguntarle. Cuando él le comunicó su nuevo cargo, Adriana fue incapaz de ocultar su sorpresa. Sabía que su esposo era un hombre de múltiples talentos, pero no esperaba que el gobierno creyera tanto en sus capacidades. Lo abrazó con ternura, pues sabía que no lo estaba pasando bien. Para ella, él siempre fue el mejor hombre. Aquel día el Gobierno solo había reconocido lo que ella ya sabía.

—Al menos te salvaste de que te nombraran Presidente — musitó ella, como intentando reconfortarlo.

Max Valdés Avilés

Novelista, cuentista, editor, antólogo. Es Magíster en Edición de la Universidad Diego Portales y Máster en Edición de la U. Pompeu Fabra de Barcelona. Con postgrado en estudios de Arte mención Escultura de la Universidad Católica de Chile y Diplomado en Diseño de Estrategias Metodológicas y Evaluativas basada en Currículo por Competencias. Profesor de Escritura Creativa de la Universidad Andrés Bello; profesor de Lenguaje en la escuela El Robledal de Caleu y docente del IGS, sede Santiago.

Ha publicado los volúmenes de cuentos: *Mimí agoniza en la buhardilla de los bohemios* y *Ni un rumor en la oscuridad*; y las novelas: *Una mañana de más*; *El ciervo herido*; *Manuscrito sobre la oscuridad* y *El ladrón de cerezas*. Publicado en antologías y muestras literarias en Chile, España, México, Argentina, Francia, Croacia, Perú, Bolivia y Alemania. Finalista del Premio Municipal de Literatura en 2015 en Literatura Juvenil con el libro de relatos: *La sombra que arrastra el cochero*. Primer Premio Pedro de Oña en novela corta, Primer Premio novela Juegos Literarios Gabriela Mistral 2000, Mención honrosa género cuento Juegos Florales 1998, entre otros. En el 2018 publicó la novela negra: *Fragmentos de un crimen*, dos veces merecedora de la beca de creación otorgada por el ministerio de las Culturas y seleccionada por éste para su publicación. En el 2020 publicó la biografía novelada: *El verdugo de Satanás*. En octubre de 2021 publica la novela distópica *El sonar del murciélago*.

La muerte de Juana Leufuhue

Lo único audible en la madrugada es el sonido del agua, el agua agitada por la mano del niño que dibuja círculos con sus dedos. Las pequeñas ondas lo entusiasman, logrando desperezarlo luego del largo viaje en balsa. Esta noche son los únicos habitantes del planeta. De vez en cuando un ave rapaz vuela frente a sus ojos. El niño trata de imitar el sonido del pájaro, pero no le resulta. Es gracioso y por primera vez, desde que se embarcaron, el padre sonríe. Pero es una sonrisa simulada en un rostro invadido por la desolación. Están a metros de alcanzar la isla. El hombre puede ver, detrás de la densa niebla, las puntas afiladas de las rocas.

—¿Cuánto falta para llegar? —pregunta el niño.

—Poco —dice el hombre—, aguántate.

El niño abraza la mortaja que contiene el cuerpo de su madre.

—¡Déjala! —suplica el padre, siempre lacónico.

—¿Se puede despertar?

—No, claro que no —agrega, con los ojos atentos en la bruma que no le permite orientar el remo.

Alicura sospecha que el espíritu de su madre aún continúa con ellos, que no se mueve, pero que tampoco está muerta. Dentro de la bolsa han dispuesto algunas de sus pertenencias: yerba, azúcar, carne, agua y una botella con *muday*.

Finalmente la niebla comienza a disiparse, dejando ver por primera vez la isla. Es un palacio hecho de guijarros, cuyos alargados árboles simulan guardianes gigantes. El hombre obliga

al niño a cerrar los ojos. «Por respeto a nuestros antepasados», aclara. Si el niño viese los cipreses, seguramente creería que son los *Kalkus*, esa suerte de brujos pintados de verdinegros, que según las historias narradas por los hechiceros, custodian todo el perímetro de la isla.

—¡Te dije que la dejaras quieta!

—¿Qué dice, papá?

—¡Que la sueltes!

—Quiero abrazarla siempre...

Después de un quejido luctuoso, el hombre añade:

—Despídete de tu madre, ya llegamos.

—¿Puedo acompañarlo?

—¡No! No está permitido.

El hijo pregunta si puede abrir los ojos y ver por fin la isla, pero el padre se lo prohíbe (se dice que si un menor entra a la isla de los muertos con los ojos abiertos, no saldrá jamás). El niño se aferra al sudario de su madre y piensa en las noches anteriores a su muerte, en las que durmió con ella hasta tornarse fría. Sus manos arrugadas se volvieron piedra y eso lo impresionó. Se quedó tres horas en vigilia para ver salir su *Püllu*, era la primera vez que vería caminar —desprendido del cuerpo— a esa especie de alma en busca de descanso; pero no vio nada. Se sintió decepcionado, y todas las historias de su padre y de la aldea ahora le parecieron una exageración o francamente una sarta de mentiras.

La luz de la luna ilumina la escena. A la luna se le conoce como *Küyen*, a él le agrada el sonido de esa palabra en su oído. La repite en las noches para quedarse dormido. En los días en que

su madre agonizaba comenzó ese canturreo en su mente, acompañado de un movimiento leve en su boca. Esa palabra lo calma como una infusión de hojas de tilo o el recuerdo de la leyenda del niño lobo de Carampangüe.

El color azul de esas aguas, en horas de la madrugada, al padre lo impresiona. Además de transparente y límpida, no está fría. Pero un recuerdo atávico lo angustia. ¿Habrá sido porque —al igual que su hijo—, siendo niño, incluso más pequeño, su padre lo llevó a la misma isla?

Esa vez la sospecha de que alguien podría ocultarse bajo las engañosas y tranquilas aguas, lo inquietaba; pero inmediatamente lo borró de su mente. Era absurdo pensar en eso. Su aprensión era a toparse con los *Weküfe*, seres de las tinieblas que vagan por la isla con el fin de arrebatarse el *Püllu* de los recién sepultados. Pero esa noche en particular, en que las estrellas y la luna se reunían bajo el *Wenu Mapu*, iluminando la oscuridad, volvía improbable la aparición de éstos desde el *Nag Mapu*. Decían los *peumas* de la *Machi* que, antes de abandonar la Cordillera de Los Andes, oró con el padre y el hijo durante tres días. Después los acompañó a la barcaza y los despidió para ese largo viaje desde la montaña al mar.

—¿Cree que llegaremos? —le preguntó en esa oportunidad el hombre, abrumado por la muerte de su mujer.

La *Machi* no quiso responderle.

Ahora, enfrentado a la majestuosidad de la isla, se puso de pie abandonando los remos. Y entonces, de pronto, imagina el cadáver de su hijo postrado ante él, sin vida. Como si estuviese

dentro de un túnel, ve pasar los episodios de su infancia, desde un pasado infinito e intuye una voz asesina advirtiéndole que algo acontecerá (la voz está dentro del túnel y lo acecha). Recuerda la entrada al viejo establo en Lota, la tarde en que le enseñó a montar a caballo, cuando temía acercarse a su yegua. Él, su padre, lo elevó hasta sentarlo a pelo, obligándolo a que no soltara la sogá que lo unía al animal. Alicura lloraba y las lágrimas, que caían por su tierna mejilla, se confundía con el polvo que levantaba los brincos de la yegua. Más tarde lo metería a la bañera caliente, mientras la oscuridad caía en la casa de sus abuelos, pero el niño jamás olvidaría ese día y tampoco Nahuel. Luego vendría la quietud de una noche de silencio en el campo.

Por eso regresa a la balsa a comprobar que su hijo esté bien y así es; era una alucinación. Alicura obedece a su padre con los ojos aún cerrados. Afortunadamente todo era una vana preocupación. El cansancio le producía delirios o imágenes arcaicas, como las Tentaciones de San Antonio.

Observa con perplejidad las placas de caliza dispuestas en hilera sobre una pequeña meseta. Cada una de ellas corresponde a un nicho. Ahora sí, recuerda que su padre también lo llevó a ese lugar a depositar el cuerpo de su abuela; entonces él tenía sólo dos años. Hoy, frente a esas columnas, intuye la misma fragilidad que debió sentir aquella vez.

Repentinamente el niño lo saca de su mutismo:

—¡Ahora puedo mirar!

El niño abre los ojos, se quita la bufanda del rostro y queda paralizado.

—¿Qué es esto, papá? —pregunta.

Él no responde.

—Vamos a entrar por una de las cavernas —dice en cambio y lleva la balsa hacia una de las aberturas en la roca, ahí donde se inicia el pequeño bosquecillo de cipreses. El niño por segunda vez se aferra a su madre. Siente frío y se recubre las orejas.

—¿Por qué vamos allá, papá?

—Debemos abandonar el *Piillu* de Juana.

—¿No hay murciélagos adentro?

—No, hijo.

El chico teme a los murciélagos. No resiste a los ratones e imaginar uno con alas y sangrante era demasiado.

El hombre rema hasta la roca que sirve de entrada. Un río natural de aguas subterráneas reemplaza el agua de mar por agua dulce y desliza la barcaza como si se tratase de la pluma de un cormorán.

-¡Quiero volver! —suplica el hijo—. ¡Me da mucho miedo!

—Tenemos que sepultar a tu madre.

—Pero aquí no hay nadie, papá.

—¿Y nuestros antepasados? ¿Qué son?

El padre es un testarudo y remaa con una fuerza desconocida. Dentro de la caverna está oscuro, salvo un ligero reguero de luz filtrándose del amanecer. El hombre enciende una antorcha untada en aceite de bacalao.

Accidentalmente el niño suelta la mortaja y está a punto de caer, parte de ella, fuera de la embarcación. El padre se horroriza al imaginar que podría exhibir a la mujer muerta. El niño des-

cubre que con el golpe, la mano de su madre arranca fuera de la gruesa manta.

—¡Yo no hice nada! —dice disculpándose, aterrado por la imagen de su madre resucitada.

El hombre se acerca, toma la sogá y vuelve a amarrarla. Coger la mano de su mujer, ahora sin vida y cubrirla como una muñeca defectuosa, lo ruboriza.

El chico ve cómo su padre tiembla. Pero no le dice nada. Ambos son hombres y eso alivia su terror a los murciélagos.

—¡Ahí está! —dice el padre en voz alta.

Baja de la balsa, mete los pies al agua, pero no le importa, dirigiéndose al fondo rocoso y laberíntico. Es una placa pedregosa, pulida hasta la perfección con las inscripciones de varios nombres. Uno de ellos es el de su madre. El niño lo mira boquiabierto.

—¿Dónde va? —pregunta sin obtener respuesta— No me deje solo —ruega.

—Te lo dije, tengo que llevar a tu madre a la sepultura.

—¡Pero los murciélagos!

El hombre no hace caso, asegura la mortaja y la carga en sus hombros, encaminándose a uno de los nichos incrustados en los peñones. Alicura observa la dificultad con la que el padre carga el cuerpo y cómo, de vez en cuando, se detiene para descansar o bien para revisar que ninguna de las amarras se hubiese roto. El interior de la caverna le parece las fauces de un animal monstruoso, que en cualquier instante los destruiría. Para espantar el miedo vuelve a jugar con el agua. Recuerda que no se despidió de Juana Leufuhue.

—¡Papá! —le grita sin pensar que su voz se oiría tan fuerte.

«¡Papá! ¡Papá! ¡Papá!», repite el eco tres veces, como un canto terrorífico.

Fue entonces cuando percibe que algo mueve las aguas, acercándose al bote. Siente un hielo que se desliza por su espalda. Por un descuido el padre olvidó su manta y el niño la toma, abrigándose.

Cierra los ojos. La barcaza se mueve como si una mano invisible intentara volcarla. Todas las pesadillas de la aldea, que relataban los ancianos mapuches, resucitan en su memoria.

El hombre experimenta una angustia del tamaño de una vieja araucaria cuando deposita el cuerpo en el nicho. Distingue una bóveda vacía para él y otra para su hijo, como si un ser omnipresente hubiese asignado desde el principio de los tiempos el destino y número de miembros de su familia. Su fe le impide rezar y no hizo oración alguna. Palpa el frío de la piedra y al mismo tiempo la eternidad que la naturaleza contiene allí, sin descomposición, podredumbre o deterioro.

Avanza hacia la salida. Desde el interior de la gruta puede olfatear el mar cercano y percibe el origen de la luz que ingresa tímidamente por las aberturas de la roca.

Repentinamente siente un murmullo. No puede ser su hijo, él estaba en la barcaza.

Oye pronunciar su nombre en la semipenumbra:

—¡Nahuel, ¿me escuchas?

—¿Quién ha dicho mi nombre? —dice, buscando el origen de aquella voz remotamente familiar.

—¡Estoy aquí, hijo! ¡Sabes que siempre he estado aquí!

Era el espíritu de su madre. Ahora por fin la ve: parece un dibujo transparente proyectado en la piedra.

—¿A que ha venido, hijo?

—¡A dejar a la Juana Leufuhue!

—¡Váyase, los *Weküfe* buscan la sangre de su niño para sobrevivir!

—¿Están aquí? ¿Nos han perseguido durante todo el viaje? —pregunta.

Está horrorizado. No vuelve a oír la voz de la anciana, y corre por la roquería. Ruega al espíritu de su esposa que proteja al niño. Tiene la impresión de que el chico, en algún instante que él no recuerda, giró y vio la isla antes de tiempo, y por eso la condena.

Cuando regresa a la entrada de la caverna, el bote estaba vacío. Llama a su hijo, grita el nombre de Alicura y las paredes parecen remecerse y sucumbir de su inmovilidad.

Pero el niño no responde.

Mira alrededor.

Piensa que tal vez se había ahogado o que uno de esos seres de las tinieblas lo retuvo para bajarlo al *Nag Mapu*.

—¡Alicura, hijo! —grita y el eco de la caverna le devuelve las últimas sílabas alargadas, distorsionadas y perdiéndose en las fisuras de las rocas.

Mira al interior del bote. El agua se mece quieta y transparente. Recuerda el juego de su hijo minutos antes. Le temía a los murciélagos y quizá creyó ver uno en la oscuridad de la gruta y por eso huyó. Nahuel vuelve a recordar a Alicura jugando en

el patio con sus amigos, junto al liquidámbar y el quillay, cuyas firmes ramas sostienen la casa en el árbol que él le construyó a los tres años. La casa hizo feliz al niño, una felicidad que Nahuel nunca conoció.

Con desesperación se mete en el riachuelo formado naturalmente al interior de la cueva y por el cual habían ingresado al sepulcro.

Nada desesperadamente hacia la primera luz del amanecer. Siente las piernas cansadas, casi adormecidas; luego el vientre gruñir en su interior y una tensión cerca de su cuello, como si alguien le pretendiese dar alcance.

No supo de la corriente que le seguía el rastro, ni del agua helada entrando a sus oídos.

Miguel Vera

1957, Santiago. Comenzó escribiendo cuatro libros de Ciencias Naturales y textos para profesores en la Editorial Arrayán. Es autor de un libro acerca de Robótica y artículos técnicos y científicos en revistas especializadas. Ha publicado cuentos en nuestro país y en medios extranjeros.

El año 2015 publica la novela *1946, nazis en Chiloé* acerca de la presencia de los nazis en Chile, con buena acogida y crítica en medios nacionales.

Ha obtenido premios en el concurso de cuentos Teresa Hamel de la SECH 2015, en los Juegos Literarios Gabriela Mistral en el 2014 y en el año 2016 obtiene el Premio Municipal de Literatura en el género novela. Se publica uno de sus cuentos en la antología *Microcuento fantástico chileno*, de Simplemente Editores, en el año 2019.

Durante varios años formó parte del Directorio de la Corporación Cultural Letras de Chile. Ha participado en actividades como presentador de libros, en lecturas de cuentos en colegios y liceos como miembro de Letras de Chile, comentarista de libros en medios nacionales, coloquios en radio, etcétera.

Ha sido jurado en concursos literarios para Letras de Chile y también en los Juegos Literarios Gabriela Mistral y Premio Municipal de Santiago.

Prepara un volumen con cuentos y microcuentos fantásticos y de Ciencia Ficción para una pronta publicación.

El combate

Llego tarde en la noche. Busco la llave y abro la puerta con sigilo para no despertarla. Alcanzo a entrar y cerrar la puerta, cuando mis sentidos advierten peligro.

En un segundo, mis ojos mientras intentan adaptarse a la penumbra advierten un perfil agazapado, felino, en la escasa luz que entra por el ventanal del departamento. La bestia ya se abalanza sobre mí.

Me preparo para el choque, subo el porta documentos para usarlo como escudo, pero todo es demasiado rápido y el bulto negro me derriba. La «pantera» salta sobre mí y con sus largas uñas me hiere en la mejilla.

Libero mis manos y me apresto a la defensa. Logro asirle los brazos, trato de hablarle y la someto en el suelo por un momento, mientras baño su rostro con mi sangre.

Se suelta y el combate continúa. Enciendo la luz al pasar. Me mira con rabia, jadea y bota espuma blanca por la boca. Observo su rostro desencajado, irreconocible mientras toma de la mesa el cuchillo de cortar pan y lo enarbola. Ruge, sus ojos brillan, su mandíbula contraída enseña todos los dientes. Me circunda estudiando por dónde volver a herirme.

Siento aflorar mi alma animal y ambos preparamos nuestras posturas para el ataque. El tiempo está detenido y luchamos en silencio como tantas otras veces. Esto no debió ser. Mi amor por ella se mezcló con el afán de ser su salvador. Sabiendo que sería

imposible, igual lo acometí. Qué soberbia la mía al pretender sobreponerla a la enfermedad alojada en su pobre cabeza.

Ahora que el demonio la posee, me lanza una estocada que esquivo. Mis reflejos están activos, pero el siguiente cuchillazo me produce un corte en una mano. La lucha se prolonga. Cuando la desarmo, caemos al piso y en un descuido me muerde una mano y no la suelta. El dolor es insoportable. Mis dedos se tornan violáceos y no me queda otra alternativa que azotarle la cabeza contra el suelo para zafarme. Finalmente la aturdo y me suelta. Tengo miedo de matarla. Sus dientes dejaron un surco profundo y el balance de heridas recibidas es grande, hoy más que las otras veces.

Las crisis son periódicas. Vivo en tensión, pero nunca alcanzo a estar preparado. En el intertanto es una mujer normal, amorosa, inteligente y dedicada a nuestra relación. Mientras yace en el suelo inconsciente, reflexiono acerca del futuro. Me calmo un poco y respiro hondo. La siquiatria me informó que este mal no se cura. La vida en pareja será imposible.

Cuando trato de levantarme para ir a curar las heridas, se abalanza de nuevo con una fuerza increíble y vuelve a derribarme. No me explico cómo es posible que una mujer fina como ella, más baja y delgada que yo, pueda permanecer en este estado energético durante varias horas, luchando para matarme, animada por los instintos más primitivos.

Ya no sé cuánto tiempo ha transcurrido. Estoy agotado. La cara me arde y no siento las manos. Comienza a ahorcarme con sus férreas tenazas. Me falta el aire y estoy en mala posición en el suelo, con ella encima inmovilizándome.

Siento subir una rabia inmensa y poderosa, que me aporta una sobredosis de energía extra. Me levanto del suelo, arrastrándola conmigo, unidos de extraña manera. Me acerco a la ventana, con ella sin soltarme el cuello. La sacudo con violencia, el sudor hace su papel y la arrojó con fuerza descomunal por el ventanal. La miro caer agitándose, pero la tenebrosa oscuridad se la traga y dejo de verla. No grita y sólo atino a esperar el golpe mortal de su cuerpo, diecisiete pisos más abajo, contra el suelo embaldosado. Así ocurre. Es el fin.

Cierro los ojos. Tiritó por completo, sudor frío y sollozos. Ahora siento ganas de gritar pidiendo ayuda, pero no me sale la voz. Voy al ascensor, llego al primer piso y corro al lugar donde cayó. Los dos conserjes se sobresaltan al verme cubierto de sangre y con la ropa desgarrada, y me siguen.

Aguardo de pie a la policía y la ambulancia que vienen en camino. Los vecinos se asoman y de pronto escucho el ulular de las sirenas a lo lejos acercándose. Quizás sea mi último viaje por mucho tiempo, pienso y miro su cadáver.

Mientras dos agentes, sin hablar, me toman por los brazos y me esposan, creo ver su hermoso rostro relajado en la penumbra, tal como lo recordaré por siempre.

Francisco Zañartu

Nació el penúltimo día de la primera quincena de octubre de 1955. Hijo de un empleado público y una dueña de casa, que por aquel tiempo vivían en un departamentito cerca del Bar Las Tejas, en el corazón de Santiago. Su infancia transcurre entre el colegio, la parroquia de la esquina y en ciertos hospitales, en los que pernoctó cada cierto tiempo. Sin ser un muchacho terrible, realiza ciertas acciones que preocupan a su familia, como tragarse una cuchara, ser hincha de la U., repetir curso, hacerse izquierdista y entrar a estudiar Literatura a los veinticuatro años. Durante años trabajó como guionista de diversos programas de televisión y documentales. En 1992 ganó la beca para estudiar en San Antonio de los Baños (Cuba) en el Taller de Guiones dictado por Gabriel García Márquez. En los Ochenta publicó dos poemarios (*Carta a Don Hernán Cortés acerca de su pretendida influencia en tierras de la beatlemania* y *Let it be*, Arturo) y desde los Noventa también se dedica a la docencia y a ser padre de su hijo Beltrán. *Nadie muere de dolor* fue su primera novela.

Data de muerte

Es curioso lo que me pasa con las fechas. A pesar de vivir en un país obsesionado con las efemérides, nunca sé en qué día estoy. Debo reconocer que mi confusa relación con el calendario se debe a que jamás tengo algo que celebrar y cada vez son más las fechas que deseo olvidar. Es cierto, podría unirme a mis connacionales y recordar la Batalla de Linares, el Día de la Fraternidad o la Festividad de la Virgen de Santiago. Sin embargo, aquellas celebraciones no me parecen interesantes. De un tiempo a esta parte, sólo me importa la cotidianeidad. Es decir, cuando lo que pasa es que no pasa nada.

Lo insustancial me parece maravilloso, entre otros motivos porque permite la contradicción. Sólo lo intrascendente te libera de la necesidad de respaldar lo dicho el día anterior. Gracias a mi consecuente inconsecuencia debo declarar que hoy, 31 de marzo, es el día más importante de mi vida. Se cumple un aniversario más de la muerte de mi padre y he decidido abandonar mis estudios de Administración de Empresas para ser poeta.

En función de lo anterior, también decidí que mi primer poema sería para homenajear a aquel exoficial de ejército, germanófilo, demócrata cristiano y fanático de los mapas, que vio truncada su carrera militar por negarse a entrar a la Masonería durante los gobiernos radicales.

El anonimato fue una de sus grandes cualidades. Es alentador pensar que su muerte no fue noticia. Lo anterior demuestra tres cosas:

- i. La falta de excelencia del muerto.
- ii. Lo poco atractivo de la forma de morir.
- iii. La irrelevancia del elemento provocador de la muerte.

La nadería de estos tres componentes marcan un estilo, sobre todo en un país que clasifica a su gente por la forma de morir: los degollados, los quemados, los atropellados, los suicidas.

Mi padre sólo fue un cardiópata que fumaba a escondidas, un soldado que nunca peleó en la guerra, un buen hombre que viajó desde Viña del Mar acompañado únicamente por el cadáver de su hija. Es ese personaje el que me tiene buscando metáforas mientras su viuda, mi madre, explica que mi cambio de profesión se debe a que quiero ser Pablo Neruda. Debo aclarar que una de las características de mi madre es suponer que sabe todo lo que pasa por mi cabeza. O sea, si yo quiero ser poeta es, si y sólo si, porque quiero ser Neruda. Mis razones son otras: viví en una dictadura en la que convenía hablar en sentido figurado y soy un convencido de que a través de un poema es más fácil llevar a una chica a la cama. Mis conflictos e inseguridades no pasan por Neruda, sino por la necesidad de encontrar la alegoría que me permita homenajear a este hombre que jamás me hubiera permitido ser poeta.

Mi situación sería menos angustiante si iniciara el texto diciendo: «Nuestras vidas son los ríos que dan a la mar que es el morir». Sin embargo, todos sabemos que aquello pertenece a las *Coplas a la muerte de mi padre*, de Jorge Manrique y me niego a ocuparlas.

Elucubro en voz alta sobre Manrique, sobre mi padre y el padre de éste. Mi cabeza se llena de hipérboles, yuxtaposiciones y paráfrasis. Bajo la escala y encuentro a la vieja empleada hablando de los maleantes de su barrio, de la ineficiencia de Carabineros y de sus íntimos deseos de envenenar a Carabineros y delincuentes. Entre pacos y ladrones, pienso de pronto que mi padre me debería pagar por haberse muerto cuando yo tenía trece años y, de paso, impedirme una adolescencia normal. Al cabo de unos segundos recapacito y concluyo que, para un oficial de ejército, siempre es bueno haber fallecido antes de 1973. Permite dudar —o hacer como que dudamos— de su actitud frente a los luctuosos hechos por todos conocidos.

Camino por la calle e imagino a mi madre con los pezones erectos y el sexo empapado, mientras mi padre la penetra y le lame los pechos. Sonrío de felicidad. Pienso en la añosa casa de Pitrufoquén, en mi papá con sus botas de oficial de Ejército y en mi mamá repitiendo el rito de las patriotas recibiendo sus esposos derrotados en Rancagua o triunfantes en Maipú. Se me potencia el ego y se me llena la cabeza de imágenes que debo olvidar porque éstas, al igual que mi madre, sólo le pertenecieron a mi padre.

Calle abajo recuerdo que mi progenitor murió un lunes de Semana Santa. Nunca los lunes me han parecido muy santos. Recuerdo mis clases de Contabilidad y pienso en el balance que debió hacer mi padre durante sus últimos minutos de vida en el hospital institucional. Trato de sacar metáforas, se resisten con

debes y haberes y me aclaran que no hay glosa que describa lo que significa morir un Lunes Santo, adelantándose a Nuestro Señor Jesucristo que lo hizo un viernes de esa misma semana. La diferencia entre Cristo y mi padre es que este último no resucitó y ningún conejito regala chocolates para celebrar su vuelta a la vida. Sigue ahí, descompuesto tras una lápida del Cementerio General.

De pronto, pienso que mi padre fue un afortunado al morir de muerte natural. Seis infartos al corazón antes de los sesenta años es lo natural. Hubo muchos en este país que no pudieron preguntarle a la naturaleza cuándo debían morir. De ellos, ni siquiera sabemos si frente al pelotón de fusilamiento recordaron la tarde en que sus abuelos los llevaron a conocer el hielo. No sabemos si hubo hielo, si hubo abuelo, ni siquiera si hubo pelotón de fusilamiento.

Es curioso que, mientras busco imágenes, otros intentan encontrar a sus seres queridos. Podría decir que no tengo un amor desaparecido, he tenido muy pocos amores y todos me han hecho desaparecer de sus vidas. Pero no quiero hablar de mí, sólo necesito encontrar una metáfora que represente a aquel hombre que por razones de salud, me llevó una sola vez en su vida al cine y que, por razones económicas, cuando le pedía una bebida, respondía: «Tome agüita, tome agüita...».

A tres cuadras de mi casa hay una iglesia bautista, donde veo el siguiente texto: «Dios es nuestro único Padre. Sólo Él nos salva». Me digo: «¿quién dijo que los padres están para salvarnos? ¿Desde cuándo paternidad y salvación son sinónimos? Al revisar

el Diccionario de la Real Academia Española, se verá que ambos conceptos no tienen nada que ver. La paternidad se relaciona con el cariño, con la complicidad. ¿Alguno de ustedes se puede sentir cómplice de Dios?».

Mi padre era muy católico, aún recuerdo las vergüenzas que me hacía pasar en la iglesia cuando cantaba en la misa dominical. Eso sí, él no fue cómplice de Dios, sólo fue su seguidor y precisamente eso es lo que no le perdono. Él debería haber estado aquí, donde las papas queman, preocupado de su hijo. Sin embargo, no estuvo, porque se fue para estar al lado de Dios. No es que me quisiera comparar con el Supremo Hacedor, pero tengo la certeza de que yo lo necesitaba más. Han pasado varios años y aún siento la autoridad moral de decirle que no todo el que diga «Señor, Señor», entrará en el reino de los cielos.

Quizás este poema de homenaje deba partir con los versos de Violeta Parra: «Blanca paloma / paloma ausente». Él fue un palomo ausente. Lo anterior me permite recuperarlo en el lenguaje, transformarlo en personaje literario, en alguien que sigue existiendo en la medida que leamos de él. Aclaro que no es el padre kafkiano que nos hace despertar convertidos en insecto. Cabe señalar que en este país no se necesita un padre déspota para amanecer convertido en escarabajo.

Hace unas semanas, mientras leía *La historia de María Griselda*, de María Luisa Bombal, tuve la fantasía de que el ingreso de mi padre al cielo había sido igual que el inicio de aquella novela, cuando la protagonista recuerda: «que nadie había venido a su encuentro y que ella misma hubo de abrir la tranquera». Lo ante-

rior se opone radicalmente al discursillo católico que declara que a tu llegada te reciben los mártires y al cielo te llevan los ángeles. Todo esto tendría algún sentido si yo creyera en el cielo o en el infierno, pero estoy convencido de que nadie, ni siquiera mi padre, merece el castigo o el perdón eterno.

Vuelvo a mi casa y encuentro a mi familia en un cónclave acerca de mi futuro. Mis angustiadas hermanas preguntan a mi madre cómo me dejó tomar tan nefasta determinación. Las vecinas se preguntan si soportaré la vida sin interpretar curvas de crecimiento y mi cuñado concluye que jamás podré ser poeta, pues nunca me he enamorado. Él tampoco se ha enamorado, pero, como no quiere ser poeta, se desliga del problema.

Subo a mi pieza y me encuentro con mi sexagenario progenitor. Tomo la foto y, tendido en la cama, pregunto: «Padre, padre, ¿por qué me has abandonado?». Él no responde. No tendría por qué hacerlo. Las fotografías no responden y mi padre, desde aquel 31 de marzo, es sólo una fotografía.



Letras de Chile es una corporación de derecho privado que posee personalidad jurídica desde el año 2000. Como entidad cultural, aporta desde diversos ángulos al desarrollo cultural del país, estimulando toda iniciativa que apoye el fomento del libro y la lectura. Con este fin, promueve un rol activo de los escritores en la difusión de la literatura, incorporando en sus plataformas a diversos agentes del campo cultural, la educación, el ámbito académico, la crítica literaria, medios de comunicación, bibliotecas, librerías y a quienes se dedican al trabajo de edición y distribución de libros.

FOMENTO DEL LIBRO Y LA LECTURA

Letras de Chile organiza eventos culturales tanto nacionales como internacionales, como es el caso de los Encuentros por el Fomento del Libro y la lectura; Ciclos de lectura de poesía, narrativa y minificción; Coloquios y Congresos sobre Novela Negra; Literatura Fantástica y Ciencia Ficción; entre otras actividades que potencian el desarrollo cultural del país.

A partir de estas iniciativas, la corporación ayuda a revitalizar el estudio y conocimiento de la literatura chilena, y contribuye a la difusión de lo que se ha escrito en estos últimos años.

PORTAL LITERARIO Y CULTURAL

Letras de Chile ha publicado diversas antologías de poesía y cuentos, libros digitales y selecciones de ponencias presentadas en Congresos y Encuentros Literarios. Se realizan también convocatorias a escritores, tanto nacionales como extranjeros para que viertan sus miradas literarias y testimoniales acerca de nuestra realidad social y política. Es el caso de los encuentros: *Palabras de memoria* o *Estado de emergencia*.

Cabe destacar que muchas de las actividades son grabadas en videos que pueden ser visitados en nuestra página WEB.

PUBLICACIONES

Letras de Chile cuenta con publicaciones que aportan al conocimiento, difusión, estudio y análisis de la literatura chilena contemporánea, tales como: *Contando el cuento* (1986), *Andar con cuentos* (1992), *Cuento chileno contemporáneo* (1998), *Cuentos chilenos 2000* (2001), *Cuentos en dictadura* (2003), *Después del 11 de septiembre: Narrativa chilena contemporánea* (2003), *Al sur de la palabra* (2005), *Con pocas palabras*, antología de microcuentos (2005) y *Letras en el liceo* (2010).

Actualmente iniciamos una serie de publicaciones en formato electrónico, la primera de estas dedicada al género poesía, material que podrá descargarse libremente de nuestro sitio web.

MEMORIA HISTÓRICA: TESTIMONIOS AUDIOVISUALES

En 2010 iniciamos, produjimos y realizamos la serie de televisión *Memoria de Escritor*, con la participación de siete escritores que entregaron su testimonio acerca de los más significativos momentos históricos del siglo XX, dando testimonio de cómo desembo-

caron finalmente en la literatura. Pensamos que los resultados de estos programas, constituyen un aporte innegable a los estudios literarios, como también un rescate de la memoria histórica.

SERVICIOS LITERARIOS

- Talleres de cuento y poesía.
- Confección de bases para concursos literarios y asesoría para su organización.
- Jurados para concursos literarios.
- Comentarios y críticas de libros.
- Evaluación de textos literarios por parte de expertos.
- Lecturas de escritores.
- Actividades literarias en colegios, liceos e instituciones educativas.
- Organización de lecturas, seminarios y encuentros.

DISTINCIÓN LETRAS DE CHILE

Desde 2008, la Corporación ha entregado la *Distinción Letras de Chile* a los siguientes escritores y escritoras, como reconocimiento a su obra:

Juan Armando Epple (2008)

Poli Délano (2009)

Virginia Vidal (2011)

Fernando Jerez (2014)

Inés Valenzuela (2015)

Antonio Rojas Gómez (2016)

Juan Mihovilovichh (2017)

Alejandra Basualto (2018)

LETRAS
DE
CHILE